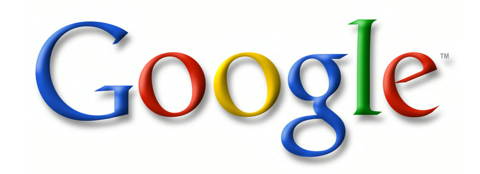
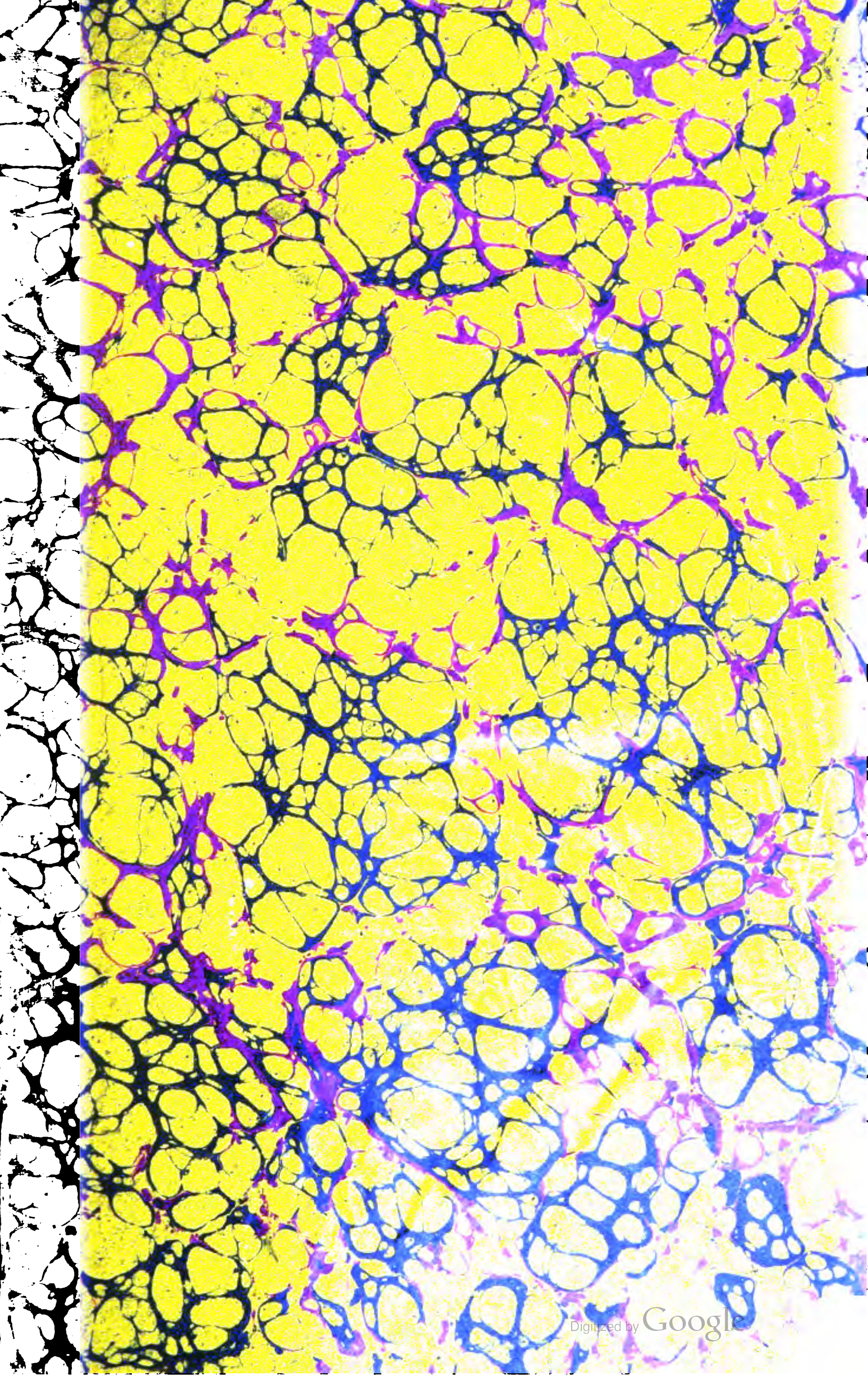



UC-NRLF
$B 65 957


GIFT OF
J. C. Cebrian
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



LA

ABUELA.

NARRACION ESCRITA

POR

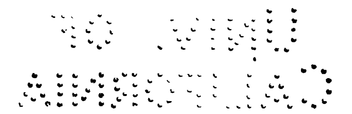
MARÍA DEL PILAR SINUÉS.



MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXVIII.





MADRID, 1878.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), Impresores de cámara de S. M.

Á LA MEMORIA

DE LA

Excma. Sra. Doña Manuela Yoldi de Simués.

Sirva este libro, abuela mia, de público homenaje á tu adorado recuerdo; sea una prueba de lo fija que está en mi alma la memoria del amor que me tuviste, amor que á ningun otro puede ser comparado; y desde el cielo donde moras, inspira mi pluma para enaltecer en la familia á la que es dos veces madre.

Apénas te he conocido: tu noble y bella figura se me aparece alguna vez, como entre las nieblas de un sueño: pero tanto he sabido acerca de tus altas prendas y del cariño que me profesabas, que para pintar la virtud, la bondad y la abnegacion, sólo necesito recordar lo que tu eras.

Si te es grata la pobre ofrenda de este libro, alcanza de Dios que haga tanto bien, como desea tu amantísima hija,

PILAR.

Madrid 8 de Noviembre de 1877.

PARTE PRIMERA.

I.

> El hombre ha sido hecho en el campo, como los demas animales. La mujer fué hecha en el Paraíso.
>
> (*Cornelio Agrippa.*)

Las dos de la mañana daban en el reloj del Ministerio de la Guerra, y el calor, que habia sido sofocante todo el dia, seguia lo mismo miéntras algunas nubes cruzaban la atmósfera azulada.

En un elegante hotel del paseo de la Castellana habia alguno que no podia ó no queria entregarse al sueño. En el piso bajo, una gran ventana abierta dejaba escapar, al traves de dos ricas cortinas de muselina bordada, un resplandor no muy vivo, pero condensado, y, por decirlo así, elegante, pues hasta en el modo de graduar la luz hay bueno ó mal gusto.

Atravesaba de vez en cuando la penumbra iluminada la sombra esbelta y elegante de un hombre, jóven á no dudar por lo que se descubria de su apostura y movimientos.

Dos ó tres personas que se hallaban sentadas y tomando el fresco en los bancos del paseo, miraban á la ventana iluminada y se decian:

—En esa casa hay alguno que padece, ó que es muy feliz.

Precedia á la elegante habitacion, cuyos balcones de calada piedra estaban todos cerrados, un bonito parque á la inglesa, plantado de árboles y de flores y alegrado por una fuente: muchas macetas, cargadas de flores y hierbas olorosas guarnecian el pilon de mármol; la enredadera con campanillas de colores, los rosales, la madreselva, las clavellinas, exhalaban un dulce y penetrante perfume, que decia cuán bello debia ser el aspecto del parque á la salida del sol.

El hotel constaba de piso bajo, principal y segundo, todos bastante bajos, y de elegante estilo arquitectónico: á cada lado del cuerpo principal del edificio se elevaba un pabellon, al que se subia por una bella escalinata.

Asomémonos á la ventana abierta para ver qué es lo que sucedia en el aposento iluminado.

Era, á no dudar, la habitacion de una mujer, porque todo en ella respiraba buen gusto y delicada elegancia: el lecho de maderas finas, bajo y estrecho, colocado á la francesa en un ángulo de la estancia; el armario cerrado por un gran espejo; la sillería bordada á mano y con armadura de palo santo; los cuadros, que se reducian á cuatro medallones, copias excelentes del estilo pastoril de Watteau; el tocador, lleno de cajas de marfil, laca y sándalo; los jarrones de bronce y porcelana cargados de flores; el reclinatorio que coronaba un bellísimo cuadro

de Nuestra Señora de los Dolores, y un no sé qué, que se advertia en todos los detalles, decian bien claro que aquel aposento estaba ocupado por una dama de gusto delicado y perfecta educacion.

En efecto, allí se hallaba la propietaria del elegante aposento, sentada, ó más bien reclinada lánguidamente en un sillon.

Era una mujer que estaba ya avanzada en el otoño de la vida, y que distaba mucho de ser hermosa, ni áun bonita: de estatura algo más que mediana, lo que se conocia en la estructura de su esbelto busto, era delgada, pero con la amplitud de formas que traen los años como fe de bautismo innegable. Una mujer de ménos de treinta años tiene siempre cierta gracia indecisa en los contornos, aunque sea corpulenta y alta; pero en cumpliendo los cuarenta, hay pocas mujeres que conserven el privilegio de un busto juvenil y de una elegancia elástica en sus movimientos.

La dama que nos ocupa aparentaba de cuarenta y dos á cuarenta y cinco años, y ésta era en realidad la edad que tenía: su tez, de una blancura pálida y mate, era limpia y pura; su nariz, un poco grande, era ligeramente levantada, y daba á su fisonomia cierta gracia espiritual y alegre: su frente, ancha y noblemente abovedada, demostraba un gran talento: su boca, pequeña, de labios gruesos (sobre todo el inferior), aseguraba la bondad de su alma; pero lo más notable de su fisonomía eran sus grandes y luminosos ojos, casi siempre cargados de ternura, pero rodeados de surcos oscuros, que hablaban de largas horas de dolor y de lágrimas.

Eran unos ojos pardos, rasgados, dulces, llenos de pensamientos; coronábanlos dos sedosas y finas cejas color de castaña, y los guarnecian largas y corvas pestañas del mismo color.

Vestia un traje de granadina con listas de seda color de castaña, de hechura elegante, aunque muy sencilla; la falda llevaba algunos volantes, la túnica dibujaba su talle, y ceñia su figura con una gracia y sencillez extremadamente distinguidas: encajes en el cuello y mangas, y dos sortijas en el dedo anular de su mano izquierda, completaban el atavío de aquella dama: en cada una de sus pequeñas orejas reia locamente un hermoso brillante.

Sobre los cabellos castaños de la persona que nos ocupa no se veia aún ninguna hebra de plata; eran hermosos, sedosos, abundantes, y se rizaban sobre la frente en ondas naturales; los llevaba trenzados sin pretensiones y doblados con una gracia completamente sencilla.

Por la estancia paseaba el individuo del sexo fuerte que se veia desde afuera convertido en sombra: dentro de la habitacion era un hermoso y elegante jóven, que podria contar veinte y cuatro años de edad.

Aun se hallaba vestido con frac y corbata blanca, lo que probaba que acababa de llegar de algun baile ó sarao: tenía en la mano derecha un par de guantes color de lila claro, que retorcia por un movimiento convulso é inconsciente, con los que se azotaba la mano izquierda de vez en cuando.

La señora que ocupaba el sillon le miró durante algun tiempo con profunda tristeza: quedóse despues pen-

sativa, y por último, dejando su asiento, llegóse por detras al que paseaba, le detuvo dulcemente y le dijo con ternura.

—Vamos, cálmate y vén á hablar conmigo.

El jóven la miró indeciso, deteniendo al instante su paseo; sólo en aquella mirada se comprendia que eran madre é hijo: tal era la semejanza que habia en los ojos de los dos.

Como la brisa calma instantáneamente los rugidos del mar, la voz de aquella mujer apaciguó la tempestad que rugia en el alma del jóven, y las negras nubes de su frente se aclararon para dar lugar á alguna calma.

Mas aquel inmenso poder moral, invisible y desconocido para las personas vulgares, hubiera sido comprensible al instante para una naturaleza privilegiada.— No era aquella mujer de las que á primera vista admiran ó seducen, ni tal lo habia sido sin duda en los dias más hermosos de su juventud; pero despues de mirarla, ya no se podian separar de ella los ojos ni el corazon.

La sensibilidad, la dulzura, el talento, la pureza del alma y la gran ternura del corazon, estaban impresas en toda su figura, y unian su encanto al de una voz de un metal deliciosamente timbrado, que era como el eco de un himno interior; de noble y elegante figura, de rostro simpático y expresivo, se conocia al verla que no necesita ser bella una mujer para inspirar grandes pasiones, y que no es la hermosura lo que hay de más cautivador en la tierra.

Durante un segundo el jóven se detuvo, miró al suelo,

luégo á su madre, y despues de nuevo al suelo; pero no continuó su paseo.

—Vamos, hijo mio, siéntate aquí—junto mí —insistió la dama con voz dulce:—¿quién como tu madre te comprende y te ama? ¿Quién sufre más con tu dolor? Hablemos: dime tus penas y verás como les hallamos remedio.

Y asiéndole suavemente por la mano, le condujo á una silla, situada al lado de la butáca que ella habia ocupado poco ántes; volvió á sentarse, y sin dejar la mano de su hijo, la puso entre las suyas y la guardó amorosamente en ellas.

Era el jóven notablemente gentil y agraciado, de estatura alta y esbelta, correctas facciones y cabello castaño claro; toda su persona denotaba distincion de maneras y cultura del espíritu, porque es cosa evidente que la costumbre de pensar y de aprender, comunica á la persona una dulce y templada gravedad.

Y no obstante, á traves de todas estas señales exteriores de un espíritu elevado, se veian en aquel jóven señales infalibles de una debilidad casi femenina: su mirada indecisa; la suave correccion de sus facciones; la blancura de su tez; las largas y sedosas pestañas que guarnecian sus ojos grandes de altivo mirar, estaban muy léjos de acusar un carácter varonil, sino una naturaleza suave y dócil á veces, y otras terca é irascible.

—Vamos, Daniel—dijo la madre con voz dulce;—vamos, cálmate; ¿crees que yo te contrarío sólo por el placer de hacerte sufrir? No, hijo mio; demasiado seguro estás de mi amor para suponerlo siquiera: si me opon-

go á tu casamiento con esa jóven, es porque creo que has de ser infeliz.....

—No, madre, no—repuso el llamado Daniel.—¡Te opones á que me case por lo que se oponen todas las madres de los hijos únicos: por emulacion, porque temes que deje de quererte!..... ¿Qué sé yo? ¡Para hacer alarde de autoridad!

La Condesa del Villar, que así se llamaba la madre de Daniel, iba á contestar; pero aunque abrió la boca, de sus labios no salió ningun sonido: así el silencio reinó durante algunos instantes, y fué Daniel quien lo rompió de nuevo.

—¿Sabes algo de Adriana y me lo ocultas?—preguntó mirando ansiosamente á su madre.

—No, hijo mio—respondió ésta;—nada sé de esa jóven que pueda perjudicarla; y ántes bien, lo que deploro es saber tan poco: nacida en España, pero educada en París, donde ha vivido desde niña, á nadie conocemos más que á su madre, la que, te lo confieso, me es ménos simpática que Adriana.

—A mí tambien; ¿pero qué culpa tiene ella de tener esa madre petulante y vulgar?

—¿Y crees que yo la culpo? Nada de eso: creo que la pobre niña en nada se parece á la que le dió el sér: es bonita, acaso con exceso; parece buena.....

—Y lo es. ¡Ah, madre mia, Adriana es un ángel!—exclamó el jóven con exaltacion.—¡Si la conocieras bien, verias cómo tus temores son injustos!

—Pero ha tenido á la vista ejemplos constantes de una vida loca y disipada: ya sabes que su padre era un

banquero español que perdió cuanto tenía y se marchó á Francia; su memoria está acusada de quiebra supuesta y fraudulenta, y muchos desdichados quedaron á consecuencia de esto sumergidos para siempre en la miseria; la viuda ha vivido despues muchos años con la más grande esplendidez, sin quererse volver á casar, y dedicada á educar á su hija de la manera más á propósito para brillar..... Delante de mí ha dicho hace pocos dias que las mujeres no necesitan saber más que una cosa: agradar.

—Adriana no piensa como su madre.

—Entónces no es buena hija, ni puede serlo, porque la despreciará.

Daniel dejó su asiento, y empezó de nuevo su paseo con muestras visibles, no sólo de irritacion, sino de una extrema angustia moral.

—Madre mia—dijo—¿quieres que una niña de diez y siete años sea reposada y sensata como tú? ¿Lo eras acaso tú á la edad de Adriana? ¡No es posible, ni lo creo! Ya adquirirá juicio; basta con que me ame para que te imite, y ella me quiere, sí: no puedo dudarlo, y si lo dudára me moriria!

—Concédeme una cosa, hijo mio—dijo la Condesa con voz suplicante:—espera un año para casarte con la señorita de Torres.

—¿Para miéntras convencerme de que debo casarme con mi prima Cristina?

—No, Daniel, no; ya he perdido acerca de eso toda esperanza: veo que tu prima es antipática para tí, y no insistiré más.

—¿De véras?

—Te doy mi palabra: lo que deseo, ante todo, es tu dicha.

Daniel se sentó de nuevo al lado de su madre; pasó al derredor del cuello de ésta su brazo izquierdo; le tomó la mano con su derecha, y besándola en la frente, le dijo con ternura:

—¿Vamos á capitular, madre mia?

—No deseo otra cosa.

—Y yo; por tanto, te doy mi palabra de no hablarte de mi boda con Adriana ántes de seis meses.

—¡Gracias, hijo mio!—exclamó la Condesa, en cuyos ojos brilló la alegría al ver que tenía seis meses de tranquilidad.

—Y tú—continuó Daniel—no me hablarás de mi prima.

—No te hablaré.

—Ni áun indirectamente.

—Ni áun así.

—Y yo procuraré olvidar á Adriana.

—Y si no puedes olvidarla, yo no me opondré ya, hijo mio, á que te cases con ella.

—¿De véras, mamá?

—Te lo prometo.

—¡Ah mamá mia, tú eres la mejor de las madres!—exclamó Daniel con una explosion de alegría tan grande, que demostraba hasta qué punto amaba á Adriana.—Para corresponder á tu bondad, madre mia, te prometo una cosa que me será muy cruel de cumplir.

—Veamos.

—Te ofrezco no ver á Adriana todos los dias, é ir á su casa solamente cada tres.

—Convenido: y ahora, mi amado Daniel, véte á dormir un rato: creo que tu diversion en el baile de la Embajada de Austria ha sido mucho menor que las agitaciones que has sufrido.

—¡He sufrido en ese baile una verdadera tortura..... todos los tormentos del infierno!—exclamó el jóven.—Adriana estaba allí..... Como á todas las fiestas, estaba convidada con su madre, y rodeada de aduladores más que ninguna òtra jóven de su edad; y enterada sin duda de tu oposicion á que me case con ella, me ha castigado cruelmente con su desvío, afectando una indiferencia helada é insultante.

—¿Y qué culpa tienes tú de mi oposicion?

—Ella me culpa, sin embargo, duramente; dice que es vergonzosa la debilidad de mi carácter, y que soy á tu lado como un niño de la escuela.

—¿Eso dice?—exclamó la Condesa, reprimiendo un movimiento de indignacion.

—Sí, madre mia, eso dice.

—Apelo á tu corazon y á tu conciencia, hijo mio—dijo la Condesa:—eres un hombre, y sabes pensar y sentir: ¿crees sinceramente que yo trato de ejercer un dominio tiránico sobre tí? ¿Crees que mi cariño es egoista?

—¡Oh mi adorada madre!—exclamó Daniel con una explosion de ternura.—Yo creo que si quieres dominarme, que si eres egoista, es á causa de tu inmenso amor hácia mí, y no por otro motivo.

—¿Pero me hallas egoista y dominante?—exclamó la pobre madre palideciendo.

—Un poco; pero te lo perdono y te lo agradezco, madre mia.

La Condesa inclinó la cabeza con inequívoca expresion de dolor y desaliento, y permaneció callada por espacio de algunos instantes; cuando la levantó, sus ojos estaban llenos de lágrimas, que secó con su pañuelo de batista.

—Hijo mio—dijo con voz reposada y dulce, pero profundamente triste—veo que influencias malévolas quieren robarme tu confianza, tu ciega fe en mi amor: no es empresa fácil, y por tanto, el trabajo tiene que ser lento; pero como es tambien inteligente y pertinaz, este trabajo funesto alcanzará su fin, y llegará á minar lo que yo creia inatacable; sin embargo, suceda lo que quiera, dígante de mí lo que te digan, acuérdate de lo que voy á decirte: te juro por el alma de tu padre, por aquella alma noble y grande identificada con la mia en la tierra, te juro que sólo deseo tu dicha, que sólo en ella pienso; que la que ha pasado su juventud entre la tumba de tu padre y tu cuna, es porque ha consagrado su vida entera y todo su corazon á un recuerdo y á una esperanza: si ese enlace te hace feliz ó crees serlo en él, hágase, porque por ahorrarte un dia de dolor, yo añadiré un pesar más á los mios.

—¿Crees acaso, madre mia, que las señoras de Torres me hablan mal de tí?—exclamó el jóven.—¿Y crees que yo lo soportaria?

—Dejemos eso, hijo mio—repuso la Condesa con un



ademan que no estaba exento de desden:—la maledicencia no puede alcanzarme, y por tanto, no puede herirme; tranquilízate, y procura dormir; nuestro convenio está en pié: si dentro de seis meses amas á Adriana como hoy, te casarás con ella.

La Condesa alargó la mano á su hijo; éste la llevó á sus labios, y salió de la estancia.

II.

Era un nido de seda y encajes.

Damascos blancos y celestes; encaje blanco y faya rosa; bustos de mármol, y bronces florentinos; jarritos de barro cocido rojo, esmaltados por la mano de Bernardo de Palissy; bomboneras de oro calado; cuadros de los primeros maestros; estatuitas de pórfido y de marfil; un piano de Erard; una arpa de plata sobredorada; todo esto contenia el *budoir* de la señora de Torres, madre de aquella Adriana tan adorada de Daniel Villar.

Esta jóven madre se llamaba Leocadia, y era acaso más hermosa que su hija: alta y esbelta, con treinta y cuatro años de edad, cabellos de un armonioso color castaño, ojos garzos, orlados de largas pestañas, busto digno del cincel de Fídias; cara ovalada, del color de la camelia blanca; boca de coral y perlas, y nariz delicada y de la más pura forma griega; la señora de Torres despertaba más admiraciones y más pasiones que su hija, que sólo contaba diez y siete primaveras.

Cuando el lector conozca á las dos, no le parecerá esto extraño.

Era la una de la tarde. Leocadia, de pié delante de un armario de palo santo, cuya puerta era un espejo, anudaba en su garganta una corbata de encaje blanco, cuyo precio no bajaria de sesenta pesos.

Una bata de cachemir blanco, bastante ancha, la envolvia; aunque su hechura era holgada, dejaba adivinar la graciosa perfeccion de su talle y de todas sus formas; dicha bata estaba bordada en la parte inferior de la falda y en toda la delantera con grandes palmas de soutache de seda blanca y cerrada en todo su largo con botones de nácar: la hechura princesa y bastante holgada, segun se ha dicho, señalaba el talle sin ajustarlo, y presentaba una forma de suma elegancia y distincion.

Su peinado tenía la misma gracia negligente y estudiada que todo su traje: agrupábanse sus abundosos cabellos castaños en la parte superior de la cabeza, y formaban un retorcido, que mordian, sujetándolo mal, los dientes de un peine de concha de color claro, que contrastaba con el color de sus cabellos, más bien oscuro que dorado.

Aspirábase en el gabinete un delicado pero fuerte perfume: las cortinas de la alcoba, levantadas, permitian ver un lecho muy bajo de palo santo con embutidos de bronce, una mesita igual á la cabecera y dos ó tres cómodos sillones, guarnecidos de damasco pajizo, como las colgaduras del lecho: la alcoba tenía una gran ventana que la daba luz.

El mueblaje del gabinete tenía la tapicería azul ce-

leste, con madera dorada, exquisitamente trabajada y de subido precio: ademas, se veian por todas partes sillas volantes de laca, almohadones de raso recamados de sedas y perlas: allá un puf bordado de tapicería, con largos flecos de cordones torcidos; allí, delante de la chimenea, una pantalla con un país á la aguada, engastado en marfil; un conjunto, en fin, de preciosidades, en cuyo centro se movia una mujer parecida á una hada.

Despues de ponerse la corbata, la señora de Torres tiró de un cordon de seda azul, que remataba en una borla colosal y que se hallaba al lado de la chimenea; pero nadie acudió al llamamiento.

Una viva expresion de contrariedad y de impaciencia se dibujó en su semblante: se acercó á un velador, é hizo sonar un timbre cuyo eco fuerte y vigoroso debia llegar hasta el más apartado aposento de la casa.

Con efecto, poco tardó en aparecer una camarera francesa, coquetamente vestida.

—¿Ha llamado la señora?—preguntó dulcemente.

—Dos veces—contestó con frialdad pero sin enojo la señora de Torres.—¿Se ha levantado mi hija?

—En este instante.

—Dígale V. que la espero aquí ántes de ir al comedor.

La camarera se inclinó, y salió: podia tomársela fácilmente por una señorita hija de una familia distinguida, al verla con su vestido de muselina de fondo blanco con cuadritos azules, su gola de tul plegado, la bonita cadena de oro que sostenia su reloj, y su peinado sencillo y elegante.

En tanto que ella salia para obedecer las órdenes de su ama, ésta se recostó en un pequeño divan, y pareció meditar profundamente, permaneciendo inmóvil hasta que oyó acercarse un paso ligero.

Pero en vez de su hija, á quien esperaba, vió aparecer de nuevo á la camarera.

—La señorita—dijo ésta—se hallaba ya casi vestida; pero se sintió aún con sueño, y ha vuelto á acostarse.

—¡Cómo! ¡A la una de la tarde!—exclamó la hermosa viuda.—¿Y por qué se lo ha pemitido V., Lucía?

—Señora, yo no podia contrariar á la señorita.

—Esta indolencia perjudica ya á su salud—dijo Leocadia.—Váyase V., y diga que tengan dispuesto el almuerzo para servirlo al instante: voy al cuarto de mi hija.

En efecto, un segundo despues, la misma Lucía le abria la puerta del cuarto de la jóven.

Ésta habia vuelto á acostarse: su cuerpo, esbelto y delgado, se dibujaba á traves de la sábana de batista guarnecida de encajes y de la colcha de raso color de amatista; de lo mismo era la colgadura del lecho, de bronce dorado y calado como un encaje.

La blancnra del rostro de Adriana era tal que apénas se distinguia de la batista de las almohadas; dos gruesas trenzas rubias dejaban ver sus pesadas ondulaciones sobre las ropas del lecho: no llevaba gorra de dormir, y un bosque de cabellos espesos y sedosos, pero recortados y rizados á medias, caia sobre su frente, estrecha como la de las estatuas griegas, y cortada por dos cejas oscuras, tan finas y delicadas que parecia haberlas dibujado

la mano de un gran artista: el rubio de sus cabellos era como el de las espigas; sus grandes ojos azules, lánguidos, dulces, estaban cargados de pereza; su nariz era recta y delicada; su cara, alargada, pálida y blanca como una camelia; una chambra de muselina bordada, adornada de valenciennes, se abrochaba en el nacimiento de su garganta y en sus delicadas muñecas, dejando salir sus manos largas y estrechas de entre las olas de espumoso encaje.

El gabinete estaba colgado y tapizado de muselina bordada y de raso amatista: la viuda habia elegido este color, porque se aliaba de una manera encantadora á los cabellos rubios de su hija.

La sillería era de madera de limonero, tallada delicadamente con la tapicería lila claro ó color de amatista: la chimenea, de mármol blanco, con juego de reloj y con candelabros pequeños de bronce dorado, de gran precio y exquisito gusto: una lámpara de alabastro ardia aún, pendiente del techo de la alcoba por medio de tres gruesos cordones de seda lila y blanca.

La perezosa niña llevaba aún en sus diminutas y eburneas orejas dos esmeraldas gruesas, guarnecidas de brillantes, que el sueño no le habia permitido quitarse la noche anterior; aunque los polvos y el blanquete se habian quedado adheridos á la almohada, áun conservaban sus labios un carmin demasiado subido para ser natural; y sus ojos, guarnecidos de pestañas oscuras, conservaban tambien algunas rayas negras, que los hacian más grandes y mas hermosos.

—¿No piensas levantarte hoy, indolente?—dijo la

jóven madre, inclinándose para besar á su hija.—¿Sabes la hora que es?

—Sí lo sé, mamá—contestó Adriana, echando un brazo al cuello de la viuda;—es la una y media, segun me ha dicho Lucía.

—¿Y te vuelves á acostar?

—Tengo sueño todavía: me acosté á las tres.

—Hoy te acostarás más temprano.

—¿Hoy, mamá? ¿Pues no vamos al baile de la Marquesa de Paredes?

—Sí, pero nos vendrémos á la una; vamos, vístete, que me canso de estar sola, y vamos á salir.

—¿A dónde?

—A tiendas.

Adriana se sentó en el lecho, y su camarera la echó un peinador de seda rayado de azul y blanco.

—¡Verdaderamente, mamá, que es enojoso el andar en tiendas!.....—dijo la jóven, metiendo sus pequeños y blancos piés en unas pantuflas de raso azul.—¡Me fatiga ya el ver telas y encajes!..... ¡Tenemos la casa llena!

—Se venderán—dijo la viuda;—es preciso: si no sacamos de casa lo usado ya, no va á caber lo nuevo; Lucía, que sirvan el almuerzo.

Un cuarto de hora despues madre é hija estaban sentadas ante una mesa suntuosamente servida; el chocolate y el café humeaban en el centro: las terrinas de *foie-gras*, las fuentes alargadas de porcelana cubiertas de salmon, de jamon en dulce, con huevos hilados; dos pollos asados y frios, y multitud de pastas, frutas secas y

conservas cubrian el mantel adamascado, con las cifras de la señora de la casa bordadas en ambas cabeceras, de gran tamaño y en colores vivos.

Adriana comió poco, pero su madre, cuya distincion existia sólo en la superficie, dió muestras de un buen apetito, comiendo de todos los platos y bebiendo copiosamente de todos los vinos.

Adriana ,con la mano en la mejilla, la miraba y guardaba silencio: su pensamiento, poco movible, se hallaba léjos de allí; acaso pensaba en Daniel, porque por fria que sea el alma de una jóven, se lanza hácia el objeto de su primer amor con fuerza incomparable.

Cuando su madre se hubo servido la segunda taza de café, Adriana dijo suavemente:

—Mamá, yo quisiera quedarme en casa.

—¡Ni lo pienses!—contestó la hermosa viuda.—¡Si sigues con la vida que haces, hija mia, vas á ponerte monstruosamente gruesa!

Adriana enseñó sonriendo y con un gesto encantador su delgada muñeca, su mano un poco larga, que podia desaparecer dentro de cualquiera mano regular.

Eso no quiere decir nada, hija de mi alma, observó Leocadia: eres aún muy jóven, eres una niña: pero no lo dudes, la grosura vendrá en breve, si no haces una vida más activa.

Y separando su silla de la mesa, se levantó y fué á sentarse al lado de su hija.

— Escucha—le dijo—y permite á tu madre que te hable con franqueza y verdad; á no ser por mí, estabas perdida, porque desgraciadamente no tienes absoluta-

mente nada del sentido práctico de la vida: jamás serias nada por tí misma; abandonas la más poderosa, acaso la única arma que poseemos las mujeres, y ya es hora que aprendas á servirte de ella.

—¿Y cuál es esa arma, madre mia?—preguntó Adriana:—¿la que me has dicho otras veces?

—La misma.

—¿El saber agradar?

—Precisamente.

—¡A mi edad se agrada sin esfuerzo!—dijo la niña con una sonrisa mimosa, que enseñó treinta y dos perlitas aposentadas en su boca.

—No, hija mia, no? á todas las edades hay que estudiar algo; ademas, deberias pensar un poco más de lo que lo haces en el porvenir.

—¡Ah, mamá! ¿vas á hablarme de mi casamiento con el Duque?—exclamó Adriana con una especie de terror.

—¿Y por qué no? te dobla la edad, pero tiene por junto treinta y cuatro años. Es feo y cargado de espaldas, pero es millonario; es violento y agresivo, pero te adora; es ignorante y casi estúpido, pero tiene palacio propio en las primeras capitales de Europa; ya ves que ni desconozco sus defectos, ni quiero ocultártelos. ¿Qué harás casándote con Daniel, mi pobre ángel? ¿Qué porvenir es el tuyo? ¿No sabes que tiene una madre *perfecta*, que es la mayor de las calamidades para una jóven casada? ¿No sabes que Daniel dista mucho de ser rico? ¿Que el título de su padre ha pasado á su hermano mayor? ¿Que él es un segundon, con tres mil duros de ren-

ta? ¿Qué es eso para tí, acostumbrada á todos los goces que da el lujo y la opulencia?

— Mamá—contestó Adriana dulcemente:—¡yo amo á Daniel! ¡Sólo esto sé responderte: espero á su lado la felicidad, y en cuanto á las privaciones, ¿no somos nosotras muy ricas?

—¡No, mi pobre Adriana—contestó la señora de Torres:—he gastado ya cuanto tu padre pudo salvar de sus desgracias y me dejó, y ya debo más de cinco mil duros! Es, pues, urgente que te cases, y yo volveré á Francia.

—¡Cómo! ¿Me abandonarás?

—¡Es forzoso!

—¿Qué harás en París? ¡porque supongo que es allí donde irás!

—¿Y dónde habia de ir? Allí es donde únicamente podré hallar elementos de vida.

—¿Pero qué elementos?

—Aun no lo sé... verémos: lo esencial, lo primero para mí, es que te cases...

— Pues mamá, entónces deja que me case con Daniel, porque con el Duque no lo haré jamás.

—¿Estás decidida?

— Completamente.

— Vamos, me tomo áun quince dias para convencerte, y en ese tiempo lo pensarás mejor: ahora vístete, y saldrémos á hacer algunas compras, pues necesitamos vestidos para ir siquiera por quince dias al Norte: el estío va pasando, y es de pésimo gusto el no haberse movido de Madrid.

III.

No es posible hallar bajo la bóveda del cielo dos criaturas más terribles que la viuda de Torres y su hija: la primera tenía todos los vicios y todos los caprichos; el ejemplo de un marido depravado la habia ido pervirtiendo insensiblemente, y su naturaleza impresionable habia tomado cuantas formas habia querido darle aquel esposo: el pudor del alma es una flor delicada que se aja con cualquier contacto, y que una vez agostada, no revive jamás.

Al ver los fraudes, la mentira, la estafa, la trampa cercarles por todos lados, Leocadia habia empezado por admirarse dolorosamente: hija de un padre lleno de probidad y de honradez, y que habia ganado en el ejército el grado de coronel, se habia quedado desde muy jóven sin madre; pero su adolescencia habia sido amparada por el amor de aquel anciano militar, que miraba en ella su tesoro, su delicia, su gloria en la tierra.

Don Francisco de Paula Torres, vió á Leocadia en Lisboa, donde la llevó su padre en los últimos dias de un estío, y se enamoró ciegamente de su beldad: contaba ya el banquero cuarenta años; pero era de bella presencia y maneras elegantes: su casa tenía sólido crédito, y segun se decia, contaba con grandes caudales en sus arcas.

Leocadia casó, pues, con el banquero, y dos años despues su padre salió de este mundo, trasladándose al si-

guiente á París ambos esposos, donde fijaron su residencia.

Leocadia amaba á su esposo, y éste la adoraba; poco á poco le fué dejando conocer sus fraudes y los prepativos que hacía para huir con muchos millones.

—Todo es mentira ménos el dinero—le decia éste esposo modelo á su mujer:—con el dinero se alcanza todo, y por tanto no debe repararse gran cosa en los medios de obtenerlo; yo no digo que se robe ni se asesine; pero tomar algo de lo que sobra á los otros, no es un gran delito, y ménos delito aún si uno lo necesita.

Estas terribles máximas iban unidas á un cuidado incansable de rodear á Leocadia de todos los refinamientos del lujo y de la molicie, para embotar su conciencia y aniquilar la energía con que hubiera podido oponerse á sus designios: así la débil, flexible y algo viciosa naturaleza de Leocadia, llegó á hacer su ídolo del oro, y del lujo su religion, y en estos principios colocó á su hija desde su más tierna edad, cuando, muerto su esposo en los Estados-Unidos, quedó ella dueña de los grandes capitales que aquél habia arrebatado á los que se los habian confiado.

Pero la viuda del banquero no tenía el genio de los negocios, ni sabía hacer nada más que *agradar;* esto era lo que le habia dicho su marido, y esto es lo que ella, dotada de una naturaleza esencialmente artística y amante de lo bello, habia aprendido con toda perfeccion.

Adriana no abrigaba la profunda corrupcion de su madre, ni su absoluta falta de creencias; era muy jóven, y aunque su madre habia procurado infiltrar en su alma

el veneno del materialismo, áun habia en ella ilusiones, y lo prueba el que preferia á Daniel Villar, sin ser rico, al opulento Duque millonario.

Adriana estaba dotada de una hermosura extrema y de un carácter verdaderamente seductor; habia en ella más de ninfa que de mujer; la melodiosa dulzura de su acento asustaba algunas veces, pues se conocia que era un lazo y no una cualidad natural: soberbia, vana, altanera, era una Minerva de orgullo, y se asemejaba á la más dulce y á la más jóven de las Gracias; y estaba adornada con toda clase de defectos, que la hacian insoportable para cualquiera otra persona que no fuera su madre, que la amaba locamente.

Como esta madre funesta, Adriana era voluntariosa, embustera, coqueta, rencorosa y estaba llena de caprichos; su pereza era invencible, y nada sabía hacer, á no ser tocar en el piano con muy buen gusto algunas piececitas ligeras; y no porque su organismo fuese prosaico ó poco artístico: habia en Adriana tal poesía natural y tal propension á lo bello, que sus mismos defectos tomaban la forma de cualidades agradables.

El amor habia iluminado aquella jóven alma con su celeste luz. Daniel era pobre, pero ella no habia pensado en que podia ser rico; no sabía lo que era, ni quién era; y sin embargo le amaba con toda su alma, y le parecia que vivia sólo desde que le habia conocido.

En Vichy fué donde se habian visto por la primera vez, y en la mesa redonda del *Hotel de France*, donde ambos se hospedaban. Daniel Villar habia ido allí con su madre á pasar el mes de Agosto, y la viuda

de Torres habia ido tambien con su hija algunos dias despues.

Al sentarse un dia á la mesa á la hora del almuerzo, la Condesa fué la primera que reparó en ellas.

—Mira que dos mujeres tan lindas, dijo á Daniel que comia y no miraba á nadie.

Este alzó la vista, y sintió como un golpe en el corazon: sus ojos se habian encontrado con los azules de Adriana, que no tenian más defecto que el ser demasiadamente grandes.

—Son españolas —dijo á su madre—y en efecto, las encuentro encantadoras.

En los hoteles del extranjero los viajeros ocupan en la mesa los sitios que corresponden á la fecha de su llegada; y siendo los últimos que habian llegado las dos señoras, con dos dias de diferencia de la Condesa y su hijo, se hallaban colocados muy cerca unos de otros. Por esta razon la conversacion no tardó en entablarse, y se habló de España con entusiasmo, porque al ver la patria de léjos, siempre la vemos embellecida.

— Es tanto el amor que tengo á España — dijo la hermosa viuda — que hubiera sido para mí una pena inconsolable el que mi hija naciese en el extranjero; felizmente, en un viaje que hice para ver á mi padre, nació en Madrid.

— Esta señorita parece más bien una adorable *miss* inglesa — observó la Condesa.

— Tal vez en el exterior; pero si V. la tratase, señora, veria que se alberga en ella el gran corazon de una española y la ardiente imaginacion de una italiana; se



ha educado en París, pero ha tenido á su lado una aya española.

En tanto que las dos madres hablaban, Daniel miraba á la hija, cuyas blancas mejillas se habian cubierto del color de las rosas de Bengala: todo en ella enamoraba á Daniel, y sobre todo, su aspecto dulce é inocente.

«La gracia modesta es la que más cautiva», ha dicho un ilustre novelista frances. «Las mujeres lo olvidan con frecuencia; los hombres nos acordamos siempre.»

Tenía demasiado mundo la hermosa y astuta viuda para no saber esto: así su aspecto y el de su hija eran irreprochables de decencia y de dignidad, y aunque el método de vida que hacian era el de dos personas millonarias, los trajes de Adriana eran tan sencillos como de exquisito gusto.

Cinco ó seis dias ántes de terminar Daniel y su madre su temporada en Vichy, salieron para París Leocadia y su hija. El jóven quedó como sin luz: Adriana era la seduccion misma bajo todas las formas halagüeñas que puede tomar, y él impresionable, apasionado y sujeto á una vida tranquila y desprovista de emociones.

Perdió el sueño y el apetito, é interrogado por su madre, le abrió su corazon.

—¿Y por qué te pones triste? — respondió la Condesa abrazándole.— Lo que yo deseo es tu dicha: si esa jóven es digna de tí, y eso lo verémos en breve, cásate con ella.

—¡Ah, madre mia! Es muy rica, y su madre no me aceptará.

— Su madre la adora, y su riqueza puede ser menor



de lo que suponemos; tú has acabado con brillantez tu carrera, y tienes algo con que contar.

—¡Es tan poco!

—Son 40.000 reales de renta.

—¿Y qué vale eso para Adriana? Su madre gasta doble en una joya, y lo gasta con bastante frecuencia.

—Hijo mio—repuso la Condesa;—si Adriana te ama, se contentará con lo que tengas; si le parece poco, es que no te quiere; ¿no te casarias tú con ella siendo pobre?

—¡Ojalá que lo fuera!

—¿Y por qué no exigirle lo que tú harias? Tranquilízate; nosotros volverémos á Madrid, y cuando ellas regresen de París, han quedado en avisarnos para ir á verlas.

—¿A tí, madre mia, no te gustan las condiciones de la señorita de Torres para esposa mia?

—Te confieso que no.

Una nube de tristeza cubrió el expresivo rostro de Daniel: tenía en tanto precio la opinion de su madre, y se habia acostumbrado á contar tanto con ella, que era para él una pena cruel el que ésta no amase todo lo que él amaba.

—¿Qué es, pues, lo que en ella te desagrada?—preguntó con voz conmovida.

—¿Me pides mi opinion franca y leal?

—Te suplico que me la des.

—No te enfades entónces por lo que vas á oir.

—¿Tan duro es?

—Para quien ama, sí.

—Dilo sin embargo.

—Sea, ya que lo quieres. En Adriana me desagrada todo para esposa tuya: su carácter, su educacion y hasta su hermosura.

—¿Quisieras, pues, que me casára con una mujer fea? ¡Con mi prima, por ejemplo!

—Sólo á tí te parece fea Cristina, y es porque estás preocupado con la imágen de una belleza perfecta; esta belleza, sin embargo, es un gran mal para el matrimonio, hijo mio.

—¿Por qué?

—Porque agrada á todos, y es notable para todos los que la ven de vez en cuando; mas para el marido es del todo inútil, porque se acostumbra á ella; ademas, Adriana se ha educado y ha vivido tan adorada por su madre, que todo tu amor le parecerá frio y tibio, acostumbrada á las exageraciones de esa madre un poco cómica y un mucho romántica.

—¡Oh, madre mia, esas pobres mujeres te son antipáticas!

—No, Daniel, no—respondió la Condesa;—si es verdad que no me son muy simpáticas, no lo es ménos el que no tengo hácia ellas ninguna prevencion particular: tu dicha es para mí tan cara, tan indispensable, que moriria si te viera infeliz; pero tranquilicémonos; pronto tratarémos más de cerca á esas señoras, y si es preciso para tu ventura el que seas el esposo de Adriana, lo serás, y yo me resignaré á todas las dificultades, y hasta amaré sin esfuerzo á la que te haga dichoso.

IV.

No disipó el trato con las señoras de Torres las inquietudes de la Condesa del Villar; desde que regresaron á Madrid de su expedicion á París, á mediados de invierno, Daniel fué á visitarlas, y no habia llegado el fin de la semana, cuando la viuda del banquero fué á visitar á la madre de Daniel.

Presentóse con el lujo de una princesa y toda vestida de terciopelo negro; su landó estaba forrado en raso azul, y el tronco de yeguas que lo conducia era digno de una emperatriz: con el buen gusto supremo que la distinguia, habia proscrito de su atavío todas las joyas, y llevaba solamente en las orejas dos brillantes que valian mil duros: jamas sombrero de terciopelo negro ha encuadrado semblante más seductor que el de la viuda del banquero, conjunto raro y encantador de languidez dulce, de gracia y de inteligencia.

La Condesa ofrecia con la viuda el más perfecto contraste: era una mujer digna, sencilla en sus modales y en su traje, y ajena á toda especie de coquetería, hasta á la permitida á la decadencia de la vida: la inteligencia de aquellas dos mujeres era grande, pero en cada una de las dos tenía un carácter totalmente distinto. La Condesa era una hermana de la caridad moral: la viuda del banquero era una aventurera, una alegre hija del siglo, más peligrosa entónces que lo habia sido en los dias de su juventud: la primera era una criatura noble, santa;

la segunda era un demonio bajo la forma más culta y más bella.

Como sucede siempre, el demonio engañó al ángel, y la Condesa, si no prendada, quedó á lo ménos admirada de aquella mujer tan inteligente y tan amable.

Sin embargo, una voz interior le gritaba que su hijo iba á ser desgraciado en aquellos amores, y más aún si se llegaba al matrimonio que él deseaba como la suma mayor de felicidad que pudiera obtener en este mundo; y asustada por sus propios temores, empezó á oponerse, lo que exasperó de tal modo el amor del jóven, que en vez de aminorarse, llegó al último grado de exaltacion.

El hermano mayor de Daniel era el que habia heredado el título y bienes de Conde del Villar, con la obligacion de dar alimentos ó pension á la Condesa viuda y á su hermano menor: Daniel y el Conde eran sólo hermanos de padre, pues éste habia estado casado ántes con una señorita perteneciente á una opulenta familia de Galicia: así el actual Conde del Villar era muy rico, en tanto que su hermano Daniel y la madre de éste sólo poseian, aquél, 40.000 reales de renta, y ésta 20.000, ó sean 3.000 duros entre los dos.

La Condesa no habia podido amar de pronto al hijo que su marido llevaba ya al casarse con ella: es verdad que éste, que ya contaba diez y seis años, le manifestó desde el primer dia el mayor despego y una animosidad á toda prueba: educado en el centro de la Galicia, era un muchachon rudo, corpulento y casi bestial; nada sabía y nada queria aprender: la caza era su única ocupacion, y lo mismo merendaba y bebia grandes vasos de vino con

los criados de su padre, que cazaba conejos en el monte, y áun algun lobo que aparecia en los bosques, arrojado de su guarida por las inclemencias del invierno.

El Conde amaba á su hijo tal como era: no era él mucho más civilizado; hijo de un infanzon de Astúrias, y descendiente de uno de los valerosos guerreros que acompañaron á D. Pelayo, el Conde tenía más de labriego que de cortesano, y mejor le hubiera estado la loriga que el gaban ó frac.

Y sin embargo, en un viaje que hizo á Madrid, vió á la señorita María de Guzman, encantadora y delicada jóven, hija de un benemérito general, y se enamoró perdidamente de ella, acaso por el contraste que ofrecia con su primera y robusta esposa, y con su terrible hijo Marcelo.

María halló al Conde, si bien bastante rudo, honrado, leal, caballeroso; cansada de oir insípidos requiebros de los jóvenes que la rodeaban, sintió que poco á poco la unia al Conde un afecto serio y profundo, y una gran simpatía.

—Señorita—le dijo éste en presencia de su padre:—yo soy muy basto y muy ordinario, lo sé; así eran mi padre y mi abuelo y todos mis ilustres antepasados; venimos en línea recta de aquellos labriegos que restablecieron los restos de la monarquía goda en Covadonga, y ninguno hemos sido hijos del siglo, sino hijos de aquellas selvas vírgenes. Pero tal como soy, sé querer, más que el mozalbete más culto y almivarado. Usted me educará, y yo la adoraré; vivirémos en Madrid en tanto que Dios tenga al General en el mundo, excepto los ve-

ranos, que nos irémos todos á mi viejo castillo, que parece un nido de águilas: tengo un hijo de mi primer matrimonio; es rudo como yo, y como su madre, que tampoco era muy fina; pero en nada la incomodará á usted. Él hará su gusto, y cuando sea hombre, tiene sus rentas y dispondrá de ellas; hay bienes bastantes para que en nada la moleste á V.; conque casémonos lo ántes posible, porque la vida es corta, y con la dicha no se puede jugar ni se debe desdeñar.

Dos meses despues de estas declaraciones, María de Guzman era la Condesa del Villar: su delicada figura, que sin ser muy bella, era seductora y atrayente por demas; la delicadeza de sus maneras, su elegancia y su noble carácter encantaron á su esposo, que aunque rudo en la apariencia, tenía un gran fondo de sensibilidad y un bello corazon.

Pero Marcelo halló tan antipática á la nueva esposa de su padre, que no la podia sufrir; la verdad es que cada acto de la Condesa era una muda acusacion de la rusticidad del jóven Nemrod. María era delicada, elegante, distinguida, y estas bellas cualidades de carácter y de educacion habian parecido tan seductoras á los ojos de su marido, que creia renacer á una nueva vida; la adoraba cada dia con más verdad, y se educaba insensiblemente al lado suyo, porque es incalculable para los espectadores indiferentes y frios el ascendiente que ejerce una mujer distinguida en las costumbres, en los pensamientos, en el modo de ser completo, del hombre con quien vive.

María de Guzman era en efecto una criatura maravi-

llosa, una mujer perfecta, que ejercia ese ascendiente irresistible de los escasos seres que en la tierra se le parecen; su alma amante y enamorada de todo lo bueno, poseia una elevacion y una firmeza para cumplir con su deber, que nada podia quebrantar; como consecuencia de estas nobilísimas cualidades, y quizá á causa de ellas mismas, su carácter, dulce hasta el extremo, era bondadoso, pero no débil; esta última condicion le sirvió de invulnerable escudo contra las agresiones de Marcelo, que brutal y descortés, procuraba mortificar y herir á la esposa de su padre por todos los medios que estaban en su mano.

El Conde hubiera castigado severamente las demasías de su hijo si las hubiera sabido; pero la Condesa, á la vez que se las ocultaba cuidadosamente, las reprimia con la sola fuerza de su dignidad ó de su desprecio, y cuando no, las soportaba con silencioso desden.

Muchas veces se hallaban de frente en el jardin ó en una galeria; entónces Marcelo se ponia á silvar y pasaba por delante de la Condesa sin saludar y con el sombrero puesto. María proseguia su camino, saludaba cortesmente con una sonrisa de lástima, y pasaba.

A sus duras respuestas, á sus faltas de atencion en la mesa, María oponia la moderacion y la indiferencia; y en cambio, cuando veia á Marcelo amenazado por la cólera paternal, calmaba al Conde, le hacía ver la extrema juventud de su hijo, y conseguia que le perdonase; porque era padre al fin, y le amaba tiernamente.

La Condesa tenía tambien un poderoso apoyo en el amor de su padre; el General la veia sufrir algunas ve-

ces; pero conociendo el temple de alma de su hija, presumia, y con razon, que venceria todos los obstáculos; sabía que María contaba con la mayor de las ventajas, con el amor, con la estimacion, con la admiracion de su marido, que ya no hubiera podido vivir sin ella.

—Ten calma, hija mia—le decia el buen anciano;—ten paciencia, que tú vencerás.

El anuncio de estar encinta la Condesa, llenó de alegría á su marido y á su padre, y de enojo á Marcelo; pero éste pensó que el recien llegado al mundo no podria quitarle nada, y que él era de derecho el heredero de su padre, salvo una pension de alimentos, que él reduciria todo lo posible, y recibió al hermano á quien llevaba diez y siete años, con indiferencia completa.

Mas cuando Daniel vino á la vida, ya el corazon del heredero se habia ablandado algun tanto al dulce influjo de la dicha doméstica, al dulce contacto de lo bello y lo bueno. Su padre, que lo amaba siempre, y lo amaba mejor desde que habia vuelto á casarse; su madrastra, hermosa jóven casi de su edad, imágen de la virtud más suave y más pura; el General, veterano lleno de gloriosas heridas, intransigente en materias de honor; todos sus criados respetuosos y agradecidos; todos sus colonos dichosos y tranquilos por la munificencia y la caridad de los dos ancianos y de la jóven Condesa; la cultura, la distincion, la elegancia que ésta esparcia en torno suyo; los buenos libros, que como al descuido dejaba María sobre las mesas, y que Marcelo leia, al principio para matar el tedio, despues por aficion, y luégo por placer; todos estos distintos y bien-

hechores elementos, labraron la dura índole de Marcelo, descuidada ántes por su padre, que era tan ignorante como él mismo de las dichas de la vida, y del manantial de ventura y bienestar que Dios ha puesto en el alma de cada uno de sus hijos.

María sabía perfectamente la música, y cantaba con gusto y sentimiento exquisitos; como Orfeo á las fieras, así encantaba ella con sus melodías favoritas los oidos de Marcelo, sólo abiertos al ruido del torrente cercano y al rumor triste de las hojas de los árboles; la ruda corteza en que el alma del adolescente se hallaba envuelta, fué cayendo, y quedó bella, radiosa y propicia á recibir todas las impresiones nobles y dulces que hacen al hombre bueno y amado.

Una noche en que María sentada al piano cantaba el *Aria di Chiessa*, de Stradella, se levantó al terminar, y vió á Marcelo sentado en un canapé y con el pañuelo en los ojos.

—¿Qué tienes?—preguntó la jóven separando la mano de aquél.

Mas al caer la mano sobre la rodilla, vió deslizarse dos lágrimas por las mejillas de Marcelo.

María se sentó al lado suyo, tomó el pañuelo que áun tenía aquél asido, estrechó la mano, y con el pañuelo secó las lágrimas del pobre salvaje, que nacia á la vida del corazon y de la inteligencia.

—¿Quieres que te enseñe yo la música, Marcelo?—le preguntó dulcemente.—Tú serás un gran artista.

—¡Señora, ántes de todo, permítame V. que le repita las palabras que su divino acento pronunciaba ahora

mismo en esa sublime melodía.—¡Piedad, piedad de mí! —murmuró el jóven con voz alterada por una emocion profunda.

—Advierte, amigo mio, que la melodía de Stradella se dirige á Dios, y dice—¡*Pietà, pietà, signor*.

—Yo quiero que la tenga V. de mí.

—¿Necesitas tú de mi piedad? ¿para qué?

—¡Para que me perdone!

—¿Y qué has hecho contra mí?

—¡La aborrecia!

—¿Y ahora?

—Ahora, la admiro á V. y la amo.....

—¿Como á una madre, verdad?—interrumpió la Condesa con dignidad y dulzura.

Marcelo no contestó más que con un silencio que tenía mucho de extraño; la Condesa, en cuyos grandes ojos se pintó una expresion de terror, prosiguió:

—Quiéreme como á tu madre, Marcelo,—y así serémos dichosos los dos.

—Señora—repuso el jóven con tristeza:—yo no puedo amar á V. como á mi madre, porque V. es jóven y bella!

—Entónces ámame como á tu hermana.

—¡No puede ser!

—Cómo me quieres entónces?—preguntó la Condesa, cuya sonrisa era alegre, pero cuyo corazon estaba traspasado de dolor.

—¡Como á lo más hermoso y sublime que conozco!

A la mañana siguiente, y no bien se levantó, el Conde hizo llamar á su hijo; le mandó sentar á su lado, tomó una de sus manos, y le dijo:

—¿Es verdad, Marcelo, que deseas viajar?

—¿Yo, padre?— repuso sorprendido el jóven.

— María me ha dicho que le habias manifestado deseo de visitar Francia, Alemania é Inglaterra: si ése es tu gusto, hijo mio, cúmplelo; irás con un preceptor, con un amigo más bien, que te acompañe y te guie á la vez, y llevarás cartas de crédito para los mejores banqueros: un año de viajes te educará, y compensará el descuido en que te he dejado, y de que hoy me acuso con dolor.

Marcelo se inclinó con una respetuosa cortesía, que su padre no le habia conocido jamas.

— Saldrás dentro de dos dias, dijo el Conde, y da las gracias, por lo mucho bueno que vas á ver, á María.

Marcelo, al salir del cuarto de su padre, se fué al suyo, y allí lloró largo rato, y sollozó desesperadamente, ocultando el semblante entre las manos.

El entrar en el salon, halló en él á María, que bordaba tranquilamente sentada al lado de una ventana; á pesar de su actitud reposada, la jóven estaba mortalmente pálida, y el círculo oscuro que rodeaba sus ojos, decia que no habia probado el descanso del sueño.

—¿Qué ha hecho V.?—exclamó dolorosamente Marcelo acercándose á ella.

—¡Salvarte!—contestó María con una mirada luminosa y llena de entereza:—¡salvar tu honor, tu conciencia, tu vida! ¡Véte de aquí, niño desgraciado, y vuelve hombre digno de tu padre, digno de mí, digno de tí mismo!

—¡Pero yo la amo!... yo la...

María abrió con ímpetu la ventana; puso en el antepecho, que era bajo, un pié, y subió con un movimiento

rápido y casi desesperado: allí se volvió, y fijando en Marcelo los ojos, en los que brillaba una decision terrible, le dijo en voz baja:

—Si dices una palabra más, si das forma á un pensamiento que es una injuria mortal á mi honor y al de tu padre, me arrojo al parque desde aquí!

Marcelo juntó sus manos en silencio, y dió dos pasos para salir; despues se volvió, y dijo con los ojos y la voz llenos de lágrimas:

—¡Adios, hermana, amiga mia, adios! ¡Vive dichosa, sé como hasta hoy la fiel guardadora del honor de mi padre; yo volveré curado... ó no volveré jamas!

Y abriendo la puerta se precipitó fuera del salon, donde María lloraba aún una hora despues.

V.

Daniel llenó desde su inocente cuna el vacío que dejó en la casa la ausencia de su hermano.

Marcelo, áun sin merecerlo hasta entónces, era amado de todos: hay en la juventud una plenitud de vida que parece da fuerzas y belleza á cuanto la rodea; y hay á la vez en ella tanto de bello y de simpático, que se hace amar sin ningun esfuerzo de su parte.

Como si el cielo hubiera destinado al hijo de María todas las adoraciones de la familia, no tuvo hermano alguno; y así el Conde, como su esposa y como el padre de ésta, concentraron en aquella criatura todo el amor de sus corazones.

Daniel era hermoso é inteligente, desde que empezó á despuntar la clara luz de su razon: por el contrario que

su hermano, tenía una distincion nativa y exquisita, porque los hijos heredan en el seno de sus madres las cualidades de éstas, que les trasmiten con su propia vida, en tanto los guardan en su seno.

Marcelo escribia de vez en cuando y daba cuenta á su padre de sus estudios y de sus distracciones: mencionaba todo lo notable de los países que visitaba; pero se advertia que habia recaido en su rudeza y en su misantropía; léjos de la mujer inteligente y dulce que habia alumbrado durante un breve espacio su camino, la oscuridad le rodeaba de nuevo, y su preceptor, que era un hombre jóven aún, ilustrado, y más que preceptor, amigo suyo, se lo decia tambien á su padre. Pero el Conde jamas sospechó ni adivinó la profunda pasion que Marcelo habia concebido por su segunda esposa, y cuando despues de dos años de ausencia volvió el jóven al techo paternal, nada le dijo su extrema palidez al estrechar la blanca mano de la Condesa.

Ésta pretextó un viaje á la capital para hacer algunas compras, y en tanto estaba ausente escribió á su marido una carta, de la que citarémos un solo párrafo.

«Me parece, amigo mio, que Marcelo merece algun cuidado de tu parte; su misantropía puede crecer y hasta alterar con manías su razon; en tu lugar, me lo llevaria á Madrid y trataria de casarle; su casa, su familia le ocuparán y obrarán en él una reaccion saludable; ésta es ademas tu obligacion, amigo mio. Tu primogénito, el heredero de tu nombre, el futuro representante de tu casa, merece que te intereses por su dicha, porque es noble y bueno, aunque por su carácter sea desgraciado.

Tú, su padre, y yo la esposa de su padre, debemos hacerle la vida todo lo dulce posible en esta tierra de dolor, no sólo por amor á él, si no tambien por interes propio, puesto que acaso será algun dia el amparo de nuestro hijo.

» Prepara tu viaje á Madrid para cuando yo vaya, é instálate con él, con el lujo y comodidad que vuestra clase y riquezas exigen. Miéntras tu ausencia, yo haré tus veces en la casa, lo ménos mal que me sea posible; y en estando iniciado el asunto de la boda de Marcelo, yo iré á Madrid, si quieres, para ayudarte en todos los pormenores. »

El Conde adoptó en seguida el plan de su esposa; halló que la suma sabiduría inspiraba á su pluma; habló á su hijo de un viaje á Madrid, y el mismo dia de llegar la Condesa de su viaje de compras, salieron padre é hijo para la córte de España.

El Conde adoraba á su hijo: tomó para los dos todo el primer piso del *Hotel de los Príncipes* y añadió á los dos criados antiguos que los habian acompañado, dos ayudas de cámara inteligentes, para su más inmediato servicio. Dió á Marcelo un cupé con un soberbio caballo, otro magnífico caballo de silla; tomó abono para ambos en el teatro Real y en otros dos teatros, y mandó llamar al sastre, al camisero y al guantero más afamados.

El Marqués de Brenes, paisano del Conde del Villar, y amigo de la infancia, sirvió de introductor al padre y al hijo: era un anciano simpático y alegre, perfectamente cortesano, y muy bien avenido con las dulzuras de una existencia cómoda y opulenta.

Pronto pudo Marcelo pasear por todos los salones del gran mundo, su tristeza y su tedio: pocos dias despues de su llegada, asistian á un gran baile en casa de un título de Castilla, y el Marqués de Brenes dijo al Conde, del Villar señalando á Marcelo.

— Mira á tu hijo apoyado en aquella puerta: está mucho más grave que nosotros.

— ¡ Lo que está es muy triste ! — repuso el Conde con un suspiro.

— ¿Por qué?

— Lo ignoro: creo que es su carácter lo que le tiene abatido y melancólico.

— Cásale.

— Eso haré en cuanto pueda.

— ¿ Sabe ya él tus intenciones?

— A lo ménos las sospecha.

— ¿ Y no se opone?

— No : tanto como ántes era indómito y rebelde, es ahora dócil y sumiso: hará cuanto le aconseje; por mi parte, así que conozca alguna jóven que le convenga, se la propondré para esposa: acaso le entristece mi matrimonio y la soledad moral en que á su parecer le ha dejado.

El Marqués, que era más sagaz que su amigo , guardó silencio y pareció reflexionar.

— ¿Tiene Marcelo á tu esposa la aversion que es uso y costumbre profesen á sus madrastras, los hijos de un primer enlace?

— No, al contrario: la respeta y la admira.

— ¿ Y ella?

—Le quiere tiernamente, le ha educado, por decirlo así, y cuida de su presente y de su porvenir: por consejo de mi mujer envié á Marcelo á viajar, y por consejo suyo trato de casarle ahora.

—¡Tienes una mujer buena, una digna compañera! —murmuró el Marqués:—sí, debes casar á tu hijo.

—No deseo otra cosa.

—Mañana llega mi hija de una posesion campestre, donde ha pasado ocho dias con una familia amiga; se verán, y si se convienen y se aman, será negocio hecho al instante.

—¿Qué edad tiene tu hija?

—Diez y siete años.

—Y Marcelo cerca de veintiuno.

—Luisa es bonita, buena, rica.....

—Eso es lo que ménos importa.

—Al contrario; nuestro siglo necesita mucho dinero, y ya no se vive con tan poco como cuando tú y yo éramos jóvenes.

—Es que Marcelo es rico tambien.

—Tanto mejor.

Dos dias despues, el Conde del Villar y su hijo estaban invitados á comer en casa del Marqués de Brenes: al entrar en el salon se sorprendieron de hallar una linda jóven sentada al lado de la chimenea.

—Mi hija Luisa—dijo el Marqués levantándose y presentándola á sus amigos.

Luisa era rubia como Eva: en sus ojos septentrionales habia una profundidad extraña, dulcificada por el límpido azul de sus grandes pupilas; lo que sobresalia

en ella era una distincion exquisita y una gracia inimitable, porque nacia de una gran inteligencia: hacía dos años que habia perdido á su madre, y la acompañaba una aya inglesa de noble carácter y vasta instruccion.

Aquel dia la comida era de familia; los dos jóvenes fueron colocados juntos por el Marqués, y éste les dijo dándoles un golpecito en la espalda á cada uno:

—Amaos como dos hermanos.

Luisa trató de distraer á su nuevo amigo, y estuvo muy amable con él. Para Marcelo, que no habia tratado mujeres, era una cosa nueva y deliciosa la conversacion de aquella linda jóven, que vagaba de un asunto á otro de conversacion con indecible gracia y viveza: la esposa de su padre habia sido para él el ideal de la belleza. Pero Luisa de Brenes era por lo ménos tan bonita como la Condesa; y ademas, la impresion que esta jóven producia en su alma era tan dulce, como la que le causaba María era penosa. Porque María era la esposa de su padre, y la simpatía que hácia ella le llevaba era para el recto corazon de Marcelo una tortura horrible.

¡Luisa de Brenes era libre, era bonita, buena, adorable, y podia ser suya espontánea, libre, noblemente! ¡Luisa sería para su vida una dulce compañera! ¡Con Luisa viviria léjos de todo lo que le recordaba aquel fatal amor, que le habia acompañado durante dos años!

Un mes despues de la llegada á Madrid del Conde y de su hijo, llegó la Condesa con Daniel para ayudar á su marido en los preparativos del matrimonio, poner la casa de los novios y comprar las galas nupciales de Luisa, que, no teniendo madre, necesitaba su ayuda.

El corazon de Marcelo, ocupado completamente con el amor de su linda prometida, estaba curado por completo de sus antiguas heridas; su afecto por María habia cambiado completamente de carácter, y se habia trasformado en un cariño fraternal: nadie como él reconocia y admiraba las bellas cualidades de la esposa de su padre, y como el ideal de la dicha, se limitaba á desear que Luisa se le pareciese.

Luisa se le parecía en efecto: más jóven y más hermosa que la Condesa, jamas un hombre próximo á contraer el lazo que une toda la vida, podia haber deseado tan dulce compañera: los preparativos de la boda terminados, tuvo ésta lugar; los esposos quedaron instalados, y el Conde y la Condesa se volvieron á sus dominios de Astúrias con su pequeño Daniel, seguros de que los recien casados serian dichosos.

Marcelo y Luisa tuvieron al año de casados una bella niña, á la que pusieron el nombre de Cristina, y luégo varios hijos más, que murieron todos, quedando sólo la primogénita, la que fué por lo mismo la que heredó de sus hermanos todo el amor de sus padres.

Diez y seis años contaba ya Daniel, cuando sus padres, dejando su pequeño y apacible reino, donde se les amaba como á soberanos muy queridos, llegaron á establecerse á Madrid: el Conde queria que su hijo siguiese y terminase su carrera con brillantez, y la Condesa, siempre de acuerdo con su marido, deseaba lo mismo. Cuando llegaron se hallaba ya enferma Luisa, la esposa de Marcelo, y pocos dias despues, en los primeros dias del otoño, cuando las hojas caen de los árboles con triste

rumor, Luisa cayó tambien en el sepulcro, áun jóven, bella, adorada de su esposo y de su hija: era una flor delicada, á la que habia tronchado el huracan del dolor ocasionado por la muerte de sus hijos: cuatro habia despedido para el cielo: su alma tenía sed de su vista, y voló á buscarlos.

A la muerte de su madre, contaba Cristina doce años; su padre habia vuelto á caer en la hipocondría, á que era tan propenso en su juventud, y la pobre niña se refugió en el amor de su abuelo y en la esposa de éste, que la queria con ternura.

Daniel y Cristina se unieron pronto con una tierna simpatía, con un afecto dulce y tranquilo; y Marcelo, despues de salir durante un año á recorrer la Italia, dejando á su hija con su padre, volvió, si no curado, consolado al ménos de su profunda pena.

Cristina pasaba la vida, ó al lado de su abuelo materno el Marqués de Brenes, ó al lado de los Condes del Villar.

Sin embargo del trato contínuo con Cristina, Daniel la queria sólo como á una hermana: rara vez la mujer buena tiene para el hombre que lo es tambien, esas atracciones misteriosas, ese encanto invencible que rebosa en las mujeres de alma fria y de imaginacion viva. Cristina tenía un gran corazon; pero su exterior era tranquilo y reposado: era un sér inocente poco cuidadoso de agradar, pero que sabía amar con todas las fuerzas de su alma.

Así queria ella á Daniel: no habia conocido otro hombre, y él resumia para ella todas las perfecciones del

mundo: por agradarle estudiaba y adornaba su entendimiento con toda clase de conocimientos: habia aprendido perfectamente la música, pintaba con gran talento paisajes y efectos de la naturaleza, y hablaba como su propio idioma el frances, el inglés y el italiano.

La desgracia habia dado solidez al entendimiento de Cristina: el dolor, ese gran maestro, le habia enseñado algunos de los secretos de la vida, y aunque muy jóven, habia ya en sus facciones una dulce gravedad que inspiraba la confianza y atraia el afecto.

Por una de esas intuiciones de los grandes talentos, Cristina habia comprendido que Daniel no la amaba, que no la amaria nunca con una pasion igual á la que ella le profesaba; pero se contentaba con quererle, con pensar en él á todas horas, con dedicarle todos sus pequeños triunfos de artista en el fondo de su alma.

¿Acaso el sol nos dice que nos ama? En silencio nos alegra y nos anima con su benéfica influencia, sin que nada nos exija, y nosotros le adoramos porque es nuestra alegría y nos hace olvidar todas las penas de la vida.

Daniel era el sol del alma de Cristina; pero si en tanto fueron ambos niños y adolescentes, habia en el alma de la jóven más ternura y alegría que dolor y sombras, poco á poco fué llegando una sombría resignacion; y al saber que se hallaba ciegamente enamorado de la hija de la viuda del banquero Torres, un sentimiento amargo, el de los celos, el del amor propio herido, penetró en su alma como la hoja de un puñal.

Trató de ver á Adriana, y lo consiguió: la encontró bonita, hechicera, encantadora, y su corazon se llenó de

olas más amargas y de un dolor agudo que jamas habia conocido.

Cristina tuvo que añadir un nuevo dolor á todos sus dolores pasados y presentes: su abuelo paterno, el Conde del Villar, murió; el anciano caballero la amaba, no sólo por ser hija de su primogénito, sino tambien por sus raras cualidades de espíritu y de corazon. Cristina quedó bajo la tutela y en la compañía de su padre melancólico y severo, atormentada por un amor sin esperanza, con el alma dolorida, amargada, sin objeto en su vida, sin norte á donde dirigirse.

Sin embargo, le quedaba un guía, un ejemplo, una amiga llena de verdad, de ternura y de abnegacion.

La Condesa viuda del Villar, la madre de Daniel, la madrastra de su padre, atesoraba todas las virtudes suaves y silenciosas que hacen amable y amada la mujer: en tanto que vivió la madre de Cristina, nada la obligaba á amparar y consolar á la jóven, que poseia en su madre la más dulce, la más eficaz de las protecciones; pero durmiendo ya Luisa en su tumba, y muerto tambien el abuelo de la jóven, al lado ésta de un padre de tan fatales condiciones de carácter como Marcelo, María de Guzman se creyó en el deber de velar por aquella pobre jóven, de hacerla la vida dulce, de unirla, en fin, á su hijo, á quien ella amaba con todo su corazon, pues era su primera y única afeccion.

Marcelo heredó á la muerte de su padre el título de Conde del Villar; su carácter, agriado por el dolor de la muerte de su esposa, por el dolor de no haber tenido un hijo varon que perpetuase el nombre de la familia, se

habia hecho susceptible y propenso al enojo hasta un extremo increible; cuando se apercibió de que Daniel, su jóven hermano, desairaba el tierno afecto que su hija, su adorada Cristina, le profesaba, su cólera no conoció límites; y al heredar el título de Conde del Villar, señaló á su madrastra y á Daniel los alimentos menores que le fueron posible, quedándose él con los inmensos bienes de la casa.

La Condesa viuda guardó un silencio lleno de dignidad; nunca habia ambicionado las riquezas, y sabía bien que éstas no dan la felicidad; sincera y profundamente piadosa, su mundo en la tierra era su hijo; su esperanza eterna eran la de la bondad y justicia de ese Dios, todo amor y misericordia, que lee en el alma de sus hijos.

Un dolor agudo la vino á sorprender: la ciega pasion de Daniel por la bella hija de la viuda de Torres; sin saber por qué, aquellas dos mujeres la inspiraban un temor vago, aunque irrazonado; y á la vista de la madre, sobre todo, sentia un malestar, que se habia ido acentuando y creciendo cada dia.

No era esto decir que tuviese empeño en que Daniel se casára con Cristina; sabía demasiado bien la Condesa que en el corazon no se manda violentamente, y durante mucho tiempo habia latido el suyo por Marcelo, por el hijo de su esposo, por el padre de Cristina; pero si bien no queria violentar á Daniel, le aterraba la idea de verlo casado con Adriana Torres, la jóven de moda, la que asombraba á Madrid con su lujo y con una esplendidez cuyo orígen se sospechaba era una gran riqueza, sin que nadie pudiera afirmar fuese esto una verdad.

Tal era la situacion respectiva de los personajes de esta historia. Daniel, terminada con gran brillantez su carrera de abogado, vivia con su madre en el lindo hotel donde les hemos visto por la vez primera, y empezaba á trabajar algo en su bufete, teniendo ya encargados algunos negocios de importancia; y su madre se inquietaba sólo en el órden moral del porvenir de aquel hijo tan amado, de quien era á la vez que amante madre, indulgente amiga.

VI.

Ya habian pasado cinco de los seis meses acordados entre la Condesa y su hijo, ántes del casamiento de éste con Adriana Torres.

En la apariencia todos los espíritus se hallaban en calma; pero en realidad, un arduo trabajo interior tenía lugar en el alma de cada uno de los personajes que nos ocupan.

Adriana, amaestrada por los consejos de su madre, que habian ido extinguiendo poco á poco toda la generosidad de su amor, que habian ido sustituyendo la frialdad del cálculo al calor de la pasion, estaba segura de hallar un esposo tal como ella lo deseaba, jóven, gallardo, y sobre todo, perteneciente á la mas alta sociedad.

Poco importaba á la jóven que Daniel fuese más ó ménos rico; ¿no tenía ella muchos millones? sí; aunque su madre lo negase, ella era opulenta, como hija única de un riquísimo banquero; su madre hablaba de una ruina probable para inclinarla á que se casase con

el viejo Duque millonario. ¡Tal costumbre tenía de verla mentir *graciosamente*, que ya no creia nada de lo que decia aquella amable madre, tan coqueta, tan alegre, tan distinguida! ¡aquella maestra incomparable del buen tono y la elegancia!

Esta madre sin igual tenía tambien el ánimo en extremo preocupado con una sorpresa muy importante; el tétrico, el adusto, el casi maniático Conde del Villar, el hermano mayor de Daniel, era el más acérrimo enemigo de la idea de la boda y de las dos mujeres, las *dos aventureras*, como él en su encono llamaba á la madre y á la hija. Y la viuda sabía que si la Condesa, llevada por su amor de madre, consentia en el casamiento, la rigidez inflexible del Conde no cederia ante nada, herido como estaba en su vanidad de padre, y viendo á Cristina desdeñada por su primo por las malas artes de la madre y de la hija.

—¿Cómo conquistar á este hombre terrible?

Este era el problema que Leocadia trataba de resolver, sin alcanzar la manera.

La influencia del Conde con la Condesa viuda era grande; María recordaba que habia merecido el primer amor de Marcelo; éste recordaba tambien cuánto la habia amado, y con qué rara fortaleza de alma, la esposa de su padre le habia curado de su pasion insensata, y le habia librado de ser un mal hijo.

Ademas, el Conde y su jóven hermano Daniel se amaban; habia de una parte un respeto casi filial, y de otra un amor casi paterno; porque el Conde tenía diez y ocho años más que su jóven hermano.

Oponiéndose el Conde á la boda de su hermano, éste podia esperar poco de la munificencia de aquél.

En una fria noche de Diciembre, la hermosa viuda se hallaba sola en su elegante *budoir*, todo caldeado por un abundante y alegre fuego que ardia en la chimenea de mármol tallado, espléndidamente iluminado con bujías de rosada esperma puestas en candelabros de plata, y perfumado con esencia de lirio y verbena.

Adriana dormitaba en una ancha butaca de raso color de oro.

Su madre, recostada en otra igual, miraba las caprichosas espirales de la llama, y tenía impresa en el semblante una expresion dura é irritada que contrastaba con su dulzura habitual, máscara engañosa que nunca dejaba.

De repente sonó la campanilla: eran cerca de las diez de la noche.

Leocadia aplicó el oido; no esperaba á nadie aquella noche, porque su deseo de conservar su sitio en el mundo, le imponia una reserva á la que nunca faltaba.

El lacayo de la antesala, correctamente vestido de negro, alzó la cortina de seda de la puerta que daba al salon, y anunció:

—La señora Baronesa de la Calzada.

Tras el anuncio entró en el gabinete una dama elegantemente vestida, con sencillez aparente, pero en realidad con verdadera y reflexionada coquetería.

Llevaba un traje de riquísima faya negra; esta tela mate era de gran consistencia y estaba guarnecida de encajes de gran precio, negros tambien; encajes blancos

formaban como olas de espuma al derredor de su rostro, prolija y delicadamente pintado de blanco, rosa y negro al derredor de los ojos; el pincel del tocador habia dibujado hasta las venas azules de la epidérmis en las sienes y en el cuello.

La Baronesa de la Calzada contaba por lo ménos quince años más que la señora de Torres, es decir, que estaba muy cerca de los cincuenta; y sin embargo, por uno de esos milagros que hace la química de los tocadores femeninos, áun parecia hermosa; en derredor de sus ojos azules no habia arrugas, gracias á uno de esos cosméticos que estiran la piel; y las pestañas, que debian haber sido siempre muy rubias, se hallaban teñidas de negro, con lo cual, los ojos, de un azul claro, parecian mucho más hermosos de lo que lo habrian sido en los dias más floridos de su juventud.

Dos cejas negras, que parecian dibujadas con tinta china, cortaban su frente, pequeña, tersa, blanca como el marfil y guarnecida de buclecillos ligeros, del castaño más armonioso; sus mejillas ostentaban el matiz fresco y aterciopelado de una rosa blanca; sus labios, el color del coral rosa; sus dientes, que habian costado seis mil reales, eran de nácar; su cabellera, que estaba prendida con descuido en grandes ondas, en la parte superior de la cabeza, parecia abundante y sedosa; en una palabra, la Baronesa podia pasar por una mujer seductora y que apénas llegaba á veintinueve ó treinta años.

Pero para un observador atento, ¡qué mentida, y hasta qué triste era aquella juventud artificial! ¡Cómo era diferente su expresion de la juventud verdadera é ino-

cente! ¡Qué rápidas contracciones, qué amargas sonrisas se advertian en aquel rostro contrahecho! ¡Oh, juventud, primavera de la vida! cuando una vez has pasado, es tan imposible el que vuelvas, como el hacer creer que has vuelto!

Como contraste de las gracias esparcidas en el semblante de la Baronesa, se podia notar la maestría de sus ademanes, la refinada coquetería de su mirada, de su sonrisa, y de las inflexiones de su voz: el estudio, la ficcion, habian llegado á ser en ella como una segunda naturaleza.

Abrazó con efusion á Leocadia, y dirigió una tierna mirada á Adriana, que permanecia dormitando en un sillon.

—¿Duerme?—preguntó la hermosa visitadora indicando á la bella niña con una mirada.

—Felizmente, sí—contestó con tono sentimental su madre.

—¿Felizmente?—repuso la Baronesa—¿pues acaso está mala?

—Está como yo, triste y contrariada—respondió la viuda llevándose á su amiga á un canapé al lado de la chimenea.—¿Tú sabes lo que nos hace sufrir el asunto de su boda?

—¿Pues qué sucede ahora? ¿No va ya á espirar el plazo que la Condesa exigió, y espirado que sea, no se casa Daniel Villar con tu hija?

—No: ahora hay otro obstáculo; se opone el maldito hermano mayor, el actual Conde, y ni Daniel ni su madre quieren contrariarle.



—¡Bah, bah! ¿La oposicion viene del Conde? ¿Y no es más que eso?

—¿Aun te parece poco?

— Me parece nada.

—No sabes tú lo que es el carácter del Conde del Villar; se le mira como el prototipo de la autoridad y de la severidad más invencible que puede existir en hombre.

—¿Y eso qué tiene que ver?

— Que no quiere ni oir hablar de nosotras.

—Se ha informado...

—¡De todo! Tiene noticiaa fidedignas de Lisboa y de París; conoce mi pasado, mi presente, y quiere cerrarme el porvenir.

Leocadia dijo estas palabras con honda y concentrada amargura; su amiga la miró durante algunos instantes en silencio; luégo, poniendo sobre la blanca mano de la viuda su mano cubierta con un fino guante de color lila, dijo á media voz, pero con acento singular:

—Eres viuda... eres jóven aún... eres hermosa, eres inteligente; tienes mundo y te asusta el porvenir? ¿El porvenir bajo la forma de un hombre? ¡No te creia tan tímida ni tan poco conocedora de tu mérito!

—¡El Conde es intratable! murmuró Leocadia, que sin duda comprendió muy bien lo que su amiga queria decirle.

—No te aseguraré que sea empresa fácil *domesticarle;* pero si el trabajo no fuera difícil, ¿dónde estaria la gloria de llevarle á cabo?

— Fracasaré en él.

—Ten el valor de intentarlo siquiera, y empieza este

negocio con una firme voluntad: piensa en que va en ello no sólo el porvenir de tu hija, sino el tuyo tambien...

—¡Oh, no sabes hasta qué punto hay de terrible verdad en lo que dices!—suspiró Leocadia—¡estoy apurando, no ya los últimos recursos que me quedaban; he echado mano de todos los falsos, y ni éstos me quedan ya.

—¿Y áun vacilas?

—¡La lucha me encuentra ya sin valor! ¡Ah, Clotilde! ¡Yo alimentaba sueños de amor y de vanidad maternal, que no he podido ver realizados! ¡Yo creí que mi hija se casaria mucho ántes y mucho mejor, porque habia oido decir que los españoles eran fáciles de fascinar, y mi Adriana posee todo lo que se necesita para enloquecer á un hombre; pero han pasado tres años; en vez del esposo opulento que yo esperaba, y que no ha parecido, mi hija se enamoró de Daniel Villar, jóven sin fortuna; amo á Adriana con todo mi corazon, y hube de conformarme; y sin embargo, más que la pérdida de todas mis esperanzas de encumbramiento y de ambicion, me han torturado los desdenes y la oposicion de esa orgullosa familia!

—¿Pero qué familia hay que vencer?

—Se compone de pocos individuos, ya lo sé: una devota del antiguo estilo; un hombre misántropo é intratable, y una muchacha de empalagosa virtud como su abuela política, enamorada de su primo, que no la puede ver; pero esos tres entes valen por tres docenas, atendidos sus caractéres.

—Cásate con el Conde hipocondriaco; casa ántes á tu

hija con Daniel, y luégo tú darás buena cuenta de las dos mujeres!

Leocadia meció lentamente y con expresion de desaliento su bella cabeza.

—¡Si pierdes el valor, estais perdidas tu hija y tú— observó con energía Clotilde;—piensa en la pobreza, en la horrible pobreza que os espera! Tendrás que trabajar para vivir, y ademas sufriréis la amarga persecucion de todos tus acredores burlados.

—¡Oh, calla, calla por Dios; no aumentes mi martirio!—exclamó la viuda ocultando su rostro entre las manos—¡En todo eso he pensado ya... pienso á todas horas... pero hay una valla que me detiene en todos mis propósitos... estimo y respeto á la Condesa viuda del Villar; á la madre de Daniel!

—¡Cómo! ¿Te dejarias imponer por la presion moral de una mujer estúpida, de una mujer que nunca ha salido de una esfera oscura y vulgar?

—Escucha:—repuso la viuda del banquero volviendo á colocar su mano sobre la de su amiga—cuando veo á esa mujer tan tranquila y tan digna en su modesta casa; cuando oigo su lenguaje noble, sencillo y leal; cuando veo la pureza de sus costumbres y la estimacion de que el mundo la rodea, pienso involuntariamente en mi madre, que se le parecia; en mi padre, honrado veterano como el suyo, y me avergüenzo de mí misma! ¡Comparo á esta mujer, que ha guardado tanto respeto á la memoria de su marido, con mi viudez espléndida, dedicada á la farsa, á la vanidad, á aparentar lo que no soy, y no me atrevo á dar al honrado hijo de esa mujer, esa

niña, educada por mí en todas las vanidades, en todas las mentiras, falta de fe, falta de virtudes, indolente y que sólo puede vivir en el seno del lujo y de los placeres! ¡Oh, te aseguro, que en el fondo de mi alma aplaudo á esa familia por oponerse á que mi hija y yo formemos parte de ella, y compadezco á Daniel por ese amor invencible, que le hace atropellar por todo!

—Mi querida Ledia (1)—observó la Baronesa—cesa en tus estériles lamentaciones; Adriana puede despertar; óyeme, pues, con atencion durante algunos instantes: tu vida ha sido disipada, pero no vergonzosa; la corrupcion moral significa poco en nuestra época, que es toda de formas. Nada importa que hayas sido coqueta; que hayas tenido muchos adoradores; que hayas llevado en tu bella mano el cetro de la elegancia; que hayas derrochado una gran fortuna, y que debas casi otro tanto de lo que has gastado: el hecho es que á tí, la galantería no te ha dado beneficios; que no has tenido amantes reconocidos, y que los dos ó tres hombres que te han amado, han sido pretendientes á tu mano, con los fines más aceptables y más rectos, con el fin, segun queda dicho, de llevarte al altar: nada de esto te perjudica, sino todo lo contrario, te presenta á los ojos de un hombre crédulo con irresistibles atractivos.

—¿Y qué?—exclamó la señora de Torres:—¿á qué quieres venir á parar con eso? ¿Qué me quieres decir?

—Lo siguiente: que si quieres, puedes hacer la conquista del Conde viudo del Villar, y casarte con él en breve plazo.

(1) Ledia: diminutivo de Leocadia.

VII.

—¡Adriana!—dijo la hermosa viuda, moviendo suavemente el brazo de su hija:—vé á tu cuarto y acuéstate; estás muerta de sueño esta noche.

La jóven abrió los ojos y se enderezó en su asiento.

—¡Ah! ¿es Clotilde?—dijo al ver á la Baronesa, y acercándose á ella, añadió:

—Me alegro de que hayas venido, porque así harás compañía á mamá; yo voy á acostarme.

—Sí, hija mia, sí,—dijo Clotilde besándola en la frente como á un niño pequeño:—yo acompañaré á tu madre; hasta mañana, que vendré á buscarte para ir á paseo.

Adriana presentó la frente á su madre, en la que ésta estampó un beso, y luégo salió del gabinete.

—¡Qué has dicho!—exclamó la viuda, corriendo ansiosa al lado de su amiga, y sentándose con apresuramiento.—¿Cómo has podido concebir ese pensamiento? ¡Casarme yo con el Conde!

—Nada más fácil si quieres.

—¡Con ese hombre sombrío, receloso, misántropo.

—¡Pero que es riquísimo! ¿No piensas en que podrás, á la vez que labras tu ventura, ayudar á la de tu hija? ¿No sabes que Daniel depende de una pension de alimentos que le da su hermano mayor? Y esta pension, siendo tu la esposa del que la da, ¿no podria aumentarse, doblarse, triplicarse acaso?

—¡Tienes razon! murmuró pensativa la viuda.

—¿No amas á Adriana? insistió la tentadora.

—¡Ella es mi solo amor en el mundo!

—¿No quisieras verla dichosa?

—Daria mi vida por conseguirlo.

—Pues para que lo sea, ante todo, tiene que casarse con Daniel, al que ama con el alma, y despues tiene que ser rica.

—Ya lo sé, y ese es mi tormento: una niña educada como una princesa, ¿cómo vivirá con los escasos medios de Daniel?

—Muy mal, si tu no la ayudas; y eso es lo que podrás hacer, casándote con el Conde.

—¡Ah, Clotilde!—exclamó Leocadia:—con tu ingenio, con tu travesura, todo es posible! ¡Yo no valgo lo que tú; yo no tengo tu valor!

—Pues no tienes más remedio que adquirirlo; que mirar de frente tu situacion, y vencerla con paciencia y sangre fria: y no creas que tu lucha terminará con tu matrimonio, no; despues de entrar en esa familia que te rechaza; despues de ese triunfo, áun te queda lo más rudo de la batalla; la Condesa viuda tiene aún bastante ascendiente sobre el Conde, que la amó siendo jóven y la ha admirado siempre; prepárate á ver en ella una formidable enemiga.

—¡En cuanto á eso no la temo!—observó Leocadia con una sonrisa á la vez triste y desdeñosa.

—Yo en tu lugar la temeria mucho.

—La conozco, y sé que no tiene condiciones para la guerra.

—Las tiene, pero no aparentes; tiene las más terribles, las involuntarias: hazte desde luégo su amiga é interésala en tu favor.

—No parece aborrecerme, y todo su afan se cifra en que su hijo no se case con Adriana.

—No hablemos ahora de eso—dijo la Baronesa;—hablemos de los medios que has de emplear para hacer la conquista de ese viudo agrestre y misántropo.

—¿Y su hija? ¿y esa muchacha fea y monjil?

—Para nada te cuides de ella; esa hará lo que debe callando y marchándose á un convento.

—A donde se irá será con su abuela política la Condesa.

—Tanto mejor, así te quedarás sola con tu marido; para conquistar á éste necesitas mucho tacto y mucha sagacidad; empieza por hacerte la sentimental, por adularle, y á la vez por deslumbrarle con todos los atractivos que puedas aumentar á tu natural belleza.

—¡Que ya va decayendo!

—¡Eh! Despues de casada ¿qué importa? el gran trabajo de la mujer es hallar marido; el conservarlo despues importa poco.

—La conquista del Conde es muy difícil.

—Es preciso que te presentes en su casa para pedirle una recomendacion cualquiera; él es muy cortés y vendrá á traerte la contestacion; una vez en tu casa, á tu ingenio dejo el resultado; sólo en tí consiste el que venga con frecuencia; y ahora adios, me retiro porque voy con mi marido á un concierto para los pobres. Reflexiona en lo que te he dicho, y prepara tus armas para

mañana; lo que se ha de hacer tarde, hay que hacerlo pronto y es mejor; vé mañana á casa de tu enemigo.

La Baronesa salió, y su amiga quedó en efecto profundamente reflexiva.

Al dia siguiente y á eso de las dos de la tarde, Leocadia bajaba de una modesta berlina á la puerta del Conde del Villar. Llevaba un delicioso vestido negro de rica faya y guarnecido de encajes; dos perlas en las orejas, de extraordinaria pureza y tamaño, y una gola de encaje blanco, fina como la espuma; un velo de blonda acariciaba su peregrina cabeza, y sus manos dejaban ver su admirable y linda forma á traves de un fino guante color de lila claro.

El Conde, triste y solo, se hallaba sentado al lado de la chimenea y saboreaba un puro, hallándose envuelto en una rica bata de cachemir, con los piés metidos en babuchas, y un gorro de terciopelo que sujetaba sus cabellos grises.

Era un hombre alto, envejecido por el pesar, pero de bella figura y de constitucion fuerte; sus grandes ojos negros tenian llamaradas de cólera, pero tambien esplendores de ternura infinita; al ver á Leocadia en el salon hizo un ademan de sorpresa, y quiso retroceder de nuevo hasta el gabinete, cuya puerta estaba abierta, para vestirse y presentarse á ella de una manera más conveniente.

—Mil perdones, señora—dijo.—Mi criado no sabía que la puerta de mi cuarto estuviese abierta, y me ha sorprendido V. agradablemente; vuelvo al instante.

—No me haga V. el poco favor de creerme tan tri-

vial—dijo la viuda de Torres;—así he hallado á V. y así deseo que permanezca al lado mio.

— Sea—repuso el Conde sentándose, y dígame en que puedo servirla.

— Deseo una cosa pequeña; una cosa que á mi parecer no vale nada; pero como las mujeres somos malos jueces en esto.....

—¿Y qué es ello?

—Deseo un modesto destino en un ministerio para el marido de una jóven que ha sido camarera mia durante algun tiempo.

—Yo vivo tan retirado, señora—observó el Conde—que......

—Vamos, ¡no se excuse V.! no se haga el pequeño conmigo, que tan pequeña soy.

—Quizá tiene V. más amigos y de más valía que yo.

—Nada de eso, vivo tambien muy retirada:—vamos, amigo mio—continuó la sirena, acercando su sillon al del Conde—¡no se niegue V. á complacerme!

Un fuerte perfume de lirio y violeta llegó en nube invisible al cerebro del Conde; dos hermosos ojos llenos de luz, se fijaron con ternura en los suyos, á la vez que unos labios delicados como las ojas de una rosa, se entreabrieron, para dejarle ver dos sartas de menudas perlas.

No era el Conde un viejo ni un estóico; una sensacion extraña brotó en su alma; quedó mirando á la viuda, y luégo le dijo con mal segura voz, y volviendo al fin la vista á otro lado:

— Señora, haré lo que pueda; envíeme V. una nota que exprese su deseo.

—Aquí está —dijo Leocadia —presentando al Conde un papelito doblado.

—Y ahora —añadió— quiero otra cosa de V.

El Conde se inclinó.

—Quiero que venga V. á mi casa á traerme noticia de mi pretension; tengo empeño que venga V. á decirme lo que haya y si mi recomendado logrará lo que desea.

—Si es empeño, iré.

—¿Cuándo?

—Así que sepa algo de fijo que noticiar á V.

—Todas las noches le esperaré á V. hasta las doce, para tomar una taza de té.

—No se prive V. de salir.

—Salgo poco, y esperar á V. me será más grato que todas las diversiones.

A este fogonazo á quema ropa, el Conde miró atónito á la viuda, hizo un gesto violento de desagrado, y luégo dijo:

—Es que puedo tardar en ir.

—No importa.

—¿No se cansará V. de esperarme?

—No, señor.

—Entónces, y por si acaso se cansa, tendré que ir pronto.

—Y me dará una gran alegría.

La viuda se levantó, alargó la mano al Conde, que la ocultó fácilmente dentro de la suya, y le dijo:

—Hasta pasado mañana.

—¿Por la noche?

—Sí, á las diez.

Leocadia se dirigió á la puerta; ya en ella, se volvió, hizo una graciosa cortesía al Conde, y cruzó la sala siguiente con tal rapidez que Marcelo no pudo seguirla, desapareciendo muy pronto á sus ojos.

¡Cuánta ligereza, cuánta gracia, cuánto *arte*, en una palabra, habia en aquella especie de huida! ¡Aquella mujer, amaestrada en la ciencia de la seduccion, coqueta refinada, se habia revelado á los ojos del misántropo, del hombre grave y estudioso, como un sér desconocido, singular, casi fantástico! Marcelo, enamorado con el alma de la Condesa en su adolescencia, casado despues con una jóven sencilla y buena, á la que amó y fué fiel, sumido más tarde en las tinieblas en que le habia sumergido la muerte de Luisa, y la soledad moral en que ésta le habia dejado, no conocia mujeres de aquella clase; no conocia sirenas que hacen á la vez su presa en el alma y en los sentidos, en la imaginacion y en todas las facultades que llevan no sólo á sentir, sino tambien á pensar.

La conquista estaba hecha; el deslumbramiento, cumplido. El Conde, severo é intolerante, no habia querido ver jamas á la viuda del banquero y á su hija, y cuando las habia hallado en casa de su madre política, en dos distintas ocasiones, las habia saludado con frialdad y se habia retirado.

Desde que salió la sirena, el Conde se dejó caer de nuevo en su sillon; apoyó la frente en la mano y pareció como abrumado de un repentino deslumbramiento; con los ojos cerrados veia poblarse un mundo nuevo de ri-



sueñas visiones y gratas imágenes; su casa, tan triste, tan sola, se animaba al tibio soplo del hada que la habia visitado; no eran los sueños del Conde los de un adolescente, porque tenía demasiado buen sentido para alimentarlos; eran los sueños de un hombre que ya conoce algo de las dulzuras de la vida, y anhela su perfeccion dentro de los límites prescritos por las leyes sociales.

—¡Qué confortable casa podria yo tener si tuviera á la vez por hermana ó esposa á una mujer así!—pensaba el misántropo;—¡qué delicada mesa! ¡que grata y asidua compañía haria á mi soledad! Mi hija se halla sólo unida á mí por los lazos de la sangre, pero de ningun modo por los de la simpatía: me respeta y me quiere, pero esto último ¡ay de mí! bien débilmente. ¿No me deja para estar sola en su cuarto ó en compañía de su abuela? ¿Se cuida acaso de mí? ¡Oh, es forzoso que yo salga de esta terrible, de esta helada soledad moral!

No podia haber soñado la hermosa y astuta viuda un resultado más pronto y más brillante de sus manejos, ni áun su misma amiga lo hubiera soñado tampoco al darle su ingenioso consejo. Seducir á un hombre melancólico y severo como era el Conde le parecia empresa muy difícil, y no confiaba en que Leocadia pudiera lograrlo; pero lo superficial y gracioso gusta y enamora más al sexo fuerte, que lo bueno y modesto; sabiendo poner al servicio de las miras femeniles el egoismo del hombre, se alcanza todo lo que se quiere; no le mostreis jamas heroicas virtudes, porque acaso se espantará

al contemplarlas cerca de su pequeñez; pero aduladle, no sólo en sus virtudes, sino en sus defectos; mostradle como una gracia cada una de sus imperfecciones; decidle que le adorais por ellas; mostradle que sabréis alegrar su vida y hacerla agradable, blanda y dichosa, y nada más necesitais para hacer de él un instrumento; el hombre se deja prender en las más espesas, en las más sofocantes redes, con sólo que á su parecer estén cubiertas de flores.

VIII.

Era la tarde de uno de los últimos dias de Febrero. El sol, sereno y brillante, alumbraba aún con toda su fuerza, pues serian las cuatro, y se filtraba por los *stores* de seda y las colgaduras de raso de un soberbio palacio de la calle Ancha de San Bernardo, una de las más grandes y alegres de la villa y córte de Madrid.

Precedia al palacio un gran patio, cercado por un arriate de flores, y en el que paseaban muchos criados y palafreneros: este patio estaba rodeado por bancos de hierro pintados de verde, y semejantes á los que se ven en los jardines.

En el fondo del gran patio se abria una anchurosa puerta de cristales de dos grandes hojas y forma ojiva: la manecilla, los tiradores y todas las bisagras eran de hierro dulce, brillante como la plata ó el acero bruñido; la puerta era de encina, sólida y preciosa á la vez, y cincelada como un mueble de gran valor.

Abierta la puerta, se descubria la escalera de mármol blanco como la nieve, con pasamanos de bronce y barandilla de hierro calado como un encaje; y despues de subir algunos escalones, adornados á ambos lados de grandes macetas, se abria otra gran puerta que ocupaba el centro del vestíbulo.

Dos grandes lebreles ingleses, echados sobre una alfombra turca, eran los perennes guardadores de aquel lugar; cuando entraba alguno, alzaban sus finas é inteligentes cabezas, pero no aullaban ni daban muestra alguna de humor irascible y colérico; si era algun amigo, se levantaban y le saludaban con alegres movimientos de la cola.

A uno y otro lado de este espacioso vestíbulo, decorado con dos grandes estatuas de mármol negro, que sostenian dos colosales candelabros de bronce dorado, cargados de bombas de cristal, se hallaban las habitaciones: entrarémos en el ala de la derecha, donde estaban las del dueño de aquella espléndida mansion, del Conde Marcelo del Villar.

Una antesala suntuosa precedia á un espléndido salon, dentro del cual se hallaba su despacho ó gabinete de trabajo, vestido severamente de cuero de Rusia con arabescos de una finura y delicadeza exquisitas; una mesa de ébano con incrustaciones de bronce; dos altos armarios de igual clase; grandes y soberbios cuadros de caza y guerra; una panoplia de armas de todos los países, desde las más raras hasta las más modernas, y dos ó tres muebles antiguos y de gran mérito artístico para guardar dinero y papeles, componian el rico decorado

de aquella anchurosa estancia; las ventanas tenian espesas cortinas de terciopelo forradas de seda, con el blason bordado en el centro, y en sedas de vivos colores de las armas de la casa.

Diseminados en elegante desórden, se veian algunos sillones tallados y de épocas distintas, tapizados con cuero igual al que vestian las paredes: era uno un cómodo Voltaire; otro, un sillon á lo Luis XIV, forrado de damasco Pompadour; ante la chimenea de mármol tallado formaban semicírculo algunas butacas de elegante forma, y bajo el colosal espejo que coronaba la meseta habia un juego de bronces de reloj y dos copas, que valian una gran fortuna.

La alcoba, espaciosa, alumbrada por una gran ventana que daba al jardin, y separada de la pieza por esbeltas columnas de pórfido con venas oscuras, contenia un lecho y un armario de vestir; frente á la entrada habia un gran estante lleno de libros, y á los piés del lecho se veia una puerta que daba acceso al cuarto de baño y tocador.

Todas estas habitaciones tenian un carácter de rara elegancia, de distincion perfecta, pero tenian tambien el sello de una profunda tristeza.

Todo era en ellas sombrío: los tapices, los cuadros y hasta los muebles; las espesas cortinas de las ventanas interceptaban la luz clara y radiosa del sol, que tanto alegra el corazon de quien la contempla, cuando está libre de penas.

Si en la cámara de Marcelo reinaba la sombra, en cambio el salon que la precedia estaba inundado de sol y de



claridad: todo vestido de damasco púrpura, con medias cañas de oro, adornado de soberbios cuadros, lleno de flores raras y preciosas que exhalaban aromas penetrantes; cargadas las consolas de estatuitas de mármol, de copas de bronce y de juguetes de plata y de Sevres, aquel gran salon parecia anunciar alegría, fiesta y ventura.

Huyendo sin duda de las sombras de su dormitorio, Marcelo se habia acomodado en un sitial del salon: las ventanas abiertas daban al jardin, del que subian los penetrantes perfumes precursores de la primavera; algunos rayos de sol se quebraban en la alfombra de terciopelo, cuyo fondo carmesí hacía resaltar la viveza de las flores de que estaba sembrado; dos pajarillos cantaban en dos jaulas de marfil y plata suspendidas ante las dos ventanas por gruesos cordones de seda carmesí.

El Conde, sentado en un sillon de forma señorial, tenía delante un velador que contenia dos ó tres periódicos, una cigarrera de plata llena de habanos y una mecha del mismo metal, con una bandejita ovalada para echar la ceniza; leia con atencion, pero de vez en cuando quitaba el cigarro de los labios, separaba la vista del periódico y quedaba entregado á pensamientos que no debian ser tristes, pero que embargaban toda su atencion.

Durante uno de los intervalos en que leia, se abrió suavemente la puerta del salon, y una jóven entró en él sin hacer ruido.

Traia en la mano un plato de rica porcelana, y en él algunas hojitas verdes y algunas flores del campo; dirigióse á una de las dos jaulas, desató el cordon sujeto á un clavo dorado que se hallaba en un ángulo de la ven-

tana, hizo descender la jaula y empezó á adornarla con las hierbecillas y las flores, que el jilguero empezó á picotear alegre.

—¿Cómo, Cristina, no has salido?—preguntó el Conde, que habia levantado los ojos.

—Aun no, papá—contestó dulcemente la jóven.

—¿No ha venido tu abuela?

—Mamá no ha venido todavía—repuso Cristina, corrigiendo modestamente á su padre.

El Conde le envió una mirada de enojo.

—Deja á tus pájaros y vén aquí—le dijo.

Cristina obedeció.

—Siéntate aquí, á mi lado—continuó Marcelo—y respóndeme lealmente á lo que te voy á preguntar.

Cristina ocupó el asiento que su padre le señalaba, y esperó lo que iba á decirle con una tranquilidad triste.

—Dime, hija mia—empezó el Conde;—¿por qué das á tu abuela el dictado de madre?

—¡Porque al perder la mia hallé un consuelo en no dejar de pronunciar tan dulce nombre!—respondió Cristina con acento alterado.

—Y entónces, ¿cómo vas á llamar á mi mujer cuando yo me case?—preguntó severamente el Conde.

—Padre mio—respondió Cristina con una dulzura triste y tan léjos del temor como de la altanería;—¡cuando yo empecé á llamar á la Condesa de la manera que hoy te desagrada, no podia pensar en que jamas volvieras á casarte!

—¿Y por qué, señorita? ¿Se puede saber?

—Sí, padre mio; de todo cuanto digo y pienso puedo

dar explicacion: no podia pensar en que volvieras á casarte, porque era muy niña; lo mismo he dado desde que sé hablar el dulce nombre de madre á la Condesa que á la que me llevó en su seno; ésta no se oponia, y cuando la perdimos, ¿cómo dejar y por qué dejar tan larga y dulce costumbre?

El Conde guardó silencio; no sabía qué responder á las dulces y mesuradas respuestas de su hija; y sin embargo, la conversacion debia prolongarse, y era imprescindible que así sucediese.

Despues de algunos momentos de silencio, Marcelo tomó al fin la palabra conociendo lo embarazoso de la situacion.

—Mi querida Cristina—dijo tomando la mano de su hija—acaso he empezado la explicacion que quiero tener contigo de una manera poco conveniente: sabes que voy á unirme á otra mujer, y deseo saber qué sitio le darás en tu consideracion y en tu cariño.

Cristina palideció; sus labios temblaron; era una criatura nerviosa é impresionable hasta el exceso; pero dominando su emocion con un esfuerzo de su voluntad, contestó:

—Le daré en mi consideracion exterior el sitio que debo dar á la esposa de mi padre.

—¿Y en tu consideracion interior?

—El sitio que merezca.

—¿Y en tu corazon?

—Ninguno, padre mio; el corazon da lo que puede, y no lo que debe ó quiere.

Al pronunciar Cristina estas palabras, su palidez era

mayor que ántes; dos ó tres menudas gotas de sudor perlaban su frente; sus labios temblaban como las hojas de una rosa azotadas por el viento.

—¿De modo—dijo dolorosamente el Conde—que aborreces á Leocadia?

—No, papá; soy cristiana, y no sé aborrecer; pero no le perdono el que se haya atravesado en el camino de una familia que ningun daño le habia hecho.

—¿Y crees que ella nos lo hará?

—¡Ya nos ha hecho tanto, padre mio!

—¿Tendrias á bien explicarme cuál ha sido?

—¡Cuál ha sido! ¡Quitar á Daniel el título y las riquezas que hoy son tuyas y que debia heredar si tú no tuvieras hijos; darme á mí hermanos que me robarán la mejor parte de tu cariño; ocupar el sitio de mi buena y santa madre; tener en su poder á Daniel por medio de su hija! ¡Ah, padre mio, esa mujer es mi mayor, mi sola enemiga sobre la tierra!

Y Cristina prorumpió en sollozos al decir estas palabras.

Su padre iba á contestarle, y tiernamente sin duda, á juzgar por la expresion de su semblante; pero un criado anunció desde la puerta del salon con voz contenida:

—¡La señora Condesa!

Cristina pasó el pañuelo por sus ojos, y se levantó para recibir á su abuela: el Conde le salió tambien al encuentro.

—¿Qué es esto?—pregunto María, mirando á la jóven.—¿Qué tienes, hija mia? ¿Por qué lloras?

—Son niñadas, mi querida María—repuso el Conde,

de cuya alma se habia ya borrado hasta el último recuerdo del amor de su adolescencia por aquella mujer;— á mi hija se le ocurre llorar ahora por mi casamiento.

—¡Ahora!.....—repitió Cristina.—¡Hace un mes que no dejo de verter lágrimas!

—¿Y por qué?—dijo la Condesa dulcemente y llevándose de la mano á Cristina hácia un canapé, en el que la hizo sentar á su lado.—¿Por qué llorar así? ¿Por qué afligirte de ese modo, hija mia? Hágase en todo la voluntad de Dios. Tu padre es dueño de hacer la suya; es jóven todavía, y no ha podido renunciar al amor.

—¿No le bastaba mi compañía?—suspiró Cristina.

—No es tu compañía la que él necesita: dado toda su vida á la misantropía, no es tu carácter apacible y tranquilo lo que podia distraerle: no alumbra bien la luna—prosiguió la Condesa bajando la voz—la oscuridad del valle, y mejor se alumbra con la luz de los relámpagos. No hay entre tu padre y tú esa perfecta simpatía de carácter que hace de la vida un eden, que une dos almas como una sola: así, hija mia, déjale buscar lo que al parecer suyo necesita su corazon, y pide al cielo que no se engañe.

—Pero ¡y yo! ¡y yo!.....—exclamó la pobre jóven.

—A tí te quedo yo, pobre niña: sola como tú, aislada de todo amor en la tierra, porque el corazon de mi hijo me ha sido arrebatado, uniré mi soledad á la tuya, y á las tuyas mis penas; nuestra vida será de hoy en más dedicada al dolor y al sacrificio; pero ¿qué importa? Bendigamos al cielo, que tan hermosa parte nos da de la vida, porque es tan corta, que llega muy pronto el dia

del juicio eterno y de las compensaciones perdurables.

Las lágrimas de Cristina parecieron correr con ménos violencia y ménos amargura; el dolor que levantaba su pecho con suspiros apresurados, se suavizó como por milagro, y en silencio pareció saborear los dulces ecos de aquella voz amiga, llena de encanto y de persuasion.

El Conde, sentado á alguna distancia, no oia distintamente lo que hablaban; y ora saboreaba su cigarro, enviando al espacio largas espirales de humo azulado y aromático, ora fijaba la vista en el periódico extendido sobre la mesa, aparentando leer, pero sin leer en realidad.

Comprendia, sin embargo, lo importante que era para su tranquilidad la conferencia de la Condesa con su hija: conocia y estimaba altamente la rectitud y dignidad del alma de aquélla, su virtud inmaculada, la gracia y atractivo de su persuasion; y se decia que todas las tempestades del alma de Cristina quedarian apaciguadas con la suave influencia de María de Guzman, de aquella que habia sido hija ejemplar, esposa incompararable, madre amorosa y llena de ternura.

Aprovechemos estos instantes en que Cristina escucha la voz amiga que se desliza en sus oidos, para que yo pueda, lector mio, presentarte á esta jóven, con la que vas á entablar más íntimo conocimiento en el curso de esta historia.

Llegaba Cristina del Villar á los veinte años de su edad, y jamás jóven de nuestra sociedad ha presentado un tipo más atractivo é interesante sin ser bonita: su estatura, alta y esbelta, era proporcionada y elegante;

su tez, de un trigueño claro, era pura y débilmente rosada; dos grandes y hermosos ojos negros, parecidos á los de su padre, iluminaban su fisonomía graciosa, inteligente y sentimental; tenía la boca de córte delicado y del más bello color de rosa; eran sus labios finos, y se unian sobre una fila de blancos dientes, ó se separaban como dos cintas de coral pálido, unidas por otra de nácar; la nariz fina y graciosa, y las pestañas abundantes y sedosas; el cabello copioso y oscuro; todo este conjunto no daba, sin embargo, á Cristina lo que suele llamarse hermosura, porque una profunda melancolía robaba á su lindo rostro todos sus esplendores.

Esta tristeza profunda habia nacido á la muerte de su madre: el precoz talento de aquella niña de doce años le habia hecho adivinar que Luisa llevaba con ella á la tumba toda la alegría, toda la ventura de su hija; que sólo Luisa habia podido aclarar é iluminar temporalmente las sombras del alma de su marido, y que muerta ella, Cristina podia contar poco con el amor de su padre, que era más bien hombre de impresiones que de sentimientos.

Así el alma de la huérfana se entristeció mortalmente, y se acogió á la ternura de su abuela política con un afecto completamente filial: dióle el dulce nombre de madre, y se vió amada, no con la misma ternura que siempre, sino con mucha más, pues la Condesa queria amar á la pobre huerfanita por la madre que habia perdido y por sí misma.

Los temores de Cristina se cumplieron: su padre cayó en una oscura misantropía: pasaba las semanas sin di-

rigirle la palabra, y aunque la niña entraba á verle todos los dias, apénas le hablaba, apénas dejaba un beso en su frente, pues Marcelo sufria al recuerdo de Luisa, que hallaba siempre vivo en su corazon al acercársele su hija; el Conde era hombre y egoista.

Sin embargo, en el alma apasionada de Cristina habia siempre un fondo de tristeza, una sombra densa: aquella alma, que se ocultaba bajo una apariencia suave y quizá algo fria, era profunda en sus afectos y firme en sus antipatías: como los lagos cuanto más honda es su superficie, aparecen más serenos, así era Cristina; la indiferencia, el despego de su padre, la hacian sufrir cruelmente: ella le amaba con ternura, con abnegacion; le adoraba en el fondo su alma, y la indiferencia del Conde era para la pobre niña un martirio insoportable.

¡Pero de qué claros y radiosos resplandores se iluminó la vida aquella niña con el cariño de Daniel! Como la débil hiedra que nace cerca de un lozano arbusto y á él se enlaza para sostener su debilidad y su aislamiento, así el corazon solitario de Cristina se adhirió á la vida de su primo, dichosa con amarle y sin pensar mucho en que podia ser amada, y que la primera y más imperiosa exigencia de la pasion es la correspondencia y la reciprocidad.

Cristina era una niña inocente, y halló tan grande encanto en amar y en el cariño que su primo le manifestaba, que nada más pedia á la vida: ya miraba saldadas sus cuentas con el cielo; ya se decia que era suya tambien una parte muy grande de ventura, y que se hallaria fuerte y resignada para sufrir todas las tristezas y todos

los dolores, ménos el de dejar de ver y amar á Daniel.

¡Cruel burla de los destinos humanos! Éste era, y no otro más pequeño, el dolor que tenía el porvenir deparado á Cristina: con la perspicaz mirada de quien ama, vió la desgraciada niña los primeros esplendores y la primera florescencia del amor de Daniel; pero á poco vió írsele escapando aquel corazon noble que ella adoraba: víctima destinada por el cielo al más inmenso de los sacrificios, hubo de resignarse, y se resignó, llorando sobre el seno de la Condesa, de aquella segunda madre que debia al cielo por un resto de piedad.

Cristina sufrió noblemente su tortura sin una queja, sin una lágrima ostensible, sin ningun signo exterior de una debilidad que no cabia en la nobleza de su carácter. Dios le dió la fuerza, pero Dios solo supo cuántas fueron sus angustias, de qué mortal desaliento se vió agoviada, y como la locura estuvo á punto de clavar su terrible garra en su jóven cerebro.

La calma siguió á la tormenta: el dolor tiene su medida, medida que no es igual en todas las almas, sino que es mucho más profunda en algunas que en otras; pero al fin Dios le ha puesto un límite, y á él se llega con más ó ménos esfuerzos.

A los diez y ocho años hay tanta vida en el corazon y en la imaginacion tantas flores, que el dolor, por amargo que sea, no suele ocasionar la muerte: la esperanza sonrie á lo léjos como una hada bienhechora, y nos muestra sus extensos jardines y sus praderas de esmeralda. Cristina, sin quererlo y sin saberlo, se consoló: era ferviente cristiana: se sabía inocente de toda cul-

pa, y nada hay que sea tan consolador y tan dulce en las tinieblas del dolor, como la serenidad del alma.

—Amaré á Daniel como á un hermano—se dijo—y cuidaré á sus hijos, que miraré como mios, porque yo no me casaré nunca.

Algunos meses se pasaron en una paz melancólica: de repente, y como un rayo que rompe con ímpetu las nubes, llegó hasta Cristina la nueva del matrimonio de su padre: el ama de llaves de su casa, que habia sido muchos años doncella de su madre, le contó con todos los detalles cómo la viuda de Torres habia ido á ver al Conde con un frívolo pretexto, cómo le habia seducido como á un muchacho, cómo él habia ido á verla, y cómo se habia enamorado ciegamente.

—¡Quién habia de pensar—prosiguió la buena mujer—que el señor Conde cayera en tan grosero lazo!..... ¡Ah, señorita, mucha culpa tiene V. de lo que ha sucedido, por no estar en casa más que á las horas de dormir y por desentenderse así de su señor padre!

—¿Y qué habia de hacer, Juana?—exclamó Cristina ahogada su voz en lágrimas amargas.—¡Mi padre no queria mi compañía! ¡Huia de ella para estar siempre solo!..... ¡Mi inocente amor no bastaba para alumbrar su sombra interior, ni para llenar el vacío de su alma!

—Ya lo creo—respondió Juana, que era mujer de no vulgar inteligencia;—ya lo creo, señorita: el cariño de una hija es una cosa muy fria y muy pequeña, comparado con las malas artes de esas aventureras.

Cristina soportó con gran trabajo aquel nuevo dolor: siempre habia lamentado la indiferencia de su padre há-

cia ella; pero al saber que se casaba, le pareció que le perdia para siempre, y le lloró como si hubiera dormido ya bajo su tumba.

Conociendo, sin embargo, ya por los consejos de su abuela y ya por su propio buen juicio, que nada adelantaria con la ostentacion de su pena y que se la confundiria con el vulgo de las hijas egoistas y envidiosas, procuró revestirse de una serenidad triste, ó más bien de una resignacion tranquila que no la pusiera en evidencia ante la pública curiosidad, exponiéndola á la malevolencia de la futura esposa de su padre, y de su hija, la futura esposa de Daniel.

En el dia en que la vemos al lado de su padre, despues de dar de comer á sus pajaritos, Cristina no estaba más triste que los demas dias: el cariño y la prudente intervencion de su abuela, la sostenian en aquellas largas horas de dolor y de amargura: al oir las palabras de consuelo de la Condesa, ya hemos dicho que sus lágrimas corrieron ménos amargas y que la serenidad volvió á su pecho.

—Sí, madre mia, seré valerosa—dijo estrechando fuertemente la mano de la Condesa—y huérfana de todos los amores, miraré en la tierra á los desdichados y á Dios en el cielo.

—Vamos á salir, como habiamos pensado—repuso la Condesa;—el buen parecer exige que compremos los regalos de boda para las señoras de Torres: no quieras dispensarte jamas, hija mia, de lo que la sociedad exige: reñir con sus leyes, es aislarse: despídete de tu padre, y vámonos.

Cristina se acercó dócilmente á su padre, le tomó la mano, y le dijo:

—Adios, papá.

—Adios—contestó friamente Marcelo; y volviéndose á la Condesa, añadió:—Adios, María.

—Vamos á buscar cuatro lindas alhajas, aunque sean muy sencillas—dijo alegremente la Condesa;—dos para Leocadia y dos para Adriana: serán el doble regalo de boda de Cristina y el mio.

—Aconseja á esa niña sentimental y rebelde—dijo el Conde—y díle que yo tambien he tenido madrastra, y no he sido desgraciado.

—Eso es una delicada lisonja para mí, que ocupé el sitio de tu madre—observó la Condesa;—pero confiesa que los dos primeros años me aborreciste.

—Luégo te adoré.

—Y yo espero que Cristina profesará á su nueva madre una amistad sincera al cabo de algun tiempo; no la reconvengas, Marcelo: espera con calma la curacion de su alma ulcerada: en asuntos de sentimiento se hace lo que se puede, y no lo que se quiere.

Cristina, que había sido espectadora inmóvil y muda de este coloquio, obedeció á una señal de la Condesa, y puso un beso en la frente de su padre, saliendo despues ambas del gran salon.

PARTE SEGUNDA.

I.

> Confia tu nave á los vientos y la mar, pero no tu corazon á una mujer, porque las ondas son ménos pérfidas que ellas.—CICERON.

¿Para qué entrar en detalles minuciosos de las bodas en que las señoras de Torres enlazaron para siempre sus nebulosos destinos, á los de dos hombres dignos, honrados, de ilustre cuna y alma noble y leal?

No necesitamos asegurar, conociendo el carácter de Leocadia, que se solemnizó el nuevo casamiento con un espléndido banquete y un baile magnífico; que Leocadia lució en ambas ocasiones pedrerías dignas de una emperatriz. Que Adriana se presentó más hermosa, más seductora que ninguna de las jóvenes de su edad. Que Daniel estaba embriagado y como loco de felicidad, contemplando á su adorable esposa: que su hermano, ó sea el Conde del Villar, estaba radioso y rejuvenecido veinte años, y que Clotilde, la Baronesa de la Calzada, aquella astuta amiga que habia dado á Leocadia la primera

idea de aquel casamiento, la coqueta de cincuenta años, amaestrada en todas las luchas y en todas las dificultades de la vida, miraba con lástima á los dos hermanos, á los dos novios, dueños ya respectivamente de la bella Adriana y de su más bella madre.

¡Cosa extraña! cada vez que Clotilde miraba á sus dos amigas, aparecia tambien en sus ojos una expresion de conmiseracion profunda; parecia como que las miraba de antemano como víctimas sacrificadas á una fatalidad desconocida de ella tambien, pero que presentia y adivinaba.

De raso blanco cubierto de encajes habia sido el traje de Adriana para la ceremonia nupcial, y el de su madre, color de lila, de faya, asimismo cubierto con una túnica de encaje blanco, prendida con camelias rosadas sujetas por broches de brillantes; en vez de velos largos, habian llevado las dos velos pequeños á la española, de encaje blanco tambien, y que no llegaban á cubrir el talle.

Adriana llevaba en el lado izquierdo del peinado una pequeña corona de capullos de azahar alternados con capullos de perlas finas; un ramo de azahar prendia su velo en el pecho.

Todo el adorno de Leocadia era de camelias rosadas y de gruesos y límpidos brillantes; y aquéllas dos sábias combinaciones de una mujer maestra en el arte de la elegancia, resumian todo lo que de más bello puede imaginarse, y oscurecian todas las que habian intentado las demas mujeres.

La madre y la hija se miraban con muda admiracion; las dos se hallaban bellas hasta lo imposible; las dos se

admiraban y se amaban con esa solidaridad de espíritu que las unia en sus tenebrosos pensamientos; en Adriana habia lados luminosos; no era un alma pervertida, era un alma débil, incapaz de sacrificio, pero no exhausta de buenas tendencias, ni incapaz de alguna ternura.

Conducirémos al lector, tres meses despues de celebrados los dos casamientos, á un elegante y espacioso hotel del paseo de Recoletos, morada del más jóven de los dos matrimonios, de Daniel y de Adriana: la condesa María no habia querido dejar su modesto hotelito del paseo de la Castellana, situado á poca distancia del que ocupaban su hijo y la jóven esposa de éste.

Leocadia, la madre de Adriana, vivia en la gran casa de su marido, en la calle Ancha de San Bernardo, y Cristina, por consejo de su abuela, vivia en el mismo y en compañía de su padre y de su madrastra, que la trataba con una cortesía un poco altanera y enteramente exenta de toda cordialidad.

—Hija mia—habia dicho la Condesa á Cristina—tú no debes dejar la casa de tu padre, aunque éste se case de nuevo; las posiciones falsas son siempre embarazosas y tristes para quien las crea ó las acepta; la vida es por sí bastante penosa sin crearse nuevas dificultades; dejo á tu buen juicio y á tu corazon el pensar si, en la soledad en que me quedo, me sería grato tenerte á mi lado, si me sería dulce y consoladora tu compañía; pero ante el deber deben callar todas las aspiraciones del corazon; tu deber es estar al lado de tu padre; y si elementos enemigos ponen en juego, para que abandones el techo paternal, sordas y pérfidas maquinaciones, sopórtalas con

paciencia, y que nada ni nadie te haga dejar ese sitio que la ley, la sociedad y el deber te han designado.

—¡Oh madre mia! cuánto mejor estaria al lado tuyo —suspiró Cristina.

—¿Y crees que yo no te hallaré falta en mi soledad? —repuso la Condesa;—¡en mi soledad, que ahora va á ser tan completa y tan triste! pero, hija mia, resignémonos á la voluntad de Dios y hagamos nuestro deber; el saber sufrir es la gran ciencia de la vida; tu sitio es al lado de tu padre; el mio, por hoy, es mi solitaria casa.

Cristina obedeció como siempre; era un corazon destinado desde la infancia al sacrificio; pero hallaba un consuelo profundo en obedecer aquella dulce voz que le enseñaba el camino del deber. ¡Feliz en este mundo el desdichado que tiene una guía tierna é ilustrada que le sirva de amparo y de sosten!

Los esposos quedaron solos y completamente dichosos; se adoraban. La vida de Daniel era una completa y perpétua embriaguez; sólo él hubiera podido decir las monerías increibles de Adriana, su gracia infantil é indolente, su coquetería nativa y que matizaba de mil encantos todos sus movimientos. ¡Era tan dulce, tan lánguida, tan adorable! ¡Nada pedia y todo lo deseaba! La sonrisa de sus labios se aliaba á la de sus ojos medio dormidos, que estaban llenos de centellas y de promesas.

¡Para Daniel todo eran gracias en su mujer; gracias dulces, inocentes, incomparables! Y esta criatura maravillosa amaba á su marido con toda el alma y con toda la vehemencia de la pasion primera.

Entren con nosotros los benévolos lectores á un gabinete que sirve de alcoba nupcial, y hallarán en él á los dos esposos: es una habitacion extraordinariamente lujosa, vestida de raso de Lyon color de topacio, con ramilletes azules; inmensos espejos ocupaban los cuatro ángulos; los muebles parecen hechos para la más refinada molicie: divanes sin respaldo, pufs de gran tamaño; un lecho de reposo al lado del balcon, y un lecho esculpido, con cortinas de raso topacio recogidas con cordones de seda azul; una papelera antigua y una lámpara de flores; tal era, con algunos sillones, el mueblaje de este aposento.

Pero la inercia y el desórden se advertian en todos los detalles: sobre una mesa, un pañuelo de batista con rico escudo bordado é impregnado de un fuerte perfume, si bien excesivamente manchado y ennegrecido; sobre una silla, un peine de concha; en un rincon y caido en el suelo, se veia un bastidorcito de falda que contenia una tapicería empezada; más allá, tirado un elegante peinador de muselina con ricos bordados y lazos color de rosa: tendida en el lecho de reposo estaba Adriana; llevaba una bata de cachemir listado, de blanco y rosa, y sus abundantes cabellos, de un rubio vaporoso y ceniciento, se escapaban en largas mechas de una toquilla de blonda blanca, anudada bajo su barbita delicada, encantadora y adornada de un gracioso hoyuelo.

Adriana era alta, y su estatura ocupaba todo el canapé ó lecho de reposo, sobrepasando aún sus piés; uno calzado con una chinela de razo azul le tenía apoyado graciosamente en el respaldo del lecho; el otro, calzado

de una elegante media de seda color lila, colgaba fuera del canapé y hasta el suelo; la chinela se hallaba á alguna distancia, pues se habia caido del pié, y la linda propietaria de éste, no se habia cuidado de volver á calzársela.

Las manos de Adriana, largas y afiladas, blancas como el nácar y cruzadas de venas azules, salian de una nube de encajes que guarnecian su chambra; otra nube igual, si bien más ajada, acariciaba su cuello; con los ojos perdidos en el espacio, la actitud seductora y provocativa, la boca sonriente y soñadora, la jóven esposa jugaba con los cordones de su bata, y parecia sumida en la voluptuosidad de su dicha.

Daniel, de pié al lado de los cristales de la ventana, miraba á los árboles del paseo, y tocaba con los dedos una sonata imaginaria; su cara hermosa y expresiva pintaba una dicha profunda; pero de vez en cuando asombraba sus facciones una expresion de fatiga, y pasaba por sus ojos un relámpago de zozobra y de inquietud.

Despues de algunos instantes de silencio, se volvió hácia su mujer, fué á hablar, se detuvo, y volvió á su sonata en los cristales.

Por fin, cansado ya de aquella diversion, se volvió bruscamente hácia Adriana, y pareciendo tomar una resolucion, le dijo:

—Querida mia, ¿no te veré yo hoy en pié?

—¡Estoy aquí tan bien! — murmuró dulcemente Adriana.

—¡Te has levantado á las doce, has almorzado y has vuelto á tenderte ahí: ¡son las cuatro!

—¿Y qué importa?

— A tí, nada, ya lo veo; pero á mí me aburre el estar solo.

—¿Pero no estoy yo contigo?—preguntó Adriana ahogando un bostezo.

—No: no te oigo la voz, y á veces creo que te has dormido; me he cansado de leer, de fumar, de tocar el piano; vamos, Adriana, levántate, vístete y saldrémos; hace una bella tarde de primavera.

—Pues vén á que te abrace y me levanto.

Daniel se arrodilló ante el canapé, y apoyó sus labios en la blanca mejilla de la mimosa niña; ésta le echó al cuello sus dos brazos.

—¡Estar así contigo es el cielo!—murmuró dulcemente Adriana—¿por qué salir de casa ni buscar el fastidio, dejando la dicha?

—Adriana, no volvamos á lo que ya estás haciendo hace tres meses; ¿no hemos de pasar la vida juntos? ¿Por qué te empeñas en no salir, en no ir á ninguna parte desde que nos hemos casado? ¡Esto es fatigoso!

—Para tí, acaso; pero no para mí,—dijo Adriana con acento de triste reproche.

—Lo es para los dos, no discutas acerca de eso: levántate y vé á vestirte; ¡quiero salir contigo, quiero lucir á mi mujer!

—¡Sea!—dijo Adriana sentándose en el lecho; y desatando la toquilla que sujetaba sus cabellos, cayeron éstos por sus hombros y espalda como un manto de seda.

—¡Qué hermosa estás así!—exclamó su marido con involuntaria admiracion.

Alcanzó el lindo chapin de raso, y lo puso en el pié de Adriana, pequeño y delicado como el de una niña.

—¿Te parezco bonita así?—preguntó con coquetería.

—¡Me pareces adorable!

—Siéntate aquí un instante á mi lado.

—¡Adriana, por Dios, que es muy tarde!

—¡Un momento solo!

Daniel se sentó dócilmente. Adriana apoyó en el hombro de su marido sus dos manos cruzadas y en ellas su cabeza: el fuerte perfume de sus cabellos, desatados subia hasta el cerebro de su marido.

—¡Serías capaz de dormirte así otra vez!—dijo Daniel levantándose impetuosamente para sacudir el filtro: —¡vamos, ni un minuto más! Vé al tocador.

En aquel instante sonó el timbre de la puerta; se oyó el crujido de un traje de seda, y Leocadia, ya Condesa del Villar, bella, radiosa, alegre y triunfante, entró en el dormitorio.

Adriana volvió á recostarse en el canapé con los cabellos esparcidos y sin tomarse la pena de recogerlos.

—¡Mi adorada Adriana, mi ángel, mi cielo!—exclamó echándose de rodillas al lado de su hija:—¿estás mala? ¿qué tienes? ¿qué te sucede?

—¡Cómo!—exclamó airado Daniel:—¿has vuelto á recostarte otra vez?

—¿Y qué más da, miéntras hablo con mamá?—respondió tranquilamente Adriana, devolviendo á su madre sus caricias:—calla un instante y me levantaré.

—¿Y por qué te has de levantar si no tienes ganas,

amor mio?— exclamó la Condesa:—¿quién te obligará á ello?

— Daniel se empeña en que he de salir á paseo.

— ¿Serás tan tirano, amigo mio?—exclamó la jóven madre:—¿No sabes que nuestra niña no está buena, que la acometen mareos y que es muy delicada?

—¡Pero, señora, si la vida que hace no puede ser más nociva y más perjudicial!

— Cuando no sale, es porque no tiene gana; por consiguiente, déjala.

—¡Entónces, me voy solo; yo necesito respirar el aire libre! Me ahogo en este aposento cargado de perfumes y cuya temperatura es sofocante por lo cálida.

—¡Como que estamos en Abril, y teneis una chimenea muy fuerte!

— Es Adriana quien lo quiere así.

— ¿Vendrás pronto?—dijo Adriana lánguidamente.

— Sí: voy sólo á ver á mi madre; pero sal tú con la tuya, ya que no quieres salir conmigo.

—Eso no sería justo, ni yo lo permitiria,— dijo melosamente la viuda: — saldrá contigo esta noche para venir á mi casa; es mi dia de recepcion.

Daniel salió, y la madre y la hija quedaron solas.

Ambas lo deseaban; un lazo fuerte é inquebrantable unia á aquellas dos criaturas. Fuerte la una para el mal, débil la otra para el mal como para el bien. Leocadia era la fuerza, la guía de su hija. Adriana adoraba á su madre.

Esta última empezó á dar consejos á la jóven, lenta, dulcemente, con su voz de sirena y sus acentos con inflexiones extrañas, variadas y llenas de encanto.

Quitóse el sombrero y los guantes; levantó á su hija como á un niño; la sentó en el sofá, y tomando en sus pequeñas manos la copiosa cabellera desprendida, empezó á trenzarla y á recogerla.

— Basta ya de molicie y abandono, la decia á media voz: el mejor de los maridos se cansa tambien, amor mio, de mimar siempre; tan sólo una madre no se cansa jamas; yo te idolatro, él no hace más que amarte; contémplale y mímale á tu vez, no porque yo desee que le ames, sino porque él siga amándote: si te apasionáras de Daniel serías desgraciada, y yo no quiero que lo seas; el amor es una tortura; yo quiero librarte de ella; huye por tu parte, que te adore tu marido para que puedas dominarle, pero tú no le ames; házle, sí, que te complazca en todo; para eso ha nacido pobre; para eso me lo deberás todo á mí, y esa es mi gloria mayor. ¡ Sí, por tí me he casado con ese misántropo aborrecible, para que tengas dinero á manos llenas; ahora verás lo que te traigo, y ademas tienes ya en casa un maravilloso traje de baile para el que voy á dar... y joyas nuevas ! ¡ Ya verás, ya verás !

Adriana escuchaba á su madre como una embriagadora melodía; todo su débil sér se estremecia y palpitaba con aquellas palabras tiernas é impregnadas de un veneno sutil. ¿ Qué idea de fortaleza, de virtud, de deber, de sacrificio, podia albergarse en aquella alma, así mecida, así mimada, así torcida en toda idea noble y grande?

Leocadia dejó el pelo enrrollado en la parte superior de la peregrina cabeza de su hija, é hizo morder el ro-

dete á un peine de concha, que le dejó sujeto al ménos por el pronto; y despues, sacando del bolsillo de su paletot de terciopelo una carterita de marroquí rojo, la puso en la falda de su hija.

Estaba llena de oro y de billetes de banco, segun mostró en su seno, al abrirla Adriana sonriendo.

—¿Cuánto hay, mamá? — preguntó con indolencia.

—¿Qué sé yo? no he contado; dos ó tres mil duros; en aquellas arcas de hierro no hay que contar para sacar dinero: gasta y pide cuando se acabe, porque de seguro, ese imbécil de Daniel no gana con su bufete ni para tus guantes.

—¡El primer mes gastamos la asignacion de su hermano!—dijo la jóven riendo.

—¡Lo creo! gran asignacion!

—Aun tiene ménos la Condesa, su madre.

—No le des ese nombre—observó Leocadia, cuya fisonomía tomó una expresion trágica:—ya no hay otra Condesa del Villar que yo.

—Pero tambien llaman así á la madre de Daniel.

—Y hacen muy mal: dejemos esto y vén á vestirte: es forzoso que esta noche te vean en mi salon; van á presentarme un extranjero de mucho mérito.

—¿Un extranjero?

—Sí, un brasileño; se llama Don Roman da Silva; es fabulosamente rico, y pasa su vida viajando ó en un soberbio castillo con dilatadas tierras, que tiene á algunas leguas de Rio-Janeiro; me lo presenta Clotilde que le conoció en París, donde hacía gran papel en la alta socie-

dad, no sólo como hombre de mundo, sino como un poeta de primer órden.

—Mamá,—dijo Adriana lánguidamente— estoy mala; tengo una dejadez que no me permite andar, y me harás mil favores con dejarme en casa descansando.

—¡Descansando! ¿de qué? ¡Vas á concluir por ponerte mala de véras! Lo que padeces ya lo sé yo; te hallas al principio de un embarazo; por consiguiente, lo que te conviene es el movimiento y la distraccion; vamos, hoy como con vosotros y no me iré sin tí: en tanto llega la hora de la comida, vamos al tocador para elegir tu vestido.

Adriana se levantó del lecho de reposo, obedeciendo al fin á aquella dulce pero imperiosa presion, y apoyándose en el brazo de su madre, dió algunos pasos hácia la puerta.

—¿Y Cristina?—preguntó de repente.

—¿Qué sé yo?—respondió su madre:—apénas la veo más que cuando se sienta á la mesa dos veces al dia: ni me habla, ni le hablo, ni me acuerdo de que existe más que cuando, con bastante disgusto mio, la veo cerca de mí.

II.

Seis ó siete horas despues, los salones de los Condes del Villar resplandecian como los de un palacio encantado; la escalera, alfombrada y llena de macetas con flores; el alumbrado *à giorno*; los numerosos criados, ves-

tidos con calzon corto, casaca galoneada y medias de seda; los torrentes de luz y de armonía que se escapaban por los abiertos balcones, decian á los transeuntes que, á pesar de ser ya los tibios dias de la primavera, tenía lugar allí una fiesta que ganaba en esplendidez á todas las del invierno.

Los dichosos que habian sido invitados á contemplar las bellezas del interior estaban como extasiados: todo era nuevo allí: aunque la invitacion se habia hecho *para un baile*, apénas se bailaba, y el director de orquesta habia sido advertido para que sólo se tocase cada hora un rigodon ó un wals, de modo que se bailaban cuatro ó cinco cosas durante la noche.

Lo que se hacia más, era hablar, admirarse ó envidiarse unos á otros, tomar té, dulces y helados, y desde las dos á las cuatro, cenar sentados cómodamente en las dilatadas mesas del soberbio comedor.

Al baile se le habia dado el carácter de «íntimo».

Íntimo era, en efecto, y tanto, que la franqueza que en él se respiraba se hubiera parecido algun tanto á la licencia, á no ser por la cultura exquisita de la forma; la seriedad se habia refugiado en un grupo de hombres encanecidos que hablaban en uno de los gabinetes, y que por sus muchas condecoraciones y cruces se conocia que ocupaban en el mundo elevada categoría; los demas se divertian con bastante libertad, y cada uno segun su gusto.

Cada uno de los personajes de esta historia presentaba á los ojos de un observador inteligente un carácter distinto y extraño. El Conde, serio, grave y silencioso,

se sentaba á ratos en un ángulo del salon, y otros iba á hablar á alguno de los concurrentes, con el aire de un hombre que cumple un penoso deber. Era de nuevo el Marcelo adusto é hipocondriaco que ya conocemos; alucinado por poco tiempo con esperanzas de ventura doméstica y con sueños de amor correspondido; deslumbrado con encantos que no conocia, con brillantes ilusiones que habian turbado su firme razon, volvia á la realidad amarga de la vida; veia á aquella Leocadia tal como era, tal como él la adivinaba ántes que le hubiese administrado el filtro fatal de la seduccion, y se sentia oprimido, sofocado como con un dogal de hierro, al que se resistia su férrea voluntad.

Cerca de él vagaba Cristina, melancólica como Ofelia, y resignada como una vírgen cristiana; su traje era muy sencillo, pero de una suprema elegancia, aunque pensára lo contrario su madrastra; llevaba un vestido de crespon blanco y liso, adornado con guirnaldas de verde hiedra, entre la cual, de vez en cuando, reia una campanilla rosada ó azul; un collar de hojitas de hiedra más pequeñas que las de las guirnaldas del traje, ceñia el blanco y esbelto cuello de la jóven, y éste lindo y fresco capricho tenía una gracia indecible y encantadora.

Los hermosos cabellos negros de Cristina se hallaban sencillamente recogidos en la parte superior de la cabeza, descubriendo la nuca, gallarda y elegante, y un solo rizo, lánguido y casi deshecho, caia por su espalda, partido con una raya visible de la gran masa de sus cabellos.

No habia una vez que el Conde tendiese en torno suyo una mirada sombria y triste que no encontrase como

lenitivo los dulces ojos de su hija, llenos de ternura y de sonrisas.

Leocadia era la reina de la fiesta; nada más espléndidamente sencillo que su traje de faya blanca y mate y que su aderezo de diamantes y perlas; el traje, de moda más exagerada que todos los que alfombraban los salones con sus régias colas, estaba sobriamente guarnecido de encajes, tan ricos, que su precio representaba una inmensa suma; un grupo de lirios blancos de agua con largas hojas aterciopeladas, en las que brillaban menudos diamantes como gotas de rocío, adornaba su peinado, y otro grupo igual el lado izquierdo de su pecho; nada más sencillo y más bello.

¿Y Adriana, no la ve ya el lector en su pensamiento como una vision vaporosa y casi alada, como la personificacion de todas las elegancias y de todas las gracias?

Pues áun así quedará muy atras de la realidad, que sobrepujaba mucho á los más encantadores sueños de la imaginacion.

Llevaba un traje de faya color de rosa muy pálido, adornado de encajes blancos y de rosas de bengala, de una pureza y frescura ideales; su rubia cabellera, mal prendida y mal sujeta al parecer, formaba dos grandes lazos, batidos y vaporosos, separados por dos rosas que parecia se iban á deshojar; uno de los lazos dividia los dos bandos ondulados que coronaban dulcemente la frente abovedada y estrecha; y el otro, prendido un poco más detras, pero en la parte superior de la cabeza, dejaba volar por todas partes mechones rizados y desiguales de ca-

bellos, que rodeaban su lindo y admirable rostro de una aureola vaporosa y dulce.

Adriana, delgada siempre, lo estaba más desde que se habia casado; su talle de ninfa cabia en la mano; y no obstante, la perfeccion de su busto era extrema, y lo que se veia de sus brazos, cubiertos casi con guantes blancos de diez botones, robaba las miradas por su gracia juvenil y perfecta.

Un collar de perlas menudas de ocho vueltas ceñia su cuello, largo y esbelto como el de la Diana cazadora, y se cerraba con un broche de brillantes, ovalado y de gran tamaño.

Leocadia vagaba de grupo en grupo; reia aquí, lisonjeaba acá, aplaudia á todos, alentaba á todos, criticaba con las mujeres, daba su aquiescencia á los hombres, sabiendo que es el mejor modo de lisonjearlos, y no cerraba la boca un solo instante; su hija, de pié entre un grupo de jóvenes elegantes, departia con ellos lánguidamente, y oia sus lisonjas como una imágen recibe el incienso que le es debido.

—Si esto es un baile íntimo, ¿qué será el grande que habrá en esta casa?—decia un *gomoso* con aire de admiracion.

—Ignoro la sorpresa que mi madre les tendrá preparada, señores—repuso Adriana sonriendo.

—¿Será posible que V. la ignore?

—Nada hay más positivo.

En aquel instante Adriana sintió que la tocaban en el hombro, y se volvió, hallándose cara á cara con su marido.

—Es la una y media—dijo éste con voz que la cólera hacía temblar—y no me siento bien: retirémonos, Adriana.

La mimada niña se encogió de hombros, y volviéndose al grupo, prosiguió la conversacion, sin hacer caso para nada de su marido.

—Vamos, Adriana—repitió éste.

—¡Déjame en paz!—exclamó la jóven:—cuando no queria levantarme te enfadabas, y ahora que estoy bien, quieres llevarme á casa ántes de cenar: ¡qué tiranía!

—¡A casa!—repitió al lado de Daniel la voz de Leocadia.—¿Quién piensa en eso?

—Yo, señora—respondió Daniel lívido de despecho—quiero que nos retiremos porque no estoy bueno.

—Luégo, luégo—repuso la viuda, que tomó á su hija del brazo y la separó del grupo masculino, conociendo fácilmente de dónde nacia el enojo violento de Daniel; ahora voy á presentar esta niña al Conde.

Alejáronse madre é hija y Daniel las siguió.

—¡Qué imprudencia!—exclamó éste!—¿Crees que no han de criticarte al verte hablar media hora seguida en un grupo de hombres solos?

—Pues yo cuando iba con mamá á los salones, hablaba con quien queria.

—Es verdad: y luégo he sabido lo que decian de las dos, en cuanto á vuestros modales demasiado libres.

—Si hemos de cuidar de lo que dicen.....

—¡No hay más remedio; y ahora, si quieres que no te obligue á retirarte, siéntate!

—Ya me haces el tirano!—exclamó Adriana—no lo esperaba tan pronto.

En aquel instante apareció la Baronesa de la Calzada á la puerta del salon, apoyada en el brazo de un personaje en cuyo pecho brillaban muchas condecoraciones, y seguida de un jóven que apénas contaria veintidos años.

Este era su marido.

Aquél, D. Roman de Silva, el opulento brasileño que iba á presentar á la Condesa.

Esta, que habia juzgado prudente no darse por entendida del enojo de Daniel, se levantó y dió dos pasos para recibir á su amiga.

Clotilde venía ataviada con la gracia coqueta y estudiada, con la suprema maestría de una persona aguerrida en las luchas y en las victorias de los salones; su vestido, de raso color de púrpura, ceñia perfectamente su figura, y se hallabá adornado con algunos encajes de gran valor; estrellas de brillantes temblaban en sus cabellos, y de brillantes eran las sartas que aprisionaban su redonda garganta, como lo eran sus pendientes y sus brazaletes.

La persona que le daba el brazo no contaba treinta años; de estatura mediana y de cabello negro y crespo, de color cetrino, de ojos negros y huraños, D. Roman de Silva no tenía en su persona rasgo ni detalle que le separase de la más vulgar medianía; su bigote negro era basto y estaba ridículamente encerado; sus mejillas, enjutas, eran pálidas y angulosas; tenía las cejas grandes, y las pestañas cortas y pobres; y todo esto parecia más vulgar por lo atrevido de sus maneras, á la vez ordinarias é insolentes; parecia un hombre cons-

tantemente irritado con cuanto le rodeaba y que manifestaba su enojo hasta en la mirada y la sonrisa.

Detras de esta pareja antipática se pavoneaba el jóven esposo, con su cara insignificante, sus ojos abiertos y llenos de imbecilidad; su boca abierta, con una sonrisa estúpida, y su frente ancha y caida hácia atras: el jóven esposo de la vetusta coqueta tenía amarillos los cabellos, el bigote, las cejas y las pestañas; sus piés eran anchos y comunes, y sus manos grandes y huesudas hasta la exageracion.

Acercáronse á Leocadia, que tenía á su lado á Adriana, y la saludaron, inclinándose profundamente el brasileño, y con una amistosa sonrisa Clotilde; en cuanto al Baroncito de la Calzada, la saludó tambien de una manera tan familiar como estúpida.

Los ojos de D. Roman de Silva se fijaron en la peregrina figura de Adriana con una descarada insistencia; la jóven, poco acostumbrada aún á aquellas miradas, bajó los ojos, y un sonrosado más subido que el de su traje invadió sus nacaradas mejillas.

Hecha la presentacion, Clotilde se quedó al lado de la Condesa; el brasileño fué á apoyarse en el ángulo de una puerta, y el Baroncito se confundió entre la multitud de tontos que, como él, pululaban en el salon.

Poco despues, Daniel Villar, muy descontento de su mujer y de sí mismo, con el alma muy triste, sin poder explicar por qué, salia con Adriana y tomaban el magnífico carruaje que para ellos sostenia y pagaba Leocadia, con el dinero de su hipocondriaco esposo, el Conde del Villar.

III.

Como unos quince dias despues de esta noche de recepcion, se preparaba un baile *verdadero* en los salones de los Condes del Villar.

Habia ademas en proyecto una gran comida y un concierto, donde debian cantar várias notabilidades extranjeras, ajustadas en el teatro de la Opera.

Adriana, tendida en una ancha butaca en su tocador, dormitaba; cerca de ella, y extendido en un sofá, habia un vestido de raso blanco, cubierto con otro de tul sembrado de lunarcitos de plata; en un estuche se veia un collar de brillantes.

La puerta se abrió bruscamente, y entró Daniel; aunque eran las dos de la tarde, estaba vestido con la bata de levantarse; al entrar arrojó el cigarro habano que llevaba entre los labios, y pasó la mano por sus cabellos descompuestos.

Adriana, asustada con el ruido de la puerta, abrió los ojos.

—Podias entrar con más silencio—dijo bostezando.

—Me ha convenido entrar así—contestó Daniel con una brusquedad extraña.

—¿Qué tienes?—preguntó Adriana, mirándole por la primera vez atentamente.

—¡Deseos de dispararme un tiro!

Adriana bostezó, y se recostó de nuevo en la butaca.

—¿Cuándo es el baile en casa de tu madre?—preguntó su marido.

— Pasado mañana.

—Pues no irás.

—Daniel, ¿estás loco?—preguntó la jóven.

—Poco me falta; pero áun me queda bastante razon para decirte que no irás á ese baile.

—Tú te chanceas, amigo mio.

—Nada de eso. No irémos á ese baile; y ademas, voy á devolver á tu madre el coche y los caballos; ¿no es ella quien lo paga?

—¿Y quién ha de ser?

—¡No lo sé! Estamos al borde de un abismo de deshonor y de infamia, y nada me extrañaria ya.

—No tengo gana de descifrar logogrifos—dijo Adriana con desden.

—Entónces, te descifraré yo éste: estás gastando un lujo que yo no pago, ni puedo hacerlo; y esta situacion, vergonzosa para tí y ridícula para mí, es forzoso que cese.

—Mi madre paga, en vez de darme una dote, todo el lujo que gastamos—observó Adriana.

—¡Y qué!—exclamó Daniel.—¿Me crees tan niño ó tan imbécil que no me informe acerca de lo que me interesa?

—¿Y de qué te has informado?

—¡De que tu madre estaba arruinada! ¡de que todos los acreedores que tenía ántes de su matrimonio van á caer ahora como aves de rapiña sobre mi hermano! ¡y de que éste es ademas quien paga tu coche y tus encajes!

—¡Bah, déjale que los pague!—repuso Adriana con indolencia.—¿Para qué quiere él tanto dinero?

—Para hacer de él lo que quiera.

—Al casarse con mi madre ha sido para dividir con ella sus caudales.

—El creia á tu madre rica.

—Lo mismo se hubiera casado con ella sabiendo que era pobre: estaba enamorado, loco!

—¡Es verdad! — murmuró Daniel. Y añadió para sí: ¡Estaba enamorado de la madre, como yo de la hija!

—Estaba enamorado como un loco — repitió Adriana — y lo está aún.

—Eso no es una razon para que le despojemos, Adriana — prosiguió Daniel.—¡Modera tu ánsia de dinero, tu sed de lujo! ¡Conténtate con la medianía honrada que yo puedo ofrecerte! Sabiendo que era casi pobre, me amaste; ¿por qué has de deber ahora á la riqueza ajena esos goces, en los que ántes no pensabas?

—Siempre he pensado en el lujo, Daniel: ¡el lujo! ¿Qué hay en la tierra de más hermoso, de más seductor? ¿Qué hay que pueda equivaler al lujo? ¡Yo, mal vestida, con mala mesa, en una habitacion humilde, me moriria!

—¿Por qué no me dijiste eso ántes de casarte conmigo? — exclamó Daniel con desesperacion.

—Porque supuse que mi madre me daria mucho dinero.

Adriana mentia: su madre le habia advertido de su ruina: ella se habia creido capaz de soportar la pobreza de Daniel; mas pasada la primera embriaguez del amor, la pobreza la horrorizaba.

—Pues no tienes más recurso que acostumbrarte á vivir con poco — repuso Daniel:— aprende de mi madre;

imítala; es una mujer buena y digna, y á pesar de sus escasos medios de fortuna, modelo de elegancia y distincion.

—Yo no tengo la edad de tu madre—objetó Adriana con altanería.—¿Te has casado conmigo para hacerme desgraciada?

—No, sino para enseñarte á ser feliz: ¿crees acaso que es la dicha ese perpétuo torbellino á que tu madre te arrastra? ¿Crees que puedes vivir así largo tiempo? ¿Crees que hay salud, fortuna ni áun honor que pueda resistir á tan continuada locura? ¿Olvidas que vas á ser madre?

—¿Y porque tenga hijos no puedo divertirme?

—¡No, sino cuidarlos!

—Los salones están llenos de madres jóvenes y bonitas.

—¡De malas madres! ¿Quién cuida de sus hijos?

—Una aya y várias criadas.

—Mis hijos, los tuyos, Adriana, no tendrán aya, porque nuestra fortuna no basta para eso.

—¡Sí basta, porque la pagará mi madre!

—¡Basta!—gritó Daniel en el colmo de la cólera.—No vuelvas á nombrar á tu madre, y envíala á decir que no espere verte en esa fiesta escandalosa, que va á dar en su casa.

Adriana era débil y asustadiza, porque era culpable: la cólera de su marido la espantó, y cubriéndose el rostro con las manos, echó á llorar.

En aquel momento se oyó parar un coche á la puerta; la jóven se precipitó fuera del tocador; al llegar ella á la

antesala, entraba otra persona, en cuyos brazos se dejó caer llorando: la media luz la engañó, porque creyendo buscar amparo y valor en el seno maternal, se halló en los brazos de su suegra, la Condesa viuda, la madre de Daniel.

Este, que habia seguido á su mujer, separó á ésta de los brazos en que se habia refugiado, y la condujo al salon; su madre los siguió.

—Adriana—dijo Daniel con voz que la cólera hacía temblar:—Dios ha querido que en la situacion de ánimo en que yo me hallo, no haya sido tu madre la que haya llegado; ella te hubiera dado la razon de tus sinrazones, y yo no hubiera podido responder de mí; por fortuna, es mi madre la que llega; oye su voz y sus consejos, miéntras yo voy á ver á la tuya y á decirle lo que ya hace tiempo debiera haberle dicho.

Daniel, dichas estas palabras, salió de la habitacion, y las dos mujeres quedaron solas.

Hondas huellas habia dejado el dolor en el noble y simpático rostro de la ilustre viuda: todo lo que su amante corazon habia previsto de desgracia y de dolor para su hijo, se habia realizado. ¡ Daniel era infeliz! ¡ Daniel sufria, y sufria sin remedio!

¡ Qué horrible tormento para aquella amante madre!

Al ver á Adriana, á la causante de sus penas, á la criatura que habia encadenado á Daniel con una infelicidad perdurable, un sentimiento amargo anegó el corazon de la Condesa; pero bien pronto la natural bondad de su alma dominó en ella; miró á la débil criatura que lloraba con el rostro entre las manos, y pasando un bra-

zo por detras de su talle, la hizo alzar la cabeza, secó sus ojos con su propio pañuelo; y la besó en la frente con ternura.

—Vamos, hija mia, sosiégate—le dijo con dulzura; —ninguna pena de la vida se alivia llorando; las lágrimas no nos enseñan la solucion de ninguna situacion difícil.

—¿Y qué he de hacer ante el injusto enojo de Daniel, señora?—exclamó airada la jóven.

—Lo que hacen todas las buenas esposas.

—¿Y qué hacen?

—Procurar calmarlo.

—¡Ah, señora! ¡Yo temo que alguna celosa, que alguna maligna influencia, se interponga entre mi marido y yo!

—¿Hablas de la mia?

Adriana guardó un silencio muy ofensivo para la madre de su marido.

—Oyeme—dijo ésta:—mi hijo está ya casado contigo, y el matrimonio es un lazo que ni se puede cortar ni deshacer: él te ama, y el perderte, sea moral ó materialmente, sería un dolor mortal para su corazon. ¿Crees que yo no te amo, siquiera por él, y porque tú eres el árbitro de su dicha?

—Creo que V. me aborrece, señora.

—Pues te equivocas: yo te amo, Adriana, y sólo deseo tu felicidad, á la cual está estrechamente unida la de mi hijo.

—¿No se oponia V. á mi casamiento?

—Hasta que vi el frenesí con que te adoraba.

—¿Y despues?

—Despues no. Yo anhelo sólo su dicha, y sabía que sin tí sería muy desgraciado.

—Ahora lo es tambien conmigo, segun dice.

—Lo supongo, y hoy lo he visto; pero ¿por qué? ¿Qué sucede entre vosotros? ¿De qué se queja?

—De mi amor al lujo y á las diversiones.

—¿Y nada más?

—¿Pues de qué más pudiera quejarse?—preguntó la jóven con tan inequívoca expresion de candor, que un rayo de alegría pasó por el semblante de la Condesa, como pasa un rayo de luz por el epitafio de una losa funeral.

—Pues si sólo de eso se queja, no tiene razon.

Adriana miró asombrada á su suegra.

—La razon es tuya—prosiguió aquélla:—tu edad es la de las diversiones, y no has de renunciar ahora al lujo en que has sido educada.

—¡Cómo! ¿no le da V. la razon á Daniel?

—De ningun modo; y así que le vea, le diré lo que ahora te he dicho á tí: no debe privarte ni el fausto ni las diversiones.

—Es que—dijo la jóven vacilante—no parece que tenemos bastante dinero para vivir con holgura.

—A mi hijo toca buscar los medios de tener más dinero.

Adriana miró atónita á la Condesa viuda.

—Sí—continuó ésta:—que trabaje en su bufete; ese es su deber imprescindible, porque al casarse contigo sabía dos cosas: que estabas habituada á una vida cómoda, fácil y opulenta; te aceptó con estas condiciones; te

amó con ellas; ni debe ahora quejarse, ni hacerte sufrir; yo ayudaré á mi hijo para que cumpla con el deber de hacerte dichosa, mi pobre Adriana.

—¿Y de qué modo?—preguntó tímidamente la jóven.

—Con mis consejos.

—¿Y él los seguirá, señora?

—Creo que sí; aunque haya uno que le parecerá un poco difícil.

—¿Puedo yo saber cuál es?

—Sin duda: tú puedes y debes saber todo lo que piensa y hace tu marido.

—Mi madre no dice eso—observó Adriana;—dice que para nada me cuide de lo que hace Daniel.

—El amor de tu madre, á fuerza de ser grande, es ciego—repuso la noble viuda, por cuyos labios pasó una amarga sonrisa:—sólo al precio de cuidarte de cuanto haga tu marido, serás amada de él.

—¿Y cuál es el consejo que le va V. á dar, señora?

—¿El que le ha de parecer más difícil de seguir?

—Precisamente.

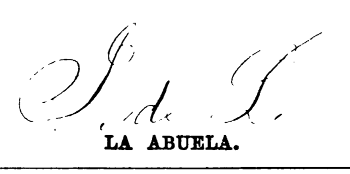
—Pues es que le pida á su hermano que aumente su pension de alimentos.

—¿Al Conde?

—Al mismo: ¿qué hay de extraño en esto?

—Yo no creo necesario eso—dijo Adriana, cuyas mejillas se habian vestido de un subido color de rosa.

—Pues yo sí, hija mia—dijo la Condesa con una dulce y benévola sonrisa:—Marcelo y Daniel son hijos del mismo padre; el primogénito, por un efecto de la acritud de su carácter, se propuso despues de viudo mortifi-



carnos á todos, y redujo todo lo posible la pension de su hermano y la mia; yo no me quejo, porque me sobra con lo que tengo; pero á vosotros os falta, y es justo que Daniel pida.

—¡Ay, Dios! ¡Pero si ya me da tanto mi madre!—exclamó Adriana con un arranque irreflexivo.—¿Cómo el Conde ha de darnos por mi madre y por él?

—Tu madre te dará de su fortuna particular—dijo gravemente María de Guzman.

Adriana no contestó: estaba avergonzada y arrepentida de lo que habia dicho.

—Habla—dijo la Condesa.—¿No es verdad que el dinero que te da tu madre le pertenece?

—No, no, señora; decia que nada tenía ya cuando se casó.....

—¿Luégo ese dinero.....

—Debe sacarlo de la gaveta del Conde.

El silencio siguió á estas palabras; un silencio triste y sombrío; despues de algunos instantes, preguntó la Condesa:

—¿Sabe Daniel que tu madre te da dinero?

—No, señora—respondió Adriana.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó fervorosamente la noble madre.

Y volviéndose á la trémula jóven, añadió:

—¡No se lo digas, hija mia! ¡No se lo digas jamas, ó perderás para siempre todo su amor y estimacion!

—Está bien: de lo último que mamá me dió, áun tengo ahí casi todo.

—Devuélveselo hoy mismo, y cuando necesites dine-

ro, pídemelo á mí: yo haré que tu marido lo gane ó lo pida á su hermano; pero no admitas más un dinero que es robado.....

—¡Señora!—exclamó Adriana levantándose rígida y helada.

—¡Robado!—repitió lenta y tristemente la Condesa.—Si no lo sabías, yo debo decírtelo para que no vuelvas á admitirlo: ¿qué es robar? Tomar bienes ajenos contra la voluntad de su dueño. ¿Y crees tú que el Conde dará de buena voluntad lo que necesitas para sostener tu lujo? ¡No, no estés en ese error! El Conde aborrece tus gustos y la debilidad de Daniel para tí; pero si ve á éste desdichado; si le ruega que aumente su pension; si le ve trabajar en el bufete dia y noche, entónces le ayudará, y lo que gasteis será vuestro, y solamente vuestro. Hija mia—prosiguió la Condesa—en breve serás madre; cuando lo seas, verás cómo cambian todas tus ideas, cómo te cansas de bailes, teatros y paseos, y cómo ansías estar en tu casa y al lado de tus hijos. ¡Porque tú eres buena, mi amada Adriana, y aunque te han querido mucho, te han querido mal, y no han sabido hacerte dichosa!

—Es verdad, señora—dijo la jóven:—hay en mi interior hace algun tiempo como una sombra oscura: es un desaliento, es un malestar inexplicable: voy con aficion á las fiestas del gran mundo, y vuelvo con el corazon cansado y vacío; y sin embargo, yo amo á Daniel, soy dichosa á su lado; preferiria la muerte á perderle..... ¿Qué haré para tener paz en el alma, para tener el ánimo tranquilo y alegre?

—Pronto te enviará Dios el remedio supremo de todas esas nieblas del espíritu—dijo la Condesa:—tus hijos te consolarán de todo, y te harán la vida dulce y fácil: hasta entónces, hija mia, espera; el saber esperar es una de las grandes ciencias de la vida: espera, ama á tu marido y evita la tentacion que te he señalado, y que tú no conocias.

IV.

Eran las diez de la noche, y en el pequeño hotel de la Condesa viuda del Villar reinaba un silencio apacible.

Un viejo criado, que servia de lacayo y de mozo de comedor; una camarera de edad madura, y una cocinera más jóven que estos dos, componian toda la servidumbre de la Condesa.

Esta se hallaba en el salon con su nieta Cristina, que habitualmente pasaba con ella todas las veladas, desde las ocho á las once. A esta hora el viejo Francisco la acompañaba á casa de su padre, de donde no queria la Condesa que faltase á dormir ni una sola noche.

La Condesa trabajaba en una labor gruesa de crochet: era una colchita infantil, y con evidencia destinada á una cuna, de lana de un azul vivo y un blanco plata.

Cristina trabajaba en un bello encaje irlandes, fino como la espuma, y que por las muchas varas que ya tenía rollado, se conocia era para guarnecer una colgadura de balcon, ó un juego de cama rico.



Vestia la Condesa un traje de seda gris, ya un poco deteriorado y de modesta hechura: la falda tenía dos bieses, y la túnica otro más pequeño; un cuello liso con una corbata debajo, puños iguales y unos pequeños pendientes de oro, formaban todo su atavío.

La fisonomía de la Condesa estaba profundamente triste; pero su expresion apacible é inteligente era la misma que ya le conocemos.

Cristina llevaba un elegante pero muy sencillo vestido, de seda negro; parecia una jóven inglesa, por la correccion de sus facciones y la serena pureza de su expresion; su cara estaba tambien profundamente triste; pero como la de su abuela—y así la miraba con un cariño enteramente filial—tenía una expresion de paz y de serena resignacion.

—Mamá, ¿hago ya el té?—preguntó la jóven despues de oir las diez en el reloj de la chimenea.

—Espera un cuarto de hora, que áun puede venir Daniel, y desde luego vendrá el Duque.

Al dar esta respuesta, la Condesa dejó clavada la aguja del crochet, y pareció sumergida en una reflexion profunda.

—¿Qué tienes, madre mia?—preguntó la jóven.

—¡Dos gemelos, dos hijos ya!—exclamó la Condesa como respondiendo á su propio pensamiento.

—¿Y qué mal hay en que Daniel tenga dos hijos? ¿No los quieres tú?

—¡Oh, más que á mi vida; quizá tanto como á mi hijo!—murmuró la abuela:—¡y por eso lamento ya su suerte!

—Madre mia, al llegar al mundo esos niños son ya ricos de amor,—dijo Cristina—su padre los adorará y su madre... su madre tambien.

—¡Sí, su madre los adorará tambien; pero eso no basta para que sea buena madre; y luégo ¡qué porvenir, Dios mio! de nada ha servido el que tu padre haya aumentado la pension de Daniel: los apuros son los mismos y quizá mayores cada dia!

—Ahora las dos nodrizas traerán un terrible aumento de gasto, ya lo veo—dijo Cristina—y como Adriana tiene tan delicada salud...

—¡Y yo no puedo hacer nada, nada por ellos!—suspiró la Condesa.

—Yo haré que papá haga algo más por Daniel,—dijo Cristina, cuyas mejillas blancas se vistieron de un bello sonrosado.—Pero, ¡ay, esa mujer es cada dia más cruel en su rivalidad, y quiere ser ella la que le dé el bienestar á su hija, sin que ésta lo reciba de su marido!

—Yo he consiguido de Adriana que nada reciba de esa madre fatal... pero es débil, moral y materialmente hablando: va á tener privaciones, y entónces...

—Vamos, madre mia, no adelantemos los males que áun han de llegar, ó que quizá no lleguen nunca, dijo Cristina. Dios cuidará de Daniel, de su mujer, de sus hijos. Dios es el padre de todos y el eterno dispensador de las mercedes humanas. ¿Por qué hemos de temer su abandono?

—Eres un ángel, mi amada Cristina,—dijo la Condesa abrazando á la jóven—y quizá tus ruegos alcanzarán misericordia del cielo, porque nosotros nada pode-



mos esperar para Daniel más que un trabajo sostenido y bien pagado, y mi pobre hijo pierde más cada dia el hábito de trabajar... Es un espíritu débil, al que nada sostiene, y que se deja caer abatido... ¿Qué será cuando lleguen los dias de las grandes amarguras?

—¿Y si no llegan?

—Llegarán, hija mia, llegarán: un triste presentimiento me lo dice.

—Entónces aquí estarémos nosotras para amarle, para animarle, para sostenerle... El saberse amado es la gran fuerza del hombre.

—Adriana le ama; hay que hacerle esta justicia.

—Pero le ama mal; le debilita en vez de fortalecerle; le mata moralmente; hay que empezar por educarla á ella, y no se deja educar.

—El amor de madre hace milagros—dijo la Condesa, por cuyos ojos pasó como un rayo de júbilo:—esperémoslo todo del amor maternal.

—¡El señor Duque de Aguilar!—anunció Francisco alzando la portier.

Cristina se levantó con solicitud, y acercó al de su abuela un ancho sillon para el recien llegado.

Era un hombre de cerca de cuarenta años, jorobado, aunque no de muy pequeña estatura; su talla mediana era casi bien proporcionada, y á no ser por la gran prominencia de su espalda, sólo hubiera podido tachársele de tener el cuello muy corto; pero lo excesivo de aquel defecto le daba una apariencia grotesca y lastimosa.

Su cara era tambien fea é irregular; tenía los ojos grandes y oscuros, pero de tétrica expresion; la nariz,

larga y aguileña, era corva como el pico de una ave de rapiña; la boca era grande, pero adornada de una bella dentadura, y se abria á menudo con una sonrisa amarga: tenía el rostro largo y la cabeza grande y poblada de cabellos grises, y en algunos sitios casi blancos; al derredor de la frente los cabellos se habian caido, y ésta aparecia ancha y desvastada por la cavilacion, por el dolor, por mil amarguras terribles y silenciosas.

El Duque vestia completamente de negro; la blancura inmaculada de su camisa tenía un tinte azulado que hacia resaltar la limpidez de tres perlas pequeñas que la cerraban.

Sus guantes, de la clase más exquisita y de medio color; su calzado, que encerraba un pié estrecho y elegante, la sencilla cadena de su reloj, todos los detalles daban al Duque una distincion suprema é inimitable.

— Bien llegado, amigo mio—dijo la Condesa tendiéndole la mano; — aunque tarde, le esperaba esta noche.

— Pues yo creí no poder venir — repuso el Duque dejándose caer en un sillon :— hoy he pasado un dia cruel.

— ¿De dolor en el pecho?

— ¡De todo! la cabeza, el pecho, todo está en mí dolorido ó destrozado; pero me hallo tan mal en manos de los médicos, que hago un esfuerzo supremo para no caer.

—Sin embargo, amigo mio, es forzoso que se cuide usted— dijo la Condesa.

— ¿Para qué ó para quién, señora?

— Para V. mismo: para sus amigos.

— No merece la vida la pena de conservarse.

—¿Cuándo se curará V. de su misantropía?

—¡Jamas! creo que irá en aumento.

—Y yo pido al cielo que no sea así, y se lo pido de todo corazon.

—¡El cielo!—repitió el Duque con amarga sonrisa:—¿acaso el cielo se cuida de nosotros?

—¿Y quién lo duda?

—Yo, señora.

—¡Porque V. tiene la desgracia de dudar de todo!

—¡Ojalá pudiera creer! Pero dígame V., puesto que Dios ó el cielo rige nuestros destinos, ¿es él quien me ha hecho así? ¿Es Dios quien me quitó mi madre al nacer; quien me hizo contrahecho y deforme; quien me ha arrebatado á mi padre en la infancia; quien me entregó á tutores crueles que me abandonaron? ¿Es á Dios á quien debo una amarga vida, sin esperanza alguna de dicha, condenada á la soledad y al dolor?

La Condesa inclinó la cabeza y guardó un triste silencio.

—Preciso es, señora,—prosiguió el Duque con los ojos animados y los labios abiertos por una amarga sonrisa—preciso es que V. convenga conmigo en que si Dios ha dispuesto las cosas así, no debo estarle muy agradecido, ni conmigo otros muchos seres tan castigados como yo, por su paternal bondad; y yo le aseguro que para hacer el mundo tal como está, no le hubiera hecho nunca.

—¡Amigo mio, V. blasfema!—exclamó la viuda con voz triste:—¿por qué? ¿Halla en eso algun alivio á sus penas? ¿No lo hallaria más bien en la resignacion?

—¡Ojalá pudiera tenerla, mi querida Condesa! pero eso no depende de nuestra voluntad; la resignacion es la inercia, quizá la falta de sensibilidad, disfrazada con un nombre pomposo! Sin embargo, yo la tendria si pudiera; pero mi alma está ulcerada desde que vi la primera luz del dia! Por do quiera, y sobre todo en mí mismo, he visto siempre el dolor, el egoismo y la injusticia: he visto al fuerte atropellando al débil; á éste someterse cobardemente á la fuerza y á la violencia; he visto que el oro es el rey del mundo, y que la virtud es por todos despreciada y desconocida.

—Yo no he visto sólo eso—repuso la madre de Daniel—he visto muchas otras cosas.

—Lo creo, amiga mia; á mí me faltan aún muchas que enumerar.

—Dígalas V. pues, y cuando acabe hablaré yo.

—He visto—prosiguió el Duque—á una madre jóven y hermosa, ofrecerme para esposa á su hija, que era un angel de belleza; á mí, monstruosa figura señalada por la mano de la naturaleza, que ha sido para mí la más despiadada madrastra. Si hubiera yo querido, señora, me hubiera casado con esa bella niña, que hoy es la esposa de Daniel, y eso sólo porque soy millonario.

—Está V. en un error, señor Duque,—dijo gravemente María de Guzman.

—Su madre me la daba.

—Pues ella se hubiera negado á ese casamiento.

—Creo que no.

—Yo estoy cierta de que sí, porque amaba á mi hijo.

—¿Creia que era rico tambien?

—Sabía que era pobre.

—Su madre, la misma Leocadia, se hubiera casado conmigo, rehusando su hija.

—Eso lo creo mejor, por ser más fácil; pero eso ya no era venderse. Leocadia no es ya jóven, estaba arruinada; ¿no se ha de conceder algo á la razon?

—Dejémonos de nombres bellos, Condesa—interrumpió el jorobado;—yo tengo hoy tanta bílis, que necesito aliviarla quejándome de todo lo creado; si V. no tuviera la bondad de oirme de vez en cuando, ya hubiera salido de este mundo.

—¡No sería V. capaz de semejante cobardía!

—¡Lo cobarde de estar aquí sufriendo uno y otro dia lo que la suerte quiere enviarnos! No creo en nada, no amo nada: ¿para qué que quiero estar aquí?

—Mi querido amigo, ¿y la fe religiosa? ¿y la esperanza de una vida mejor?

—Repito, Condesa, que yo no creo en nada; hace tiempo que he sacudido todas las mitologías de la infancia, porque soy viejo.

—¡Imposible! ¿qué queda en la vejez si arrojamos las creencias?

—Queda el honor: yo desafio á V. y á todos, á que hallen una sola falta en mi vida; y soy un hombre honrado para demostrar á esos adoradores de los dioses carcomidos, que se puede ser mejor que ellos, y no creer en nada sin embargo.

—Pero la falta de creencias de V., mi pobre amigo, no hace daño á los demas, sino á V. sólo!—dijo Cristi-

na interviniendo por la primera vez en la conversacion:
—¡Es V. el desgraciado, el aislado, el solitario! ¡Ah, si supiera V. qué dulce es decir cada dia al Supremo Hacedor: «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!»

—¿Es V. dichosa con ser tan religiosa, pobre niña? —preguntó el tenaz ateo á la jóven.

—¡Sí, señor! No lo soy en absoluto; pero lo soy cuando entro dentro de ese mundo interior, que llamamos la conciencia.

—¿Y qué le dice á V. ese mundo?

—Que la desgracia tiene fin, y que áun puedo ver algunos dias felices sobre la tierra.

—¿Y si no los ve V.?

—Los veré en el cielo.

—No quiero quitar á V. tan consoladora esperanza —dijo el Duque tomando una taza de té que le presentaba Cristina;—y crea V., hija mia, crea V., señora, que las envidio mucho su paz interior en medio de tantos dolores como las aquejan; donde únicamente me hallo algun tanto tranquilo es al lado de VV. dos, modelos de abnegacion y de ternura; pero hablemos ya de lo que pasa por el mundo, donde yo voy con frecuencia á pasear mi fastidio. ¿Sabe V., Condesa, que el héroe del dia es D. Roman de Silva?

Nada sabía—contestó la viuda;—apénas salgo más que para ir á la iglesia ó á casa de mi hijo.

—Yo he visto á ese hombre—dijo Cristina.

—¿Y dónde?—preguntó su abuela.

—En el último baile que dió mi padre, le presentó la Baronesa de la Calzada.

—Es un hombre muy opulento—dijo el Duque.—Madrid está asombrado de su lujo; recien llegado se mostró enamorado de Adriana, y parece que hacía alarde de su aficion.

—Ella estaba indignada—observó Cristina,—y hasta tal punto, que se negó á recibirle y hasta á saludarle; en cuanto á eso, la pobre niña es muy buena.

En aquel instante dió el reloj las once y media. Cristina hizo sonar un timbre y se puso de pié.

Un instante despues apareció en la puerta el anciano criado que debia acompañarla.

La jóven abrazó tiernamente á la Condesa, dió la mano al Duque y salió de la estancia.

No bien se hubo alejado el ruido de sus pasos, el Duque acercó su sillon al de su amiga, y le dijo con misterio:

—He venido á decir á V. una cosa importante.

—¿Y qué es?—preguntó la Condesa con aire alarmado:—¿le sucede algo á Daniel?

—Nada más que estar pobre; pero eso no es nada comparado con la importancia del mal á que me refiero.

—¡Hable V., por Dios! ¿Es á Daniel?

—¡Repito que no! ¡Se trata del Conde..... de Marcelo!

—¿Qué le sucede?

—Está desesperado con su casamiento.

—Todos lo suponemos.

—Aborrece á esa mujer que le sedujo con sus artificios, que le explota y que le engaña.

—¡Pobre Marcelo!

—Esa mujer pasa las veladas con Roman de Silva, sale sola con él, y con él va sola al teatro.

—Y Marcelo, ¿qué dice?

—Hasta hace poco nada habia sospechado; pero un anónimo le ha puesto sobre aviso; matará á esa mujer, cuyo solo delito es la ceguedad del amor maternal. Viendo que Daniel no quiere ni tomar ni gastar el dinero que Leocadia daba á su hija, quiere sacarlo de cualquiera lado que pueda ser.

—¡Pobre Marcelo!—repitió la Condesa.

—Es pues necesario, señora, estar preparados para una catástrofe, que indudablemente tendrá lugar: Marcelo matará á su mujer.

—Yo hablaré á Leocadia, yo la aconsejaré, yo haré que abra los ojos, para que el nombre de mi hijo no se manche con lodo y sangre.

—¿Y cuándo la verá V., señora? El Conde ha recibido al mediodia una carta anónima donde le avisan de todo lo que sucede; de un instante á otro puede ocurrir una desgracia grave.

—Voy ahora mismo á casa de Marcelo—dijo la Condesa;—¿quiere V. acompañarme hasta la puerta? Mi impaciencia no me permite esperar la vuelta de Francisco, que ha ido á acompañar á Cristina.

—Yo iré con V.—dijo el Duque.

—Hasta la puerta sólo: es muy tarde.

—Para mí, desgraciadamente, son iguales todas las horas; nadie me espera ni se inquieta por mi ausencia; pero desde la puerta me iré; lo que no acierto es de qué manera se volverá V. á su casa.

—No lo sé; para mí ahora lo importante es ver á la Condesa, es hablarle, es decirle el riesgo que corre su vida, es convencerla para que abandone esa senda de perdicion.

—Es tarde, señora.

—¡Ah, por Dios, no sea V. fatalista! déjeme á lo ménos la esperanza; los descreidos son como ese viento que hay que abrasa cuanto toca.

La Condesa llamó y entró su camarera.

—No me esperen VV.—dijo;—así que venga Francisco, cierren y acuéstense; yo voy ahora á casa del señor Conde, donde pasaré la noche.

La Condesa se abrigó la cabeza con una toquilla de encaje, se cubrió con un pañolon y salió á pié con su amigo, que hizo retirar el soberbio carruaje que le esperaba.

V.

Las doce sonaban en el reloj de Palacio cuando la Condesa y su amigo llegaban á la puerta del palacio del Conde del Villar.

¿Habia ya entrado Cristina?

¿Se hallaba aún en el camino?

Esto es lo que su abuela se preguntaba con una incertidumbre llena de angustia.

Un criado con una palmatoria de plata en la mano precedió á la Condesa al salon.

El Duque de Aguilar se habia retirado desde el portal.

—¿Ha llegado ya la señorita?—preguntó la Condesa.

—No, señora—respondió el criado.

—Cierre V. las maderas, y cuando venga, como no verá luz, no supondrá que hay nadie aquí; que nadie la diga que estoy.

—Está bien, señora Condesa.

—¿Y los señores, están?

—El señor en su cuarto: la señora no está.

—¿Hace mucho que salió?

—A las diez.

—¿Sola?

—De aquí..... sola—contestó el criado con una risa equívoca é insolente;—pero la esperaban.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—Ya está aquí la señorita—dijo el criado.

—Repito que no le diga V. que estoy aquí: esperaré la vuelta de la señora Condesa.

—Es que.....—dijo el criado vacilando.

—¿Qué?

—A veces viene muy tarde.

—No importa.

—O no viene en toda la noche.

—No importa, vendrá por la mañana.

—Sea como la señora Condesa diga—dijo el criado;—¿quiere V. E. que encienda la chimenea? Aun están las noches frias.

—Gracias, nada necesito.

El criado saludó respetuosamente y se retiró.

La Condesa se acercó al balcon y abrió un poco las

maderas; dos ventanas enfrente de la del salon donde se hallaba tenian luz; era la una del cuarto de Cristina, la otra la de la habitacion de su padre; en la de aquélla todo era calma y quietud: á traves de las cortinas de damasco medio corridas de la habitacion del Conde, se veia á éste pasear con ademan agitado.

Marcelo, advertido por el anónimo que habia recibido por la mañana, se hallaba en un estado de agitacion y de cólera indescriptibles; ya no lloraba la pérdida de todas sus esperanzas de dicha: como una fiera enjaulada, bramaba de cólera, y maldecia la hora en que habia enlazado su destino al de Leocadia.

Ignorante de todas las alegrías de la vida, pero conociendo muchos de sus dolores, el Conde del Villar tenía sed de dicha, y la presencia de Leocadia, de aquella Circe seductora, fué para él como una revelacion de la ventura suprema; desde la primera vista quedó deslumbrado, y despues no hubo seduccion que la astuta viuda no emplease, gracia que no desplegase y atractivo que no pusiera ante sus ojos.

Desde la primera vez que Marcelo pisó la casa de Leocadia se sintió atraido hácia ella por un atractivo indecible. Aquel lujo inteligente y deslumbrador; aquella atmósfera cálida y cargada de perfumes, le embriagaban; aquella mujer con su dulce y lisonjero lenguaje, con su perpétua elocuente sonrisa, con su gracia provocativa, hacian subir á su cerebro sueños extraños y llenos de mil desconocidas alegrías.

Leocadia se quejaba de la soledad en que el casamiento de su hija iba á dejarla, y el Conde, que era un

tanto egoista, pensó en que él tambien vivia solo; porque las personas muy amantes de sí mismas piensan al oir hablar de las penas de los otros en las suyas propias, y se dice á cada paso:

«¡Más sufro yo!»

Marcelo era egoista. ¿Y qué hombre no lo es? Ante la pasion que le inspiraba Leocadia y que le daba á beber como un filtro embriagador, pensó con sonrisa en su amor de niño por la esposa de su padre, amor tan noblemente terminado por aquélla, y en su cariño por Luisa de Brennes, con la que se habia casado, queriéndola tiernamente, pero sin entusiasmo y sin amor. ¿Qué era todo aquello comparado con lo que sentia por Leocadia? ¿Qué eran sus ilusiones de niño y su cariño tranquilo por Luisa, comparado con aquella ánsia de ver á la mujer que entónces adoraba, comparado con su afan de poseerla y de estar siempre á su lado, siempre escuchándola, y siempre pendiente del encanto de su voz?

El amor más fuerte, el más invencible de la existencia, es el último; no hablemos de los hombres sin corazon, que pasan toda su vida amándose á sí propios, y sin otras necesidades que las de la vida exterior y las de la vanidad; los hombres que viven por el sentimiento aman de una manera invencible cuando ya llegan al ocaso de la vida, y piden al amor del alma los últimos rayos del sol para alumbrar el breve camino que ya les separa de la vejez y de la tumba.

El Conde amó, pues, por la primera vez á los cuarenta y cuatro años de su edad, y amó á una mujer dotada de todas las seducciones; á una mujer consu-

mada en el arte difícil de agradar, y que habia ya sujetado entre sus redes otros hombres más difíciles que aquel pobre é inexperto Marcelo.

¡Un misántropo inocente y millonario!

¡Qué rica y divertida presa para la viuda del banquero, para la astuta Leocadia!

Cristina ó su abuelo materno, el Conde de Brennes, eran las solas personas que hubieran podido evitar la ruina del Conde y aquel monstruoso enlace de un hombre de honor con una mujer aguerrida en el desórden, la mentira y la ficcion; pero el anciano Conde, desde la pérdida de su hija única, habia concebido tal aversion por España, que residia en Italia, y no pensaba volver jamas; cada mes escribia á Cristina una carta lacónica, á la que la jóven enviaba una larga y tierna contestacion; el abuelo no contaba nada á su nieta de su vida; Cristina referia á su abuelo las escasas peripecias de la suya; y estas dulces confidencias de un alma ingénua constituian toda la dicha del anciano, aunque no lo expresaba así, para escribir lo ménos posible.

En Italia habia comprado el Conde de Brennes una bella posesion campestre, que habitaba en las cercanías de Nápoles; allí, decia él, se hallaba más cerca de Dios y de su hija; siendo niña de doce años Luisa, la habia llevado su padre á aquellas bellas comarcas, que la extasiaban y que amaba con pasion; cuando murió asesinada por el dolor de haber perdido á todos sus hijos, ménos á Cristina, y quizá tambien porque comprendia que no habia sabido penetrar hasta el fondo del corazon de su esposo, el pensamiento del desgraciado padre, el

primero, casi el único, fué huir de Madrid, é irse á sepultar en una de aquellas floridas campiñas que su Luisa amaba tanto.

Algunas veces habia llamado á Cristina para que fuese á su lado.; pero la niña le contestaba siempre:

—Papá está tambien solo y triste y no puedo dejarle.

El anciano Conde supo con indignacion el nuevo matrimonio de Marcelo. Su corazon, helado por los años—tenía ya setenta y cinco—no comprendia la necesidad de nuevos afectos. Pero Cristina, que amaba apasionadamente, que amaba á Daniel, comprendia el amor, y excusaba la necesidad de él que tenía su padre, por mucho que llorase el que no le bastase á éste su amor y compañía.

Cristina, como ya se ha dicho, estaba casi olvidada de Marcelo durante los primeros meses del enlace de éste con Leocadia; adoraba á ésta y por ella habia llegado á querer á Adriana, á la que ántes odiaba sólo por que aspiraba á ser la esposa de su hermano Daniel. La posesion de la madre de Adriana le parecia el complemento de todas las venturas de la tierra, y amaba á la jóven por su madre, porque todo lo veia bajo el prisma encantador de su ventura.

Sus ilusiones no duraron más allá de un mes. Leocadia se le apareció en breve altanera, fria, dominante, incapaz de otro amor que el que profesaba á su hija; apoderada desde el primer dia de todos los caudales de la casa, informada por su marido de las fincas y rentas que poseia, dueña de todo y de la voluntad de Mar-

celo, su lujo, sus trenes, su inaudito modo de gastar dinero, asombraron y casi asustaron al confiado esposo.

Nada hallaba Marcelo en su casa parecido á la dulce paz que habia soñado.

Nada de aquel arreglo y órden perfectos; nada de la armonía encantadora que Leocadia le habia pintado y prometido.

Todo habia sido mentira, todo engaño y falacia, todo lazo grosero para obtener un título de Condesa, unido á riquezas inmensas.

La compañera que habia elegido era la coqueta venal y sin corazon; la mujer endurecida en todas las rudas luchas de la vida, en todas las batallas y sinsabores, que ya no ve más que espinas, ó lo que es igual, positivismo y prosa.

Y sin embargo, ni esta triste evidencia pudo abrir los ojos á Marcelo. Amaba tarde, y por lo mismo con una pasion ciega y desordenada, que resumia todas las pasiones que debian haber gastado su juventud serena y pasada sin aventuras y sin amoríos; hombre de honor grave, y severo consigo mismo, nunca se habia permitido seducciones ni engaños con las mujeres de su clase; orgulloso y aristócrata, las conquistas de vuelo bajo no tenian para él atractivo ninguno; poco expansivo, concentrado, tenía dentro de su alma inmensa fuerza para amar, y toda la habia dedicado á aquel último cariño.

¡Pobre Marcelo!

La indiferencia de la Condesa hácia su marido, aun-

que afectaba maneras corteses y hasta afectuosas, llegó pronto hasta dejarle solo, y salir sola tambien cuando le parecia: idólatra del dinero, su placer más vivo era gastarlo y tener de él un manantial inagotable: algo del alma venal y maldita de su primer esposo habia pasado á esta mujer; algo del terrible aventurero que habia consumado la ruina de tantas familias, envolviéndolas en una quiebra fraudulenta. El dinero, despues de Adriana, era la pasion dominante de Leocadia, y áun quizá le amaba á la par de su hija.

Cuatro meses despues de su matrimonio el Conde quiso ver en qué estado se hallaba su caja, y la encontró vacía.

Llamó á sus administradores, y halló que habian dado á su mujer gruesas sumas adelantadas.

¿En qué se habian consumido tan grandes caudales? ¿Qué haria Leocadia del dinero?

Interrogada ésta por su marido, contestó con frialdad y altanería que lo habia gastado, porque así lo habia creido oportuno.

—¿Pero en qué?—insistió el Conde.

—¡En recibir un dia á la semana, en dos carruajes y dos troncos nuevos!

—Nada de eso lleva tanto dinero, amiga mia—observó el Conde:—dime qué más has comprado, ó tendré que pensar que mis administradores mienten, al decirme que te han dado tan enormes sumas.

—He comprado dos aderezos.

—Ni áun eso justifica tan cuantiosos gastos, y te advierto que desde hoy tomaré yo la direccion de la casa.

La Condesa hizo un ademan altanero de desprecio, y salió de la habitacion; pero en el alma de su marido quedó impresa la conviccion de que Adriana y su marido disfrutaban de un lujo tan grande como el suyo, por las dádivas de Leocadia.

¿Sabía Daniel de dónde provenia aquel lujo?

Debia sospecharlo, puesto que sabía bien que el dinero que daba á Adriana no bastaba para sufragarlo.

Esta conviccion fué una de las más crueles penas de Marcelo. Amaba á su hermano con lealtad, con ternura, y este amor habia sobrevivido en su corazon á todos los desengaños, á todos los golpes de la suerte; creia en la honradez, en la probidad de Daniel como en la suya propia, y hubiera querido mejor morir que verle degradado á sus ojos.

A este dolor, al dolor punzante de la duda, vino á unirse otro más terrible. Leocadia, desde que le habian prohibido el manejo de grandes sumas, estaba desconocida: una impaciencia sorda la devoraba; la madre no habia aniquilado á la coqueta, á la mujer aclimatada en una atmósfera de desórden y de continuada y embriagadora galantería.

Ansiaba Leocadia dos cosas: homenajes incesantes y dinero, mucho dinero. Las arcas de Creso no hubieran bastado á saciar su ambicion; la privacion de la riqueza se unió desde dos meses, despues de su casamiento, al tormento insoportable para ella, de una vida tranquila, razonable y ordenada; esta situacion era insostenible y no podia durar.

VI.

En tanto que María de Guzman, condesa viuda del Villar, esperaba paciente y tristemente á aquella mujer, verdugo de la dicha de su hijo y de la paz de su familia; en tanto que Marcelo, encerrado en su habitacion, edificaba planes de venganza, que su loca é indomable pasion por Leocadia destruia apénas formados, proseguirémos, lector querido, examinando la pendiente en que se hallaba Leocadia desde hacía seis meses, y que la habia conducido al borde del abismo.

Los dos apetitos voraces de aquella funesta naturaleza necesitaban alimento: el primero, el más imperioso, era el de dominar á un sér fuerte que se doblegase bajo su yugo, y que la adorase y la lisonjease de contínuo; esto lo habia perdido desde su casamiento, que ella llamaba *fatal*, y no sin razon.

Marcelo la adoraba, es verdad; pero no se doblegaba, sino que semejante al inflexible acero, ántes se rompia; su carácter concentrado y sombrío ántes bien disimulaba y áun negaba la ternura que encerraba su corazon, que hacía alarde de ella: era un amante apasionado con todas las costumbres y maneras de un tirano, y Leocadia odiaba de muerte toda sujecion, y empezó á odiar muy pronto al tirano que ella se habia buscado.

Hasta Adriana habia escapado á su dominacion: la jóven débil, delicada, displicente, perezosa como una criolla, se habia ido adhiriendo á su marido cada dia con

mayor sinceridad : era una naturaleza blanda y débil como la cera, que manos hábiles y experimentadas hubieran podido elevar á la categoría de un ángel celeste : Daniel no tenía mundo ni firmeza de carácter para guiar á su mujer; y sin embargo, con el solo prestigio de su amor, habia conquistado casi por completo el corazon de Adriana.

Esta, pues, se separaba cada vez más de su madre, y esta madre funesta estaba sola, sin pasto para su devorante imaginacion, para su afan de dominar, ni para sus caprichos de lujo y de magnificencia.

La aparicion del brasileño D. Roman de Silva fué para ella una revelacion : ¡un hombre millonario, libre y bastante feo! ¡Qué hallazgo para ella, belleza llegada ya al otoño, aburrida de un esposo tirano, y condenada á pasar sola y sin dinero su vida!

¡Si el héroe de sus sueños se hubiera forjado segun su fantasía, no podia tener condiciones mejores que el señor de Silva!

Adriana estaba pobre, y bien sabía su madre que la escasez invadia su casa; pero ella por sí nada podia hacer, pues el Conde habia cerrado su caja y sus gavetas, sometiéndola al humillante castigo de la esposa que dilapida la fortuna conyugal, y es privada de todos sus derechos.

En Leocadia, querer era poder en asuntos de seduccion: tal y tan larga era su carrera en este género; en las primeras córtes de Europa habia hecho tantos y tan ruidosos estragos en los más empedernidos corazones masculinos, que el nombre de Leocadia Torres habia ad-

quirido una triste celebridad. El honrado apellido de su padre habia tenido el buen sentido de suprimirlo, por un rasgo de su sobresaliente talento.

El pobre brasileño era bastante cándido, y aunque hombre de sociedad, no habia tropezado todavía con ninguna Circe que igualase en seducciones á Leocadia : ésta se hizo dueña de su voluntad en muy poco tiempo, y estaba ya en vías de hacerse señora de gran parte de su inmenso caudal, bajo el pretexto de asociarle á sus empresas y negocios particulares.

—Yo tengo—le decia—mis intereses separados por completo de los de mi marido, y yo soy la que se entiende con mis rentas de la misma manera que cuando era viuda: mi primer esposo me dejó una pingüe fortuna, y yo la he hecho producir mucho más. ¿No querria usted—añadió un dia con una celestial sonrisa—probar la suya en algun negocio conmigo?

Puede figurarse el lector lo que contestaria el apasionado brasileño, rico de muchos millones y deslumbrado por la encantadora Leocadia.

Al dia siguiente de esta insidiosa pregunta, le fué entregado un millon en una deliciosa carterita de tafilete con cantoneras y broche de oro, adornado con brillantes.

Leocadia se rió mucho en su interior de la cándida buena fe de D. Roman de Silva; pero afectando en su bello rostro la indiferencia más completa y más risueña, le dijo:

—Lo emplearémos en la compra de terrenos en la Fuente Castellana, que luégo venderémos en el doble ó triple de su valor.

—Lo emplearémos en lo que V. quiera—dijo el brasileño;—pero voy á permitirme una advertencia.

—Ya la espero.

—Una parte de esa cantidad ha de ser para los pobres.

—¡Oh, mi Adriana!—exclamó con el pensamiento la Condesa.—¡Ya puedo llegar en tu ayuda sin pasar por el crímen de robar!

Y aquella mujer, descreida, materialista, disecada, por decirlo así, por el contacto del mal, sintió que subia una lágrima de su corazon á sus ojos.

—¿Y cuánto..... pondrémos para los pobres?—preguntó con su adorable sonrisa.

—Pondrá V. lo que quiera.

—¿Todo lo que quiera?

—Cuanto le plazca.

—¡Oh, gracias, amigo mio, gracias!—exclamó Leocadia con verdadera efusion y estrechando las manos de Roman de Silva, que aunque muy feas y huesudas, le parecieron entónces adorables.

Desde aquel instante empezó á profesar á aquel hombre una involuntaria simpatía; su marido le impedia socorrer á Adriana, y Roman le facilitaba los medios de hacerlo; su marido la trataba con desden, y Roman la colmaba de todas las muestras de una insensata idolatría: en el alma de la mujer más depravada y más fria, hay siempre mucha gratitud y ternura para quien la ama.

No conocia Leocadia lo que pasaba en el alma de su marido; éste la idolatraba de una manera más fuerte que el brasileño; con el amor del alma: porque no era lo que lloraba el Conde el desamor de su esposa en lo

que tenía de material; lo que lloraba era la viudez del corazon, que experimentaba por la primera vez; lo que lloraba era la intimidad moral que habia ansiado hallar con Leocadia; esta esperanza le habia llevado al altar; á la edad de Marcelo, las ilusiones han tomado vuelo, como una bandada de blancas palomas que dejan un jardin devastado, por praderas más floridas; y es preciso que esté el corazon muy frio y muy seco para no ansiar un cariño verdadero y profundo, cuando ya han huido para no volver los dulces sueños de la juventud.

Marcelo amaba á su segunda esposa de una manera involuntaria, pero fuerte y profunda; abrigaba él la esperanza de conducirla al buen camino, cuando la primera sospecha, el primer dardo de los celos se delizó en su corazon.

Várias veces, al volver á su casa, habia visto bajar á don Roman de Silva, que le habia saludado ceremoniosamente. Recordaba el Conde que el brasileño le habia sido presentado una noche por la Baronesa de la Calzada en su propia casa; que dos dias despues habia hallado en su cuarto una tarjeta de visita; pero recordaba tambien que no habia pensado más en semejante hombre ni le habia visto por su casa, ni áun en los dias de recepcion de la Condesa.

¿Cómo iba, pues, entónces á horas desusadas?

¿A qué?

¿Con qué objeto?

A la vez que notó la asidua asistencia de aquel hombre á las habitaciones de la Condesa — pues en las suyas no entraba — notó tambien que aquella salia con



frecuencia, y que por la noche volvia siempre despues de las doce.

—¿Vas al teatro todas las noches, querida Leocadia? —le preguntó un dia.

—Casi todas —respondió ella lacónicamente.

—¿Y con quién vas?

—Con distintas personas: algunas veces con Clotilde.

—¿Y con tu hija?

—Muy rara vez ahora.

—¿No quiere salir?

—Pocas veces: cada dia se halla mejor en su casa y al lado de Daniel.

—¿Por qué no te sucede á tí lo mismo? ¡Esa es la dicha! —murmuró el Conde con tristeza.

Leocadia se encogió de hombros con una indiferencia brutal, por lo que contrastaba con la gracia habitual de sus maneras.

Aquellas contestaciones no alcanzaron á calmar ni á satisfacer al Conde; una pena secreta le devoraba; un desasosiego inmenso le consumia, impidiéndole todo descanso; el fantasma de los celos se levantaba enfrente de él, terrible y devorador.

Un anónimo, bastante extenso, vino á desatar por completo la venda que le cubria los ojos.

Era una obra maestra de perfidia y de mala intencion; la obra de uno de los *amigos* de D. Roman de Silva, que se habia procurado un rato de diversion, vertiendo en el corazon de un hombre honrado el veneno de los celos y de la venganza.

El anónimo es como las quemaduras: se cura la he-

rida, pero la señal no se borra jamas; en una imaginacion enferma y excitada ya por fúnebres aprensiones como la del Conde, el efecto fué inmediato y terrible.

El Duque de Aguilar supo que lo habia recibido por el ayuda de cámara de Marcelo, que era hijo del que servia al mismo Duque.

Habia ido á ver á su padre y le habia contado el terrible efecto que aquella carta habia hecho en el Conde, y el Duque habia ido á prevenir á la Condesa viuda, sabiendo cuán verdaderamente amaba á Marcelo.

Éste habia venido á la hora de comer, habia salido en seguida, y á las nueve y media volvió á su casa y se encerró en su cuarto.

A las diez y cuarto llamó, y ordenó dijesen á su mujer que deseaba verla.

—La señora Condesa ha salido—respondió el ayuda de cámara.

—¿Pues no me dijo V. que estaba en casa cuando yo vine?—exclamó el Conde.

—Estaba entónces, señor; pero ha salido despues.

—¿A qué hora?

—A las diez en punto.

—¿Ha venido alguna amiga á buscarla?

—No, señor.

—¿Ha salido sola?

—Sí, señor.

—Avíseme V. así que venga—dijo el Conde aparentando que se ponia á leer tranquilamente.

Pero en cuanto salió el criado, se puso á medir el aposento con pasos desiguales.

¡Engañado! ¡burlado! Estas palabras resonaban en sus oidos como el toque de una campana de agonía; las once y las doce dieron sin que la Condesa volviera; cerca de la una, llamó discretamente á la puerta su ayuda cámara.

—¡Adelante!—dijo el Conde.

—La señora ha llegado—advirtió el criado—retirándose en seguida.

VII.

El Conde, que despues de algunos paseos por su habitacion, habia acabado por dejarse cær en un asiento, desalentado y triste, se levantó al oir la noticia que le daba su criado, semejante á un hombre que está ebrio.

Sus sienes zumbaban; una angustia cruel le desgarraba el corazon.

¿Qué castigo iba á dar á la culpable? ¿que le preguntaria? ¿ni de qué modo obtener la seguridad de su maldad? ¿Cómo hallar las pruebas? ¿Registraria su habitacion? ¿Era esto digno de él, ya que no fuese indigno de ella?

Las tempestades del alma en la edad madura tienen terrible intensidad; en la primavera de la vida son como nubes de verano.

El pensamiento es avecilla alegre que va saltando de rama en rama, y que cruza de una seca á otra florida, sin ningun esfuerzo y con muy poco dolor.

Pero cuando ya las ilusiones han huido; cuando ya el sol de la juventud se oculta detras de las altas montañas del desengaño; cuando se va á perder la última, la sola probabilidad de ventura, entónces la voluntad es débil, y el corazon egoista quiere asirse á las ilusiones, para no ver la triste, la descarnada realidad.

Llevando un dolor mortal en el alma, el Conde estaba ya dispuesto á perdonar, más que por Leocadia, por sí mismo.

Salió de su habitacion y se dirigió á la de la Condesa; pero vió luz en el salon y se detuvo.

La Condesa debia estar allí en vez de estar en su cuarto, y allí se dirigió Marcelo.

Mas al acercarse á la puerta entreabierta, oyó dos voces que reconoció fácilmente: la una era la de su mujer; la otra, la de la Condesa viuda.

A traves de la cortina miró un instante y se cercioró de la verdad.

Temeroso de que lo vieran los criados en aquel observatorio, dió la vuelta á una dilatada galeria de pinturas que comunicaba por el lado opuesto con el salon, y se colocó cerca de la puerta para oir la conversacion, y saber, si era posible, el motivo que llevaba allí á aquellas horas á la viuda de su padre.

Las dos Condesas formaban el más perfecto contraste: la viuda vestia con sencillez y casi con pobreza; con los cabellos recogidos y el semblante fatigado por penas profundas, tenía sin embargo en toda su figura impresa una dignidad que ordenaba el respeto y atraia el cariño; la nobleza, la limpidez de una vida sin mancha,

se veian impresas en su frente con imborrables caractéres; hay en la mujer honrada y púdica un sello que no se borra jamas, y que Dios ha puesto en ella para distinguirla de las que no se le asemejan.

La perversion de Leocadia era puramente moral; su vida, aunque accidentada y borrascosa, se habia encerrado casi siempre en los límites del egoismo, que no permiten traspasar ciertas barreras; y sin embargo, su existencia de luchas y de dolores, de ambiciones y desengaños, habia empañado el brillo de sus ojos y habia dado á su fisonomía contracciones repentinas, gestos de despecho ó de gozo convulsivo, que eran dolorosos de ver.

La viuda se habia puesto de pié al verla entrar: largo rato hacía que la esperaba, silenciosa y triste. Leocadia traia puesto un largo traje color castaña, de una deliciosa combinacion de faya y cachemira, cuello y puños de olan liso, y unos pendientes de oro sencillos. Sus cabellos caian destrenzados ó en rizos por su espalda y hombros; un cansancio visible tenía alterado el armonioso juego de su fisonomía: estaba pálida y ojerosa; de toda su persona, de sus vestidos, de sus cabellos, se exhalaba un fuerte perfume de heno inglés, el más suave al parecer, pero en realidad, el más penetrante de todos los aromas, y el más pérfido tambien.

—¡Cómo!—exclamó asustada al ver á la Condesa:—¡Usted aquí, señora, á estas horas!

—Mi querida Leocadia—dijo la Condesa viuda,—no se asuste usted. Mande acostar á sus criados, y quedemos tranquilas: pasaré la noche aquí.

—¡Aquí!

—Sí, con V.; tengo que hablarla largamente, y es tarde para que vuelva á mi casa.

—Sea como V. quiera,—mi querida amiga—repuso Leocadia con acento afectuoso y tranquilo;—hablarémos tan largamente como V. desee.

Y acercándose á un timbre, llamó.

—Sirva V. el té,—dijo Leocadia al criado.

La Condesa viuda la miró asombrada; parecia que aquella mujer estaba perfectamente tranquila.

El criado entró con una bandeja de plata, en la que se veia un servicio para té, del mismo metal.

—¿Ha venido el señor Conde?—preguntó Leocadia.

—Sí, señora Condesa,—respondió el criado.

—¿Se acostó?

—Pienso que sí: ha preguntado si la señora Condesa habia salido, y á qué hora.

—Pueden VV. acostarse todos—dijo Leocadia que habia palidecido ligeramente:—la señora Condesa pasará el resto de la noche conmigo.

Diciendo esto, se puso á servir el té, miéntras el criado se retiraba, cerrando la puerta.

—Ya estamos solas, señora: hablemos tanto como usted quiera,—dijo Leocadia presentando á María una taza de té, con aquella consideracion y respeto que no podia dejar de sentir hácia la noble dama:—mi marido está acostado, los criados tambien y nadie vendrá á interrumpirnos.

La viuda dejó su taza sobre la mesa, sin beber el té; asió con un movimiento lleno á la vez de afecto y de terror la mano de su compañera, y le dijo á media voz:

—¡Leocadia, está V. sobre un abismo!

La Condesa la miró sorprendida, y por su rostro se extendió una palidez mortal.

—Su marido de V. ha recibido un anónimo.

—¿Cuándo?—preguntó Leocadia débilmente.

—¡Hoy mismo!

—¿Quién me aborrece así?—exclamó Leocadia.

—¡No piense V. en quién la aborrece, sino en quién la compadece y la ama!—dijo la Condesa con voz suplicante.

—¿Y dónde están esos seres?—preguntó Leocadia con melancólico desaliento.

—¿Dónde? ¡Ingrata! Marcelo la ama con pasion; yo la quiero sinceramente y la compadezco.

—¡No, señora, no; V. no me quiere ni me ha querido jamas!—dijo Leocadia:—le he inspirado siempre, por el contrario, una aversion instintiva; lo sé, lo conozco; ¿con qué objeto ha venido V., pues, á avisarme de un peligro?

—Con el objeto de salvar á V. de él.

—¿No se alegraria V. de mi perdicion?

—¡Yo, yo alegrarme del mal de V.!—exclamó con horror la Condesa.—¡Pues qué! ¿no soy cristiana?

—Siempre ha alimentado V. por mí una secreta antipatía,—observó Leocadia—y así no comprendo...

—Las simpatías ó antipatías son involuntarias,—respondió la Condesa;—pero la piedad, la caridad, son fuentes que tienen su asiento en el corazon, y que no se secan fácilmente: desde que fué V. esposa de Marcelo, mi querida Leocadia; desde que su hija lo fué de mi

hijo, todas mis prevenciones se han desvanecido, se han fundido en el interes que me inspira la paz y el reposo de la familia, y no habrá sacrificio que yo no haga para conservarla.

—¿V. me considera á mí como de su familia?

—¿Y quién lo duda? ¿No es V. la abuela de los hijos de Daniel y de Adriana, como lo soy yo? ¡Por estos niños, de los que somos dos veces madres; por Daniel, por Adriana, he venido á implorar á V., Leocadia! el deshonor, la ruina, amenaza á esos jóvenes esposos, nuestros hijos; á esos niños inocentes, nuestros nietos!

— Pero señora, ¿dónde está el deshonor con que usted sueña?—exclamó airada Leocadia.

—¿Dónde?—repitió la Condesa—¿dónde, pobre mujer? Pregunte V. á su conciencia! Convengo en que hasta ahora sólo haya ligereza en su conducta, y creo que no existe otra cosa; pero V. no conoce el carácter de Marcelo...

—¡Sí, lo conozco demasiado!—exclamó amargamente Leocadia—y en ese carácter pudieran tener disculpa, no ligerezas, sino faltas mayores.

—¿Quién ha dicho semejante cosa?—exclamó la madre de Daniel con generosa vehemencia.—¿Quién se atreve á acusar el carácter de Marcelo, que es la nobleza, la generosidad misma?

—¡Yo, señora!

— Si en la vida fuéramos á acusar todo lo que no nos halaga, sería la vida una acusacion perpétua,— observó la Condesa con una sonrisa llena de tristeza. Marcelo es serio, es severo, convengo en ello; pero estas cualidades



no perjudican en nada á su nobleza, á la hidalguía de sus sentimientos; ha sido, y estoy segura de que lo es ahora, un esposo incomparable.

—Usted puede estar segura de eso, señora, y yo puedo estar, y lo estoy, muy quejosa de él.

—¡Quejosa, y existe V. aún, despues de haber leido él un anónimo en que se la denuncia como traidora á la fe conyugal! ¿No sabe V. que la ama ciegamente?

—Y aunque me amase, ¿sería una razon para que yo no viviese ya?

—La más concluyente: el hombre que adora á una mujer, y sabe que ésta le hace traicion, mata á la traidora.

—¿Sin juzgarla, sin oirla?

—¡Como V. lo dice!

Un estremecimiento nervioso recorrió todo el cuerpo de Leocadia.

—Y en todas las ligerezas, en todos los devaneos del mundo,—continuó la Condesa viuda—¿hallan alguna compensacion las mujeres así amenazadas? ¿Es el mejor de los amantes superior en bondad, al más egoista y prosaico de los maridos? ¿Hallará V. la paz fuera de su casa huyendo los sagrados deberes del hogar? ¡Cuánta dicha arrojada al viento, para recoger una cosecha de dolores! ¿Cree V., Leocadia, que la lealtad, el honor, la delicadeza de sentimientos, son dones que abundan en la vida? ¿Cree que en vez de conservar su libertad moral, debe dársela á un hombre que la pagará con la más odiosa tiranía? ¿Que es el amante—entendamos el galanteador de la mujer casada—añadió la Condesa con

la expresion de un santo y delicado pudor:—¿qué es ese amante que se oculta en la sombra? ¡Peor que el ladron que sale á los caminos exponiendo su vida, por un poco de oro que le hace falta! ¡Es un cobarde, que hiere en las tinieblas, y sepulta en sangre el honor de una familia! Dios me ha librado siempre de los galanteadores de oficio, y yo me he librado tambien!

—¡Feliz V. que ha tenido semejante fortaleza!—murmuró Leocadia.

—Y aunque no la hubiera tenido, me la hubiera dado la vista de mi hijo; de mis hijos, porque como á tal considero tambien á Marcelo. Usted, Leocadia, tiene una hija, y esta hija es madre á su vez: desde el instante en que su hija nació, no debió ser más que madre; desde el instante en que nacieron sus nietos, no debió ser más que abuela: es decir, dos veces madre.

—¡Título hermoso!—murmuró Leocadia con una amarga sonrisa.

—No hay otro que designe la doble maternidad; y éste, acaso por prosaico y severo, es respetable: sí, Leocadia, evite V. inútiles rebeliones contra la suerte; deje á un lado toda ligereza; su conducta debe ser grave y tierna: la que es abuela, ya no puede ser coqueta; ya no debe amar *con amor* mas que á esas criaturas, últimas flores de su ancianidad.

—Yo no soy aún anciana, señora.

—Séalo V. por su voluntad ántes de serlo por sus años.

—¡Y si no puedo!

—Es preciso poder: sólo á ese precio obtendrá V. la

calma de la conciencia y el reposo de la vida, amiga mia, mi querida Leocadia: es V. la madre de Adriana; la madre de la mujer que mi hijo adora, la abuela de mis nietos, y su dicha me interesa profundamente; escúcheme V., pues, con atencion; no hay desgracia mayor para una mujer que el conservar las pasiones vivas, cuando ya todas las condiciones de su existencia han cambiado con el trascurso de los años; la que es madre, la que tiene ya hijas ó hijos casados, ya no puede amar, sino querer á su familia: la juventud cuando pasa es irreemplazable; todos los recursos de la química no volverian á un ramo de flores secas y marchitas su frescura, su colorido y sus perfumes; así sucede con la juventud de la mujer: ningun adorno, ninguna compostura, ninguna pretension la harán jóven cuando deja de serlo, y se expone á la burla y á las críticas de todos.

—¡Oh, señora, y V. cree que se sale de las condiciones naturales de la vida sin sufrir horriblemente!—exclamó Leocadia.—Usted puede hablar y llevar la frente alta y serena, porque no se ha separado nunca del camino recto y fácil; porque constantemente se ha visto amada y protegida; ¡pero yo! desde que salí del lado de mi buen padre, un soplo destructor é inmundo ha azotado mi vida. Mi marido, sin respetar la inocencia de mi alma, puso ante los ojos de mi razon los más espantosos principios de depravacion moral; enseñóme que el oro lo era todo en el mundo, y que la hidalguía, la probidad, la virtud nada significaban ni valian; enseñóme que el brillar es vivir, y que lo esencial, lo indispensa-

ble es tener dinero, mucho dinero para imponer la ley á los demas.

Cuando murió aquel hombre terrible, al que la suerte habia unido mi destino, me creí sola en el mundo, porque me faltaba el apoyo de sus funestas teorías; pero pronto conocí que me habia dejado amaestrada en ellas, y mi corazon se amargó al contacto de aquel cruel positivismo depositado en él, donde sólo quedaba una fibra sensible, la del amor maternal; todo lo que habia en mí de tierno, de puro, de elevado, era para mi hija: ésta, que fácilmente se dejaba manejar por mí, no me amaba, sin embargo, y me estimaba áun ménos que me amaba... se casó y su corazon se separó por completo del mio.

—¿Y qué importa, si Adriana es feliz?

—¡Feliz en la pobreza!

—Más feliz que V. lo ha sido nunca en la opulencia.

—¡Pues bien, vea V. cómo el cielo le ha deparado á usted todas las dichas, á la vez que á mí me las arrebata todas!—exclamó Leocadia con una explosion indecible de amargura: amar á Daniel es amarla á V., y para que V. tenga todas las venturas, ha estado rodeada de amor y de estimacion toda su vida, sin haber tenido ni luchas ni penas!

—¿Quién le ha dicho á V. eso?—repuso la viuda tomando la mano de Leocadia.—¿Quién le ha dicho que haya un sér en el mundo, nacido exclusivamente para la ventura? Y ¿quién le ha dicho que ese sér sea yo? Escuche V. aún un instante, y saldrá de ese amargo error; porque amargo es siempre para la débil condicion hu-

mana el pensar en la ajena ventura, á la vez que lamenta la desventura propia.

Me casé casi niña con el Conde del Villar, padre de Marcelo, á quien no amaba, y sólo por complacer á mi padre; tuve que soportar el ódio y las amargas persecuciones de Marcelo los dos primeros años de mi enlace; despues me amó, y al contacto de aquella pasion, mi corazon, áun no despierto, se agitó en mi pecho con violencia inusitada, y correspondió á aquel afecto.

—Despues de lo que la habia hecho sufrir, ¿pudo usted querer á Marcelo?

—¡Con el primer amor... con el más fuerte, con el más exclusivo de los amores! ¡Con qué orgullo vi fundirse aquella tosca y casi bravía naturaleza al contacto de mi paciencia y de mi abnegacion! ¡Cómo agradecia á aquel adolescente su admiracion por mí, más fuerte que su ódio! ¡Cómo seguí paso á paso la trasformacion de todo su sér! Y ¡cómo le hubiera yo amado y le hubiera consagrado toda mi vida, á no haberme retenido la voz severa del deber!

—¿Y quién le enseñaba á V. ese deber?—preguntó Leocodia, palpitante é interesada á su pesar, por el espectáculo sublime de aquella alma superior que se abria ante sus ojos.

Mi conciencia,—contestó sencilla y dulcemente la madre de Daniel.

VIII.

El eco severo de esta palabra, dicha sin embargo con una sublime simplicidad, llenó durante algunos instantes la habitacion donde se hallaban las dos mujeres, personificacion de la virtud y del desórden; de la verdad moral y del error.

La cortina que ocultaba á Marcelo se agitó; pero ni María ni Leocadia lo advirtieron, y la primera prosiguió así:

— Se lo repito á V., amiga mia; en la ardua lucha, sólo tuve por guía y por apoyo mi conciencia; á nadie podia confiar la batalla de mi corazon: mi padre no hubiera comprendido mis penas; confesárselas á mi marido hubiera sido sumergirle en la eterna desventura. Sola, pues, luché y vencí....

—¿De qué modo?

— Persuadí á mi marido para que enviase á su hijo á viajar, y quemé sin abrir las cartas que me envió.

Desde entónces, mi corazon entero se volvió hácia mi hijo; hácia mi Daniel. Fuí para él la mejor, la más indulgente, la más tierna de las amigas; pero á la vez quisé que él fuese bueno para que fuese dichoso, único modo de serlo: le enseñé la probidad, el valor y las armas con que se vencen las pasiones: le enseñé á sufrir una de las más grandes ciencias de la vida; porque, como ha dicho un gran escritor, «quien no sabe sufrir ¿qué

sabe?» Le enseñé más tarde á no quejarse de la injusticia de su hermano, que, muerto su padre, nos habia señalado dos cortas pensiones para vivir con ellas; le hice seguir una carrera; le animé para que la terminase con brillantez, y le aconsejé que trabajase... De este modo, Leocadia, de este modo, apoyada en mi cruz y llevando ante mí la sagrada antorcha del deber, he cruzado el camino de la vida, desde los veinte á los cuarenta y cinco años que cuento; y de este modo he podido verter un bálsamo sobre la herida oculta que, hasta hace poco aún sangraba en mi alma!

—Esa herida, ¿provenia de su amor á Marcelo?

—¡Sí, amiga mia! ese hombre á quien V. no ama, á quien V. está cerca de ofender, ha poseido mi primero, mi único, mi último amor! Semejante en esto á aquella desventurada reina de España, á aquella Isabel de Valois, que unida á Felipe II con eternos lazos, adoraba al hijo de su esposo, así yo he adorado al hijo de mi marido, y ya alumbraban mi frente cuarenta otoños, cuando áun no habia podido ahogar este amor, que ya estaba mezclado á la sangre de mis venas, y adherido á todas las fibras de mi corazon.

—¿Y ha podido V. verle casar con otra mujer?

—¡Ya sabe V. que sí!

—¡Inútil sacrificio!—murmuró Leocadia—ni el mundo le ha conocido, ni le ha estimado en nada!

—No hay sacrificio inútil cuando se cumple en las aras del deber, Leocadia; sólo son estériles aquellos que se hacen al vicio ó á las pasiones culpables; pero los otros, los que se llevan á cabo por el bien de los que

tenemos el deber de amar, aunque no los amemos, estos no son estériles jamas!

—¿Qué recompensa ha hallado V. por haber sacrificado su corazon?

—El aplauso de mí misma y el del hombre á quien amaba; la dicha de mi marido y de mi hijo!

—¡Débil compensacion!

—¡La más grande, la única para mí! Leocadia, aparte de los juicios del mundo, existe en nosotros un tribunal inapelable, el de la conciencia; esa está satisfecha de mí!

—Y Daniel, ¿cómo le ha pagado sus desvelos?

—¡Con inmenso amor, con la más tierna sumision!

—¡Y casándose con mi hija, á pesar de la oposicion no pequeña de usted!

—¿Y eso qué importa? Yo amo á Adriana, porque la ama mi hijo, y sin ella sería desgraciado! Me opuse á este enlace, no ciegamente, sino aconsejando, como la más tierna y la más indulgente de las amigas: cuando vi que si no se casaba sería desgraciado Daniel, no me opuse más á su enlace. ¡Hay en mi hijo tanto de mí, que él sabrá cambiar poco á poco á su mujer, sin sacudidas y sin dolor para ninguno de los dos! Así, amiga mia, si quiere V. conservar á Adriana, debe irse acercando á ella; porque ella se halla ya muy léjos de usted.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que ama á Daniel, y piensa de otro modo: ya sabe que el lujo no es lo primero en el mundo; que en la medianía se halla la dicha; que el trabajo es un buen amigo de la mujer, y que la vida no es valle de rosas, sino de penas, que hay que llevar con paciencia.



—¿Y quien le ha enseñado todo eso?

—Mi hijo y yo. Porque así creemos hacerla dichosa, y de otra suerte hubiera sido siempre infeliz.

—¡Oh, sí; ahora veo en qué consiste el alejamiento de mi hija!—murmuró la desdichada madre;—¡una invencible frialdad la separa de mí!

—Acérquese V. á ella, como ya le he dicho.

—¡Imposible!

—Acérquese V. á ella por la virtud, por el deber: acepte V. el destino que V. misma ha elegido: acepte usted á su marido tal como es: nada hay más inútil y más ciego que las rebeliones contra la suerte. La Escritura lo dice: «Dios rompe lo que no se inclina bajo su mano.» Acatemos su voluntad.

—¡Yo me casé sin amor para ser opulenta!—murmuró sordamente la Condesa.

—Dios ha hecho que esa ansiada riqueza sea un sueño, y que Marcelo se la rehuse.

—Me casé para sostener el fausto y el lujo de Adriana.

—Adriana rehusa ya el fausto, y comprende que no hace falta alguna para la dicha.

—¿De modo que todos mis cálculos han salido fallidos? ¿Todas mis esperanzas están destruidas? ¿Soy infeliz para siempre?

—Áun lo es V. más de lo que cree. Ya se lo he dicho. Marcelo ha recibido un anónimo esta mañana.

—¡Y qué me importa! ¡Máteme, y me hará el solo favor que está en su mano!

El último acento de esta frase quedó ahogado al salir

de los labios de la Condesa: una mano ruda la asió por los hombros y la hizo caer de rodillas; pálida como la muerte, se volvió para mirar al autor de aquella violencia, y se halló cara á cara con su marido, que sombrío y silencioso la miraba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡La muerte es pequeño castigo para delincuentes como tú!—dijo el Conde.—¡Debes vivir para la expiacion! ¡Quítate de mi vista! ¡Desde hoy somos ambos viudos! Todo lazo queda roto entre nosotros hasta que la ley nos separe!

—¡Perdon!—murmuró Leocadia, aterrada ante el espantoso porvenir que se ofrecia á sus ojos.

—¡Retírate de aquí!—repitió el Conde.

Leocadia se puso en pié, y la Condesa viuda la sostuvo con esa caridad inefable que sólo reside en las almas puras: la hizo apoyar en su brazo, y la condujo á su aposento.

—¡Ah, estoy perdida!—murmuró Leocadia.

—No hay tal cosa—repuso la madre de Daniel.—Marcelo es bueno, lo conozco, y la defensa de lo que ahora parece crueldad, está en mi propio corazon. Yo le hablaré, y será clemente; no lo dude usted!

—¿Y para qué necesito yo ya su clemencia?—exclamó amargamente la Condesa.—¿Para qué quiero la vida? Mi único amor en el mundo era Adriana, y estoy separada de ella para siempre: mi única ambicion era una posicion sólida y brillante, y voy á perderla tambien: sólo deseo la muerte.

La madre de Daniel comprendió que aquel dolor, que

aunque no era noble, era grande, pues era de amargas decepciones, necesitaba exhalarse á solas, y dejó á la Condesa, volviendo al salon.

IX.

La desdichada Leocadia veia huir ante sus ojos como humo ligero todo aquello en que habia fundado sus esperanzas de dicha.

Habia elegido una base de movediza arena, y el viento debia arrebatarle para siempre cuanto le era caro ó agradable.

No habia amado á su hija con el amor noble y serio de la buena madre; no la habia educado para soportar las penas de la vida, y Adriana, al primer choqué del dolor, hábia buscado otro apoyo más fuerte que aquella madre frívolá y mimosa, á la que consideró como un amparo insuficiente para ella.

Se habia casado por ambicion y vanidad, y la desgracia y la vergüenza la envolvian en sus densas sombras.

Habia querido distraer su eterno fastidio, su sed de oro, con devaneos culpables, y el hombre á quien habia elegido debia abandonarla sin defensa á la justicia y á la cólera de su marido.

La Condesa viuda, al separarse de ella la noche fatal de que hemos hablado en el capítulo anterior, volvió al salon, donde halló á Marcelo sentado en un sillon y con la cabeza entre las manos, como abrumado por un profundo abatimiento.

La Condesa se acercó á él, le puso la mano sobre el hombro, y le preguntó dulcemente:

—¿Y Cristina?

—El cielo me castiga por mi abandono, por mi olvido de mi hija—murmuró el Conde, alzando su pálido y severo semblante.

—Tu sitio está ocupado en su corazon, porque te ama.

—¡Oh, mi pobre hija! ¡Qué dulce compañera de mi vida hubieras sido si yo no te hubiera olvidado!

—Lo será, porque ya te he dicho que ella te ama..... En tanto que viva Cristina, no desesperes de la felicidad.

Amanecia ya cuando aún la Condesa vertia el bálsamo de sus consuelos en el ulcerado corazon de Marcelo: cuando ya fué clara la luz del dia, la Condesa apagó las bujías, y volvió á su casa.

Marcelo volvió á su aposento, se paseó por él agitadamente durante un rato, y despues, sentándose ante su magnífica mesa de escritorio, trazó con mano insegura el siguiente billete:

«Señora: desde hoy quedan rotos entre nosotros todos los lazos que nos han unido.

»Sólo queda el nudo de la ley, que el temor del escándalo me impide desatar. Sin embargo, si V. quiere quedar libre, no retrocederé ante él, pues debo pagar la culpa de mi ligereza al unirla á mi destino.

»Percibirá V. mensualmente una pension puesto, que nada posee en el mundo, y vivirá en sus habitaciones, sin salir jamas sola; y conmigo, sólo en aquellas

ocasiones en que las exigencias de nuestra posicion lo ordenen.

» Comerémos juntos para no dar lugar á las habladurías de los criados, pero ninguna intimidad habrá ya entre ambos; ninguna libertad tendrá V., á no ser pasando por la terrible puerta del divorcio; ninguna muestra de cariño puede esperar de mí.»

Cuando Leocadia recibió este billete, su frente se bañó en una palidez mortal, y su mano trémula se negaba á abrirle; pero abierto ya, á medida que leia se iban aclarando las nubes de su frente, y por fin una sonrisa entreabrió sus labios.

Esperaba el divorcio, la vergüenza, que aniquila todo valor moral, el escándalo que mata.

Nada de esto contenia la carta de su marido: era un perdon disfrazado bajo apariencias un tanto severas; era la autorizacion de seguir viviendo en la alta clase que habia escalado; era lo ménos que Marcelo podia y debia hacer.

¿Qué importaba la pena que torturaba el corazon del desgraciado esposo?

Leocadia ni le amaba ni le habia amado un solo instante.

Su corazon no necesitaba intimidad alguna; su corazon, exhausto de jugos, seco por la carencia de esa savia generosa que alimenta el valor de todos los sacrificios, estaba en su cerebro.

—¡Pobre hombre!—murmuró;—ni para la venganza hay valor en él, á pesar de sus fieras apariencias; volverá bajo mi yugo; hoy y mañana me haré servir

aquí con pretexto de enfermedad; pasado mañana bajaré al comedor mejor vestida, más elegante que nunca... pero muy pálida.....; me pondré un poco más de blanco en las mejillas, y un poco más de *bistre* en los ojos; esto será del mejor efecto. Aun me queda ademas el resorte de esa necia Cristina, á la que apénas veo..... es preciso ponerla de mi parte, y se pondrá, porque me parece medio imbécil, en las vanas ideas de virtud que le ha inculcado su abuela.

A pesar de estas consoladoras ideas, las horas de aquel dia pasaron para Leocadia con una lentitud desesperante; ocupó una parte del tiempo en arreglar sus cajones, en preparar sus cosméticos y sus encajes, *sus armas*, como ella decia; tomó un libro que no leyó, y cuando hácia las cuatro de la tarde entró á verla Cristina, la recibió casi con alegría, y con un afecto que no acostumbraba.

La jóven habia sabido que su madrastra estaba enferma, y en vez de irse á casa de la Condesa viuda, se habia quedado á almorzar con su padre.

Al verla, los ojos de Marcelo se llenaron de lágrimas; aquella hija que tenía en el olvido, era quizá el sér que le amaba más sobre la tierra.

—¡Hija mia—le dijo asiendo sus manos y besándola en la frente—perdóname!

Cristina, al oir aquel acento dolorido, miró sorprendida á su padre.

—¡Perdonarte, papá!—exclamó—¿y de qué?

—¡Pudieras quejarte de mi indiferencia, de mi olvido; pero yo te quiero mucho!

—Y yo tambien, papá.

—A pesar de mi descuido aparente, yo daria mi vida por tí..... no lo dudes, Cristina; y como quiero probarte que te quiero, desde hoy vivirás más cerca de mí; ¿querrás tú?

—Yo quiero todo lo que tú quieras, padre mio—dijo Cristina;—¿pero y mamá?.....

—No te separaré de ella; ¿pero no es justo que partas tu tiempo entre los dos?

—Sí lo es, y así lo haré.

Padre é hija se sentaron á la mesa; el Conde, aunque muy triste, hablaba con su hija, y experimentaba al tenerla cerca de sí una especie de satisfaccion melancólica.

La Condesa llegó poco despues del almuerzo, y entónces Cristina, que ya dejaba á su padre acompañado, subió á su cuarto para ir despues al de su madrastra, que estaba en el mismo piso que el suyo.

La habitacion de Cristina, aunque decorada con extrema sencillez, demostraba el buen gusto de la jóven y su artística naturaleza. Cuadros de gran mérito y bronces florentinos que su abuelo le habia enviado de Italia, decoraban las paredes, vestidas de un lindo papel de flores; las cortinas de las puertas y ventanas, como las del lecho, eran de persa azul y blanca; dos macetas de porcelana blanca, de gran tamaño, contenian dos soberbios arbustos de camelias rosadas; el mueblaje era todo de caoba, y la tapicería del mismo, de persa como las cortinas.

En el fondo de la alcoba estaba el lecho, de acero bru-

ñido, pequeño, bajo y vestido de blanco, como un nido de algodon bajo un cortinaje de flores; á los piés del lecho habia un lindo reclinatorio con un almohadon para arrodillarse, producto de los ocios de Cristina, y en la misma alcoba, sobre una mesita de caoba, habia un pequeño armario de palo de rosa, con las puertas talladas y esculpidas delicadamente.

Cuando Cristina entró en su cuarto, se detuvo un instante al lado de la ventana que daba al jardin, y que se hallaba entoldada de una cortina movible de madreselva y enredaderas; dos tórtolas ocupaban el espacio central entre cuatro macetas, llenas de rosas y claveles; las tórtolas se arrullaban amorosamente encerradas en una jaula pintada de verde.

Cristina pareció aspirar con delicia el perfume de las flores de su ventana; una aureola oscura rodeaba sus hermosos ojos, llenos de tristeza; fué despues á su alcoba y abrió el armario con una llavecita de acero que sacó de su pecho.

En aquel armario habia objetos extraños; tres libros pequeños muy usados de los que llevan los niños á las escuelas de primeras letras; una corona de flores, premio tambien de algun educando infantil, y dos ó tres ramitos de flores secas; Cristina sacó estas flores, las besó, y de sus ojos cayó una lágrima; sacó despues los libros, miró lentamente sus páginas y los volvió á colocar en su lugar, despues de estrecharlos silenciosamente contra su pecho.

Eran aquellos libros los que Daniel habia llevado á la escuela, que su madre habia guardado y que habia

cedido á Cristina, en la época en que creia fácil y posible el unir sus destinos; luégo la suerte cruel habia destruido todas las esperanzas de ventura de la pobre niña, y guardaba aquellos tristes recuerdos como el mayor de los tesoros.

Todos los dias les dedicaba una larga mirada y algunas lágrimas.

Algunos instantes tardó en tranquilizarse; cambió su traje de mañana por otro de seda color gris acero, pues trataba á Leocadia con gran ceremonia y era tratada por ella con gran frialdad, y se dirigió á la habitacion de la Condesa.

Esta se hallaba sentada delante del espejo, pintando delicadamente sus mejillas y sus ojos, y la camarera hizo esperar á Cristina en el saloncito que precedia al dormitorio y al tocador.

Cristina tendió una mirada triste por aquellos soberbios dorados, por aquellas colgaduras de damasco y de raso; acercóse al piano y empezó á mirar las piezas de música; eran todas de zarzuelas y de óperas antiguas; nada indicaba allí el gusto ó el amor al arte.

Sin embargo, debajo de muchas otras, y llena de polvo, halló la jóven una hoja que contenia una de sus melodías favoritas, una melodía que habia cantado muchas veces mirando al cielo á traves de las abiertas ventanas del salon, y derramando copiosas lágrimas: *La Estrella confidente.*

Un impulso irresistible la hizo sentarse al piano y preludiar los primeros compases. Leocadia la oyó, y le dijo desde donde estaba:

—¡Perdon, mi querida Cristina! me estoy vistiendo y salgo al instante; pero entre tanto, hágame V. oir esa deliciosa melodía.

—¡Está bien, señora! no se apresure V.—dijo Cristina—que yo estoy bien acompañada con el piano.

Y con esa delicadeza de ejecucion que sólo inspira el sentimiento, Cristina empezó á cantar, acompañándose con el piano.

Cuando terminó, la Condesa estaba apoyada en la puerta del salon.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas; pensaba en su hija, cada dia más alejada de ella, cada dia más indiferente.

El poderoso enternecimiento de Cristina, su voz llena de dolor y de lágrimas, la ternura de sus acentos, habian hecho vibrar en el alma de Leocadia una cuerda dormida desde hacía largo tiempo, pero no rota ni muda; al oir hablar á Cristina con el cielo, acaso conoció toda la miseria de la tierra á la que estaba tan apegada.

—¡Cristina!—exclamó acercándose á la jóven y tomándola una mano—¡yo quiero dejar el ceremonioso tratamiento que contigo he usado hasta aquí! ¡Yo quiero decirte que te amo, que te admiro y que tenías razon para aborrecerme! ¡Sí, pobre niña; no debia yo haber entrado en este hogar, triste, pero tranquilo, y al que he traido el dolor y la ruina!

Cristina miró atónita á su madrastra.

—Señora, respondió al cabo de algunos instantes de vacilacion y con una cortedad y timidez encantadoras;—

no creo que haya ninguna hija que vea ocupar sin dolor el sitio que era de su madre; yo soy tambien de ese número; perdon si lo expresé á mi padre cuando temí el abandono en que luégo he quedado!

—Mucho has debido sufrir.

—Mucho, señora, y mucho sufro todavía.

—Yo tambien—dijo Leocadia;—mi hija se aleja más de mí cada dia; apénas viene ya á verme ni me escribe, y cuando yo voy me recibe con frialdad.

—Adriana ama á Daniel con toda su alma, y éste amor la ocupa por completo; ¿y quién no le amaria cuando es tan superior á todos los hombres?

—Tú debes aborrecernos á mi hija y á mí, mi pobre Cristina—dijo la Condesa mirando á la jóven con una cordialidad desacostumbrada en ella.

—¿Y por qué, señora?

—Por que amabas á Daniel.

—No lo niego.

—¿Y le amas todavía.

—Quizá diga V. una triste verdad; mas el amor, cuando llena el alma, no trae á ella el ódio y las malas pasiones, sino que la purifica de toda sombra: amando á Daniel, adoro á sus hijos y me intereso vivamente por su esposa.

—¡No comprendo yo así el amor!—dijo Leocadia meciendo la cabeza.

—Yo creo que V. no lo comprende de ningun modo: perdon, señora; pero ¡hay tanta gente que se muere sin haberlo vislumbrado siquiera, y eso que han pasado toda la vida hablando de amor y creyendo ocuparse de él!

—¿Quién te ha enseñado á discurrir así á tu edad?

—Mi abuela, señora.

—Te ha iniciado en bien tristes misterios del alma humana.

—Y ha hecho bien: la ignorancia no es la virtud.

—Pero es la felicidad.

—¡Tampoco! Hay que conocer la vida, como dice mi abuela; mirarla con valor frente á frente, aceptar sus dolores, y contar poco con sus alegrías.

—¿No cree tu abuela que tenga ninguna?

—Algunas ilusorias: una sola positiva.

—¿Y cuál?

—La tranquilidad de la conciencia.

El silencio siguió á estas palabras.

—Mi querida Cristina —dijo la Condesa al cabo de algunos instantes con acento triste— con ese modo de pensar árido y severo, no es fácil que halles un marido: el siglo no es triste.

—Lo es, señora, sino que la tristeza está dentro de los corazones.

—La superficie es alegre.

—No importa: el fondo no lo es; pero la verdad, aunque sea triste, es siempre consoladora: yo no buscaré jamas marido, ni espero hallarlo; pero si lo hallase, sería porque me comprendiese y me amase para toda la vida.

—En el matrimonio el amor pasa pronto.

—No, señora —respondió Cristina:— en el matrimonio, si está hecho con las condiciones necesarias de dignidad y de afecto, el amor crece cada dia y vive siempre, aunque cambie de carácter; así lo creo firmemente:

á la pasion sucede la estimacion, la confianza, el afecto verdadero: ¡y qué más bello oásis para el invierno de la vida, que una union dichosa!

— Querida mia — dijo Leocadia sonriendo — yo he sido dos veces casada, y no he deseado la intimidad con ninguno de mis dos esposos.

— Porque á ninguno de los dos amaba usted.

— ¡Cómo! ¿Crees que no amo á tu padre?

— Ménos que á su primer esposo.

— ¡Entónces, debo ser muy despreciable á tus ojos!

— Creo que V. misma se ha engañado, señora — dijo la jóven, bajando los ojos para no dejar leer en ellos su pensamiento.

— ¿Cómo me he engañado? — preguntó la Condesa con irritada altivez.

— Como tantas otras — contestó con serenidad la jóven.

— ¿A sabiendas?

— Sin saberlo.

— ¿Y cómo se ve la verdad?

— Mirando dentro de su propio corazon: si no se prefiere al hombre que se va á tomar por esposo á todos los otros hombres; si no se le considera pobre, enfermo, afeado por cualquiera accidente imprevisto, y si al considerarle de esta suerte no dice el corazon con voz clara y terminante: «Aun así le amaré», entónces vale más no casarse, porque el casamiento es una mala accion, y la union material un suplicio, puesto que la moral no puede existir cuando no hay profundas simpatías. ¿Y es acaso una accion noble el obligar á un hombre á que nos

dé su nombre y su honor, cuando no podemos pagarle con todo nuestro cariño?

Leocadia no supo qué contestar, y guardó silencio: en aquella alma helada y endurecida, no podia penetrar el suave calor de tan generosas y puras convicciones; sólo una cuerda vibraba todavía: la del amor materno, y ésta debia quedar quizá muda ó rota ántes de pasar mucho tiempo.

—Mi abuela—dijo Cristina, prosiguiendo la conversacion, más bien para llenar el tiempo de su visita que por ningun motivo de simpatía ó adhesion;—mi abuela me ha repetido muchas veces dos versos de una comedia que se llama *La Cruz del Matrimonio*, y que ha tenido gran éxito.

—¿Recuerdas tú esos versos?

—Sí, señora; dicen así:

«El ser buena es una ganga:
Para ser feliz, ser buena.»

—¿De modo que se debe ser buena por egoismo?

—A falta de otra razon, sí, señora.

—¡Mira lo dichosa que te hace el cielo, á tí que eres un ángel!—exclamó la Condesa con una carcajada burlona.—Tu madre murió siendo muy niña; tu padre te educó léjos de él, y te ha dado despues madrastra; el hombre que amabas ha preferido á otra.

—Hágase la voluntad del cielo.

—¿No te quejas?

—No, señora; nunca le pido nada á Dios, sino que

sabiendo que Él nos da lo que nos conviene, le digo siempre: «¡Señor, lo que vos querais!»

—¿Y qué esperas de la vida?

—Nada, porque poseo ya el solo bien positivo.

—¡Un bien! ¿Qué bien es ése?

—La paz del alma. ¡Oh, señora! —exclamó Cristina, cuyas mejillas se cubrieron de un generoso carmin.— ¡Usted no sabe lo que es haber crecido al lado de una mujer como mi abuela! ¡Usted no sabe cuál es la magia de su ejemplo, el atractivo irresistible de su virtud! Ella ha amado y ha sufrido..... ¿Sería, si no, lo que es? ¿valdria lo que vale? El Apóstol lo ha dicho: «Quien no ha sufrido, ¿qué sabe?» ¡Mi abuela lo sabe todo, pues que conoce al dolor cómo á un amigo!

—Yo creo que sus penas no han sido grandes.

—Las penas son tanto mayores cuanta es mayor la sensibilidad del alma que azotan, y mi abuela es una sensitiva de delicadeza, con la resistencia de un bronce: su dicha, su gloria mayor hubiera sido verme casada con Daniel; pero cuando vió que él amaba á otra mujer con una pasion invencible, ella misma le persuadió para que se casára con ella, y ella misma le ha sostenido en su desencanto.

—¿Que Daniel está ya desencantado de su amor?

—¿Quién sabe? Los sueños sueños son, y Daniel soñaba en Adriana perfecciones que no son de ninguna criatura mortal.

—¡Oh, no, no! ¡No es eso! Tú me ocultas algo.....

—Nada sé, señora —repuso Cristina con tal acento de verdad, que Leocadia se tranquilizó; —pero me fi-

guro que si Adriana decae en el terreno de las ilusiones de su marido, ascenderá en el de su estimacion.

En aquel instante entró la camarera de Leocadia trayendo una gruesa carta en una bandejita de plata.

—¡De Adriana!—dijo la Condesa al conocer la letra del sobrescrito. Veamos.

Y con mano impaciente le abrió, apareciendo á su vista un paquete de billetes de Banco.

La Condesa palideció: eran los que ella habia enviado á su hija dos dias ántes; una carta adjunta decia así:

«Daniel me ha prohibido absolutamente, mi querida mamá, que admita ni la más pequeña cantidad que tú me envies, y yo le obedezco gustosa, porque le amo y le estimo altamente. Te devuelvo, pues, la última remesa, y te ruego no vuelvas á repetirla.

»Me ha preguntado severamente mi marido á cuánto podria ascender el dinero que en otras dos ó tres veces me has dado, y se lo he dicho aproximadamente; en seguida ha vendido toda la plata de casa y todo lo que habia de algun valor: su madre ha hecho lo mismo para ayudarle, y esta noche Daniel devolverá á su hermano, á tu esposo, esa cantidad, que se lleva todo cuanto poseemos, pero que nos libra de un malestar cruel; pues ni Daniel, ni su madre..... ni yo tampoco, fuerza es que lo diga, podiamos habituarnos á vivir de lo que es del Conde del Villar: el cual podrá partir contigo su fortuna, pero no con nosotros, que no tenemos ni el derecho de poseerla, ni el valor de admitirla.

»Yo soy pobre, madre mia, pero muy dichosa: mis

encajes, mis joyas han desaparecido; pero mi corazon está de gala, porque amo á Daniel y á mis hijos.

»Adios, mamá, y perdona estas verdades, que acaso serán amargas para tí, á tu hija

ADRIANA.»

—¡Ni una palabra de cariño! —murmuró sordamente Leocadia.—¡Ni una frase dulce! ¡La acusacion amarga, despiadada, fria! ¡Mi hija ha muerto para mí! ¡Todo, todo es mentira sobre la tierra!

Y sepultando el rostro entre las manos, dejó correr de sus ojos desbordado torrente de amargas lágrimas.

PARTE TERCERA.

I.

En un rio de diamantes, he visto ahogarse la honra de muchas mujeres.

Sofía de Bellegarde.

Seis años han pasado.

En una casa de la calle de las Huertas de Madrid, de apariencia modesta, vivian en buena armonía un matrimonio jóven, cuatro niños, hijos de éste, y la madre del esposo.

Eran Daniel, Adriana, sus hijos y la madre del primero, ó sea la Condesa viuda del Villar.

La casa, ó mejor dicho, el cuarto segundo de la casa, era espacioso, pero ya de construccion antigua; mirándolo bien, nada habia en él de elegante; las puertas pintadas de azul, las paredes cubiertas de papeles comunes y viejos, los cristales de los balcones pequeños y opacos, todo decia que se pagaba muy poco por aquella vivienda, atendidas sus grandes dimensiones.

Los suelos eran de ladrillo; los picaportes, de hierro; las maderas, deterioradas.

Es imposible defenderse de la impresion de tristeza que produce el aspecto de una casa vieja y descuidada, hasta en el ánimo más alegre, y fuerza es decir que estas casas sólo en España existen ya; pues en las grandes capitales del extranjero, las más pobres viviendas tienen un aspecto limpio y elegante.

Sin embargo, lo que faltaba de limpieza al local, lo suplia la limpieza del decorado; áun se veian en él restos de riqueza; en la sala grande ó salon habia en los balcones cortinajes de brocado de seda, de colores vivos; la alfombra era buena; no habia chimenea, pero en su defecto se veia una gran mesa redonda, cubierta con un hermosó tapete de lana, hecho por alguna mano hábil y diligente; las sillas, de brocado como las cortinas, era lo que estaba más viejo y maltratado en el salon.

Le ocupaban á la sazon una mujer jóven, envuelta en una bata de subido precio, y cuatro niños; de éstos habia dos de cinco años y gemelas. Se llamaban Dora y Augusta, dos nombres alemanes elegidos por su abuela paterna.

Otro niño de tres años que andaba á gatas por la alfombra llevaba el nombre de Osvaldo, y otra tercera niña, aún de pecho, pues no habia cumplido un año, dormia en una cuna de caoba, cerrada con cortinas de muselina: aquella niña se llamaba Clementina.

Adriana, la jóven madre de todas aquellas criaturas, no tenia áun veintiseis años, y sin embargo, parecia contar veinte más; la indolencia y hasta la incuria, se veian en todos los detalles de su traje y en todos los rasgos de su persona; eran las once de la mañana y aún

estaba con el cabello suelto y los ojos adormecidos; tendida en un sillon, envuelta en una bata de merino azul, que ni áun se habia cuidado de abrochar, y enseñando bajo el borde de la misma un pedazo de enagua blanca, de una limpieza muy problemática, presentaba la imágen desoladora de la más perfecta incuria, y del desaseo más completo.

La degradacion progresiva del sér moral, el embrutecimiento de la pereza, se habian esculpido en todos los rasgos del semblante de Adriana; sus ojos tan grandes y hermosos en otro tiempo, estaban irritados; su blanca tez, ajada por las pinturas, y que ya no se pintaba, tenía un color terroso y amarillento; estaba flaca y enfermiza, y su boca parecia mucho mayor, teniendo por completo descuidada y dañada la dentadura, ántes semejante á una doble sarta de menudas perlas.

¿Cómo seis años habian hecho en aquella jóven un cambio tan doloroso?

Porque así como una vida laboriosa es sana para el cuerpo y para el espíritu, así la vida de molicie y de pereza agosta la belleza, arruina la salud y extingue en el alma todo instinto de lo bello.

La influencia del amor de Daniel no habia bastado á extirpar del alma de su jóven esposa la funesta semilla de una educacion viciada y absolutamente destituida de moral; la vida es una cosa grave y triste, y Leocadia habia enseñado á su hija á mirarla como una perpétua fiesta; así aquella jóven alma, que no estaba preparada al dolor, á la paciencia, al sacrificio, al trabajo, á la abnegacion, cayó en una especie de fatiga, en una indife-

rencia, en un mal humor habitual, que hacian de ella un sér excepcional y aborrecible.

Cada hijo habia ademas traido á Adriana una larga y penosa enfermedad; los gastos se habian multiplicado; las nodrizas que se buscaban para cada niño, aumentaban el desórden. Adriana no sabía ni podia cuidarse de gobernar su casa, y paso á paso, poco á poco, el bienestar que Daniel habia hallado en los primeros dias de su matrimonio, se habia ido convirtiendo en una situacion difícil primero, precaria despues, y por último, muy dolorosa.

Los gritos del niño que andaba por el suelo sacaron á Adriana de su torpeza ó soñolencia; abrió los ojos, vió al niño cerca, y alargando el pié le empujó levemente, diciéndole con aspereza:

—¡Cállate ya!

La criatura rompió á llorar ruidosamente.

Adriana volvió á recostarse, y dijo á una de las gemelas:

—Dora, llama.

La niña tiró del cordon de la campanilla, pero nadie apareció.

—¡Velve á llamar, estúpida!—gritó su madre.

Y como viese que la segunda llamada tampoco daba resultado, se levantó ella misma, y llamó con tal furia, que la campanilla resonó en todos los ángulos de la casa.

Este movimiento dejó ver que se hallaba en los últimos meses de otro embarazo.

Al estrépito de los reiterados campanillazos, apareció una criada sucia y mal vestida.

—¿Qué haces que no pareces por aquí?—exclamó Adriana con enojo.

—Me tenía ocupada la señora Condesa —respondió la muchacha.

—¿En qué?

—En limpiar el cuarto de las niñas.

—Déjalo todo como esté y llévate á esa criatura, que me rompe la cabeza con sus lloros.

La criada tomó á Osvaldo que gritaba y pateaba, y se lo llevó á la fuerza.

—Vosotras á sentaros ahí, y cuidado con moverse—dijo Adriana á Dora y á Augusta.

Y se volvió de lado en el sillon, cerrando de nuevo los ojos.

Pero su reposo fué de corta duracion; la niña que estaba en la cuna, despierta ya por los gritos de su hermano, se agitó y empezó á gemir á su vez.

—¡Esto es insufrible!— exclamó Adriana: llamad al ama.

Augusta iba á salir con su pequeño paso áun vacilante, pero al abrir la puerta se halló de cara con otra persona que iba á entrar.

—Abuelita, ¿y el ama?—preguntó.

—Durmiendo, hija mia—contestó una dulce voz.

—Mamá la llama.....

—Aquí estoy yo—dijo la abuela;—la pobre ama ha pasado la noche en vela con el niño, y ahora es justo que duerma.

—Se la paga para que vele con el niño cuando éste lo necesite—dijo Adriana;—por tanto, que la llamen.

—No, hija mia—dijo la Condesa—que era la persona que habia entrado; si la fatiga que se la imponga es superior á sus fuerzas, esa buena nodriza nos dejará.

—Se buscará otra.

—¿Y hasta que parezca? tendrá hambre nuestra pobre Clementina, y quizá morirá.

—¡Tanto mejor para ella y para mí tambien!—dijo Adriana bruscamente.

—¡Pero no para su abuela!—repuso la Condesa tomando á la niña de la cuna:—¡no, su abuela no quiere que Clementina muera, ni su padre tampoco!

—¡Ni yo, ni yo!—dijeron á su vez Dora y Augusta; ¡pobre Clementina, es tan bonita y tan pequeña! ¡Ah no abuelita, que no se muera!

—No se morirá, hijas mias.

—¡Muchas penas se ahorraria!—murmuró Adriana; —con el padre que tienen, más les valdria morirse á todos.

—Adriana—dijo la Condesa con una dulce firmeza, —no hables así de Daniel, ni en presencia mia ni en la de sus hijos; eso es cruel y degradante á la vez; cruel para mí y para mis nietos; degradante para tí.

—¿Aun le disculpa V., señora?

—Es mi hijo.

—¡Diga V. más bien que es su verdugo!

—¿Por qué he de decir eso, si no lo pienso?

—¿No ha tenido V. que dejar su casa para dar á su hijo su pension entera?

—Sí por cierto; para ayudaros con todo lo que poseo he venido á vivir con vosotros.

—Y por qué no trabaja él, en vez de aceptar ese sacrificio?

—Para mí no lo es: estando á vuestro lado, y al lado de mis nietos, soy dichosa.

—Señora—dijo Adriana con amargura—esa longaminidad de V. pierde á Daniel. ¿No le haria V. un bien mayor persuadiéndole de que debe utilizar su carrera y trabajar?

—Ya lo he hecho, hija mia,—contestó sin descomponerse, ni indignarse la Condesa; y sentándose en una silla baja se puso á mecer á la niña, que inquieta y afligida, lloraba sin consuelo.

—¿Y cómo lo ha hecho V.?—exclamó Adriana.

—Como debia hacerlo; aconsejándole, rogándole por tí y por vuestros hijos.

—Él no hace caso alguno de los ruegos de usted.

—Pues nada más puede hacerse que rogar á un hombre, querida Adriana—repuso la Condesa.

—Usted podia reconvenirle, amenazarle; ¿no es usted su madre? ¿No tiene el deber de recordarle los suyos? ¡Si hubiera yo sabido cómo habia de volverse Daniel, jamas hubiera sido su esposa!

—Mi pobre Adriana, cálmate—dijo la Condesa.—Daniel está cansado de la vida, del matrimonio...

—¡Y de mí, y de sus hijos—exclamó violentamente Adriana—demasiado lo sé.

—De sus hijos, no.

—Entónces, ¿soy yo quien le aburre y le fatiga? Entónces, ¿es á mí á quien aborrece?

—No, sino á la vida doméstica, tal como la soporta.



Adriana, ¿por qué no cuidas tú de su bienestar y del tuyo?

—Yo estoy enferma... estoy agobiada... la falta de dinero me angustia... ¡Ah! ¿Por qué fuí yo dócil hasta la necedad á las exigencias de Daniel?

—¿Qué quieres decir?

—¡Que hice muy mal en rehusar los donativos de mi madre, única persona que me quiere!

—Si hubieras admitido esas dádivas, hoy no tendrias marido.

—¡Tampoco así lo tengo! para lo que se cuida de mí!

—Si hubieras aceptado el dinero que tu madre te daba, Daniel no hubiera vivido contigo; conozco demasiado su dignidad.

—Y así, tampoco vivirá conmigo, durante largo tiempo, se lo aseguro á usted.

—No te comprendo.

—Se verá muy pronto libre de mí; porque, ó me moriré ó me iré con mi madre.

—Lo que sería matarte moralmente.

—¡Cómo, señora! ¿Acusa V. á mi madre?

—¡Sí, Adriana! la acuso de muchas cosas, y la primera es de falta de cariño para tí.

—¿Que no me quiere mi madre?

—No, tu madre no te ha amado jamas: de lo contrario te hubiera educado de otro modo; te hubiera enseñado á sufrir los contratiempos de la vida, á tener paciencia, á querer á tu marido y á tus hijos con abnegacion y con fidelidad. ¿Piensas acaso que las demas mujeres hallan en esta vida un jardin de rosas? ¿Piensas

que nadie sufre más que tú? ¿Y no ha debido tu madre enseñarte que el destino de la humanidad no es solamente el goce y la alegría? ¡Ahora es ya tarde, mi pobre Adriana! estás desanimada; la lucha te ha hallado sin fuerzas, porque ni áun la religion te presta las suyas. ¿Qué harémos contra una enfermedad que puede ser mortal, si no pones tú, no algo, sino mucho de tu parte? ¿Qué harémos, hija mia? ¿Qué harás tú, sobre todo? Mi hijo me tiene á mí; á su madre que le adora, y sabrá sufrir con él hasta la muerte. Tus hijos me tienen á mí, á su abuela, que es dos veces madre suya, y que por ellos velará y trabajará, ¿pero y tú, y tú?

—Ya lo he dicho, señora: ó me moriré, ó volveré al lado de mi madre; allí recobraré la salud y la alegría; en mi hermoso París, donde mi madre vive, olvidaré que he sido casada.

—¿Y olvidarás tambien que eres madre?

—Tambien lo olvidaré.

—¡Te engañas y te calumnias á tí misma!—exclamó la madre de Daniel con una indignacion dolorosa: —eso es lo que no se olvida jamas; el egoismo ha hecho su presa en tí, y ahoga en tu alma hasta los afectos más santos; ¡pero sepárate de tus hijos, y te desafio á que los olvides!

—Ellos me han quitado la salud y el gusto de la vida; ellos nos arruinan!

—¡Pobres ángeles!—exclamó la abuela, confundiendo en un mismo abrazo á las tres niñas:—¡ellos causar el disgusto de la vida, cuando son las solas flores que hay en ella!

— Para mí son espinas, señora; yo creo ademas que no amo á mis hijos por la conducta de su padre; éste se ha cansado por completo de mí; ya lo sabe V.; apénas le veo, y sin ocupacion ninguna pasa el dia no sé cómo; viene á acostarse al amanecer y ya no almuerza ni come conmigo.

— ¿Y cómo ha de almorzar si te levantas á las dos?

— Señora — repuso Adriana, — ya que V. excusa á su hijo en todo lo que hace, no haga el empeño de que yo le excuse tambien: conmigo tiene deberes que no ha cumplido, y para hacerme tan desventurada no debia haberme unido á su suerte; yo estoy ya cansada de sufrir; soy muy jóven todavia, y la vida, tal como la columbro me espanta; la dejaré, pues, ó variaré sus condiciones.

La pequeña Clementina se habia dormido en la falda de su abuela; ésta inclinó hácia la niña su rostro entristecido, en el que se veia impresa una viva expresion de sufrimiento, y contempló á la criatura durante algunos instantes, como si hubiera querido hallar algun valor: la tempestad del dolor agitaba aquella alma santa y noble; sus cabellos estaban casi blancos; á cada lado de la boca se habia formado un pliegue tristísimo, y triste por demas era tambien la mirada de sus ojos.

Despues de mirar algunos instantes á la niña, iba á hablar; pero la puerta se abrió con estrépito, y un hombre descolorido, descompuesto y con el semblante huraño y contraido, apareció en el umbral.

II.

La persona que habia aparecido era Daniel.

Al verle, su mujer hizo un gesto, en el que entraban por partes iguales el terror y el fastidio más profundo.

La abuela, previendo la escena que iba á tener lugar y deseando evitar que las dos niñas mayores la presenciasen, tomó á Clementina en sus brazos, asió á Dora de la mano, é hizo señas á Augusta para que las siguiese, saliendo los cuatro de la estancia.

—¡Oh, mi pobre madre!—suspiró Daniel, siguiéndola con una mirada tristísima.

—¿Qué le sucede á tu madre?—preguntó con insolencia Adriana, incorporándose y mirando á su marido, que le respondió con otra mirada de cólera.

—¿Qué le sucede? ¿Y tú me lo preguntas?

—Ciertamente: te lo pregunto.

—¿No ves el martirio á que se ha sometido? ¿No lleva sobre sí todos los cuidados de la casa y todo el que dan cuatro niños?

—Para eso es abuela, y como todas está en sus glorias.

—Adriana,—dijo severamente Daniel—esta situacion que tú has creado, no puede seguir: mi madre no se queja, es verdad; pero mi corazon se queja al verla sufrir: es necesario que tú empieces á ser lo que no has sido nunca.

—¿Y qué es?

—¿No lo sabes? ¿No sabes que la mujer que se casa tiene deberes muy sagrados?

—No lo sabía: nunca he conocido casada á mi madre, sino jóven y hermosa y disfrutando de cuanto hay de bello en la vida; pero si hay deberes para la mujer, creo que tambien los habrá para el esposo, y yo no veo que tú cumplas ninguno. En cuanto á que me tome más cuidados y fatigas de los que tengo, no lo esperes de mí: tu madre está en su centro siendo ama de casa, abuela, providencia doméstica, en una palabra: cuando tenga el quinto nieto se encontrará aún mejor.

—Pero yo me encuentro muy mal viendo que sufre y que los cuidados de esta casa superan á sus fuerzas; es preciso que tú tomes tu parte.

—Yo no sé hacer nada; ya lo debias saber al casarte conmigo.

—No sabía tal cosa.

—Debiste á lo ménos suponerlo: con el método de vida que llevaba yo al lado de mi madre, ¿pensabas que valdria para ama de gobierno?

—¿Y mi madre? ¿Piensas tú que la noble, la opulenta Condesa del Villar, se ha ocupado jamas de los humildes trabajos á que tu holganza la condena? ¿Crees que ha nacido para llevar tan amarga vida en sus últimos años?

—Ya te he dicho que eso es toda su delicia.

—No: eso es una gran resignacion; mi madre es una santa.

—¡Dichosa ella! yo que no lo soy, te advierto que estoy cansada y aburrida de esta vida que llevo, y que me voy al lado de mi madre.

—Tú permanecerás en tu sitio, que es esta casa.

—Te aseguro que no; ¿con qué derecho me has condenado hace siete años á esta vida de privaciones y de oscuridad? Si mi madre me permitió casarme contigo, es porque, aunque sabía que eras pobre, contaba con ayudarme; pero tú has tenido la estupidez de hacerme rehusar su auxilio, y lo que tú posees, junto á lo que posee tu madre, no basta para que vivamos sin ahogos.

—No quiero que aceptes lo que es de mi hermano.

—¿Y tu hermano por qué no te da más dinero?

—Porque tu madre dilapida todas las rentas de su casa; porque ya gasta del capital; porque la vida de locos gastos que llevan en París los conduciria á la ruina; en una palabra, porque mi pobre hermano, desde hace cuatro años, tiene alterada la razon.

—No la tuvo nunca muy cabal.

—¡Eso es obra de tu infernal madre!—exclamó Daniel con tanta cólera, que de sus ojos brotó un relámpago siniestro;—¡tu madre es la causa de la perdicion de toda mi familia! ¡Tu madre te aconseja que no reconozcas ningun deber, que te separes de mí, que te vayas á su lado, porque en esa mujer funesta, hasta el cariño maternal es orígen de crímenes y desdichas!

Adriana se incorporó en su asiento, echó hácia la espalda las enmarañadas madejas de sus cabellos, abrió sus ojos medio entornados, en los que brillaba una luz extraña, y dijo á su marido con voz tranquila.

—Te agradezco que hayas provocado esta explicacion, y te agradeceré más que me escuches un instante.

—¿Qué puedes decir para justificar á tu madre, para justificarte?—preguntó Daniel.

—Ni una palabra, ni lo intentaré siquiera; sólo te diré una cosa: que esta situacion me ha llegado á ser del todo insoportable, y que no puedo prolongarla.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Que deseo una separacion amistosa.

—¡Eso jamás! ¡Quedarme yo sin mis hijos!

—¡No, si no quiero llevarme ni uno solo!—repuso Adriana con gran naturalidad;—te los dejaré todos y los cuidará tu madre.

—¿Luégo los abandonas?

—¡Yo no les sirvo de nada!

—¿Y cuál es tu designio? ¿Qué harás?

—Irme con mi madre á París.

—¡No!

—¿No te agrada una separacion amistosa?

—¡No!

—Llevémosla á cabo judicialmente entónces.

—¡No!

—¿Tampoco así la aceptas? ¿Quieres tener mi suerte unida á la tuya por fuerza?

—¡Por fuerza, aunque no quieras! ¡Esa es la sola manera de castigar tu horrible egoismo, la sequedad de tu corazon!

—Ten cuidado, Daniel; mira que yo estoy resuelta á dejarte, y lo haré.

—Yo lo impediré.

—¡No te amo, y nadie podrá retenerme á tu lado!

—Yo no te amo tampoco—exclamó exasperado Da-

niel, y sin embargo, por mis hijos, no consentiré en lo que deseas, á no ser para encerrarte en un convento.

—¿Y con qué pagarias mi pension de alimentos?—preguntó Adriana con una risa sardónica;—¿crees que me tendrian grátis, ó que mi madre pagaria mi encierro? En cuanto á tu hermano, tú lo has dicho, está completamente idiota, y tampoco podria ayudarte en la noble empresa de castigarme.

—¿No hay en tí un resto de corazon?—exclamó Daniel—quien en su orgullo varonil habia dicho á su mujer que no la amaba ya, pero que en realidad la adoraba; ¿por qué quieres romper tu posicion de una manera violenta? ¿Por qué no aprendes de mi madre un poco de paciencia y de abnegacion? ¿Estás irritada porque te veo poco, porque me he emancipado hasta cierto punto de los lazos conyugales? ¡Ay, Adriana, si supieras qué triste es para el hombre la casa, cuando la mujer no la ilumina con su amor, con su ternura! ¡Nosotros somos egoistas y buscamos la alegría y la luz; la oscuridad nos aterra!

—Eso mismo me sucede á mí; soy egoista y aquí me siento morir de tristeza.

—¿Insistes en dejarnos?

—Sí: tú no me quieres ya, yo tampoco á tí; ¿qué hacen las bendiciones con que nos unió el sacerdote, cuando los corazones están alejados uno de otro?

—¿Tienes quejas de mí?

—¡Sí, y muy grandes! ¿No hallas medio ninguno de tener dinero: ¿por qué no trabajas para ganarlo?

—¿Y no piensas en que puedo serte infiel?

—Nunca he pensado en eso.

—¿De modo que me dices la terrible verdad? ¿no me quieres ya?

—Te he dicho la verdad.

—Pues bien, Adriana, oye á tu vez lo que yo debo decirte: depende de esta entrevista, de esta conversacion dolorosa para mí, y que para tí no puede ser tampoco muy grata, el porvenir de nuestros hijos; á lo ménos, por ellos, oye una vez la razon, porque no quiero amenazarte. Aun podemos, poniendo cada uno de los dos algo de su parte, áun podemos hacer nuestra situacion más soportable..... yo trabajaré; no eran infidelidades del corazon, ni áun siquiera caprichos pasajeros lo que me llevaba léjos de tí; no, yo te quiero todavía, y este afecto, que se va entibiando, llegaria de nuevo á la pasion si tú pusieras algo de tu parte, si tú fueras de nuevo la Adriana que yo conocí; ¡eras tan linda, tan dulce, tan elegante, tan seductora! Seducias hasta por tus mismos defectos, tanto como por tus cualidades.....; ahora éstas han desaparecido, y los defectos han tomado un carácter terrible....., te has vuelto fea, dura, indiferente, descuidada, horrible.....; ¡Adriana, si me ayudas un poco yo renaceré..... yo seré otro....., si no, estamos perdidos!

—Daniel—contestó Adriana sin emocion alguna—yo no puedo ser ya lo que he sido; la belleza ha huido de mí; estoy enferma, sin fuerzas.....; la Adriana que tú conocias se fué con mi madre.....; te he amado cuanto he podido....., yo no sé mandar á mi corazon, que está léjos de aquí......



—¿Con tu madre?

—Sí....., con mi madre.....; mi sola aspiracion, mi solo anhelo es ir á su lado.

—¡Oh, Dios maldiga á tu madre!—gritó Daniel enfurecido, y chocando áun otra vez en su dolor impotente, contra aquella helada naturaleza.

—Calla—repuso Adriana—no digas eso, porque mi madre no tiene la culpa de nada de lo que me sucede; como yo, es una criatura débil y viciosa y no me ha enseñado más que á agradar, á ser bonita.....; yo no servia ni para esposa ni para madre....., con mi belleza se han ido mi alegría, mi dicha, mi presente.—Déjame ir á buscar el porvenir.

—No volvamos á lo mismo.

—Yo no puedo hablarte de otra cosa.

Daniel abrió la puerta de la estancia y se precipitó en la sala contigua; sus ojos estaban llenos de relámpagos, su frente ardia, sus pálidas mejillas estaban vestidas de un carmin arrebatado; cruzó la antesala, y asomándose á un corredor vecino, gritó con voz trémula:

—¡Mamá, mamá!

—Aquí estoy—respondió la Condesa apareciendo á la puerta de otra estancia:—¿qué quieres?

—¡Que vengas!

—¿A dónde, hijo mio?

—Vén, sígueme—exclamó Daniel.

Y en su extravío, tomó la mano de su madre, y la condujo con él hasta el aposento donde habia quedado Adriana sola y enteramente libre del letargo de su pereza, por el temor de lo que iba á suceder.

III.

Al entrar en la estancia, la Condesa miró á Adriana, y se asustó del cambio operado en su fisonomía; todas sus facciones respiraban una resolucion helada y fiera; no era ya la imágen de la molicie ó la debilidad; se leia en sus ojos una especie de desafío.

Su mirada, como un relámpago de acero, fué á chocar contra la de su marido, que, indignado, se adelantó hácia ella con rabia y dolor tales, que su madre palideció de espanto.

—¡Yo mataré al fin á esta mujer!—gritó Daniel lívido de cólera y con los dientes apretados.

—¿Por qué? —preguntó la madre, que por un heroico esfuerzo de voluntad consiguió hacer su voz severa y reposada:—¿por qué quieres matarla? porque es desgraciada?

Daniel dió un paso atras y dejó caer sus brazos con desaliento.

—Quiere separarse de mí....., abandonar á sus hijos —dijo tras una larga pausa;—¿es esto comprensible, madre mia?

—Para mí lo es—respondió la Condesa.—Adriana era más dichosa al lado de su madre que con nosotros, y quiere irse con ella: en el alma humana, hijo mio, hay una eterna aspiracion á la dicha.

—¿Y por qué no la halla al lado de su marido y de sus hijos?

— Pregúntaselo al que tiene la llave de los corazones, al que regula sus movimientos, al que los hace latir ó adormecerse.

— Entónces, su obligacion es sufrir aquí.

— ¡Y morir aquí! ¿Quisieras ser tú la causa de su muerte? ¡Háblame con sinceridad, Daniel!

— ¡Ah, sí! ¡Aquí moriré! — exclamó Adriana, hallando como por encanto el acento quejumbroso de otras veces.— ¡Moriré si no salgo de esta casa!

— ¡No, hija mia! ¡No morirás, porque yo no quiero verte morir! — dijo la Condesa.

Y volviéndose á su hijo, prosiguió:

— ¿A qué hacer un crímen á esta pobre criatura de ser débil y desgraciada? ¿Quién ha dado temple y fortaleza á su alma? Sólo debemos al dolor el bien de poseer estas cualidades, al dolor sin remedio, al dolor que abruma, pero que no mata, dejándonos la vida para que sea más amarga! ¡Adriana no ha sufrido, y no sabe sufrir; ante sus primeras penas se asusta y busca la salida; si la halla, déjala que la aproveche, y feliz ella!

— ¡Cómo, madre mia! ¡Excusas su culpable empeño de dejarnos!

— ¿La tenemos estando aquí contra su voluntad? ¡Aquí está su cuerpo; pero su alma, su pensamiento, la parte mejor de su sér, se hallan en otros sitios..... están al lado de su madre!

— ¡Ese amor á su madre es culpable y odioso!

— ¡Odioso el amor á su madre! — repitió la Condesa.— ¡Ah, Daniel! ¡Mira ántes de decir eso á tu propio corazon! ¿No me quieres tú á mí?



—¡Esa madre no es como tú!

—¡Es de otro modo! ¿Y deja por eso de ser su madre? Las mismas simpatías, la misma conformidad de gustos que te unen á mí, unen á Adriana con su madre; aparte de los lazos de la sangre, aparte del *deber* de quererse padres é hijos, hermanos con hermanos, hay otros lazos más dulces y más inquebrantables, los de la afinidad de gustos, los de la armonía del pensamiento. Leocadia ha tenido por único norte en su vida el amor á su hija: que este amor haya errado en sus manifestaciones, no es ahora ni nunca, la ocasion de investigarlo: ha sido y es un amor grande, inmenso, absoluto. Adriana no ha hallado nunca en su madre ni disgustos, ni contrariedad, ni sufrimiento de ninguna clase: todo era para ella verjel florido en el corazon y en la casa maternales; aquí sufre, y quiere volver á la dicha.

Aquel acento suave y penetrante iba dulcificando el mar de hiel en que estaba anegada el alma del infeliz esposo: Adriana misma, la mujer egoista y helada, sentia hácia la madre de su marido algo parecido á una inmensa gratitud, algo que le decia iba á verse aliviada en breve del peso que la abrumaba.

—Sé hombre, Daniel—continuó la Condesa;—dame la primera prueba de esa fortaleza que tantas veces te he rogado tengas. Prefiere la posesion moral de tu mujer á la material; no le temas al dolor; ponte enfrente de la vida, y mírala con semblante sereno, aceptando todas sus penas y no mendigándole ninguna de sus contadas alegrías; véncete, que esa es la mayor de las victorias: la vida es una cosa grave y triste, y hay que to-

marla con valor, sin inútiles rebeliones contra el destino.

— Madre mia — respondió Daniel sentándose al lado de la Condesa y tomando con respeto y ternura una de sus manos : — hay en tí mucho del valor de los héroes, y mucho tambien de la sublimidad de una santa ; pero ¿quién puede asemejarse á tí? ¿Ni dónde hallar ese generoso valor que de nada se queja y que todo lo perdona? ¡Me ves pasar los dias enteros en la ociosidad, léjos de mi hogar y mis hijos, y nada me dices ya, contentándote con algun consejo dulce y tierno! ¡Sabes que he abandonado todo trabajo, y que ha sido inútil el que me hicieses seguir una carrera, y no me reconvienes! ¡Ves á esta mujer abandonando todos sus deberes, y los tomas sobre tí! ¡Y ahora áun llamas desgracia á lo que es culpa, y áun la compadeces de lo que nos hace sufrir!

—¿Y crees tú que ella es dichosa? Nadie lo es fuera del círculo trazado por el deber.

—¡Pero ella es la culpable de su desventura!

—Y tú tambien : tú eres débil como ella : tú te has cansado ántes que ella del deber y del trabajo ; ¿no te obedeció dócilmente cuando la ordenaste devolver á su madre todas sus dádivas? ¿Por qué lo hizo? ¡Porque te amaba! ¡Te amaba, y no has sabido trasformarla! ¡Ah, Daniel! ¡Sobre tí pesaba, sobre tí pesa todavía el deber de hacer feliz á esta pobre criatura! ¡Dale la fuerza que le falta ; enséñale con el ejemplo; trabaja para ella, para vuestros hijos, y sobre todo, sostenla con alguna palabra dulce, de esas de que tan pródiga era su madre! ¡Si supieras cuánto se consigue de la mujer con la dulzura y la persuasion!.....

—¡Es una ingrata!—murmuró Daniel medio vencido.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho por ella?

—Amarla.

—¡Y ella tambien! Nada te debe; pero desde hoy puede deberte mucho.

—Nada puedo hacer para cambiarla.

—Prueba: déjala ir al lado de su madre.

—¡Qué oigo!—gritó Adriana levantándose como movida por un oculto resorte.—Señora, madre mia, ¿usted se digna interceder para que consiga lo que tanto anhelo..... para que salga de aquí y vaya á respirar al lado de mi madre?

Y el más delicioso color de rosa volvió á sus mejillas, y en sus apagados ojos brilló de nuevo un rayo del sol de la juventud.

—Ya lo ves, hija mia—dijo la Condesa:—Si Daniel quiere complacerme, te permitirá ir á ver á tu madre y te acompañará él.

—¡Yo!—exclamó Daniel.—¿Yo ver á esa mujer infernal que está llevando á cabo la ruina de mi pobre hermano? ¡Eso jamas!

—Adriana no debe ir sola.

—¡Que no vaya!

—¿Y por qué no? ¿Ha de ser ella más fuerte que tú? ¿Se ha de violentar quedándose, y tú no te has de violentar para ir?

—Yo no puedo ver á su madre.

—Daniel—repuso la Condesa dulcemente—aquí no sabemos sino lo que nos han contado. Leocadia ha sido

siempre una mujer alegre, elegante, ligera de impresiones..... pero no un sér malvado; ¿quién sabe si al llegar allí hallarás algun alivio moral, viendo que cuida á tu hermano, y que es, más bien que su verdugo, su enfermera?

—¿Se nos oculta acaso el escandaloso derroche que hace de la fortuna de mi hermano?

—Esa fortuna es suya desde el instante en que se casó con él.

—¡Si no supiera que tienes un talento luminoso algunas veces, madre, te creeria atacada de ceguedad mental!—exclamó Daniel.—¡Cómo! ¡Puedes ver sin amargura todo lo que esa mujer hace, y estás tú vegetando casi en la miseria! ¡No la acusas siquiera de la educacion que ha dado á su hija, y tomas sobre tí las mil penalidades de la casa y el cuidado de cuatro niños, en tanto que Adriana, su madre, los olvida!

—¿Y no soy yo su abuela, es decir, dos veces su madre?—repuso la Condesa.—¿Y crees que yo no llevo resignada y contenta la cruz que Dios me ha destinado? ¡Mis nietos! ¡Dulce palabra, que explica todas las ternezas y todos los sacrificios! ¿Qué vale lo que yo hago por ellos, comparado con lo que áun me siento capaz de hacer? ¡Por ellos trabajaria dia y noche sin descanso! ¡Por ellos pasaria con dos horas de sueño, y no hay sacrificio ante el cual pudiese mi amor retroceder! ¡Idos, idos vosotros! ¡Yo quedo aquí velándolos y cuidándolos! Vosotros sois jóvenes, y podeis y debeis aspirar á la alegría y al amor: yo soy ya la vieja encina, á cuyos piés han brotado algunas flores! ¡Quiero verlas, y cuidarlas,

y darlas mi propia savia, para que crezcan fuertes y bellas! Se puede ser mala madre, porque en el corazon de las madres tienen aún cabida las pasiones, porque los ojos de la madre miran aún á la tierra; pero mala abuela..... ¡eso es imposible! La abuela es la anciana que ya camina con los ojos puestos en las verdades eternas; la abuela desea dejar detras de sí semillas de honor y de virtud que la recuerden á sus hijos; la abuela es toda amor, abnegacion y ternura.

—¡Mis hijos tienen otra abuela!—murmuró Daniel.

—Apénas conoce á sus nietos: Adriana le dará uno allí, y verás cómo le ama.

—Madre mia—dijo Daniel, cuya debilidad de carácter estaba ya casi vencida—eres una santa, y á toda costa deseas evitar por tí el que se rompa nuestra union; sin embargo, ¡tengo el seguro presentimiento de que este viaje á París no ha de remediar de ningun modo nuestra situacion actual!

—Tendrá la ventaja de hacerte romper con los hábitos que has adquirido, hijo mio; ya ves que no te culpo por ellos, pero pido á Dios que se cambien. Daniel, el renovar las impresiones es provechoso para los que, como tú, tienen más imaginacion que razon: la monotonía os agobia, os cansa, os mata moralmente; vé, pues, á París, acompaña á tu mujer; es justo que, pues lo desea, vea á su madre, ya que hasta ahora ha estado obligada á vivir con su suegra.

—¡Ah, señora!—exclamó Adriana—¡yo no puedo mirar á V. de otro modo que como á mi segunda madre! Lo confieso, yo no valia para otra cosa que para haber-

me casado con un hombre opulento; debí aprovechar la pasion del Duque y haberme casado con él, á pesar de su deformidad y de su escepticismo; porque educada en medio de todos los refinamientos del lujo, la escasez me es insoportable..... pero, en cambio, ¡con qué admirable tolerancia V. soporta todo lo que en mí debe herirla y serle aborrecible! ¡Qué abnegacion, qué paciencia, qué admirable fortaleza! ¡No porque yo no tenga sus virtudes soy incapaz de conocerlas y admirarlas!

Daniel envió á su mujer una mirada más dulce; aquel elogio concedido á su madre halagaba á la vez á su orgullo y á su corazon. Era una alma débil y tierna que no podia vivir sin amar, y Adriana no habia cometido tampoco ninguna de esas faltas que extinguen el amor en el corazon del hombre, ó le convierten en ódio profundo.

—Conocer á la virtud es ya amarla, hija mia—dijo la Condesa tomando la mano de la jóven y estrechándola dulcemente—yo espero mucho de tí; tu madre, en su ciega ternura, no ha sabido educarte para las contrariedades de la vida, sino para sus venturas, y éstas no necesitan de fortaleza: pero si pones un poco de tu parte, llegarás á ser dichosa, porque serás buena; ahora, idos á París y nada temais por los niños; se quedan con su abuela, y esta palabra lo comprende todo.

IV.

Dos meses despues, la Condesa viuda del Villar se hallaba en la habitacion que ocupaba en la casa de su

hijo, rodeada de los cuatro niños. Era cerca del anochecer; Dora y Augusta acababan de venir de paseo con la criada. Osvaldo corria por la estancia, caballero en un baston de su padre, y Clementina lloraba en los brazos de su nodriza.

El ruido era grande, y la abuela llevaba de vez en cuando una mano á su cabeza fatigada; las niñas charlaban; Osvaldo gritaba, y la nodriza, remisa, no queria dar el pecho á Clementina.

La vejez envolvia rápidamente con sus helados velos á la Condesa; el sufrimiento se veia impreso en todas sus facciones; la cruz era superior á sus fuerzas.

—Ama, es preciso que me dé V. algo que coma la niña, si no quiere V. darle el pecho—dijo con aquel acento dulce y siempre exento de reproche, que era en ella natural.

—¡Señora, es que nó puedo darle ya más!—contestó la nodriza de mal humor;—¡en toda la tarde ha dejado de mamar, y yo estoy muy mal alimentada!

—Traígame V., pues, la sopa de la niña: no le exijo que le dé el pecho si no puede; pero la pobre inocente tiene hambre.

—La sopa de la niña no está hecha—dijo la criada que recogia los sombreros de las dos gemelas, y que era la única de la casa;—¡yo no puedo acudir á todo!

—Pues no piense V. que yo voy ahora á la cocina—objetó la nodriza;—que no tengo gana de hacer la obligacion de usted.

—Yo iré—dijo la Condesa levantándose y dirigiéndose á la puerta.

—¿No le da á V. vergüenza de que vaya la señora á preparar la sopa de la niña?—dijo la nodriza:—¡una señora que es grande de España!

—Y V., ¿por qué no va?

—¡Porque no tengo gana!

—¡Pues lo mismo me sucede á mí!

—¡Esta casa se cae!—dijo tristemente la nodriza;—¡cuando se han ido á París los señoritos, las deudas han llovido! Dos modistas, Reinaldo el zapatero, la guantería, el peluquero y el perfumista han venido á buscar á la señora.

—Que ha pagado á todos.

—¡Y que ha hecho muy mal! ¡Mire V. que vender hasta su última sortija, hasta los pendientes que llevaba puestos, hasta sus vestidos, para pagar las trampas de su nuera! ¡Y luégo dirán que las suegras son malas!

—¡Es que como la señora Condesa no hay dos en el mundo! ¡Si se muere irá derecha al cielo!

—¡Yo lo creo, como que en la tierra pasa el purgatorio! ¡Ese hijo ha sido siempre su cruz, segun me han contado; por él ha permanecido viuda, aunque pudiera haberse casado; por él sufre á esa nuera más mala que la peste; por él está al cuidado de todos estos niños!.....

—¡Que son malos como ellos solos! ¡Qué tabardillo de criaturas!

—¡Pobrecillos! ¡Si no fuera por su abuela!

—¿Y qué hay de los asuntos de París?

—¿Qué hay? ¡Horrores!

—¿No está mejor el señor Conde?

—Está peor, y cada dia se cree que no llegará á la noche; y, sin embargo, llega.

—¿Pero qué es lo que tiene?

—Disgustos de su mujer: primeramente aquí se quedó como idiota, y así se lo llevó á París; allí empezaron á darle accidentes, y hace cerca de tres años que está enfermo; y la mujer, con un amigo que tiene, han ido sacando dinero y tomando sobre las fincas, y ahora está la casa por tierra.

—Pero—dijo la nodriza, que era mujer de buen sentido:—¿cómo la mujer ha podido hacer todo eso sin consentimiento del marido?

—Tenía ese consentimiento y veinte que hubiera necesitado. ¡Si es un demonio!

—Dicen que le tenía loco.

—Y dicen bien.

—¿Y entónces quién levanta esta casa?

—¡Nadie!

—Yo pensé que el señorito Daniel traeria algun dinero de su hermano.

—Y era de esperar, pero nada de eso; así que se muera el señor Conde y salga la señorita de su cuidado, se vienen aquí otra vez, más pobres que se fueron, y hallan esto más pobre que lo dejaron.

—Pues esto se cae..... ya el casero ha perdido la paciencia..... y á no ser por la señora Condesa, á quien ha conocido en otro tiempo y que le compadece mucho, ya nos hubiera echado á la calle.

Los pasos de la Condesa, que se acercaba, pusieron término á las habladurías de las dos mujeres, que aun-

que para el trabajo eran muy enemigas, para charlar se unian muy bien.

Traia la abuela la sopa de su nieta en un plato de antigua porcelana, con una cucharita de plata, y una servilleta adamascada en el brazo.

La niña, adormecida por la necesidad, se habia quedado inmóvil en los brazos de la nodriza, que realmente estaba extenuada de fatiga, porque la salud de la niña no era buena ni la dejaba ningun reposo.

—¡Venga acá mi pequeña Clementina!—dijo la Condesa tomando á la pobre criatura;—y colocándola en su regazo, empezó á darle la sopa con esa solicitud maternal incomparable, de la abuela amante de sus nietos.

La niña empezó á comer con ánsia; de vez en cuando cesaba, sin embargo, y se reia mirando á la Condesa.

Era una criatura muy linda, rubia como las espigas y con grandes ojos de un azul oscuro y profundo; ya su boquita enseñaba al reirse dos filas de perlitas menudas, pues contaba cerca de trece meses; pero era delgada, endeble y estaba pálida, acaso por el mal alimento que le daba su nodriza.

Las dos niñas mayores eran extraordinariamente bellas: la una, trigueña como Daniel, y la otra, de cabellos castaños y ojos azules, aunque no tanto como los de Clementina.

Osvaldo era moreno como su hermana Dora y como su padre, y Augusta era la que más se parecia á Clementina.

—Ama—dijo la Condesa dirigiéndose á la nodriza:—¡ya lo ve V., la niña tenía hambre! Es, pues, nece-



sario que le quitemos el pecho y que empiece á comer, ó más bien que siga comiendo algo más que hasta aquí.

—Es decir, señora, ¿qué V. quiere que me vaya? —exclamó la nodriza: —¿qué, me echa V. de esta casa?

—No, amiga mia, no—repuso la Condesa:—¡yo no puedo ni quiero despedirla!

—Es que seria igual, señora; en primer lugar me deben seis meses de salario.

—Ya lo sé.

—Y hasta que se me paguen no me iré.

—Nada más justo.

—Y aunque me los pagasen hoy, no me iria hasta que llegasen los señoritos, que son los amos verdaderos de la casa.

—Ya he dicho á V.—repuso la Condesa con dignidad —que yo no la despido: sólo creo que hará V. bien en ayudarme á desmamar á la niña, haciéndola comer, pues usted se extenúa dándola el pecho, cuando éste está casi agotado.

—¡Lo está, ya lo creo que lo está! por los malos alimentos.

La Condesa no respondió nada; concluyó de dar la sopa á la niña, que cinco minutos despues estaba dormida, la colocó en la cuna y volvió á sentarse tomando las manos de las dos niñas mayores.

—A rezar, hijas mias, les dijo.

—¿Antes de cenar, abuelita?—exclamó Dora que era glotona.

—En rezando os daré la cena.

—¿Y qué va á ser?

—¡Sopas de leche!

—¡Lo mismo que todos los dias!—murmuró Augusta de mal humor.—¡Cuando mamá estaba aquí, todos los dias cenábamos distintas cosas!

La Condesa alzó los ojos al cielo, y una lágrima rodó por sus mejillas.

Dora vió aquella lágrima: su pequeño corazon sintió frio, sin saberse dar cuenta del por qué; abrazó á su abuela, y le dijo:

—Rezarémos y comerémos despues la sopa.

La Condesa les hizo rezar el Padre Nuestro y el Avemaría. Persuadió al pequeño Osvaldo á que viniese á sentarse en su falda, y éste asistió callado á las oraciones de sus hermanas, repitiendo algunas frases en su lenguaje balbuciente.

—Vamos á cenar—dijo la abuela.

—¡Cenemos aquí!—demandó Augusta.

—No, hija mia, no; irémos al comedor, que es donde se debe comer siempre; aunque seais siempre pobres, y lo seréis, mis pobres ángeles, nunca olvideis la buena educacion y el decoro de vuestras personas; los bienes de la tierra, Dios los da ó los rehusa, segun su santa voluntad; pero el respeto hácia nosotros mismos, puede existir igualmente en la desgracia que en la opulencia: venid—continuó la noble señora—venid, hijas mias; mirad qué hermoso está el cielo! ved cómo va bordándose de luceros el manto azul del firmamento! ¡Ved la luna qué clara y qué pura nos aparece! Esta es la hora más propicia para la oracion. ¡Decid conmigo, hi-

jas mias! «¡Dios mio, Vírgen Santísima, acordaos de nosotras y no nos desampareis!»

Las dos niñas unieron sus manecitas, y repitieron aquella oracion sublime en su misma sencillez.

— Decid tambien — continuó la Condesa—decid conmigo: «¡Dios mio, conservad la salud á papá y á mamá, y que vengan pronto á nuestro lado!»

—Abuelita, — dijo Augusta — cuando vengan papá y mamá ¿nos harán otros vestidos? porque ya los tenemos rotos éstos y los otros.

— Sí, hija mia,—contestó la abuela.

—¡Tú, abuelita, no nos compras nada! murmuró Dora enojada— ni dulces, ni vestidos, como mamá! ¡Tú no nos quieres: mamá, aunque algunas veces nos da un empujon, nos compra de todo! ¡Tengo ganas de que venga mamá y te vayas tú!

—¿Es eso verdad?—dijo la abuela abrazando á la niña— veamos, Dora, ¿quieres de véras que me marche? dímelo mirándome á la cara!

—¡Ah, no! — exclamó la niña apoyando su bella cabecita cubierta de rizos, en el pecho de su abuela.

— Hijas mias — prosiguió la Condesa dirigiéndose á las dos niñas: — si yo no os doy todo lo que hay de más bonito, es que estamos muy pobres... es que no tenemos dinero! Ya contais más de cinco años, y es preciso que me entendais. Dios hace pobres y ricos... ¡Nosotros somos pobres!

— La nodriza dice que tú has sido muy rica.

—¡Y tiene razon! ¡Ah, hijas mias; si yo fuera rica ahora, cuanto me alegraria por vosotras! Pero no pen-

seis por eso que la riqueza es la dicha; la riqueza es ser buenos, y es saber ganarse el pan de cada dia: vosotras sabréis pronto leer, ¿no es verdad?

— Sin duda, porque tú nos das dos lecciones cada dia.

— Es que quiero que acabeis pronto de aprender, para enseñaros otras cosas.

—¿Y qué cosas son?

—Os enseñaré á las dos la música y el dibujo, y á la vez á escribir y á coser.

—¿Y no irémos para eso al colegio, como las niñas de enfrente?

— No, Augusta mia.

—¿Y quién nos enseñará?

—¡Yo, vuestra abuela!

—¿Y cuándo empezarémos?

—Dentro de dos meses, lo más tarde.

—¿Y tendrémos mucho que estudiar?

—No, muy poco; y ese estudio os será agradable: ahora vamos al comedor.

Las dos niñas y su abuela llevándolas de la mano, pasaron á otra estancia, decorada pomposamente con el nombre de sala de comer: no tenía más que una mesa de pino blanco en el centro y seis sillas ordinarias. No habia allí lámpara, ni aparador, ni nada de lo que constituye, no el lujo, pero sí la comodidad. La Condesa extendió el mantel que habia doblado sobre la mesa, y puso dos platos para las niñas con dos cucharitas de plata; la criada trajo una tacita de sopas de leche, con un poco de canela por encima.

—¡Ay, abuelita, qué poca sopa,—exclamó Augusta llorando;—yo quiero más cena; tengo hambre.

—Y yo tambien—añadió Dora.—Yo quiero otra cosa.

—No hay nada más—repuso la criada de mal humor. —¡Esta casa va quedando tan limpia, que no sé lo que harémos por último! Señora, si no se remedia la situacion, me marcho.

—No, Francisca,—dijo la Condesa—no se vaya usted, pues no sabria yo qué hacer con estas criaturas. Desde mañana, yo buscaré labor y trabajaré...

—¡Usted, señora, á su edad!

—No soy tan vieja como V. supone, Francisca; no há mucho he cumplido cincuenta y dos años.

—¡Ah, señora, si parece que tiene V. más de sesenta!

—No los tengo, y aunque así fuera, áun podria trabajar. Ese es mi deber, y aunque no lo fuera ¡qué no haria yo por mis nietos!

La Condesa dió de cenar á las dos niñas, que comieron con avidez su exigüa cantidad de sopa; despues salió del comedor y volvió á su cuarto con paso fatigoso y triste: cruzó las manos, y alzándolas ante un Crucifijo que habia en su alcoba, murmuró con voz ahogada:

—¡Piedad, Señor, piedad para mis pobres nietos!

—El señor Duque de Aguilar,—anunció Francisca á la puerta de la habitacion.

La Condesa se volvió, mostró al Duque su rostro lleno de lágrimas, y extendió hácia él sus manos:

—¡Dios le envia á V. en mi socorro, querido amigo! ¡Bendito sea Dios! ya sólo veia sombras dentro de mí y en derredor mio!

V.

El Duque habia envejecido mucho: seis años para aquella alma desolada y triste; para aquel ateo; para aquel solitario de los salones; para aquel asceta de la desgracia, habian sido un siglo.

Una decrepitud prematara habia invadido todo su sér: estaba flaco y mucho más jorobado que ántes, pues su alta estatura se inclinaba hácia adelante. Su cabeza estaba completamente despoblada de cabellos, y una palídez verdosa cubria todas sus facciones.

Tendió una mirada angustiosa y triste por aquella pobre habitacion, y murmuró con una sonrisa amarga:

—¡Hermoso premio el que alcanza la virtud!

—¿Y mi hijo? ¿Y Adriana?—exclamó ansiosamente la Condesa.—¿Viene V. ahora de París?

—Directamente, señora, contestó el Duque.

—¿Qué sucede allí? ¿Cuándo vuelven?

—Lo ignoro, Condesa.

—¿Y Daniel?

—Feliz en lo que cabe; se acuerda mucho de su madre y de sus hijos, á pesar de tener otro ya.

—¡Cómo! ¿Adriana tiene otro hijo ya?

—Un hermoso niño que nació hace cuatro dias, y cuyo nacimiento vengo encargado de anunciar á usted.

—¡Y nada me han dicho!

—Daniel no escribe á nadie.

—¡Ah, lo que es á mí, olvidada del todo me tiene como Adriana!... Pero ¿y el Conde? ¿Y Marcelo, cómo está?

—Muriendo; la parálisis de todo su cuerpo es completa; no oye, no puede hablar, y apénas ve.

—¡Pobre Marcelo—suspiró la Condesa.

—¡Su martirio no puede ya prolongarse durante largo tiempo sobre la tierra! La vida se retira de ese cuerpo debilitado y enfermo.

—Pero mi nieto..... ¿cómo se llama mi nieto? dígamelo V.—exclamó la Condesa.

—Cárlos, como yo, que le he tenido en la pila bautismal.

—¿Y es hermoso?

—Como un ángel, segun lo que se puede suponer ahora; es más hermoso que todos sus hermanos.

—¿Se parece á su padre?

—De un modo notable; pero Condesa—prosiguió el Duque—hablemos de V. y de los demas niños; ¿qué sucede aquí?

—La desgracia bate sobre nosotros sus negras alas—contestó la Condesa tristemente;—¡la miseria nos aqueja, y no tengo á quien pedir, sino á V., un socorro para estas pobres criaturas!

El Duque desabrochó su gaban, metió la mano en el bolsillo del costado, sacó una carterita de tafilete con cerradura y cantoneras de plata, y dijo poniéndola sobre la mesa:

— Para ellos ; y piense V., amiga mia, en que cuanto tengo es de V.

—¡Ya he llegado hasta implorar la caridad ajena para mis nietos!—exclamó la Condesa alzando dolorosamente los ojos al cielo:—¿qué más quereis, Dios mio?

—Mi querida Condesa—repuso el Duque—Daniel me devolverá eso algun dia ; es un adelanto que le hago á él, nada más.

La Condesa se enjugó dos gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas, y estrechó fervorosamente las manos del Duque.

—Daniel trabajará—repitió éste—y será algo en el mundo.

—¡Él! ¡si ha perdido ya el amor y la costumbre del trabajo!—murmuró dolorosamente la Condesa ;—¡si la vida que llevaba aquí era horrible! ¡La más acerba de mis penas, es la perversion moral de mi hijo!..... ¡Todas las semillas de honra y de deber que yo habia depositado en su pecho se han secado, se han perdido! ¡La orgía, la holganza, el juego, el café, se repartian todas sus horas! ¡Parece que desde que contrajo ese enlace fatal pusieron en el lugar de Daniel otro hombre, y se llevaron á mi hijo!

— Mi pobre amiga—repuso el Duque—ya que usted sabe tambien la amarga verdad, es inútil que se la oculte por mi parte; en París no hace Daniel más arreglada vida que aquí; su mujer, completamente entregada á su madre, prescinde de él. Leocadia, que ansía el instante de que Marcelo cierre los ojos, vive en la más

íntima amistad con D. Roman de Silva, que reside en París, desde que ella llevó allí á su crédulo marido; y aquí hay un agente de la Condesa que vende los restos del patrimonio del Conde y le va enviando á París grandes sumas de dinero; pero yo tengo otro agente que ha puesto en salvo la dote de Cristina, única cosa que sobrevivirá al desastre.

—Y mi hijo......

—Su hijo de V. pasa la vida con los jóvenes más disipados de París, y no se acuerda de su madre.

—¿Ni de sus hijos?

—Por ahora no....., quizás está cercano el dia en que vuelva á ellos.

—¡Oígale á V. Dios!

—Yo preveo una gran catástrofe; tardará más ó ménos, pero tendrá lugar.....; entónces Daniel volverá.....; pero entre tanto, señora, V. no puede seguir en tan triste situacion....., es preciso que cambie de casa, que tome más criados.

—No, amigo mio, no—dijo la Condesa;—no cambiaré de situacion, porque no debo hacerlo; hasta que mi hijo abra los ojos á la luz, así permaneceré, rezando por él, trabajando y cuidando de mis niños.....; abriré una clase de música y de dibujo.....; en otro tiempo tenía para estas dos cosas felices disposiciones.....

—Pero, amiga mia, ¡á la edad de V.!.....

—Dios me ha conservado la vista, y todas las edades son buenas para trabajar.

—Puede V. enfermar.

—Dios me sostendrá.

—Déjeme V. proveer á cuanto necesite, y crea que Dios no se ocupa de lo que aquí sucede.

—¡Yo creo en Dios con toda la fe de mi lejana infancia!—dijo la Condesa fervorosamente;—¡creo en Dios, le amo y espero en él! y esto constituye para mí la primera, la mayor de las felicidades; no la cambiaria por las riquezas mayores de la tierra.

—¿Y no se queja V. de la suerte á que la condena?

—No, amigo mio; lo que hago es acatar, adorar su santa voluntad; siempre me han parecido necias é inútiles las rebeliones contra la suerte, y que es más digno aceptar lo que Dios nos depara; el dolor es mi amigo y nunca he huido de él; muy jóven aún, me casé con un hombre de mucha más edad que yo, pero al cual me adherí con el cariño más verdadero y más tierno; una pasion aciaga, profunda, la sola pasion que yo podia sentir en mi vida, vino á amargar mi dicha. Marcelo me amó, y yo le alejé de mí; pero este amor ha vivido oculto en mi corazon como la brasa entre la ceniza, hasta que la nieve de los años le heló; entónces cifré mi dicha en el cariño de mi hijo. Dios dispuso que éste se enamorase de una mujer que quisiera hacerla su esposa contra todas las conveniencias sociales, y yo me resigné; resistir hubiera sido inútil, pues de todos modos lo hubiera hecho; pero me resigné porque eso es lo que estaba en mi modo de ser. Daniel ha encontrado en su funesto enlace la más grande desdicha, la pobreza, el desaliento, la soledad moral, todo lo que hace amargos los deberes severos de la paternidad; yo le ayudaré á llevar tan ruda carga; yo amaré á sus hijos por la ma-

dre que no tienen, por el padre que los olvida, y yo guardaré caliente el nido, para cuando vuelva como pájaro herido por la tempestad; no es lo primero el ser amados en esta vida, amigo mio, lo primero de todo es amar.

El escéptico personaje quedó silencioso oyendo estas palabras; tenía inclinada la cabeza sobre el pecho y meditaba profundamente.

—¡Que no pudiera V. trasmitirme algo de esa augusta serenidad de su alma!—exclamó;—pero la mia, Condesa, está siempre agitada y triste!

—¿Y piensa V. acaso que hay álguien libre del dolor en este valle de tristezas?—preguntó la Condesa;—no, amigo mio, no hay ánimo tan sereno que no tenga tempestades; pero la fe las vence y las apacigua; piense usted en que ha estado cerca de casarse con Adriana, y en la suerte que le esperaba.

—¡He amado á esa criatura de una manera loca!—murmuró el Duque;—ahora mismo, al verla en París de nuevo hermosa, de nuevo seductora, áun sentia una emocion irresistible.....; ¡mi corazon, señora, es más jóven que mis años!

—Lo cual es una gran desgracia.

—¡Es que vivo tan solo!... Hay en mi alma una ánsia tan grande de afectos.....

—Ha pasado V. mucho tiempo en la moderna Babilonia—dijo la Condesa—y no es éste el mejor modo de ayudar al triunfo de la razon.....; y luégo, ¡es tan fatal el contacto de esas dos mujeres!.....

—¡Oh, nada puede imaginarse de más funesto! Imagínese V. un palacio lleno de tapices, de brocados, de

flores raras, de bronces y de pinturas; la atmósfera con un calor sofocante y saturada siempre de fuertes perfumes; la luz opaca y velada por cortinas de encaje; *stores* de raso blanco, donde un artista ha pintado pájaros desconocidos; lámparas de oro, perlas y amatistas; estátuas de mármol y de pórfido.....; todo aquello, en fin, que la imaginacion puede soñar.

—¿De suerte que viven con la misma esplendidez que aquí vivian?

—Con mucha más. Adriana parece haber renacido á nueva vida; por otra parte, no es ya el sér pasivo que conociamos ántes, dócil instrumento entre las manos de su madre; ella es ahora la que idea todos los refinamientos del lujo y las más espléndidas fiestas.

—¡Y sus hijos casi sin pan!—murmuró dolorosamente la Condesa.

—¿Y como haria para enviárselo? ¿Usted lo querria admitir?

—¡Oh, jamas; prefiero hacer lo que debia haber hecho ántes, trabajar para ellos!

—Pues bien, amiga mia, esa atmósfera de París en que he vivido más de dos años; esa atmósfera en que he vegetado últimamente al lado de Leocadia y de su hija, al lado de Daniel, cuando él se dejaba ver, no ha alejado mi malestar, mi fatiga moral, sino que la ha aumentado: al paso que al lado de V., en esta pobre casa, en medio de la miseria, mi alma parece revivir, y una extraña aspiracion de vida sucede al abatimiento profundo que hace mucho tiempo me agobiaba.

—Venga V., pues, todos los dias, amigo mio—dijo

dulcemente la Condesa;—venga á respirar este ambiente sano para su alma enferma y herida; el dolor nos purifica y nos acerca á Dios, y yo no le he huido jamas.

—¿Y Cristina?

—En Roma, con su abuelo.

—La vi en París cuando hizo una visita á su padre; pero éste no pudo hablarla.

—¡Cuánto debieron sufrir los dos!

—¡Horriblemente!

—¿No quiso dejarla su abuelo?

—No quiso Leocadia aceptar su compañía; la desgraciada niña hubo de volverse á Roma.

En aquel instante entraron las dos niñas: el Duque las hizo acercar, las sentó sobre sus rodillas, y miró con melancolía aquellos frescos y bonitos rostros, semejantes á dos flores de Mayo.

—Daniel volverá á buscar á estos ángeles—dijo tras algunos instantes de silencio.

—¿Solo?

—¿Quién sabe? Acaso si...

—¿No querrá volver Adriana?

—Sólo Dios sabe lo que sucederá, Condesa.

—Yo no puedo esperar ya más tiempo á dar á estas criaturas un poco de bienestar, querido amigo; desde mañana búsqueme discípulas: reuniré hasta doce.

Los gritos de Clementina, que venía en los brazos de la nodriza, cortaron aquí la conversacion; la Condesa tomó á la niña, abrió la cartera que habia dejado el Duque sobre la mesa, y dijo á la criada que habia entrado tambien con Osvaldo en los brazos:

—Baje V., Francisca, á cambiar un billete; y usted, añadió volviéndose á la nodriza, recoja todos sus efectos.

—¡ Y qué, señora, me despide V.! — exclamó la nodriza.

— La pago y la despido.

—¿Y se va V. á quedar sola con la niña?

—Sola: el pecho de V. está agotado, y hay que enseñarla á comer.

La nodriza salió llena de ira.

—¡Hija mia, mi pequeña Clementina, ya no tendrás más hambre! — exclamó la abuela con profunda ternura;—¡ya tienes pan, y yo ganaré más para vosotros! ¿Por qué no lo he hecho ántes? ¡Ese era mi deber, sí; miéntras tenga fuerzas, mi deber es trabajar por vosotros, morir por vosotros! ¿No soy dos veces vuestra madre? Y si vuestros padres os olvidan, ¿á quién le toca velar por vosotros?

—Señora, el cambio y esta carta— dijo Francisca;— desde ayer estaba en la portería, donde la dejó el cartero.

La anciana tomó la carta ántes que el dinero; habia reconocido la letra de Daniel; la carta decia así:

« Madre mia. Mi hermano ha muerto. Adriana me ha abandonado y ha huido con su madre, llevándose á mi hijo y cuanto restaba de la cuantiosa fortuna de mi hermano; la casa y cuanto en ella habia estaba vendido de antemano, y nada poseo más que mi vergüenza y mi desesperacion. Corro en seguimiento de la culpable, y si la alcanzo, la mataré.

» Mis besos y mis lágrimas para mis pobres ángeles,

hácia los cuales soy tan culpable; y tú, madre mia, ruega por tu hijo, que si te ve en esta vida, será digno de tí: y si no, te esperará en la otra para darte con el alma el supremo abrazo!

DANIEL.»

La Condesa dió un grito, y hubiera caido con la cara contra el suelo á no recibirla el Duque en sus brazos privada de sentido, rendida á un desmayo mortal; pero teniendo aún á Clementina estrechada á su pecho.

VI.

El amor maternal y el amor filial habian empujado á Leocadia y á su hija hasta el borde del abismo insondable del crímen: estos dos sentimientos, los más grandes y más sublimes, los más desinteresados y tiernos que pueden albergarse en el corazon humano, habian sido para las dos infelices mujeres manantial de errores, haciéndoles faltar á todos los deberes sociales y morales.

Aunque la comprension del lector ha podido ya adivinar hasta qué extremo amaba Marcelo á su mujer, y que, dado este amor, era fácil y áun necesario que la perdonára, bueno será que le expliquemos, siquiera sea sucintamente, el martirio moral de aquel hombre digno, honrado y que con tanta amargura cruzó su Calvario en la tierra.

Bien pudiera llamarse al trabajo fisiológico que va-

mos á presentar «Historia de una alma», y estamos seguros que como tal lo mirará el lector, adivinando lo que nuestra insuficiencia no acierte á describir.

Marcelo habia adorado de niño á su madre, y ésta fué el inocente y bello amor de los primeros diez años de su vida. Amor coronado de rosas, rico de alegría, saturado de caricias: su madre era una mujer muy buena, pero prosaica y ruda, y Marcelo era la imágen de aquella jóven y tierna madre.

Cuando la perdió, el corazon del niño recibió una herida mortal, herida que áun sangraba despues de algunos años; todas las aficiones de Marcelo desaparecieron; un desaliento moral le consumia, y la fiebre se encendia en sus venas, creciendo cada dia en peligro é intensidad.

Su padre, alarmado por los pronósticos de los médicos, se dedicó algo más al cuidado de Marcelo; un niño de doce años, muriéndose de pena y de soledad del corazon, es siempre interesante, y más para su padre; así el Conde, que realmente amaba á su primogénito, se dedicó á él más tiempo, le sacaba á paseo, le llevaba en su compañía á las excursiones que hacía á la capital, y le distraia hablándole de juegos y de proyectos de caza y pesca.

Marcelo se apegó pronto á su padre; era una alma tierna que, como todas las almas de su temple, necesitaba, más que ser amada, amar; bajo su áspera corteza atesoraba una sensibilidad infinita; sobre todos sus pensamientos estaba el cariño ciego, apasionado del padre, que se habia convertido para él en un fiel y amable amigo.

El Conde contaba con él para todo, y cada mañana, al entrar Marcelo en su cuarto á saludarle, tenía lugar este diálogo en términos, si no iguales, semejantes:

— Hoy irémos á cazar, hijo mio.

— Bien, padre.

— ¿Por dónde querrás ir?

— Por donde tú quieras; lo que quiero es estar á tu lado y hablar contigo.

— ¿No te cansas?

— Cada dia me gusta más.

— ¿Por qué no te vas con tus amigos?

— Mi mejor amigo eres tú.

— A la tarde tenemos una partida de billar; pero ántes, Marcelo, es preciso que leas y dibujes un rato; tu preceptor se queja de tí.

El estudio era lo que más disgustaba á aquel muchacho un tanto montaraz; mas por no enojar á su padre, el cual por todo castigo no le hablaba, se sometia al estudio de la Gramática, de la Historia y de la Geografía, que ya bastante tarde habia emprendido, por no querer la rústica Condesa que durante ella viviese se dedicase Marcelo á nada.

— Con saber leer, escribir y contar, tiene bastante — decia: — siendo tan rico como es, le basta con amar á Dios y á su prójimo para que haga bien á éste y socorra á los pobres.

Muerta la Condesa, los amigos del Conde hicieron pensar á éste de distinto modo, y se buscó un preceptor para Marcelo.

La noticia del nuevo casamiento de su padre vino á

herir al adolescente en medio del corazon; la sombra de su madre, que á él le parecia ultrajada, le perseguia; nada hay que consuele á un hijo de ver ocupado el lugar de su madre por una persona extraña, á no ser la alta estimacion que haga de esta persona. Marcelo no conocia á la bella criatura que iba á ser la esposa de su padre, y la detestaba sin conocerla.

Cuando fué á tomar posesion de su título de esposa y de señora de la opulenta casa de su marido, Marcelo, acostumbrado á la rusticidad de su madre y á la vulgaridad del autor de sus dias, se burlaba amargamente de los *melindres* de María; la llamaba romántica, mogigata, zalamera y cuantos dicterios se le ocurrian, sin trapasar jamas, sin embargo, los límites de aquella nobleza nativa, de aquella hidalguía que resplandecia en todas sus acciones desde que habia empezado á despuntar la luz de su razon.

Ya queda dicho cómo María de Guzman conquistó poco á poco el alma del adolescente, alma aún cerrada á la parte más pura y delicada del sentimiento, así como la flor abre á la brisa de la mañana los últimos de todos, aquellos pétalos delicados que rodean su cáliz, y que son los que exhalan más delicioso aroma.

Una rápida florescencia tuvo lugar en el alma del jóven; ninguna mujer habia criado el cielo más propia para llevarla á cabo que la esposa de su padre, casi de su misma edad, dotada de esa atraccion magnética que se siente, pero que es imposible explicar; ignorante de lo que pasaba en su corazon, Marcelo le dejó llenarse con aquel amor, á la manera con que las aguas de una es-

clusa abierta llenan los campos con su bienhechora frescura en los dias del árido estío.

No dándose cuenta de lo que por él pasaba, Marcelo no podia acusarse de ingratitud ó de crímen hácia su padre; ¿quién puede explicar con claridad y fijeza, quién puede definir la vaguedad de las sensaciones del primer amor? Tanto valdria querer definir los vagos perfumes de la selva y el susurro de los árboles, al amanecer de una mañana de Mayo.

María fué la que puso fin á una situacion que podia haber sido terrible, porque era culpable: ya se sabe con qué esfuerzo de su corazon, que adoraba á Marcelo, le separó de ella; cómo persuadió al Conde para que le hiciese viajar, y cómo calló acerca de todo aquel drama íntimo y lastimero.

Marcelo volvió, no curado de su amor, pero sí decidido á no perdonar esfuerzo alguno para extinguirlo: amaba y respetaba á su padre; amaba á María; no necesitaba más una alma como la suya para purificarse.

Comprendiendo, lo mismo que María, que debia casarse, aceptó para esposa á la linda é inocente Luisa, hija del Marqués de Brennes: no podia haber pensado en otra criatura más propia para inspirarle un afecto tranquilo y apacible; su afecto por ella tenía mucho de fraternal y de amistoso; en el fondo de su alma quedaba la imágen de María.

La paternidad la borró, porque al ver á sus hijos amó más á su mujer: el amor es contagioso para las almas buenas, y Luisa le amaba con tanta pasion y sinceridad, le habia hecho de tal modo entrega de su alma, que

Marcelo, agradecido profundamente á aquella ternura grave y sencilla á la vez, agradecido á la dicha de ser padre, llegó á querer á Luisa, si no con pasion, con inextinguible ternura.

Nada debilitó aquel tierno lazo: el Conde no hallaba placer alguno en las aventuras galantes que sirven de pasto á la crónica escandalosa: se necesitaban grandes cualidades de alma para fijarle; la suya era grande, amante y agradecida, pero delicada y tierna; habia vivido siempre ademas en una atmósfera tan pura, que la parte material de su organismo estaba como dormida.

Luisa murió. Marcelo estaba destinado por el cielo á que su vida fuese como una larga despedida: la pérdida de aquella tierna amiga, de aquella fiel compañera, hizo aparecer en el carácter de Marcelo una misantropía cuyo gérmen quizá existia ya, pero que estaba oculto.

Disgustóse profundamente de la vida; hasta la vista de Cristina, que tanto habia amado ántes, le era molesta y ofensiva: un gérmen de amargura vivia en él, le fatigaba y le hacía penoso é imposible el camino, ruda y penosa la peregrinacion.

María habia envejecido con él y más que él: el dolor habia hecho tambien su presa en el corazon de aquella noble mujer: viuda y viviendo sólo por su hijo, el corazon de Daniel se le habia escapado como avecilla que deja el nido para ensayar sus alas, pero que vuelve á él con grandes deseos de libertad. Marcelo y la viuda de su padre apénas se veian, ni él veia tampoco á nadie, viendo sólo el retiro.

La Condesa se hizo cargo de la educacion de Cristina,

áun no terminada al fallecimiento de su madre, y toda su dicha hubiera consistido en poderla casar con Daniel; unir así á su propio hijo con la hija del hombre á quien habia amado tanto, le parecia un presagio de dicha para los jóvenes, y lo mismo creia Marcelo; ambos á dos, la madre y el padre, se decian que algo de las simpatías de sus almas pasaria á las almas de sus hijos, y que la union de los dos sería un manantial de venturas.

La suerte lo dispuso de otro modo. Daniel se enamoró ciegamente de Adriana: nadie mejor que aquella jóven mimosa y mimada, en la que la ficcion y la coquetería habian llegado á ser una segunda naturaleza, podia seducir á un jóven como Daniel. Cándido y altivo, educado por una madre tierna, irreprensible, piadosa, Daniel gustó en aquella pasion delicias desconocidas para él, y de las que no tenía ninguna idea, y bebió hasta el fondo la copa de la embriaguez.

El Conde recibió otro nuevo golpe con los amores de su hermano y con la desdicha de su hija: su carácter, ágrio ya, se agrió mucho más; reconvino á Daniel por su aficion á una aventurera, de la que tenía la más desfavorable idea, y reconvino á su hija porque amaba á Daniel.

Al uno y á la otra les hizo los mismos argumentos, aunque separadamente.

—Yo he sabido—les dijo—ser desdichado ántes que culpable; yo he sabido romper todas las fibras de mi corazon ántes de que palpitasen por quien no debian latir. ¡Y vosotros, cobardes criaturas, os dejais arrastrar por aquello que os agrada!

— En los asuntos del corazon se hace lo que se puede, y no lo que se debe ó se quiere—contestó Daniel.

— Querer es poder.

— No en el terreno del sentimiento, hermano mio; eso se entenderá en lo material de la vida.

— No esperes ya de mí favor alguno — objetó Marcelo airado; — todo lo que he hecho por tí hasta hoy dejaré de hacerlo; te atendrás á tu pension de alimentos, y nada más.

— Eres muy dueño de hacer tu voluntad — contestó Daniel con acento frio y altivo.

— No te culpo el que no ames á mi hija — continuó el Conde : — lo que te culpo es que te unas á esa muchacha sin posicion conocida, sin familia.

— ¿Y qué culpa tiene ella de no tenerla?

— Aun no he podido ver claro en todo cuanto he hecho — prosiguió Marcelo; — es un misterio el cómo viven.

— Marcelo—dijo el jóven con firmeza — de nada servirá el que veas claro, sino de hacernos á todos más desdichados..... Mi resolucion de casarme con Adriana es tan irrevocable, que aunque fuera contra la voluntad de mi madre sería mi esposa: consuélete esta idea de no haber hallado en ella tantas culpas como deseabas encontrar, culpas que á mi parecer no existen.

Marcelo debia caer en el mismo lazo que odiaba para su hermano: la seduccion de la viuda fué cosa fácil; la astucia incomparable de aquella mujer tenía una tarea muy poco costosa: seducir á un hombre casi viejo, con ménos experiencia que un niño, era tan poca cosa para

ella, que le causó muy pequeña molestia y muy leve cuidado.

Todos los instintos materiales de Marcelo, dormidos de toda su vida, se despertaron con una fuerza inaudita; todos sus amores habian sido, por decirlo así, *ideales:* con el alma habia amado á María; con el alma, aunque con ménos intensidad, habia amado tambien á su mujer; pero al ver á Leocadia, al aspirar las irresistibles seducciones de su voz y de sus ojos, se sintió como poseido de un vértigo, y su única idea fué poseer, *á cualquier precio que fuese*, lo que de tan buena gana se le ofrecia.

Ya se sabe que el amor material, si no el más noble, es el más fuerte, el más invencible de todos los amores. Leocadia se apoderó por completo del ánimo y del corazon del pobre Marcelo: era á la vez seductoramente hermosa, y estaba dotada de una coquetería irresistible y de una rara inteligencia: así subyugó fácilmente los sentidos, el corazon y la imaginacion de Marcelo, que miró como un favor el que le otorgase su mano.

Durante mucho tiempo el Conde fué ciego; pero al fin, era tal el desórden, tan enormes los gastos de su casa, que hubo de tomar para sí la custodia de los grandes caudales que en ella habia y la administracion de sus bienes, que habia confiado á su mujer, porque en el hecho de ser ésta pobre, como vió así que se casó con ella, le parecia una muestra de indelicadeza coartarla en el arreglo é iniciativa de los negocios de la casa.

Cuando dejó reducida á Leocadia á una suma mensual y la reconvino con alguna severidad, ésta, que en vez de

amarle le habia hallado siempre antipático y casi odioso, sintió levantarse en su corazon todos los torbellinos de la ira: probó á vencer aquella resolucion por medio de halagos; pero Marcelo tenía el carácter firme, y si su imaginacion era inexperta, su razon era sólida, y no se dejó engañar; habia ademas nacido en su alma como la sombra de una sospecha amarga: estaba él tan acostumbrado á ser querido de véras, le habia amado Luisa con tanta fidelidad de pensamiento, con tan inalterable ternura, que todos los manejos y seducciones de Leocadia, pasados los primeros meses de embriaguez, le parecian estar impregnados de un carácter extraño y que le daba miedo; resistióse á sus exigencias, y la aventurera, llena de cólera, decidió la muerte del Conde y su triunfo.

Cuando llegó á manos de Marcelo el anónimo en que se le denunciaba la traicion de su mujer, ya habia éste tomado en dos ó tres ocasiones distintas el filtro funesto que debia debilitar su razon y arruinar su vigorosa salud: Leocadia habia traido de Italia un licor cuya invencion hacíase remontar á la época de los Médicis; era de efecto lento, pero seguro, y la destruccion se completaba, sin dejar rastro alguno del crímen.

Una debilidad, una fatiga moral indecibles se apoderaron de Marcelo. Sus ideas perdieron gran parte de su lucidez; su mujer redobló sus halagos y sus caricias; parecia arrepentida de sus ligerezas, de sus manías de lujo y de desórden, y decidida á conquistar de nuevo el amor y la confianza de su marido; y éste, que deploraba amargamente la pérdida de sus ilusiones; éste, que habia visto con terror cerrarse á sus ojos el mundo recien re-

velado de su amor y de su dicha, se dejó mecer en nuevas ilusiones, en tanto que su cuerpo, debilitado, descendia al sepulcro sin dolor y sin sacudimiento.

Leocadia le pintó París como el paraíso donde el corazon, los sentidos y la inteligencia gozan de una eterna y gloriosa vida, y tenía razon.

—Vivir en París amándose, amigo mio,—le decia—es vivir cien veces: cada instante es un goce, y cada goce tiene doblada intensidad, por lo refinado de la forma: vámonos allí, y allí recobrarás la salud con mis amantes cuidados.

El Conde, ansioso de salud y de dicha, sintiendo ya un vago presentimiento de una muerte que temia, porque era dichoso, se dejó llevar á París. No tenía valor moral ya para luchar con los deseos de su mujer, ni hubiera querido hacerlo: la adoraba. Si María habia sido el primer amor de su alma, Leocadia era el primer amor de sus sentidos y de su vanidad. María y Luisa habian sido las mujeres sencillas, castas, ajenas á toda doblez y á todo artificio. Leocadia era la sirena que le embriagaba con melodías desconocidas, con perfumes penetrantes y exquisitos.

Un dia salieron los dos á dar un paseo por las alamedas del Retiro: era Mayo, y el aire estaba impregnado del olor de las lilas y de las adelfas en flor. Arrastraba el carruaje un hermoso tronco, y la cabeza débil de Marcelo estaba como turbada por el penetrante perfume de la primavera, y por una dósis que habia tomado aquel dia del brevaje fatal, más fuerte que las anteriores.

— Mi querido Marcelo,—dijo Leocadia —ya verás

en París qué gran profusion de flores hallamos en los paseos á nuestra llegada: allí existe un verdadero culto por las flores; estamos á 8 de Mayo, y partirémos el 20.

—Aun tengo mil asuntos que arreglar,—contestó el Conde—y quedan pocos dias.

— Si quieres que te ayude...

— ¿Y de qué modo?

— Dame algunas firmas en blanco: ¿no me has enterado ya de una gran parte de tus negocios?

— Pero necesitas más explicaciones.

—Nada de eso: de acuerdo con tus administradores, arreglaré yo todo del modo más ventajoso.

Aquella noche tenía Leocadia cuatro firmas en blanco de su marido, que le permitieron cambiar los dos principales administradores, por dos agentes suyos, y cobrar todo el dinero posible, á fin de reunir una gran suma que guardó.

Los últimos dias de su estancia en Madrid no dejó que nadie se aproximára á su marido, que cada vez más enfermo, no salió de su habitacion más que para marchar una noche en el tren *express*, con direccion á París y acompañado de su terrible esposa.

El desierto exterior que componian las relaciones de Leocadia, se abrió vacío de amor y de alegrías, delante de su marido. Don Roman de Silva se les reunió en París, así que dejó ordenados, segun el deseo de la Condesa, todos los negocios de la casa, ya en Madrid, ya en Galicia, donde radicaba el pingüe patrimonio del Conde. Tenía la Condesa por el brasileño una especie de pa-

sion fatal, y éste se hallaba sometido por ella á una extraña fascinacion.

La naturaleza de Marcelo era tan vigorosa, que tuvo una sacudida inesperada: se habituó al tósigo, y su mujer, quizá arrepentida de su crímen, lo suspendió; pero de repente llegó una postracion de todas las fuerzas de Marcelo, acompañada de un extraño y completo desórden cerebral. El Conde, al poco tiempo de hallarse en París, no podia ya salir de su cuarto, ni casi de su lecho.

El brasileño, más humano que Leocadia, exigió de ésta que dejase vivir al Conde lo que el cielo tuviese decretado.

—Para nada nos incomoda—le dijo—su fortuna es nuestra; no hay corazon que no se conmueva al ver su estado, y el mio sufre al verlo así.

Cuatro años iban ya á cumplirse de la llegada á París del Conde y de su mujer, cuando llegaron Daniel y Adriana. Ya el pobre Marcelo los reconoció apénas; sin embargo, una intuicion sobrenatural le hizo ver de repente todo lo injusto de su conducta con su jóven hermano, al que tan poco habia dado de su gran fortuna; sospechó que esta fortuna quedaba destruida en parte por su mujer, y en parte para ella sola: y aunque su lengua estaba ya paralizada, estrechó la mano de Daniel, alzó los ojos al cielo y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas demacradas.

Daniel le tranquilizó con dulces palabras, porque el Conde, aunque no podia hablar, oia; y en tanto que Adriana y su madre corrian los salones y los teatros, él

pasaba las noches y los dias al lado del lecho del pobre enfermo.

El Conde cerró por fin los ojos á la luz de este mundo, tan lleno para él de desengaños y de dolores, y casi á la vez los abrió el nuevo hijo de Adriana. La Condesa, que detestaba á Daniel, lo tenía ya todo dispuesto para la fuga: y así que Adriana pudo ponerse en camino, tomó con ella el de los Estados-Unidos, que ya conocia por haber estado allí con su primer esposo.

VII.

En una helada noche de invierno se oia gran ruido en uno de los más modestos hoteles de Lóndres.

Tenía lugar en él una comida de boda: el banquete nupcial de uno de los más ricos comerciantes de la City, con la hija de una viuda española, pero avecindada en la capital de Inglaterra desde hacía algunos años.

Serian las ocho: la boda se habia celebrado á las siete en una capilla católica, y los contrayentes y convidados á la ceremonia habian ido á cambiar de traje para el banquete.

La mesa estaba puesta para treinta cubiertos y adornada con buen gusto y sencillez: sobresalia en ella una gran limpieza y se veian en el centro dos hermosos ramos de flores frescas y que aromaban dulcemente el comedor.



Este comedor no era el principal del hotel, ni siquiera uno de los varios grandes que en él habia: era uno de los más pequeños. En el centro estaba la mesa de la boda; los cuatro ángulos estaban ocupados por otras mesas pequeñas.

Un camarero se ocupaba de los últimos detalles de la mesa del centro, cuando entró un caballero como de cuarenta años.

—¿Está ya todo, James?—le preguntó paseando una mirada por la mesa.

—Todo, Mister Gordon —respondió el criado;—cuando quieran pueden venir.

—La mesa presenta un lindo golpe de vista, y me alegro, porque yo he sido quien ha recomendado este hotel á mis amigos.

—¿Es bonita la novia, Mister Gordon?

—¡Encantadora!

—¿Rica?

—Muy pobre.

—¿Pues como se casa con un negociante tan rico?

— Porque ha sabido enamorarle.

—¡Era algo difícil el enamorar á Mister Thomas Domery!—observó el camarero:—le conocemos en casa hace ya muchos años, y sabemos que pasa de cuarenta y ocho y que es bastante egoista. ¿La novia es jóven?

—No mucho: cuenta ya treinta años.

—Habrá llegado á esa edad sin casarse por el solo defecto de ser pobre, porque siendo bonita...

—¡Y muy buena, que vale más! No se ha casado, amigo James, porque no habia amado verdaderamente

á nadie, y ella es incapaz de engañar á ningun hombre.

—¿No habia amado á nadie hasta los treinta años? ¿Y es eso posible?

—Lo es, pues que ha sucedido.

—No habia visto caso semejante.

—Ni yo tampoco, aunque cuento cerca de sesenta años: y si V. no lo ha visto en su helada y positivista Inglaterra, figúrese si lo habré visto yo en mi patria, donde hasta en el aire se respira el amor.

—¿Es V. español, segun creo?

—Sí, amigo James, soy español, y aunque hijo de padre inglés, como indica mi apellido andaluz, de la tierra donde el amor impera sobre todo. Fuí amigo del padre de Gabriela, y la conozco desde que era niña: su padre, médico jóven y ya de buena reputacion, murió y dejó sin recursos á su viuda y á su hija. Una hermana de su esposo las socorrió y dió á Gabriela una buena educacion; pero muerta aquella caritativa señora, volvieron á quedarse en la miseria: yo lo supe desde aquí, donde estaba empleado en una empresa particular, y las llamé á mi lado: se colocó á Gabriela en una casa de comercio, donde ha ganado un sueldo modesto, pero que bastaba para su sosten y el de su madre, hasta que la vió el rico Mister Domery; se enamoró de ella, la trató y resolvió hacerla su mujer.

—¡Pobre jóven!

—¿Por qué?

—Porque es imposible que ame á sir Tomás, que es vulgar y tosco.

—Pero es muy bueno, y eso es lo primero en un ma-

rido. Gabriela ha tenido pretendientes finos y elegantes, y sin embargo, no ha querido á ninguno.

—Lo que es hoy, es dia de gran entrada en esta casa—dijo James;—desde las seis se están sirviendo banquetes de boda y comidas particulares; ni una mesa sola hay vacante.

—Aquí veo cuatro, pero esas no se ocuparán.

—Mucha habia de ser la precision, pero acaso no habrá otro remedio.

—Guárdese V. de intentar siquiera el traer aquí á nadie—dijo amostazado Mister Gordon;—¡estaria eso bueno, despues que he pagado el comedor doble de su precio!

—Es que hoy este comedor nos hacía gran falta; nunca ha habido tanta gente.

En aquel instante se oyeron parar á la puerta del hotel los carruajes de la boda.

Los dos interlocutores corrieron á la ventana.

Un instante despues entraron los ya esposos y su comitiva, y James se separó á un lado para contemplar á todos, con esa curiosidad á la vez impertinente y socarrona de todos los de su clase.

La comitiva en general no presentaba nada que llamase la atencion; se conocia que las personas que la componian pertenecian á esa honrada clase algo más elevada que la del pueblo, pero que no llega á la aristocracia y se queda en el término medio, que participa de todas las privaciones y del deseo de todos los goces; llevaba la novia un traje completamente á la española, compuesto de vestido de seda negro, bien cortado y bien

hecho, y velo cuadrado de encaje; las ondas de esta mantilla cercaban su rostro dulce y melancólico, y acariciaban sus cabellos de un rubio oscuro y armonioso, como las cabelleras de las vírgenes de Murillo, el más inspirado de nuestros pintores; sus ojos negros eran rasgados y hermosos; su boca y su nariz agraciadas, y en todo su semblante resaltaba la placidez y la gracia de la expresion.

La madre de esta simpática criatura vestia á la inglesa: llevaba un traje negro, un sombrero de castor, negro tambien, una manteleta de la tela del vestido y un cuello blanco: era una mujer de fisonomía serena é inteligente.

El novio, mister Domery, era el verdadero comerciante enriquecido, alegre, decidor, compuesto, limpio como un oro y risueño; cuando miraba á Gabriela, una expresion de beatitud se pintaba en su semblante; cualquiera hubiera dicho que no creia en la dicha de llamarla suya.

Los demas convidados eran todos insignificantes: esposas é hijas de otros comerciantes; dos lindas bordadoras amigas de Gabriela y las madres respectivas de las mismas componian la concurrencia.

—Amigo mio, debiamos habernos enfadado con usted por habernos abandonado—dijo Gabriela;—el padrino no debia separarse de los novios.

—No creí que llegariais tan pronto—repuso Mister Gordon—y vine á ver si estaba todo dispuesto; ea, á la mesa—añadió al ver que James y otro camarero traian dos soperas humeantes.



Todos tomaron asiento, y empezaron á servirse, comenzando la comida.

Estaban apénas en la primera entrada, cuando apareció el dueño del hotel; acercóse á Mister Gordon, sentado al lado de la novia, y quitándose el gorro de terciopelo azul oscuro que cubria sus plateados cabellos, le dijo:

—Caballero, quisiera pedir á V. un favor.

—¿Cuál?—respondió el padrino, volviéndose algo contrariado.

—Casi no me atrevo..... Usted ha pedido y pagado este comedor sólo para ustedes.....

—Ciertamente; y ¿qué?

—Ha llegado un viajero, enfermo, fatigado..... Pide dónde sentarse y tomar alimento, y no hay donde colocarle, á no ser aquí.....

—¿Aquí? ¡ni pensarlo?

—¡Está enfermo..... fatigado!—repitió Gabriela.—¡Mi querido Mister Gordon, no se oponga V. á que entre!

—Pero, hija mia, entónces ¿para qué he pedido yo el comedor y he pagado todas las mesas?

—Es pobre y español..... por eso me atrevo á mi peticion—dijo el fondista;—pero si VV. no quieren, se le despedirá.

—¿Español?—dijo mister Domery, mirando tiernamente á su mujer;—¿español? compatriota tuyo, Gabriela; dígale V. que pase, y que participe de nuestro banquete de boda.

—Gracias por él, querido señor—dijo el fondista;—el pobre parece extenuado de fatiga.

La comida quedó en suspenso; todos los convidados tenian los ojos fijos en la puerta, esperando la entrada del español.

Éste apareció al fin: llevaba un traje negro de valor y elegante hechura, pero deteriorado y roto; una hermosa barba castaña, larga y ensortijada, guarnecia su semblante, cuya expresion era sombría; sus grandes ojos negros parecian cargados de fatiga, y sus cabellos, de un castaño oscuro, estaban enmarañados.

—Venga V. aquí, amigo—le dijo el vetusto y alegre novio, levantándose y alargándole la mano;—siéntese V. con nosotros.

El viajero se inclinó, y respondió con acento frio y altivo, y en buen inglés.

—Mil gracias, caballero; no tengo el honor de conocer á usted.

—¿No es V. español?

—Sí, señor.

—Pues basta para que deseemos que coma V. con nosotros.

—Le repito mil gracias, caballero; permítame V. no aceptar.

—¿Y por qué?

—Estoy enfermo y fatigado; mi comida será muy breve, y me retiraré á descansar.

—Pero, señor, ¿por qué hacernos ese desaire?—dijo la madre de Gabriela.

—Perdon, señora—respondió el viajero, inclinándose ceremoniosamente.

Y se fué á sentar en una de las mesas pequeñas que

se hallaba situada en el ángulo más lejano de la que ocupaban los novios y su comitiva.

Uno de los camareros puso en aquella mesa una taza de sopa, pan y una botella de agua; el pobre viajero comenzó á comer con avidez: tenía hambre, porque á la vista de aquel mísero alimento, sus ojos se animaron.

La desposada le miraba con dolorosa atencion, y áun con mayor su madre, y ante el aspecto de aquella desgracia probable y de aquella pobreza visible, toda la alegría de la comida nupcial se evaporó como ligero humo en una atmósfera pesada.

De repente la novia se levantó de la mesa, dió dos pasos, y exclamó:

—¡Daniel!

El viajero se volvió como asombrado y sobresaltado á la vez.

—¿Quién me llama?—preguntó.

—¿Ya no me conoces?—preguntó la desposada.—¿Ya no te acuerdas de que hemos jugado siendo niños? ¿Ya no te acuerdas de aquel médico que te salvó la vida cuando estuviste á la muerte en Astúrias? ¿Ya no te acuerdas de Gabriela?

Al oir estas palabras, la madre de la novia, el novio y algunas personas de la comitiva se habian acercado. Daniel se habia puesto de pié, y miraba á la que le tenía asidas las manos, y le hablaba con acento tierno y conmovido.

—Sí, sí..... me acuerdo ahora..... como de un dulce sueño—dijo;—tú eres Gabriela..... y esta señora es tu

madre:.... la buena Isabel, que tanto me queria..... y que me regañaba..... ¿y tu padre, dónde está?.....

—¡Murió!

—¡Dichosos los que mueren!—murmuró Daniel.

Y todo el fulgor sombrío de sus ojos, toda la contraccion de sus facciones se fundió en llanto amargo, pero que alivió su corazon.

Su naturaleza tierna y débil no podia sostener la tension de la cólera y del dolor.

—Mi querido Daniel—dijo la madre de la novia—mi hija te ha reconocido con la vista del corazon; yo te reconozco ahora tambien; sosiégate, no te pregunto la causa de tu pena; sólo quiero que vengas conmigo á mi casa..... El casamiento de mi hija me deja sola, y tú estarás, si no con la opulencia á que estás acostumbrado, con tanta confianza como en tu propia morada.

—¡Vámonos ahora mismo si es posible!.....—dijo Daniel.

—En este instante; perdon, señores—añadió la viuda;—luégo volveré aquí, ó iré á casa de mister y mistress Domery.

Daniel salió con la amiga fiel que en aquellos instantes de angustia suprema le habia deparado la Providencia, que nunca abandona á sus hijos.

La comida siguió su curso; pero la fisonomía del grueso comerciante de la City pareció como oscurecida por una nube desde que su esposa habia reconocido con tanta alegría, y hablado con tanta ternura al misterioso extranjero.

—¿De qué conocias tú á ese hombre?—le preguntó

así que pudo hacer un aparte, por el bullicio creciente de los convidados.

—Ya lo has oido al recordarle quién era, amigo mio—respondió sencillamente Gabriela;—desde que contábamos yo doce y él catorce años, no nos hemos visto; mi padre era el médico de la aldea cercana al castillo señorial de los Condes, y éstos le estimaban mucho por su modestia é inteligencia; mi padre era un hombre de mérito positivo, y todos lo sabian en el país; yo jugaba con Daniel desde pequeña; juntos íbamos á la orilla del mar á recoger conchitas; juntos á buscar nidos y á cortar flores; juntos crecimos, y como hermanos nos amábamos; cuando Daniel padeció una grave enfermedad, la ciencia de mi padre le salvó la vida; mi madre le veló, y yo le acompañé en su convalecencia y le distraje con mis cantos y mis juegos; luégo mi padre dejó aquel pueblo por otro partido más importante, nos marchamos de allí, y no le habia vuelto á ver hasta ahora.

El honrado mister Domery creia de tal suerte en la pureza y veracidad de su mujer, que no puso en duda por un momento su lealtad.

—Si ese pobre caballero—dijo—está escaso de recursos, como parece demostrarlo su exterior, podrá admitir de mí cuanto necesite; tú se lo ofrecerás en nombre de los dos, Gabriela.

—Gracias, amigo mio, gracias—exclamó la jóven estrechando con efusion la mano de su marido.

—¿Por qué me das las gracias?—preguntó éste:—¿no es todo de los dos?

—Todo es tuyo, porque yo soy muy pobre.

—Ya todos mis bienes son comunes; si hubieras sido rica, no te hubiera querido tanto.

—¿Por qué?

—Porque el hombre ama á la mujer, en razon de la falta que hace á ésta su proteccion y ayuda.

—¿Luego las ricas no son nunca queridas? ¿Las mujeres opulentas deben renunciar al amor?

—A lo ménos, al amor tierno, que protege y que es el que más halaga al hombre.

—¡Qué extrañas, pero qué nobles teorías!—murmuró Gabriela.

—¿Te parecen mal?

—No, pues que á ellas debo el que me hayas amado.

—Y deberás el que te ame siempre; los dos hemos andado tardos en el camino de la vida para buscar la dicha, pero es que no nos habiamos hallado.

—Tienes razon—repuso Gabriela;—hay almas hermanas, parentescos que vienen del cielo y que no se pueden romper; los acontecimientos de la vida separan algunas veces á estas almas; pero donde quiera que se hallan, nada basta á retenerlas, y vuelan la una hácia la otra con violencia irresistible; son almas que Dios unió en el cielo y que nada puede desunir ni aquí abajo ni allá arriba.

—¡Mi querida Gabriela, tu lenguaje encantador llega á mi alma como una melodía celeste!—exclamó arrobado mister Domery;—¡yo no habia salido jamas de entre mis números y mis sacos de algodon; qué delicia tener á mi lado para siempre á una criatura como tú, yo tosco comerciante, viejo ya, y feo!

—Tu alma es hermosa, y es á tu alma á quien yo amo.

—Yo lo amo todo en tí, y te agradezco la dicha suprema que me das con tu posesion.

En tanto que este diálogo tenía lugar, Daniel, sentado delante de una mesa, escribia á su madre la siguiente carta:

«*Lóndres, Diciembre de* 187.....

«Adorada é inolvidable madre mia: Cuatro horas hace he llegado á ésta de Nueva-York, rendido de fatiga, de dolor y de desaliento, y puedo ya tranquilizarte diciéndote que me hallo en casa de una persona amiga. ¿Te acuerdas de aquel jóven médico de la aldea D..... que se llamaba Manuel Diaz, y que me salvó la vida en una enfermedad que de niño padecí? ¿Te acuerdas de su mujer y de su hija, buena y pacífica la primera, linda y encantadora la segunda? Pues bien, mamá, estoy en casa de la viuda del buen Manuel Diaz; he caido como una sombra misteriosa y triste en medio de la comida de boda de su hija, y ésta me ha reconocido; su madre me ha llevado á su casa, una modesta vivienda solitaria y casi claustral, porque yo, madre mia, he vuelto de mi excursion desesperado, con más sed de venganza que me fuí, pero sin éxito alguno en mis pesquisas; nada he hallado, ¡nada! nada en todos los informes que he tomado en Inglaterra y en los Estados-Unidos de América.

»¿Dónde se habrán ocultado estas dos mujeres infernales? ¿Dónde estarán? ¿Dónde estará mi hijo? ¡Ningun rastro he podido hallar de ellos!

»Y tú, mi buena madre, mi mejor amiga sobre la tierra, ¿estás buena? ¿lo están mis hijos? ¡mis hijos! ¡Casi aborrezco á esas criaturas, frutos de la más desdichada, de la más odiosa de todas las uniones! ¡Sí, todo lo que de cerca ó de léjos me recuerda á esa mujer aborrecible, quisiera que desapareciera de mi vista y de mi pensamiento! ¡Mis hijos! ¡Una ola amarga sube á mi corazon al pensar que tú, la mejor de las madres, estás sufriendo por ellos, estás á su lado y no puedes volar al mio!

»¡Adios, mi cabeza arde! Hay en mí tan encontrada lucha de afectos; hay un combate tan rudo para la debilidad de mis fuerzas morales; hay tan horrible tempestad en mi alma, que espero á estar más tranquilo para escribirte más largamente.

DANIEL.»

VIII.

Esta carta, recibida un año despues de su precipitada salida de París, fué un rayo de luz para las densas tinieblas en que vivia la amorosa madre, la tierna abuela de la pequeña familia que ya conocemos.

Cristina habia perdido en Roma á su abuelo paterno, y con la dama de compañía que habia ido á la ca-

pital del orbe católico, se habia vuelto á España y á Madrid.

En vano su abuelo le habia instado para que se casára; la jóven habia contestado siempre lo mismo.

— No, padre mio; yo me casaria sin amor si lo hiciese, y soy demasiado digna para eso.

— A tu edad se puede amar de nuevo—le decia el anciano.

—Para el alma no hay edad, abuelo mio.

—¡Y qué! — exclamaba indignado el Marqués de Brennes—¿por qué ese loco no te haya querido, has de renunciar al amor y al matrimonio?

—¡No puedo amar más que á él!

El Marqués se fué á la otra vida con el dolor de dejar soltera á su nieta; y ésta, despues de dejarle enterrado y rodeado su sepulcro de flores, dudó cual de dos partidos tomaria, si el de volverse á España, ó el de profesar en una de las muchas asociaciones religiosas que hay en Roma para las damas de alta clase.

Optó por el primer partido; el alma generosa de Cristina odiaba toda opresion y adoraba la libertad: ademas, en España, en la patria querida y jamas olvidada, estaba ÉL, ó á lo ménos, á su patria debia volver. Cristina se contentaba con verle y con amarle.

¡Invencible necesidad de ternura la de algunas almas! ¡Nada seca el manantial inagotable de su amor! ¡En vano el tiempo y sus desengaños las azotan cruelmente! ¡Un dia de sol, ó siquiera de calma, les devuelve todas sus flores y todas sus galas!

¡Cuántas y cuántas veces estas almas amantes, bus-

cando un objeto digno, van cayendo de error en error! ¡Y cómo el mundo les cuenta como yerros, cada una de sus dolorosas decepciones!

Porque, ¿qué sabe el mundo de esos recónditos misterios? ¿qué de las aflictivas luchas del alma? ¿qué de la soledad abrumadora, que nos oprime como una losa de plomo?

¡Feliz mil veces el sér que tiene por quién sacrificarse! ¡Hay quien no puede hallar ni áun esta amarga dicha!

Esto era lo que le sucedia á Cristina: dentro de su alma encerraba el inmenso amor que se desbordaba de ella, y su juventud se pasaba como la flor solitaria adherida á una roca, y de la que nadie aspira el aroma ni ve el peregrino matiz; Daniel, perdido en los desiertos de sus decepciones, tenía una alma débil, que no sabía mirar frente á frente al dolor y que buscaba en el olvido su solo alivio; Daniel no luchaba, y sólo trataba de distraerse por cualquiera medio que fuese.

Su abuela, ó mejor dicho, la noble señora á quien la jóven daba este nombre, habia rehusado con firmeza toda la ayuda que Cristina queria prestarle en la extrema pobreza á que se hallaba reducida.

—No, querida mia—le contestó;—los hijos de Daniel me lo han de deber todo á mí; y á tal extremo llevo esta decision, que hasta una suma que admití en un instante de angustiosa necesidad, del Duque de Aguilar, se la he devuelto ya.

— Pero, madre mia, ¿cómo atender á la manutencion de cuatro niños?



— Con mi trabajo.

— ¡Trabajar la Condesa del Villar!

— El santo, el honrado trabajo, no degrada, sino que enaltece: no, hija mia; no comerán mis ángeles el pan de la limosna en tanto que su abuela viva: áun no soy muy vieja, pues sólo cuento cincuenta y tres años.

— ¿Pero cómo atender al cuidado de esas criaturas, que dan tanta fatiga?

— Dios da las fuerzas segun el deber.

— ¡Dios mio! ¡Ser yo tan rica y no querer admitir nada de mí! — exclamó Cristina llorando.— ¡Qué terrible dolor sobre tantos otros!

— Cristina mia — repuso la abuela — llévalos todos con resignacion: nada puedo, ni quiero, ni debo admitir de tí; piensa en que has amado á Daniel.....

— ¡Pienso en que le amo — suspiró Cristina — y por eso deberia tener el derecho de atender á su madre y á sus hijos!

— Eso es lo que lo impediria, aunque mi modo de pensar fuera otro; pero consuélete el saber que de nadie en el mundo admitiria nada para mis huérfanos.

— ¡Ah! ¡Qué culpable fué mi padre al hacer tan poco por Daniel y por tí, mamá mia!

— Dejemos reposar á los muertos, hija mia, y evitemos inútiles y cobardes rebeliones contra el destino que el cielo nos ha deparado. Dios rompe todo lo que no se inclina bajo su mano: inclinémonos, pues, y él nos levantará.

Cristina tuvo, pues, que resignarse, y dar sólo á su abuela lo que ésta queria admitir: su compañía y su ayu-

da para enseñar á las dos niñas mayores la Música y el Dibujo.

Las dos gemelas hacian rápidos progresos bajo aquella doble enseñanza tan amorosa y tan dulce; ya su abuela las habia enseñado á leer y á escribir, y á la edad de seis años, Dora y Augusta habian empezado la Música, repasándoles Cristina todas las noches sus lecciones.

Era, sin embargo, la de la Condesa una triste vida; sostenida en todas sus pruebas por la idea del deber, algunas veces vacilaba su firme voluntad, sobre todo al pensar que no veria coronada su obra, y que Dios la llamaria á su lado sin ver á sus niñas en el puerto de paz, terminada su educacion, y edificado su nido doméstico.

El recuerdo de su hijo la torturaba: aquella vida cortada en flor, aquella carrera perdida, aquella existencia rota y sumida en las nieblas del dolor, de la venganza y del desaliento, le causaba tormentos indecibles.

¿Qué era de Daniel?

¿Qué hacía en Lóndres?

¿Cómo vivia? ¿De qué?

¡Horribles misterios, que no tenian ni respuesta ni solucion!

La pobre madre, la heroica abuela, no hallaba un instante de reposo; sus dias se pasaban en un ímprobo trabajo, que explicarémos despues; sus noches, sin una hora de sueño tranquilo.

El título de aquella opulenta casa pertenecia á la hija de Marcelo. Cristina era ya la Condesa del Villar; pero no podia ni pensar en reivindicar los derechos de su padre. ¿Y para qué? Leocadia habia reducido á dinero todo

lo posible; habia vendido todas las fincas libres, y todo lo vinculado se hallaba gravado con tantas hipotecas, que era del todo inútil pensar en aclarar y ordenar sus negocios, para cuya empresa ni habia ya caudales, ni Cristina tenía deseo alguno de ordenar.

—Si volviera Daniel, él heredaria el título de mi padre, que le cederia yo—decia algunas veces Cristina á su abuela.

Presentaba aquella jóven uno de esos tipos escasos en la sociedad, y que ésta, no pudiendo comprenderlos, llama excéntricos y raros.

Rica con la fortuna de su madre, vivia en un pequeño hotel, alejado del centro de Madrid y situado cerca de los jardines de la cuesta de la Vega; desde sus ventanas se descubria la campiña más accidentada y pintoresca que hay en Madrid, cuyos alrededores no son muy amenos.

Cristina vivia para ella sola y para Dios: es verdad que amaba á los hijos de Daniel y que adoraba á su abuela; pero estos afectos, aunque llenaban su alma, no podian ocupar su existencia. La abuela queria educar y cuidar sola á sus nietos, y apénas algun dia lograba Cristina llevarse consigo á Dora ó á Augusta para que comiesen con ella, y repasarles cada noche sus lecciones.

Las dos gemelas eran encantadoras, y hacian las delicias de la dama de compañía de Cristina, que amaba con pasion á los niños.

Jenny Gaskell era irlandesa, y habia estado casada durante tres años con un pastor protestante, que al morir la habia dejado completamente desposeida de recur-

sos; una niña que habia tenido siguió á su padre. Y la pobre jóven, agobiada bajo este doble dolor, estuvo tambien á las puertas de la tumba.

Sin embargo, la juventud es tan fecunda en recursos, que al cabo venció á la enfermedad. Jenny vivió, porque Dios no queria aún llamarla á otra vida; pero en esta terrena se halló tan sola, tan desolada, tan afligida, que todas sus facultades mentales parecian apagadas bajo el peso de un aniquilamiento profundo.

Le fué, sin embargo, preciso pensar en trabajar: no se puede morir cuando se quiere, sino cuando Dios quiere llamarnos al puerto de descanso. Algunas buenas amigas de la jóven viuda le buscaron labores y bordados, en los que era muy hábil, y le aconsejaron como la mejor de las distracciones que se ocupase de la labor.

Jenny procuró obedecer: estaba ademas obligada á ganar algun dinero si no queria morir de hambre; pero la labor puramente manual no la consolaba, y en tanto que sus dedos hacian brotar flores, su corazon lloraba y gemia por el bien perdido.

Con frecuencia se escapaba la aguja de sus manos, y permanecia horas enteras inmóvil y con la cabeza doblada sobre el pecho.

—Cambia de domicilio—la aconsejó una de sus amigas; —cambia de objetos. ¿No has pensado en dar algunas lecciones? Eres una excelente profesora de Música: te buscarémos algunas discípulas, é irás á domicilio; como tendrás la obligacion de salir de casa, tu salud será mejor.

Jenny, de condicion dulce, aceptó el consejo y lo si-

guió, hallando, en efecto, alguna distraccion en su nuevo método de vida : porque la obligacion de hablar y de contestar, y sobre todo, la obligacion de salir todos los dias, que al principio le parecia intolerable, llevó alguna calma á su espíritu y la distrajo de sus amargos pensamientos.

Las lecciones, que eran sólo dos ó tres en un principio, fueron aumentando hasta el punto de tener todo el dia ocupado; por la noche iba á casa de alguna de sus discípulas, donde se reunian en torno de la mesa de un elegante salon algunas personas para tomar el té; se hablaba, se hacía música, y á las once Jenny se volvia á su casa, si no alegre, con alguna tranquilidad.

De esta suerte se fué reconciliando con la vida : al cabo de dos años de trabajo sano y regular, las heridas de su alma no sangraban ya y se hallaba casi del todo consolada ; sus recuerdos habian perdido la mayor parte de su amargura, y pensaba en su esposo y en su hija con una melancolía dulce y resignada, que se convirtió en una dulzura inefable y más grata para su delicada naturaleza que la más grande y completa alegría.

Dios, en su infinita misericordia, no desampara jamas á ninguno de sus hijos, y trueca el mayor dolor en una plácida tristeza.

Un dia la madre de una de sus discípulas, que le habia dedicado un cariño verdadero, le tomó dulcemente una mano y le preguntó :

—¿Está V. contenta con su suerte, mi querida mistres Gaskell?

—No me quejo de ella, Milady—contestó la jóven.

—¿Qué edad tiene usted?

—He cumplido hace dos dias veintiseis años.

—¿Piensa V. por ahora en volverse á casar?

—Ni pienso ahora, ni pensaré nunca, señora.

—Eso es mucho asegurar—repuso riendo la dama.

—Sólo amando mucho á un hombre uniria mi suerte á la suya, Milady, y no amaré nunca así.

—¡Quién sabe!

—¡Yo bien lo sé! Amé á mi esposo con todo el afecto de que mi alma es capaz.

—¿De modo que ningun interes la tiene á V. en Edimburgo?

—Ninguno, señora; pero sentiria dejar esta ciudad: en ella he nacido, en ella conocí á mi esposo, le amé y me casé con él.

—No obstante, debe V. dejarla, si así consigue una más descansada existencia.

—No hallo penosa la que tengo, y estoy conforme con ella.

—Oiga V., sin embargo, lo que le voy á proponer: Milady Trevor me ha encargado una institutriz para sus niñas: el sueldo es bueno; la consideracion en esa opulenta y nobilísima casa, grande; las niñas son pequeñas, y podrá V. empezar su educacion fácilmente, pues no han tenido ántes ninguna institutriz. Mi pobre Jenny, la vida en un suntuoso palacio será ménos dura y ménos solitaria para V. que en su actual situacion: cuando vuelve á su casa por la noche despues de sus lecciones, ¡qué triste debe ser aquel aislamiento!

—Querida Milady—respondió la jóven viuda—yo

tengo en mí bastante vida interior para hallarme bien conmigo misma; toco un rato al piano, otro trabajo en alguna labor, otro leo, y así llegan las once de la noche, y voy á buscar un tranquilo sueño: la misma vida haré en casa de mis educandas, porque si he de aceptar el cargo de institutriz, la única condicion que he de poner es que no me hagan asistir al salon.

—¿Y por qué ese amor al aislamiento?

— Prefiero el estar sola conmigo al bullicio de un salon concurrido.

—Creo que se le dejará libertad completa en casa de Milady Trevor.

—Entónces, señora, yo daré por aceptado cuanto usted acepte para mí.

Dos meses despues, Jenny Gaskell se hallaba instalada en casa de Lady Trevor, riquísima dama casada en segundas nupcias, y que podia ocuparse muy poco de las dos niñas habidas en su primer enlace: contaban aquellas dos bellas criaturas cuatro y cinco años, y así la jóven viuda pudo sembrar en sus tiernos corazones las primeras semillas, las que dan sus más opimos frutos en las contrariedades de la vida: porque Jenny, herida por el dolor, curada por la religion y por el trabajo, y probada en todos los ásperos caminos de la existencia, era la mejor de las institutrices para aquellos dos tiernos seres, privados ya del cariño de su madre.

Las dos niñas se casaron no bien habian cumplido diez y seis años la una, y la otra diez y siete.

Cerca de cuarenta años tenía mistres Gaskell cuando casadas ya sus educandas, quedó libre de su difícil car-

go; algunos partidos ventajosos se le habian presentado para volverse á casar; era bella, buena, instruida y propia para hacer la dicha de una familia; pero no quiso oir ninguna proposicion de matrimonio, y entró de nuevo y con las mejores recomendaciones, de institutriz para las hijas de una opulenta familia española que estaba en Lóndres sólo por una temporada, marchando á Madrid con dicha familia.

—Mistres Gaksell se enamoró del hermoso cielo de España, y las últimas nieblas de su alma se disiparon cuando este cielo sin igual cobijó su cabeza; sus dos educandas eran ya dos jóvenes adolescentes, y así que se casaron, pasó á casa del Conde del Villar para dama de compañía de Cristina, por estar Marcelo relacionado con aquella familia desde hacía ya largo tiempo.

Puede suponerse si se entenderian bien aquellas dos almas, heridas por la misma desgracia. Cristina amaba siempre á Daniel en el fondo de su alma, pero le consideraba muerto para ella. Mistres Gaskell lloraba muerto al objeto de su único amor.

Una tierna simpatía unió á aquellas dos mujeres, que pasaban su vida casi sin relaciones ni visitas; cuando Cristina fué á Roma, al lado de su abuelo, su dama de compañía la siguió, y al regresar á Madrid, Cristina alquiló aquella casa de nueva construccion y situada en el campo, que le permitia á la vez que ver á la Condesa, su abuela, vivir en la soledad, que su espíritu entristecido necesitaba.

La vida de la Condesa viuda del Villar era un perpétuo y heroico sacrificio; convertida en profesora de Mú-

sica y de Dibujo de algunas niñas de la vecindad, llenaba su áspera tarea con tanta fidelidad y abnegacion, que cada dia hubiera crecido el número de sus discípulas si sus fuerzas hubieran alcanzado á mayor trabajo.

Muerto Marcelo en París, el título que llevaba habia caido por completo en el olvido. La Condesa viuda habia vivido bastante retirada desde que llegó á Madrid, y á la muerte de su esposo redujo áun más el círculo de sus relaciones, y apénas contaba ya con ninguna.

Sin embargo, tenía un amigo fiel: el Duque de Aguilar, que habia sido amigo desde muchos años ántes de la madre de Adriana, y que habia querido casarse con ésta, enamorado de su peregrina belleza; ya se sabe que la jóven le habia rehusado porque amaba á Daniel, á pesar de los muchos millones con que contaba el Duque, y de los consejos de su madre.

Cuando conoció á la Condesa, sintió hácia ella una admiracion profunda; escéptico como nadie, maligno, amargado en su carácter y en sus sentimientos por la deformidad de su figura, el Duque de Aguilar era el enemigo de la creacion entera; el mal le complacia como un desahogo; apasionado violentamente de Adriana ya en la edad madura, y más bien seducido por el filtro de su mimosa coquetería que por su mérito verdadero, la repulsa que recibió le indignó de tal suerte, que aborreció de pronto y con rara intensidad á la hija que lo habia rechazado, y á la madre que no la habia obligado á obedecer.

—Señora— dijo á Leocadia un dia que ésta se lo ha-

lló de improviso en su salon:—he venido ántes de la hora en que llegan los admiradores de V. para decirle cuatro verdades.

—Yo no se las pido á V., caballero—repuso secamente Leocadia.

—No importa; tendrá V. que oirlas, á no ser que me mande arrojar por sus criados, lo que creo que no hará, pues V. ha tenido siempre el buen sentido de huir del escándalo.

—Hable V., caballero; ya que es preciso le oiré—dijo Leocadia sentándose con aire contrariado en un sillon y apoyando la mejilla en la palma de la mano.

—Así me gusta. Pues lo que tenía que decirle es que no ama á su hija; porque si así fuese, la hubiera obligado á casarse conmigo.

—Yo no puedo obligarla á eso, caballero.

—Y yo le digo á V. que podia y debia; ella no tiene corazon y V. tiene ménos; el dinero es el Dios de las dos, y yo tengo mucho.

—Pues guárdeselo usted. Yo no he tenido el valor de hacer á mi hija desgraciada.

—¿Desgraciada? ¿Ella desgraciada, siendo millonaria? ¡Vamos, querida amiga, no sea V. cándida! ¿Piensa V. que será más feliz con el marido que le va á dar?

—Asi lo creo.

—¡Ni por un instante lo ha pensado V.! ¡A su edad tendria V. muy poco talento si así lo creyera! ¡Ya hace años que sabe V. una cosa: que el dinero lo es todo, y Daniel Villar no tiene dinero!

—Mi querido Duque—dijo Leocadia con una sonri-

sita acerada;—al primer amor hay que dejarle todas sus flores; cásese mi hija con quien ama, y sea dichosa ó crea serlo durante algunos meses.

—¿Y despues?

—Ella será la primera que se canse de Daniel.

—¿Y qué hará entónces?

—Dejarle y venirse conmigo.

—¿Y si tienen hijos?

—Serán los hijos de Daniel Villar, de los que ni ella ni yo nos cuidarémos.

A pesar de sus ideas acerca de la moral, el Duque miró absorto á Leocadia; tanto cinismo le llenaba de asombro.

—Es que—dijo—Adriana puede que rehuse dejar á sus hijos.

—Creo que no; la pobreza es para ella insoportable, y el disgusto que le inspira supera á todos sus sentimientos.

—Pero, señora, si V. es más pobre que nadie; si está abrumada de deudas!

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Yo sé todo cuanto necesito saber.

—Para nada necesitaba saber eso.

—Puesto que lo sé, le repito que está V. más pobre que nadie.

—Querido Duque, si supiera que no habia de no volver á ser rica, me mataria!—dijo Leocadia con acento tan decidido y tan firme, que no se podia dudar de lo que afirmaba.

—¡Pobre mujer! entónces le espera á V. muy corta

vida—dijo el Duque riéndose;—¡usted ya no será rica jamas! Ya no es jóven; dejará en breve de ser bella, engordará.....; la esperan mil calamidades.

—Cúidese V. de las suyas, que no son pocas—dijo Leocadia,—y si ha dicho ya lo que tenía que decirme, déjeme en paz.

—Aun tengo que hacer á V. una prediccion—respondió el Duque, acercando su silla con aire hostil á la de Leocadia.

—¡Ah, ya!—dijo ésta con desden;—¡primero las verdades; ahora la profecía!

—Justamente.

—Pues empiece V. luégo y acabe pronto.

—Se volverá V. en breve fea y mala; inventará alguna infamia para tener dinero; se sospechará y la abandonarán todos por esa maldad y por las demas que durante su vida ha cometido; ¡no muere tranquilamente la que ha vivido como V., señora!

—¿Ha concluido V. ya la prediccion?

—Ya he concluido; y ahora, señora, hasta el valle de Josafat, donde me reiré de V. como ahora.

El Duque salió en efecto riéndose, y cerró tras sí la puerta del salon.

IX.

La pobre y fatigosa existencia de la Condesa del Villar llenó de asombro el alma del Duque, y conmovió en ella fibras que toda su vida habian dormido.

María de Guzman, ya cerca de la ancianidad, cumplia sencillamente las más grandes heroicidades; era el suyo un sacrificio silencioso é ignorado, pero de todos los instantes; del mismo modo que habia cortado en sus raíces profundas la pasion de Marcelo por ella, con la misma simplicidad sublime que habia hecho el sacrificio de su corazon que adoraba al grave y sombrío adolescente, inmolaba ahora su vida á sus nietos, á los cuatro niños, hijos del débil Daniel y de la indolente Adriana; á Cristina, cuya viudez de corazon se esforzaba en consolar, dirigiendo sus ojos á una vida mejor y eternamente durable.

No eran consuelos banales y vulgares los que aquella mujer sublime prestaba á los seres que amaba; sabía que para los grandes dolores de la vida hay pocas frases, y que áun éstas deben decirse muy oportunamente; que una lágrima, una presion de mano, algunas horas de compañía silenciosa, son pruebas mucho más elocuentes de amor y simpatía que todas las frases rutinarias de los necios que se llaman amigos.

El que es mortalmente desdichado, lo primero que anhela es ser compadecido sincera y noblemente; la Condesa compadecia á dos personas de este modo: á Cristina y al Duque.

Muchas veces, y sobre todo por la noche, se hallaban ambos en casa de la Condesa, casa humilde que habitaba con los cuatro niños, de quien era el único amparo, y una sola criada; y lo mismo el Duque que Cristina la veian dar de cenar y hacer rezar despues á los niños las oraciones de la noche, desnudándolos y acostándolos en seguida.

En esta última ocupacion la ayudaban Cristina y mistress Gaskell la noche que se hallaban allí, porque la pobre madre, la amantísima abuela, estaba rendida; levantábase así que el alba nacia; disponia todos los quehaceres de la casa, y se ponia á coser los trajes deteriorados de los niños; vestia despues á éstos, se desayunaba con ellos, les peinaba y aseaba, les daba sus lecciones, y á las nueve de la mañana se hallaba ya en la sala de la clase, donde llegaban sus discípulas hasta el número de trece ó catorce, á tomar leccion de música, dibujo, frances é italiano.

A las tres de la tarde era la comida en familia, y despues salia á dar algunas lecciones de labores que tenía en casa de otras educandas; á esta excursion diaria llevaba á Dora, á Augusta y á Osvaldo, alternando un dia cada uno, ó llevando al que más se aplicaba, como recompensa de su celo.

Ya al anochecer volvia á casa, pasaba un rato con Clementina en los brazos, á la que no veia en todo el dia, daba de cenar á todos, rezaba con ellos y los acostaba en sus blancas camitas.

La Condesa contaba sólo con el producto de su trabajo para mantener á sus nietos, á Francisca, la ya antigua criada, y á ella misma; sus mil duros de pension habia dejado de cobrarlos desde que Leocadia, recordando sin duda los ingeniosos medios de que su marido se habia valido para hacerse millonario, los puso en práctica á su vez, deshaciendo la opulenta casa de los Condes del Villar, convirtiendo en millones todos sus bienes

y marchándose con ellos, con su hija y el menor de sus nietos, donde nadie sabía.

A esta vida fatigosa se unia una pena mortal: ¿qué era de Daniel? Ninguna noticia suya habia vuelto á tener; no sabía las señas de la buena familia que le habia reconocido y socorrido, ni podia escribirle, por lo tanto. Daniel solo, pobre, perdido en la sombra de una gran capital como Lóndres, era hombre condenado á la perdicion; aquel espíritu débil no podia flotar en el mar furioso de la desgracia, sin hundirse en el abismo del mal. Su madre lo sabía y su corazon lloraba lágrimas amargas.

Si la grandeza de su alma era siempre la misma, sus fuerzas decaian; la Condesa estaba pálida y demacrada; ántes de la edad se habia convertido en una anciana delgada, de blanco cabello, de triste sonrisa, pero en cuyos ojos se veia la dulce satisfaccion del deber cumplido, y la inefable esperanza de una vida mejor, ya muy cercana.

—Madre mia—exclamó Cristina un dia, despues de muchos ruegos inútiles y arrodillándose delante de la Condesa con las manos juntas.—¡Madre mia, te lo ruego por la memoria de mi abuelo, tu marido; por la memoria de mi padre! ¡Admite algo de lo que tengo! ¡Dame esa prueba de cariño!

—Esa es la sola que no puedo darte—contestó la Condesa con su bella sonrisa—porque ya sabes que nada necesito.

—¡Trabajas sobre tus fuerzas!

—El trabajo, hija mia, es un bien.

—¡Pero yo soy rica! ¡Y trabajar tú siéndolo!

—¿Y qué haria yo en la ociosidad, hija mia? La ocupacion constante me distrae de mis penas; el trabajar enaltece en vez de rebajar. Cuando pienso en que estos niños me lo deben todo, siento tal alegría que me compensa de todos mis pesares.

Lo mismo que á Cristina contestaba la Condesa al Duque, cuando éste le instaba á que le mirase como á un amigo.

—Ya lo hice—le respondió un dia que la estrechaba más que otros;—ya lo hice cuando, no estando aquí Cristina, no tenía pan para mis nietos.

—Pero aquella suma insignificante me la ha devuelto usted, Condesa.

—Sin duda, como era natural.

—Es que yo quiero que mire V. cuanto tengo como suyo.

—Así lo haré el dia que sea preciso, *preciso*, ¿entiende V., Duque? Hasta entónces permítame V. que no acepte para mis niños el pan de la caridad.

—El de la amistad, señora.

—La amistad se ennoblece cuando practica la caridad, y en caso necesario no rehusaria los beneficios de la una y de la otra.

No hubo medio alguno de variar en este punto las ideas de la Condesa; siempre contestaba lo mismo, y cada vez salia el Duque de su casa con un poco más de calor en el fondo de su alma.

Ya el hielo fundido, empezaba á agitar la savia de aquella naturaleza vigorosa, ántes dura y agresiva, y que poco á poco iba viendo horizontes de luz; ya brota-

ban en el erial algunas flores. La virtud, la pureza de la vida de aquella mujer, que cumplia con amor los más rudos deberes, le conmovian profundamente y le hacian ver que si Dios le habia hecho deforme, habia goces en la vida aparte de la hermosura, y que él, como todos los humanos, podia alcanzarlos.

—Hábleme V. de Dios, señora, tal como V. le entiende—dijo el Duque á la abuela una noche que dormia en sus brazos á Clementina.

—Yo, amigo mio—respondió la Condesa—no trato de entender á Dios, porque le siento aquí dentro de mi corazon.

—¿Y no se queja V. de la suerte que le ha deparado?

—Jamas me quejo de Él.

—¿Y se halla V. contenta con su destino?

—Muy contenta. Dios ha puesto dentro del alma de cada uno de sus hijos, el más grande de los beneficios, y el que nada ni nadie les puede arrebatar.

—¿Y cuál es?

—La satisfaccion del deber cumplido.

—¡Yo no tengo ni siquiera deberes!—objetó tristemente el millonario;—¡solo en la tierra, no tengo en ella ni áun por quién sacrificarme!

—¿Puede V. pensar eso? amigo mio; ¡está el mundo tan lleno de desgraciados, que su caridad no sabria dónde acudir, si quisiera verlos!

—La miseria que se ostenta me es repulsiva.

—Busque V. la que se oculta, la que se abriga en las buhardillas, y sobre todo, señor Duque, busque V. las miserias morales, ¡hay tantas!

—De esas, la mia es la mayor, señora, y por eso soy bastante egoista.

—¡Oh, qué terrible azote es el egoismo!—exclamó con vehemencia la Condesa;—¡más castiga al que lo padece que á nadie! ¡El egoismo enajena todos los afectos; el egoismo roba todas las voluntades! ¡El egoista se ama de suerte, que nadie le ama á él!

—El egoismo, Condesa, es siempre nacido de los dolores del corazon—respondió el Duque;—amargado por las heridas de la sociedad, por sus burlas, por su afan de explotarme, ¡la aborrezco!

—Y, sin embargo, señor Duque, hay una persona que culpamos todos, y que no ha querido engañarle.

—¿Cuál? ¿Quién ha podido explotarme y no ha querido?—exclamó el Duque:—¡quisiera saberlo!

—Pues lo sabe V., aunque lo ha olvidado. Mi hija.

—¿Quién? ¿Cristina?

—No: Adriana.

—¡Su hija! ¿Y llama V. hija suya á semejante monstruo, señora?

—¡Pues no he de llamarla! ¿No es la madre de estos niños?

—¿Y no los ha abandonado?

—Si vive, ya volverá algun dia.

—¿Y V. la recibirá?

—Con los brazos abiertos, y le diré: ¡ahí tienes á tus hijos con robusta salud en el cuerpo y en el alma; cuidalos tú, ahora que yo voy á morir!

La palidez de la Condesa, al decir estas palabras, era casi diáfana; no se podia llegar á aquella herida de su

corazon sin hacerla sangrar; y, sin embargo, cuando era preciso, ella misma la hacía mayor.

—¿Cree V., por ventura, que ese Dios por quien me pregunta, aconseja la dureza y el rencor?—continuó la Condesa;—no, amigo mio; si rezára V. las oraciones que su madre le enseñó, diria V. cada dia: «Y PERDÓNANOS, SEÑOR, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS Á NUESTROS DEUDORES.» Yo lo digo, lo hago decir á los hijos de Adriana, y no desmentiré con el ejemplo la santidad del precepto.

—Mucha heroicidad se necesita para perdonar así, Condesa; yo no la tengo.

—Porque no quiere V. adquirirla.

—Porque no puedo.

—Pídala V. al cielo, y ponga para alcanzarla todo el esfuerzo de su buena voluntad.

—No puedo perdonar á Adriana el que sea tan mala esposa, tan mala madre.

—Perdónela V., en gracia siquiera de que no quiso engañarle y de que tuvo abnegacion bastante para renunciar á la gran fortuna de usted.

—De modo que quiere V. que la perdone por lo mismo que là culpo, y V. la perdona cuando debia aborrecerla, por haberse casado con su hijo.

—Esa es una de las grandezas de la religion cristiana, Duque, y es quizá la mayor; manantial inagotable de consuelos, sabe cambiar de tal suerte la faz de todas las grandes cuestiones de la vida, que hay motivo para perdonar, donde sólo halla pasto el rencor humano; no hay en la existencia pena que no alivie, ni aspereza que

no suavice: usted, Cristina, cuantos me conocen, cuantos me aman, que no son muchos, me tienen por desdichada: pues bien, amigo mio, yo me tengo por dichosa, y áun hay alegría en mi alma en medio de mi desesperacion por no saber nada de la suerte de Daniel; tengo á sus hijos, dos veces hijos mios; los educo para el bien, para la virtud; gano el pan que necesitan, el humilde vestidito que les cubre; ¡todo me lo deben á mí, á su abuela! ¡Oh, amigo mio, qué mayor gloria para mi ancianidad!

—Pero ¿y si V. muriese?

—¡Oh, entónces, ni Cristina ni V. les desampararian; estoy cierta de ello y creo que puedo estarlo!

—Sin duda ninguna, señora, tendrian en Cristina y en mí padre y madre.

—¡Los suyos volverán!—murmuró la Condesa, con la mirada perdida en el espacio como las antiguas profetisas.

—¡Volver!—repitió el Duque.—¿Cuál de los dos?

—Los dos.

—¿Pero áun conserva usted esperanzas acerca de Adriana?

—Es madre, y su alma no está del todo pervertida, amigo mio.

—Son ilusiones de su corazon de V., Condesa.

—Déjeme V. conservarlas por lo consoladoras.

—¡Pero, señora, si jamas se han de ver realizadas!

—¿Quién sabe?

—¡Piense V. en lo que ya habrá hecho de su hija la profunda corrupcion de Leocadia; esa mujer padece una

gangrena moral; su afan de oro, su sed de todos los goces que el oro proporciona, son inextinguibles; si no ha cometido otra clase de faltas, es porque es incapaz de amar, y porque con su perspicacia infernal comprendió muy pronto, que precisamente las faltas del amor son las que el mundo castiga más rudamente; los delitos que se cometen para tener dinero, el mismo dinero los absuelve; los desengaños del corazon que revisten casi siempre las formas del escándalo, es lo que condena con más dureza; así, es una criminal impune, porque sus mismos delitos la dan amigos y protectores; ¿qué será Adriana al lado de esa madre, ahora que ya no la escuda el amor que tenía á Daniel, y que ya se apagó en su pecho?

—Ese amor no ha podido apagarse.

—El creer eso, señora, es otra ilusion: el amor pasa como todo, y más sin base buena y sólida; no se le halla cuando se desea, ni se le retiene como se quiere; el amor es involuntario y libre, y en esos pobres jóvenes pasó ya.

—La vista de sus hijos les hará volverse á querer y á tolerarse.

El Duque no quiso insistir más; las creencias de aquella noble alma, y hasta sus esperanzas, le parecian absurdas, pero admirables; habia en la Condesa algo de grande, de elevado, y á la vez de sencillo, de amable, de afectuoso, que penetraba en el alma del pobre descreido como un filtro celestial.

La influencia de aquella alma grande habia labrado en su juventud la índole ruda de Marcelo; en la anciani-

dad iba á hacer nacer flores en un erial, y este erial era el alma fria del Duque de Aguilar.

¡Pobre sér, tan opulento, tan halagado por los dones de la fortuna, tan infeliz sin embargo! Toda su vida se habia pasado en las más amargas quejas, y ya en la edad madura buscaba algun apoyo, algun sosten, falto ya de fuerzas y de energía; en vano habia demandado á la ciencia el consuelo que su horrible aislamiento moral necesitaba; la ciencia no llena el corazon, y sólo en el arte es donde éste halla algun consuelo; pero el Duque de Aguilar estaba demasiado herido, para hallar en ninguna parte lo bello.

Cuanto más aprendió en los libros, más se empeñó en la duda impía, que es el cáncer de este siglo; todo lo que su razon no acertaba á descifrar, lo negaba. Se preguntaba el *por qué* de haber él venido al mundo, cuando no pedia venir; *por qué* el dolor llenaba los espacios y el aire; *por qué* el mundo no era bueno y dichoso.

Y en esta impía lucha con la Divinidad, cada dia salia más vencido y más ateo.

Sólo descansaba al lado de la Condesa, viéndola, sintiendo la suave influencia de su virtud y contemplando el heroismo de su nunca cansada paciencia. La bondad y mansedumbre de la abuela; las gracias inocentes de los niños, la belleza infantil y ya extraordinaria, de las dos gemelas Augusta y Dora; los regaños y la fidelidad de Francisca, y hasta los halagos de un gran perro, que la Condesa habia salvado de la crueldad de unos muchachos que iban á arrojarle al rio, todo esto formaba como un mundo nuevo para el Duque; mundo más triste en

la apariencia que todo lo que él conocia, pero positivamente más alegre y más feliz.

X.

A fines del mismo año en que tenian lugar los sucesos precedentes, apareció en San Petersburgo una dama que asombró á la córte rusa con el lujo de sus trenes y su fausto; acompañábanla en los paseos y teatros otras dos señoras; la una de más edad que ella, y la otra mucho más jóven.

Aquella mujer se hacía llamar la Princesa Karina, y no tenía edad; parecia una jóven por el brillo de sus ojos y la pureza de su tez, y parecia una vieja por el gesto irascible, amargo y colérico que de vez en cuando se le escapaba; en aquel gesto se veia tal conocimiento de las maldades y de los odios de la vida, que no podia concebirse en una mujer que no hubiera probado ya todas sus infamias y dolores.

Las penas, las decepciones, dejan en las almas buenas una semilla dulce; el gran dolor purifica como el fuego; la abnegacion nace donde habitaba ese egoismo inherente á la condicion humana, y al sentirnos heridos, compadecemos las heridas de los otros.

Mas en las almas mezquinas, ambiciosas y egoistas, el dolor es un cáustico, es un veneno que las corroe y las llena de amargura. La Princesa Karina debia tener el alma llena de hiel.

La contraccion de su frente, los relámpagos de sus ojos, la amarga sonrisa de sus labios, decian de un modo aterrador las tempestades interiores que bramaban en ella.

Estos síntomas funestos de una gran disolucion moral eran frecuentes, cuando envuelta en soberbias pieles iba en su magnífico carruaje, acompañada de la más jóven de las dos mujeres que vivian con ella, y que ella decia ser hermana la una, y madre la otra; aquella no era bonita, sino ántes bien su fealdad notable hacía un contraste extraño con la belleza de su hermana, segun la llamaba.

Sus cabellos, de un color pálido, lacios y escasos, acusaban una naturaleza débil y linfática; sus grandes ojos tenian una mirada apagada, triste y sin vida; estaba delgada hasta la exageracion, y su boca grande dejaba ver, las pocas veces que se sonreia, una dentadura pequeña, pero dañada por una de esas enfermedades cuyo orígen es una extrema debilidad en el cerebro; tenía aquella jóven, pues lo era, por cuanto no pasaba de veintinueve años su edad, la tez empañada, terrosa y amarillenta, la nariz larga, y sobre todo esto, tal aire de cansancio y de fatiga, que la hacía, no sólo desagradable, sino muy penosa á la vista.

Cada vez que la Princesa miraba á esta jóven se encendia en sus mejillas el fuego de la cólera; pero se dominaba con esfuerzo y procuraba conservar la tranquilidad.

Una tarde que se hallaban en uno de los más concurridos paseos de San Petersburgo, era tal el abatimiento

de la jóven, que su compañera no pudo contenerse, y le dijo agriamente:

—Para ir así, ¿por qué sales?

—Mamá.....

Los ojos de la Princesa lanzaron rayos.

—¿No sabes que no quiero que me llames así?—exclamó llena de ira.

—¡Dios mio, qué cruel ridiculez!—exclamó la jóven. —¡Empeñarte en que pase por tu hermana! ¡Tienes cerca de cuarenta y siete años, y crees no poder tener una hija como yo!

—¡Cállate, ó deja ese tono lacrimoso que detesto.

—¡Tú me lo has enseñado! ¿Qué he hecho, para que ahora todo te desagrade en mí?

—¡Ponerte muy fea; no, tú no eres mi Adriana; aquella Adriana que encantaba mis ojos; aquella Adriana siempre sumisa á mi voluntad!

—¿Y en qué te desobedezco? Sólo en dos cosas: en no dejar de llamarte madre, en no querer dejar de ver á mi hijo! ¡Madre mia! este nombre es tan dulce á mi corazon y á mis labios, que no puedo dejarle, á pesar de lo cruel que has sido para mí. ¡Hijo mio! ¡Qué supremo consuelo presta esta palabra á mis tormentos! ¡Oh! cuándo podré decir *¡hijos mios!*

—Cuando te parezca....; así como así, aquí no me sirves más que de molestia; puedes irte, y cuanto ántes será mejor.

—¿Y dónde iré?

—Con la santurrona de tu suegra.

—¡Oh, he sido ingrata y cruel y no me perdonará!

—Las mujeres así, perdonan siempre; su mayor placer es perdonar, y quisieran que la humanidad entera fuese culpable, por el placer de perdonarla.

—¡Oh, mamá, yo no puedo separarme de tí; te quiero tanto! Por tí he lo dejado todo; la fascinacion que has ejercido sobre mí durante toda mi vida subsiste siempre; el corazon de la mujer no puede perder sus dulces hábitos! ¿Cómo has dejado tú el de amarme?

—Porque me contrarías en todo; y ademas, porque te has vuelto fea; lo feo me es antipático y triste.

—¡Madre, soy tan desdichada!—murmuró la jóven bajando la cabeza y cubriendo su rostro lleno de lágrimas con el pañuelo.—¡Ver á tu amiga Clotilde doblegándose á hacer contigo el papel de madre, desde que su marido la abandonó! ¡Verme yo obligada, á mi vez, á pasar por hermana tuya, son horrores morales á los que no puedo acostumbrarme! ¡Ver á ese hombre, á ese brasileño de tan mala alma, matar en la tuya todo sentimiento noble y puro! ¡Verle cómo arruina todos tus bienes, y cómo ha separado ya tu corazon del mio, son tormentos que no puedo soportar! ¡Y luégo mis hijos, mis cuatro ángeles; mi Augusta, mi Dora, que viven sin su madre! ¡mi Osvaldo, mi Clementina, léjos de mí y que crecen odiándome! ¡Y Daniel, sujeto en Lóndres á un trabajo mortal unas veces, y otras agobiado por su suerte, cansado su carácter débil, sumergido en el desórden!

—¿Y cómo sabes todo eso?

—¡Cómo lo sé! ¿Pues qué, madre mia, me crees tan sin corazon que haya olvidado á mi marido? ¿He hecho



algo que me separe para siempre de él? ¿he caido en alguna tentacion, que me haga por completo indigna á sus ojos? ¡Yo le amo, no he amado á otro hombre, y no perdono medio de saber de él, desde el dia fatal en que me arrancaste de su lado!

—Vuélvete á él cuando quieras.

—¡Eso haria si me atreviese!

—¡A mí no me sirves para nada, ni para nada te quiero ya!

—¡Bien lo sé!—exclamó Adriana exasperada:—despues de haberme perdido por la funesta educacion que me has dado, y con separarme de mi marido y de mis hijos, ¡ahora te estorbo porque no quiero dejar de llamarte madre, y mi ya espirante juventud acusa tu próxima vejez! ¡porque ese hombre infernal ha secado la savia de tu alma con sus adulaciones, porque te ha vuelto otra de la que eras, otra de la que yo he conocido! ¡Oh, si me atreviera, yo iria á arrojarme en los brazos de mi marido!

—Ves á los de su madre.

—¿De modo que me arrojas de tu lado? ¿de modo que ya me aborreces? Porque tienes al lado esos dos seres infernales que te acompañan, ese hombre que te explota, esa mujer sin pudor que se presta á tan vergonzoso papel, ¿quieres que yo, la sola persona que te quiere de corazon, me aleje de tí?

—Ese hombre es mi marido; esa mujer es mi mejor, mi más fiel amiga.

El cochero, que sabía el paseo que daba la Princesa cada dia que salia con su *hermana menor*, guió hácia ca-

sa; y ya en el corto trayecto hasta el hotel, no se hablaron más palabra madre é hija.

Adriana corrió á encerrarse en el cuarto que habitaba en el suntuoso hotel de su madre, y no quiso sentarse á la mesa.

Esta la ocuparon tres personas: Leocadia, *su marido*, como ella le llamaba delante de su hija, aunque delante de los demas decia mi secretario, y Clotilde, ántes Baronesa de la Calzada, y en la actualidad *mamá* de Leocadia, cuyas pretensiones de juventud y de elegancia habian degenerado en una manía, muy cercana ya de la demencia.

La Baronesa estaba horrible; contaba ya cerca de sesenta años, y nada hay de comparable á los estragos que el tiempo habia hecho en ella: abandonadas en su mayor parte las pinturas, é inútiles los cosméticos contra ciertas injurias del tiempo, tenía que llevar peluca, y nada podia ya ocultar las arrugas de su cútis, curtido por tantos años de abuso en unturas y barnices; era una vieja espantosa, la que habia sido muchos años ántes una mujer encantadora.

Abandonada por su jóven marido, el Baron de la Calzada, al que sedujo siendo muy niño, pero que ya hombre trató de sacudir tan fastidioso y risible yugo, Clotilde escribió sus cuitas á su mejor amiga, á Leocadia, que le ofreció su casa y su mesa, y la invitó á ir á usar de sus ofrecimientos, aceptados al instante con ruidosa gratitud.

En el Cairo, donde habia ido á parar desde París con su hija, fué donde se reunió á Leocadia, su amiga y con-



fidenta; y allí, no bien instalada en su casa, no bien sujeta bajo su poder, Leocadia le dijo que se iba á establecer en la córte de Rusia, y que deseaba que ella pasára por su madre para hacer perder, con esta precaucion y cambiando de nombre, todo rastro de su antigua existencia.

Clotilde aparentó hallar muy ingenioso este expediente; se asoció á él de la mejor gana y se puso por obra al instante, marchando á San Petersburgo las tres mujeres.

Adriana quiso llevarse consigo á su hijo; pero no bien llegadas á San Petersburgo, su madre la obligó á darlo á unos aldeanos para que lo tuviesen en su casa.

La conversacion que hemos oido entre la madre y la hija durante su triste paseo, tenía lugar unos quince dias despues de haberse establecido esta familia, con un lujo verdaderamente regio.

A la misma hora y el mismo dia tenian lugar otras dos escenas muy distintas, una en Lóndres y otra en Madrid.—Vamos á explicarlas á nuestros lectores, para darles algun descanso moral, despues de haber visto tanta desgracia y tanto dolor.

En un humilde cuarto, cuyas paredes estaban vestidas de un papel gris con ramos verdes, y cuyas tinieblas disipaba sólo un pequeño quinqué, trabajaba sentado delante de una mesa un hombre, ya próximo á la edad madura, y cuyo aspecto, aunque era muy triste, era sobremanera simpático y distinguido.

Escribia rápidamente documentos para algun abogado, á juzgar por el tamaño del papel y por lo grueso y

uniforme de una bella letra que empleaba para su árido trabajo; de vez en cuando llevaba la mano á la frente y dejaba caer la pluma con desaliento; pero tras un segundo de reposo, emprendia de nuevo su tarea.

El cuarto contenia un lecho pequeño y bueno, cerrado con cortinas de persa; un lavabo de caoba, una cómoda de lo mismo, un armario, una mesa de noche y algunas sillas.

Todo brillaba de aseo y de limpieza.

La puerta se abrió, y una mujer ya anciana, de aspecto grave y vestida de negro, entró poco á poco y dijo al que escribia, apoyándose cariñosamente en el respaldo de su silla :

—Daniel, á comer; son las seis.

—Vamos allá—dijo éste levantándose dócilmente.

—Tanto trabajar es muy malo para tu salud, hijo mio—dijo la anciana—y no lo consentiré; hoy no vuelves á tomar la pluma.

—Es preciso, señora.

—Verás como no; en cuanto comamos, te voy á llevar á ver el gran museo de figuras de cera.

—Despues de cuatro años de mala vida y de holganza, ya es hora de que trabaje.

—No hablemos de eso, ó te regañaré como hacía cuando siendo niño me enredabas los hilos de mis bordados; no digo que no trabajes, si no que no trabajes de tal modo que te pongas enfermo.

—¿Para qué quiero la vida?

—No se muere uno cuando quiere, sino cuando quiere Dios; olvida á París y tus locuras; te cansaste á

tiempo. Aun puedes empezar una nueva existencia.

—¡Solo!

—Hoy sí: mañana, ¿quién sabe? y hasta entónces ¿yo no soy nada para tí, ingrato?

—¡Ah, perdon, mi buena amiga, mi segunda madre! —exclamó Daniel.

—¡La tuya, tu noble madre, aboga por tí en mi corazon, Daniel! ¡Era tan buena, nos queria tanto, se interesaba de tal suerte por mi Gabriela! Al interesarme por tí, al alargarte mi mano para sacarte del abismo, para alentarte, para consolarte, pago una deuda sagrada de afecto y gratitud.

—¡Oh, mi santa y adorable madre! ¡Oh, mis hijos— exclamó Daniel juntando fervorosamente las manos: —¡vosotros pagaréis, á vuestra vez, la caridad de esta noble mujer!

—¡Eh, á la mesa! —repuso la anciana señora; —ya anudarémos la conversacion mañana, que tiempo hay para todo y hasta para tomar algunas horas de solaz y de descanso.

Y apoyándose en el brazo de Daniel, le condujo al comedor.

La escena ha cambiado.

Estamos en Madrid y en casa de la Condesa viuda del Villar, que no ha dejado su nombre á pesar de dedicarse á la honrosa carrera de la enseñanza pública; al contrario, en sus tarjetas se lee siempre:

LA CONDESA VIUDA DEL VILLAR.

Son las seis, y la abuela, rodeada de sus nietos, se halla sentada delante de una mesa repasándoles sus lecciones, pero ya no es á todos. Augusta corrige las planas de Osvaldo, y Dora enseña las primeras letras á la pequeña Clementina; las dos gemelas están crecidas y hermosas; la abuela, por el contrario, envejecida y encorvada.

La puerta se abrió sin ruido, entró Francisca y dijo acercando una silla.

—El señor Duque.

—¿Condesa, ha comido V. ya?—preguntó sentándose.

—A la una, amigo mio.

—¿Tiene V. algo que darme á mí?

—Cuando hay buena voluntad, nada falta ya—contestó sonriendo la Condesa.

—Que nos den algo á los chiquillos y á mí, y á ellos les servirá de cena; hay que celebrar una carta que hoy he recibido.

—¿De quién?

—No hay que perder el color ni temblar: de Adriana.

—Y..... ¿qué dice?—preguntó la abuela haciendo un esfuerzo inaudito.

—Que quiere venir al lado de V. y de sus hijos.

—Ella..... ¿venir? ¿y su hijo?

—Le traerá, si V. quiere.

—¡Ah, que vengan, que vengan!—gritó la abuela al oir estas palabras.

—Voy á hacer las dos primeras obras buenas de mi vida, señora—dijo el Duque:—escribiré á Adriana, y

despues..... despues buscaré á Daniel. Mi caridad desde hoy será *moral*, porque la *material* ha sido muy escarnecida y muy mal pagada por los bribones á quienes he dado mi dinero.

PARTE CUARTA.

I.

> Cuanto más mujer es una mujer, es tanto más desinteresada y benévola.
>
> *Paul Stake.*

¿Cómo habia podido apagarse tan por completo el fuego sagrado del amor maternal en el alma de Leocadia?

Nadie hubiera podido decirlo; el alma humana tiene sus misterios inescrutables, y las almas malas los tienen más sombríos que las buenas.

A la salida de París con Adriana, abandonando ésta á su marido, Leocadia notició á su hija que se habia casado con el brasileño D. Roman de Silva, quien habia perdido casi toda su inmensa fortuna en especulaciones desgraciadas.

Era verdad que la habia perdido, ó mejor dicho, que no la habia tenido jamas; todos sus recursos procedian del juego, en el que tenía gran suerte ó gran habilidad para hacer trampas y fraudes.

Adriana la oyó sorprendida y llena de un doloroso estupor; el casamiento de su madre con el Conde halagaba su vanidad; su tercer enlace con un aventurero pobre, la llenaba de enojo y de pena.

—¿Cuándo has comprometido así tu suerte?—exclamó.—¿Cuándo te has casado?

—Aún no hacía un mes que habia muerto el Conde; pero ¿qué tienes, por qué lloras?

—¡Ah, madre mia, eso es indigno!—exclamó con violencia la jóven.

—¿Qué quieres decir? ¿te rebelas contra mí?

—¡Me rebelo contra tu casamiento; siempre he odiado á ese hombre!

—Procura, pues, cambiar ese sentimiento—dijo duramente la madre;—es mi marido y tendrás que tratarle como á tal.

—¡Jamas!

—Te volverás, pues, á la miseria con tu marido y tu suegra. ¿Crees que voy á tolerar la guerra doméstica?

—¿Luego me echarias de tu casa por ese hombre?

—Hija mia—dijo Leocadia tomando la mano de la jóven;—cada cosa tiene distintos nombres; yo no te echaré de mi casa si te empeñas en ser la enemiga de mi marido, pero tendrás que dejarla, porque no es hombre que sufre contrariedades; tiene el carácter violento y rencoroso.

—Por qué has perdido tu libertad, mamá? ¡Has estado loca!

—Dejemos esto, Adriana; tú no eres ya la niña mimada y dulce, sino la mujer agriada por las penas y di-

ficultades de la vida, dificultades y penas que tú te has buscado; yo he sufrido tambien, he luchado, y estoy amargada y cansada de sufrir.....; moderémonos, y á la entera franqueza y libertad que ántes nos unia, opongamos algo de tolerancia y hasta de buena educacion.

Desde aquel dia las relaciones de la madre y de la hija adquirieron una frialdad que jamas habian tenido, y el cariño huyó de aquellos dos corazones, ántes tan identificados, y separados ya por las maldades de la madre, y las intuiciones de la hija; porque el corazon de Adriana le anunciaba que alguna sombra funesta cubria la vida de su madre, y que la ruina de su fortuna—que ella ignoraba hasta poco ántes de unirse á Daniel—su casamiento con el Conde del Villar, y la muerte de éste, componian un drama misterioso y terrible, pero oculto bajos tupidos velos.

Poco despues de haber huido Adriana con su madre y su hijo recien nacido, se les reunió D. Roman de Silva; era siempre el mismo hombre, feo, anguloso, de facciones duras, pero elegante, insinuante, de modales melosos y de sonrisa amenazadora y cruel.

Era mucho más jóven que Leocadia, y ésta se apasionó violentamente de él; pero bien pronto la dureza del carácter de aquel hombre, su despotismo al ser dueño de cuanto Leocadia poseia, mezclaron aquella pasion con una especie de ódio, mezcla rara, pero que se ve algunas veces en esos amores fatales, que duran mucho más que los basados en las nobles cualidades del alma.

La expoliacion del rico patrimonio del Conde del Vi-

llar la habia llevado á cabo el brasileño con la ayuda de Leocadia, lo mismo que de comun acuerdo habian proyectado y llevado á cabo su muerte; el crímen los unia con una cadena de hierro, como á dos condenados de un presidio; y aunque en Leocadia habia amor por aquel hombre, en él no habia más que aversion y desprecio por la culpable esposa del Conde del Villar.

No obstante, disimulaba esta aversion de la manera más absoluta. ¿Por qué? Más adelante lo sabrémos.

La más amarga pena de la vida de Leocadia era la de verse envejecer. Mujer frívola, sin creeencias, y toda su vida halagada, adulada y adorada, la más negra melancolía la agobiaba al pensar que llegaba para ella el invierno de los años, en que tenía á su lado á una hija envejecida tambien y fea ántes de tiempo, y á *un nieto*, fe de bautismo irrecusable; no le era posible pasarse sin homenajes, y los hombres empezaban á no mirarla, y las mujeres no la envidiaban ya.

Desde París huyó con su hija y su nieto á Marsella, desde donde escribió á su amiga Clotilde, que la habia seguido á París con su marido; fué á ésta amiga fiel á la única que dió noticias de su paradero.

Daniel, equivocado por las señas que le dieron en la administracion del ferro-carril de la línea inglesa, tomó el camino de Lóndres y luégo el de los Estados-Unidos, buscando á su mujer y á su hijo, sin que pudiese dar ni con su rastro.

Poco tardó en contestar la amable Baronesa de la Calzada. Clotilde le decia que en mal hora habia llevado á París á su jóven Baroncito, pues allí se le habia des-

vanecido la cabeza y la tenía en un completo abandono.

«Temo—decia—que haga conmigo lo que Adriana ha hecho con su marido; es decir, que me abandone sin decirme adios, ni á dónde va.»

Estos temores se realizaron en breve; el Baroncito huyó á Italia, la tierra de los amores, con una linda actriz que le hizo ver lo ridículo de su fidelidad á una mujer, que podia ser su abuela.

Clotilde entónces recogió el poco dinero que le habia dejado su infiel, y se marchó á Marsella al lado de su digna amiga, que se lo debia todo, pues por su consejo habia emprendido Leocadia la conquista de Marcelo.

Si algun sentimiento bueno quedaba aún en el alma de la aventurera, el hálito fatal de aquella otra aventurera, más vieja y más amaestrada en el vicio, lo agostó del todo; las pesquisas de la justicia en averiguacion del paradero de Adriana, cuya desaparicion habian denunciado, no sólo Daniel, sino tambien los criados de Leocadia, burlados indignamente, eran lentas, como que caminaban por sí solas, pero seguras; era ya preciso salir de Marsella, no tanto por temor de que hallasen á Adriana, cuanto por temor al castigo que merecian algunos asuntos íntimos de la vida de Leocadia; puesta la justicia sobre la pista, era seguro que descubriria cosas que no convenia sacar á luz.

—Vamos á Egipto—dijo Clotilde;—verás qué bello país; tú que has viajado tanto, no habrás visto otro más hermoso, y es ademas muy seguro.

—Vamos allá—dijo Leocadia, contenta de aquella expansion que iba á dar á su espíritu intrigante.



Y se embarcaron con Adriana y su hijo, quedándose don Roman en Marsella, para arreglar aún algunos asuntos.

Este sagaz personaje habia aconsejado á Leocadia el no publicar su casamiento, seguro de que la justicia sacaria deducciones acerca de la muerte del Conde, que podrian causarle muy malos ratos; así, Leocadia pudo discurrir el hacer pasar á su marido por secretario, á Clotilde por su madre, y á Adriana por hermana suya; tenía el afan de la belleza y de la juventud perdurables, porque cuando el ruido del mundo dejase de aturdirla, temblaba de hallarse consigo misma, y de asomarse al fondo negro de su conciencia.

¡Ella abuela! Lo que hacía la gloria de la Condesa viuda del Villar, desesperaba á esta otra viuda galante y enamorada de sí misma. ¡Abuela! ¡Terrible dictado para las mujeres frívolas que ven en la hermosura y en la galantería el complemento de la dicha humana! ¡Abuela! ¡Santo dictado para esas nobles criaturas que se despiden de la vida con la paz en la conciencia y con el corazon lleno de amor!

Adriana sentia deslizarse su vida hácia un abismo; la tierra faltaba bajo sus piés; cada dia su belleza perdia algo de sus encantos infantiles, y de su delicada frescura; desmejorada, marchita ya, cuando fué al lado de su madre, su estancia en París no operó en su persona ningun cambio favorable: triste, desalentada con el desamor de su madre, se acordaba á pesar suyo de aquella madre moral—la maternidad más augusta y más verdadera—de aquella Condesa del Villar, tan idólatra de Daniel y que tanto amaba á la misma Adriana; ¿qué

era el caprichoso y vano amor de Leocadia, comparado con la ternura inagotable, con el heroico desprendimiento de María de Guzman? Ésta velaba por todos los hijos de Adriana, les educaba, mantenia vivo en sus corazones el amor filial; por ser abuela, habia hasta dejado de ser madre; por sus nietos, por conquistar de nuevo el corazon de Adriana para sus hijos y para Daniel, era por lo que habia aconsejado á éste el viaje á París; sólo para que su esposa satisfaciera el ánsia que tenía de ver á su madre.

Poco á poco el corazon de Adriana se volvió hácia sus hijos, hácia Daniel; privada de aquéllos, privada quizá para siempre de su marido, viendo arrepentida á su madre de habérsela llevado consigo, la pobre Adriana se adhirió á su Carlitos, al último fruto de su union, con indecible ternura; Leocadia habia querido dejar al niño en París cuando salió de él; pero Adriana se opuso tenazmente, y no salió de la casa sino con su hijo entre los brazos.

Muchos meses pasaron en el Cairo; durante este largo espacio de tiempo, la vida de Adriana fué un prolongado suplicio; un malestar general agotaba sus fuerzas. Felizmente, D. Roman, que no podia sufrirla desde que habia despreciado su aficion al llegar él á Madrid, y que casi nunca le dirigia la palabra, anunció que teniendo instrucciones del Gobierno del Virey para la córte de Rusia, necesitaba irse allí, solo ó con su familia, dejando la decision á su mujer.

Ésta optó por acompañarle; partió él primero, y dos meses despues todos los demas.

El desacuerdo de la madre y de la hija habia llegado á ser completo: mutuamente se despreciaban; ninguno de esos sentimientos, base y sosten del afecto filial las unia.

La ociosidad, el desórden, el fraude, habian endurecido el corazon de la madre hasta un punto indecible; el de Adriana habia sido purificado por el saludable cauterio del dolor. Sólo cuando sufrimos nos acercamos á Dios, fuente de todo consuelo, refugio en todas las penas, bálsamo para todos los dolores.

Un dia en que se levantó más dolorida y más desalentada que nunca, escribió una carta á Madrid, y puso las señas á casa de su antiguo amigo, el Duque de Aguilar; la carta estaba concebida en los siguientes términos:

«Mi respetable y querido amigo: á traves de todas las sinuosidades del carácter de V. he hallado siempre en él un fondo de nobleza, una hidalguía nativa, que me han hecho estimarle profunda y verdaderamente; á ella acudo, pues, y de ella imploro la indulgencia necesaria para leer esta carta.

»No es posible, querido Duque, que V. se pueda imaginar mayor desgracia en una criatura que la que pesa sobre mí: mi madre me detesta tanto como me amó..... ¿Y cuáles son las causas? Casi con vergüenza las escribo, temiendo que V. no las quiera creer. Las causas son dos: la una, que me he vuelto fea..... la otra, que tengo ya un hijo, y es el menor de todos, que la llama abuela.

»¡Abuela, mi madre abuela! ¡Oh amigo mio! ¿no comprende V. su indignacion y su dolor?

»Pero yo no puedo evitarle esta pena, ni he podido conservar la flor de aquella hermosura, que dura un dia como las flores, ni he podido detener el trascurso del tiempo, ni hacer estéril mi seno cuando Dios y la naturaleza le han hecho fecundo: y agobiada por el cruel castigo que se impone á estas culpas involuntarias, vuelvo los ojos á las almas buenas que me amaban cuando yo, áun no purificada por el dolor y el arrepentimiento, no lo merecia.

»Dígale V. á esa otra abuela sublime, dígale V. á mi verdadera madre, á mi madre moral é intelectual, que la madre material, la que me llevó en su seno, me aborrece, porque yo era solamente el juguete de su vanidad; y que, detestada por esta madre, le pido para mí y para mi hijo un humilde sitio en su hogar, al lado de mis otros hijos, al lado suyo, donde con ella pediré al cielo la vuelta de mi marido, al que tanto ofendí.

»¡Mis hijos; al escribir esta palabra siente mi corazon un deleite inexplicable! ¡Cuánto los amo desde que mi madre ha dejado de amarme! Sola en medio de estos salones espléndidos, llenos de gentes dichosas; sola en medio de un suntuoso palacio, nada es mio, nada, ni un palmo de la tierra que piso; nada, ni áun el vestido que llevo puesto, ni la cama en que duermo, ni el pan que me llevo á la boca; ¡nada es mio más que mi hijo!..... Y desde que Cárlos es mi solo bien, pienso en sus hermanos, y les amo más que á todos los bienes de la tierra; ya no tengo ni el nombre ni los derechos de hija, pues

mi madre, al verme cerca de los treinta años, quiere que la llame *hermana*.

»Pues bien, amigo mio, yo no quiero ni puedo vivir sin madre, ni quiero tampoco dejar de serlo; sé lo que vale el amor maternal, y á la vez que he dado á mis hijos el mio, he deseado para mí el de su abuela; ésta y esos cuatro pedazos de mi alma, me querrán fea y enferma como estoy, y ahora que mi madre reniega de mí, si quieren abrírmelos, me refugiaré en sus brazos.

»En cuanto á Daniel..... apénas me reconoceria si me viera, y el que se casó con una jóven bella, no querrá, ni acaso podrá creer que soy la Adriana de otros dias.

»No importa; al lado de la que es dos veces madre, al lado de la providencia de esta arruinada casa, al lado de la noble abuela, yo aprenderé á sufrir y á resignarme, gran ciencia de la vida que sólo el dolor me ha podido enseñar.

»Aunque tan léjos de mi patria, hasta aquí ha llegado la noticia del modo con que la Condesa mantiene y educa á sus pobres nietos. ¡Trabajando, trabajando ella, nacida en tan noble cuna y ocupando despues por su casamiento, uno de los sitios de la Grandeza de España! ¡Oh, no; no son las heroínas las que han ganado láureles tintos con sangre, en los campos de batalla, no; son las que, como esa santa madre, luchan frente á frente con el dolor, con la desgracia, con la pobreza, se escudan con el deber, y vencen á costa de su vida!

»De todos modos, amigo y señor, yo voy á Madrid con mi Cárlos: le presentaré á su abuela, y él será el más eficaz mediador que pueda tener; si no me quiere á

su lado, me iré á un desvan, y allí trabajaré, bordaré para ganar algo más para mis cinco hijos; si su abuela quiere éste, se lo daré tambien; ¿no son suyos más que mios? ¿No son los hijos de Daniel, á los que ama más y mejor que su padre y que yo?

»Aunque no viva con ellos, al ménos los veré todos los dias. ¡Qué hemosas deben estar Dora y Augusta!..... ¡Ellas serán sin duda la imágen de mi pasada y fugitiva belleza, y yo las amaré más que á mí misma! ¡Qué gracioso y gentil será Osvaldo, y qué bonita mi pequeña Clementina! ¡Oh Dios, mi corazon se funde en lágrimas, y me consume la impaciencia de abandonar esta casa maldita, para correr hácia lo que es bueno y puro, hácia mis hijos, hácia esa noble señora, de quien quiero ser la hija!..... ¡hácia mi deber!

»¿Y Daniel? Hé aquí la pregunta que como un eco lúgubre resuena en mi corazon: ¿vivirá?..... ¿dónde?..... ¿pensará en sus hijos?..... Sólo pido eso á Dios, aunque no piense en mí, aunque al verme vuelva la cabeza con horror y aversion: yo no he amado más que á él, y en el fondo de mi alma pervertida por el mal ejemplo, le he conservado siempre mi amor; pero ya no me atrevo á esperar ni áun en su recuerdo.

»Adios, amigo mio; tras de esta carta salgo con mi hijo, y me quedaré en su casa hasta que se decida la suerte de su desgraciada,

»Adriana Torres del Villar.»



II.

La Condesa leyó esta carta, que le enseñó su amigo, con atenta reflexion. No era su bondad de alma ligereza ó debilidad de carácter: en toda ocasion, en todo asunto, su pensamiento, que siempre se levantaba noblemente á las regiones más altas, volaba sobre todos los inconvenientes y abarcaba todas las dificultades; despues de leer dos veces la carta de Adriana, despues de repasar algunos de sus párrafos, repitió lo que dijo al saber la decision de Adriana.

—Que venga; dígaselo V. y se lo diré yo tambien.

—¡Qué! ¿va V. á escribirle?

—En su misma carta de V. pondré algunos renglones.

Por el correo del siguiente dia escribió el Duque.

Llevó la carta abierta á la Condesa, y ésta escribió al pié de la misma:

«Hija mia, mi querida Adriana, vén; tus hijos te esperan, y tambien yo, que soy tu segunda madre, y sólo veo en tí á una mujer desdichada, que es la madre de mis nietos; no te rias. Soy abuela ante todo, y ellos son el primero de mis amores; así, no olvides ahí á Cárlos, y trae ese nuevo bien á tu madre, que te espera y te abraza.

»María.»

—¡Qué rara bondad de corazon!—exclamó el Duque al leer estos renglones que le mostró la Condesa.—¡Oh señora, oh amiga mia, yo la respeto, la venero profundamente! ¡El Dios que ha creado esa alma tan bella debe ser un Dios todopoderoso, todo amor y misericordia! ¡Yo creo en él, y la virtud de V. me ha abierto los ojos á la fe!

—Mi excelente amigo—dijo la Condesa—usted me ve con los ojos del afecto: yo no hago más que lo que debe hacer toda mujer cristiana, perdonar; y ademas, ¿no he de conservar á mis nietos su madre pudiendo hacerlo? Una madre es el mejor, el más rico de los tesoros, y no quiero que mis nietos pierdan la suya estando en mi mano el evitarlo.

—Adriana no será nunca una buena madre.

—¿Quién sabe?

—No puede serlo: la conozco desde niña, y ha tenido á la vista los más fatales ejemplos.

—Ahora los tendrá buenos.

—¿Y cree V. que á los treinta años, sirve de nada la vista de la virtud?

—Creo que sirve en todas las edades el buen ejemplo, y sobre todo, creo que la vista de sus hijos hace buenas á todas las madres.

—Su optimismo la engaña, querida Condesa.

—Déjemelo V., porque es el solo bien que tengo—dijo la abuela;—mi optimismo me hace creer en la bondad de los demas; me hace esperar en que volveré á poseer á mi hijo, porque así que esté aquí Adriana, creo que vendrá; ¡ah, véale yo en el seno de su familia, véa-

le entregado á un trabajo honrado, y ya puedo morir!

—¿Morir V., Condesa?..... ¿Dejar á Adriana sola?—exclamó el Duque.—Tanto valdria dejar solo en medio del mar embravecido un barco sin timon.

—¿No le quedarian sus cinco hijos?

—Para aburrirla y desperarla, y hacerla echar de ménos otra vez la existencia cómoda y ociosa de casa de su madre.

—¿Aburrirla sus hijos?

—Mi querida Condesa, tiene V. un defecto muy grave, que es una candidez extrema, y la gravedad de este defecto la perjudica á usted. ¿Cree que Adriana se ha vuelto de repente sufrida, amable y tierna?

—No creo eso, amigo mio; pero creo que todo eso puede volverse á mi lado; el fatalismo servirá para ver muy clara la vida, pero tambien muy llena de desolacion.

—El tiempo me dará la razon, Condesa.

—O me la dará á mí, Duque.

—Verémos quién gana: si es V., regalaré á Osvaldo, mi favorito, dos mil duros.

—No los quiero, dijo el niño que estaba escribiendo su plana. Mi abuelita dice que no se debe tener otro dinero que el que se gana trabajando, y que nada se debe tomar.

—¡Vaya unas ideas!—exclamó el Duque abrazándole—¿á los siete años eres ya puritano?

—Es un niño altivo y bueno—respondió su abuela—y será un hombre digno y honrado, que enseñará con su ejemplo á su padre.

—¿A su padre?

—Sí, amigo mio, los niños obligan más que las personas mayores con el ejemplo: cuando la debilidad conoce, ama y practica la virtud en la medida de sus fuerzas, el hombre, ¿sería más débil que ella?

—Condesa—exclamó el Duque de Aguilar—yo me pierdo en los abismos de su bondad! ¡Ah! ¿por qué no he hallado yo una mujer así? ¿Quiere V. ser la compañera de mi vida? ¿Quere V. ser la Duquesa de Aguilar? ¡Todos estos niños serán mis hijos, como son los de usted! ¡Será V. mi amiga, mi guía, mi sosten, mi redencion aquí abajo! ¡Yo he sido escéptico y descreido por cobardía; y V. es buena, perfecta, santa por su valor para sufrir! ¡Ah, consienta V. en vivir á mi lado!

—¿Yo?—exclamó la Condesa riendo de tan buena gana como si le hubieran dicho la cosa más llena de gracia.—¿Casarme yo con siete hijos? Con esta fealdad en mi encorvado cuerpo? ¿Con estos cabellos blancos? ¿Está V. loco, amigo mio?

—¡Siete hijos! ¿Dónde están?

—Aquí cuatro, Adriana y Cárlos son seis, y Daniel siete. ¿No he contado bien?

—¡Yo seré un padre para todos!

—¡Y ellos no querrán ser hijos para usted!

—¿Por qué?

—Ni lo podrán aunque quieran: amigo mio, es inútil buscar á la vida otras salidas que aquellas que la ley moral le deja abiertas; todas las que inventa el ingenio humano son malas y penosas, y no conducen ni al reposo ni al honor: yo soy vieja ya, pero aún espero que Dios me dará vida bastante para ver á cada uno ocu-

par en mi familia el lugar que le pertenece: áun viviré para ver á Daniel siendo buen esposo, buen padre y hombre de honor; para ver á Adriana esposa digna y fiel, madre tierna y llena de abnegacion; para ver á mis nietos en el camino de la virtud, que es el de la felicidad. ¡Sí, Dios es bueno y me concederá todo eso!

—¿Y no quiere V. que le ayude yo en su obra?

—Mi obra no puede tener ayuda: es mi deber, mi deber solamente, el llevarla á cabo.

—¿Y si no puede usted?

—Me resignaré y ofreceré á Dios mi dolor.

El Duque estrechó en silencio la mano enflaquecida de la noble señora, y salió enjugándose una lágrima.

Algunos dias despues, y en una de las estaciones del ferro-carril, tenía lugar una escena que hacía detenerse á los viajeros, áun á los más apresurados para llegar á su casa.

Una señora anciana, modestamente vestida de negro, y rodeada de cuatro hermosos niños, daba la mano á otra señora jóven, que bajaba de uno de los coches de segunda clase, con otro niño en los brazos, que contaria de tres á cuatro años.

La viajera dejó escapar tal grito de alegría al ver á la familia que la esperaba, que este grito fué el que hizo detener á los que iban llegando al anden ó saliendo de él.

No bien puso el pié en el suelo, la viajera se echó en los brazos de la anciana, y exclamó llorando y con un acento que partia del corazon:

—¡Gracias, madre mia!

Despues, arrodillándose en el suelo, empezó á abrazar y á besar locamente á los cuatro niños, en tanto que la anciana tomaba en los brazos al que llegaba, le besaba con ternura infinita, le contemplaba y volvia á besarle.

—¡Dora!—exclama la viajera con voz sofocada por el llanto.—¡Augusta, qué hermosas estais! ¡Ya teneis cerca de trece años, hijas mias! ¡Cuánto ansiaba veros! Osvaldo, ¡cómo te pareces á tu padre! Y mi pequeña Clementina, ¡qué bonita! ¡Qué crecida para sus cinco años! ¡Qué gordita! ¡Qué preciosa! ¡Qué hermoso cabello el de mi Augusta, todo en rizos! ¡Así era yo á tu edad, hija mia! ¡Cuánto os quiero á todos! ¡Cuánto ansiaba veros! ¡Qué hermosos sois, hijos mios, mi tesoro, mi bien!

Y Adriana, pues ya la habrá conocido el lector, permanecia arrodillada, dejando á cada uno de los niños para tomar el otro, y á veces teniendo sujetos en un mismo abrazo á los cuatro contra su pecho.

—Hijos mios—dijo la Condesa, presentándoles á Cárlos—aquí teneis un nuevo hermano; amadle todos como os amais vosotros. Augusta, llévale de la mano hasta el ómnibus que nos espera.

Y viendo que se reunian muchos curiosos, alargó la mano á Adriana y le dijo:

—Vamos, hija mia, á casa.

Un modesto ómnibus ajustado de antemano esperaba, y toda la familia subió en él, tomando el camino de su pobre albergue.

Cuando llegaron á la puerta de la habitacion hallaron

ésta abierta por Francisca, que al ver á Carlitos, al que no conocia, empezó á dar gritos de gozo, tomándole en sus brazos.

—¡Este picarillo se fué en el seno de su madre, y llega bien crecido!—exclamó la buena mujer.—¡Y qué hermoso es! como todos ellos; parecen un coro de serafines.

Cuando Adriana se hubo despojado por la mano de sus hijas, del sombrero y de la manteleta de viaje, la Condesa advirtió tal mudanza en su persona, que no pudo reprimir un gesto de doloroso asombro.

Era una mujer alta, aunque sin demasía; pero tan extraordinariamente flaca, que parecia de mucha más estatura de la que tenía en realidad. Su talle habia perdido toda redondez y toda belleza de formas; la esbeltez que en la juventud de Adriana habia sido una gracia por lo extremada y casi aérea, habia adquirido ahora las proporciones de un defecto muy grande, pues se habia convertido en una flacura angulosa. Una extrema dejadez resaltaba en todo su traje, y su cabellera, mal trenzada y mal prendida, mermada por violentos dolores de cabeza y cavilaciones amargas, era ya muy escasa y tenía un color pálido, lacio y enfermizo.

Nada quedaba ya de aquella Adriana más sílfide que mujer, dechado encantador de todas las gracias mimosas, de todas las femeniles y adorables afectaciones de una niña elegante. Sus ojos, azules y límpidos, estaban hundidos, apagados y tristes: su boca, muy grande á causa de la delgadez excesiva en que se hallaba, mostraba una mal cuidada y ya enferma dentadura; aquella boca, tan graciosa, tan linda en otro tiempo, tan acos-

tumbrada á mohines graciosos y á sonrisas llenas de coquetería, habia adquirido una amarguísima y dura expresion; su nariz se habia alargado de una manera extraordinaria, y parecia mucho mayor; lo mismo sucedia con las orejas, sin pendientes: la tez de Adriana, abrasada desde que tenía catorce ó quince años, por los cosméticos más fuertes, y que ya no se pintaba ni áun se lavaba bien, estaba terrosa y amarilla; lo mismo sucedia con los labios, que no tenian color natural, abrasado éste por el carmin de los perfumistas; blanquetes y carmines habian destruido casi por completo la dentadura, y abrasado la tez de un modo penosísimo á la vista.

—¡Pobre Adriana!—exclamó dolorosamente la Condesa.—¡Pobre hija mia, en qué estado vienes á mi lado! ¡En qué estado te veo!

—Estoy muy enferma, madre mia,—contestó tristemente la pobre mujer—he sufrido mucho moral y físicamente.

—Aquí te pondrás buena, mamá,—dijo Dora abrazándola.

—Aqui te curarémos, añadió Augusta.

—¿Quién os ha enseñado á quererme, hijas mias?—exclamó Adriana:—¿Os acordabais de mí?

—Sí,—dijo Osvaldo, con su gravedad habitual.—Augusta y Dora se acordaban de que alguna vez les regañabas mucho, y no les dejabas jugar.

—No hay tal cosa—dijo Augusta colorada como una cereza—nos hemos acordado de tí, mamá, porque nuestra abuelita no ha querido que te olvidásemos, y siempre te traia á nuestra memoria.

—¡Ella nos ha enseñado á quererte, mamá!—añadió Dora.—¡Y nos decia todos los dias que eras muy bonita y muy buena!

—¡Bonita, lo he sido!—dijo Adriana con un suspiro.—¡Buena, lo seré! ¡Antes os queria ménos que ahora, hijos mios! ¡No os queria bien! ¡Fundaba todas mis esperanzas de dicha en quimeras que jamas se ven realizadas; por eso áun no soy para vosotros lo que espero ser pronto! ¡Entre tanto, obedeced y amad tiernamente á vuestra abuela, como me veréis á mí obedecerla y amarla: es lo mejor, lo más santo que conozco en el mundo!

—¡Oh! En cuanto á eso—exclamó Augusta, cuyas blancas mejillas se tiñeron de rosa, y cuyos ojos brillaron de entusiasmo—no hay que encargarnos nada, mamá, porque todos la adoramos aquí, como ella nos adora á todos.

—Nos enseña á leer y á rezar—dijo Clementina con su lenguaje balbuciente y subiéndose á la falda de su madre—y nos da muchos besos, y nunca nos priva el que juguémos.

—Ni áun nos regaña—añadió Osvaldo.

—Y nos lleva á paseo los domingos—dijo Dora.

—Y nos hace escribir á papá todas las semanas—añadió Augusta.

—¡A tu padre! ¿Escribís á vuestro padre?—exclamó Adriana con ansiedad.

—Todos los domingos, mamá.

—¿Y cuál de vosotras le escribe?

—Le escribimos los cuatro, mamá—respondió Osvaldo.

—¡Los cuatro!

—¡Y yo, y yo!—dijo Clementina.

—¿Sabes tú escribir acaso, amor mio!

—¡No, mamá! ¡Pero la abuelita me lleva la mano así, así, mira!

Y la niña tomó la mano de su madre é hizo ademan de guiarla como si escribiese.

—¿Y qué le dices á papá?

—Yo le digo siempre esto, que me leen despues: «Papá, te quiero mucho; deseo que vengas á ver cuánto he crecido; te envío un beso de mamá, y te abrazo de todo corazon.—Clementina.»

Adriana ocultó el semblante entre las manos y prorumpió en lágrimas.

—¿Y vosotras, qué escribís, hijas mias?—preguntó á las dos gemelas, que la miraban tristemente.

—Nosotras, mamá, le contamos á papá lo que hacemos, nuestros progresos en el piano, y acabamos siempre diciendo: «Recibe un beso por mamá y otros muchos de parte de tus hijas.» Y luégo ponemos la firma.

—¿Y tú, Osvaldo?

—Yo le digo: «Papá, deseo ser un hombre para trabajar como tú; deseo mucho que termines tus ocupaciones en esa, y que vengas. Un beso de parte de mamá y un millon de tus hijos.—Osvaldo.»

—¿Quién os ha enseñado á que me recordeis á vuestro padre?

—La abuelita.

—¿Y vuestro padre os escribe?

—Cada mes, mamá.

—¿Y me nombra?

—No—contestó á una voz el coro infantil con acento quedo y triste.

—¿Nunca?

—¡Jamas!—respondió Osvaldo con más valor que sus otros hermanos.

Un sollozo se escapó del pecho de Adriana.

—¡A la mesa! ¡A almorzar!—dijo la abuela, que desde el umbral de la puerta habia sido testigo mudo de la última parte de esta escena.—¡Valor y conformidad, hija mia! Aprende de mí, y di conmigo: «A cada dia le basta su dolor.»

Adriana se apoyó dócilmente en el brazo que la Condesa le ofrecia; las dos gemelas, asidas del brazo tambien, las siguieron pensativas; y precedidos los dos grupos melancólicos por el alegre y bullicioso que formaban Osvaldo, Clementina y Cárlos, entraron en el comedor.

III.

«No es la perfeccion humana obra de un dia», ha dicho uno de los más sántos y sabios doctores de la Iglesia.

No la perfeccion, sino la variacion de Adriana podia creerse, no obra larga, sino imposible.

No la corrupcion, sino la debilidad moral parecia incurable: toda una vida pasada en el ocio y la pereza; toda una educacion sin ideas generosas y nobles; toda una alma vacía de creencias y de virtud, no era obra fá-

cil de regeneracion y de triunfo: la virtud, la fortaleza, el valor moral, necesitan temprano aprendizaje para tener larga práctica: pudiera decirse que sus principios se beben en el seno materno y en el ejemplo de los padres, esos primeros amigos de la infancia.

Hasta que la tuvo á su lado y bajo su techo, no podia haber sospechado la Condesa lo que era aquel sér infeliz, pervertido y maleado desde la cuna: díscola, impaciente, afeada por la pereza y por el mal humor contínuo, Adriana era uno de esos seres insoportables que no se pueden sufrir para la vida íntima.

A las amonestaciones, á los dulces consejos de la Condesa, oponia una indiferencia casi brutal: volvia la espalda, y murmuraba en voz, no obstante, bastante alta para ser oida:

—¡Suegra al fin!

Pero los nietos defendian á la abuela con su silencio y su actitud: eran un escudo moral tan fuerte, que ninguna pena llegaba al corazon de la Condesa; los cinco niños, pues el menor se adhirió con singular ternura á sus hermanos y á su abuela, los cinco niños la adoraban: los cuidados, las caricias, las lecciones de la abuela, eran para ellos manantial inagotable de goces y de delicias.

Cuando la Condesa daba sus lecciones á sus discípulas, Adriana, de muy mal humor, se retiraba al cuarto que dividia con sus dos gemelas; estas niñas participaban de la instruccion de la clase, y daban ellas tambien algunas lecciones. Alguna vez entraban en su cuarto á buscar un libro, un lápiz ú otro objeto cualquiera; su madre, recostada en una butaca y sin hacer nada, tenía

el semblante hosco y contraido, enojada con la soledad y consigo misma.

—¿Por qué no estais una aquí conmigo?—preguntaba Adriana con acento duro.

—Porque tenemos allá que hacer, mamá—contestaba invariablemente aquella de las dos á quien se dirigia la pregunta.

Un dia entró Augusta, que era la más sensible y la más melancólica de las dos hermanas.

—¡Parece que huís de mí!—exclamó Adriana, que se aburria.—¿No habeis de estar una hora conmigo?

—¡Tenemos tanto que hacer, mamá!—respondió humildemente la niña.

—¡Siempre estais con los quehaceres! ¿A qué trabajar tanto?

—¡Es preciso, mamá!

—¿Quién lo dice?

—La abuelita.

—Vuestra abuela os ha educado y sigue educándoos como á labriegas; pero ahora que estoy yo aquí, os digo que no debeis seguir así.

—¿Y qué harémos, mamá?

—Dejar esa vida de obreras, no hacer caso de lo que esa buena señora prosaica y anticuada os dice.

—¡Desobedecer á nuestra abuela! ¡No hacerle caso! ¡Oh! ¡Eso jamas!

—¿Tanto ansiais complacerla?

—¡Oh, mamá! ¿Cómo no, si la adoramos?

—Lo veo bien—repuso con acritud Adriana.—¡La adorais tanto como me aborreceis á mí!

—¡No digas eso, mamá mia!— exclamó la dulce niña echando los brazos al cuello de su madre.—¡A tí te queremos tambien! ¡Nuestra abuela nos ha enseñado á quererte como el primero de nuestros deberes!

—¡Aparta!—dijo Adriana.—Me quereis por obligacion, y eso es todo; pero á vuestra abuela la quereis con pasion.

—¡Ella nos ha educado y cuidado, mamá! ¡Ella nos quiere tambien!

Esta respuesta, que encerraba una terrible acusacion para el abandono en que Adriana habia dejado á sus hijos, penetró en el corazon de ésta; pero en vez de convencerla, la encolerizó.

—Te advierto—dijo á su hija—que si seguís tan adheridas á vuestra abuela, os separaré de ella.

—¿Dejar á nuestra abuela? ¿Dejarla anciana y abrumada de trabajo? ¡Eso jamas!

—¡Os llevaré á la fuerza conmigo!

—¡Y volverémos á su lado!

—¡Os sacaré de Madrid!

—¡Entónces, nos dejarémos morir de dolor!

Augusta dió las últimas contestaciones á su madre con los ojos brillantes y las mejillas encendidas: en aquel puro y gracioso semblante se leia una resolucion decisiva; pero semejantes resoluciones son muy costosas para las almas tiernas, que no se doblegan, sino que se rompen.

Augusta tuvo por la tarde una gran fiebre, y el corazon de Adriana, que no era malo, se afligió profundamente, naciendo en él un sentimiento amargo de envidia maternal.

Separada moralmente de su madre por los defectos de ambas, pues los defectos separan más profundamente que las cualidades, Adriana, que habia amado mucho, aunque no bien, á aquella madre, tenía sed de amor, y tanta mayor sed, cuanto que se veia afeada de un modo irremediable. ¡Su vida se hallaba aún tan al principio y su corazon era tan jóven!..... Su esposo, sus hijos, eran los únicos seres que podian amarla, fea como estaba.

Porque, segun le habia dicho la Condesa, descubriéndole una de tantas consoladoras verdades que ignoraba, los esposos aman á sus compañeras por el alma, y las aman igualmente cuando son bellas que cuando han perdido los encantos del cuerpo, porque aman en ellas á la amiga fiel, á la madre de sus hijos, á la guardadora de su honor.

—¿De modo—dijo la pobre mujer—que Daniel podrá amarme todavía?

—Te ama aún y te seguirá amando.

—¡Desde que él se separó de mí he perdido tanto!.....

—Has ganado algo que vale más.

—¿Y qué es?

—Alguna experiencia de mundo y algunos desengaños: el dolor purifica, hija mia; lo esencial, que es tu virtud, tu fidelidad, existe. Tú has guardado puro tu corazon.

—Porque no he amado á nadie más que á Daniel.

—Y esto te redime ante mis ojos maternales de todas tus imprudencias y de todas tus otras faltas; sacude hasta la huella de la fatal educacion que has recibido; apren-

de dos grandas cosas que ignoras: á sufrir y á resignarte; trabaja, y adquirirás tranquilidad; el trabajo es el mejor amigo de la desgracia, y tambien el más útil.

—Nada sé hacer.

—Yo te enseñaré, y hasta entónces cuida de tus hijos, llévalos á paseo, vístelos y cuida de su atavío.

—No quieren separarse de V., porque dicen que usted necesita de su ayuda.

—Sal con los dos más pequeños. Clementina y Cárlos necesitan ejercicio y aire puro, y Francisca no puede llevarlos á paseo.

Adriana, más bien por abrumada de fastidio que por otra razon, siguió este consejo, y empezó á salir con sus dos hijos menores; pero ¡qué terribles desengaños tuvo que sufrir su vanidad!

Su belleza, aquella radiosa y admirable belleza que no podia mostrarse en público sin excitar murmullos y exclamaciónes de admiracion, no habia dejado, al desaparecer, rastro alguno.

Las gentes pasaban por su lado sin mirarla, ó mirándola con indiferencia y como al sér más vulgar; vestida con un modesto traje de lana gris y un velo de tul, ó un sombrero muy sencillo, más parecia una pobre institutriz solterona, angulosa y fea, que la elegante esposa de Daniel Villar, que el astro de los salones, que la hija de aquella célebre mujer que tantas fortunas y tantos corazones habia devorado, como buitre insaciable de la civilizacion de nuestro siglo.

Mucho bien moral hicieron á la pobre Adriana la combinacion de circunstancias que el penetrante talento de

la Condesa habia adivinado al aconsejarle llevase al campo á sus hijos; paseando con sus dos inocentes criaturas por los jardines de Recoletos, por las alamedas de la Castellana; sentada entre los árboles y bajo la bóveda azulada del cielo en un banco rústico, Adriana sentia murmurar dentro de su alma una armonía desconocida, una voz dulce y grave que brotaba del seno augusto de la naturaleza; las primeras brisas de la primavera regeneraron su alma y la comunicaron una sávia que jamas habia tenido; poco á poco sus ojos se fueron fijando con más frecuencia y ternura en sus hijos, y los dos niños, como atraidos por una corriente magnética, corrian á ella, la abrazaban, le enseñaban una florecilla y le hablaban en su inocente lenguaje, tan alegre, tan gracioso, tan encantador.

Aquellos niños eran de condicion blanda, expansiva y amorosa por demas. Clementina, educada por su abuela desde la cuna, era una criatura deliciosa, y todos sus encantos se trasmitieron á su hermanito; la niña amaba apasionadamente á su madre al poco tiempo de estar á su lado, y ambos, aconsejados y guiados por su abuela, se adherian á ella cada dia más.

—Clementina, ve á llamar á mamá—decia la abuela á la niña— para que tome el desayuno con nosotras dos.

—Cárlos, toma el peine, y ve á que mamá te arregle el cabello—decia al más pequeño de la prole.

—Ya no nos quieres tú vestir nunca para salir, abuelita— le dijo un dia Osvaldo bastante enojado.

—Porque vuestra madre os viste mejor que yo.

—Eso si que no es verdad.

—Sí que lo es: vuestra mamá es más jóven y tiene, por lo mismo, mejor gusto que vuestra vieja abuela.

—¡Ay abuelita mia!—exclamó Augusta echándose en los brazos de la Condesa;—si yo pudiera darte mis años y tomar los tuyos.....

—Eso es; tomar yo tus catorce y tú mis sesenta.

—Eso quisiera.

—¿Y para qué?

—Para morirme ántes que tú.

—Hija mia—respondió la abuela—es igual que muera primero cualquiera de nosotras dos: nuestras almas estarán siempre juntas hasta el dia de la eterna reunion; lazo tan tierno como el nuestro, no se rompe ni áun con la muerte.

—¡Ojalá fuera así!

—Pues tenlo por cierto: si me voy ántes que tú, como es lógico, de esta tierra mortal, mi espíritu invisible te consolará y te dará fuerzas para que acabes tu peregrinacion en este valle.

El Duque asistia algunas veces á estas conversaciones, que oia atento y enternecido, y otras acompañaba á paseo á Adriana y á sus hijos; en estas ocasiones no dejaba nunca de preguntarle aquélla:

—¿Y Daniel?

—Trabaja en Lóndres.

—No ha contestado á ninguna de las dos cartas que le he escrito desde mi llegada aquí.

—No deje V. por eso de escribirle.

—Temo molestarle—le respondió un dia Adriana con acento amargo y duro.

—Tema V. más el que la olvide.

—¿Por qué no viene? ¿le he faltado yo en lo que un esposo no sabe perdonar?

—Usted le abandonó y le robó su hijo: no podia haberle hecho mayor ofensa, y ¿quién sabe si sospecha todas las otras que no le ha inferido?

Adriana quedó aterrada.

¿Cómo justificar su perfecta fidelidad á su marido en los cuatro años que habia estado separada de él?

Sin embargo, y aparte de esta preocupacion dolorosa, que era cada dia más fuerte y más constante, Adriana se sentia renacer á una nueva vida, ó más bien nacer á una vida que jamas habia sentido; podia su marido rechazarla siempre, podia abrumarla con la declaracion de un rompimiento completo.

Adriana conocia, sentia que esta resolucion la hubiera hecho más desdichada en otro tiempo; que ya habia en su corazon manantiales fecundos de amor y de paciencia: de amor, no sólo á su marido, sino de amor á sus hijos, á la madre de su esposo, á la humanidad entera; sentia elevaciones de su alma á Dios, deseo de llenar algun deber y complacencia al sentirse capaz de cumplirlo; las palabras *amor*, *deber*, *sacrificio*, se esculpian en su alma con caractéres de luz, como las estrellas se esculpen en el manto azul de los cielos para alumbrar las tinieblas de la tierra, y una noche en que la Condesa, ya muy tarde, cosia los vestidos rotos de Clementina, Adriana se sentó á su lado, le enseñó su blanca y delgada mano, cuyo dedo de enmedio tenía un dedal, y le dijo despues abrazándola:

—Mamá mia, mi buena madre, yo quiero coser y trabajar como V. y como mis hijas.

—Tú no puedes coser, hija mia—respondió la Condesa—ni hay que coser ahora.

—¿Piensa V. que no sé?

—Aunque eso fuera, te enseñaria yo ó Dora, que es muy primorosa; pero es que no hay que hacer para todas.

—Yo haré lo que está haciendo Augusta; dámelo, hija mia, y descansa.

—¡Eso es, mamá cosiendo y la niña holgando!—dijo la rubia adolescente sonriendo.

Y en sus ojos septentrionales lució débilmente un rayo de alegría.

—Dame tu costura, y ve á tocar el piano, Augusta; lo quiero, *te lo mando.*

—Complace á tu madre en lo que *te ruega*, hija mia—dijo la abuela, que comprendia mejor el carácter de la niña que la madre de ésta.

—Sí, Augusta mia, te lo ruego—repitió la madre, obedeciendo á una mirada suplicante de la Condesa;—el oirte tocar el piano es para mí una dicha inefable, porque tienes el alma de una artista y la mia te comprende. ¡Cómo te comprenderia tambien la de tu padre!

Augusta se sentó al piano: al recuerdo de su padre su bello rostro se habia entristecido de repente; era una alma tierna y profundamente sensible; una amorosa melodía de Bellini brotó de sus dedos, tan triste é inspirada como dulce y sencilla. Adriana sintió que aquellas notas resonaban en su corazon; pensó en su marido y

despues en su madre, en su culpable madre, con un sentimiento, no ya de aversion como ántes, sino de profunda piedad: parecia como que un soplo de amor pasaba por su alma abrasada y seca por la vanidad y el egoismo; parecia como que una brisa bienhechora hacía brotar en ella flores frescas, de un aroma celestial; sus ojos, fatigados y tristes, se iluminaron de nuevo con resplandores de vida; su tez se animó: el cadáver resucitaba. Sepultó la cabeza entre las manos y oró, despues de mucho tiempo que no lo hacía, elevando á Dios el himno ardiente de una inmensa gratitud.

IV.

Poco tiempo despues de la llegada de Adriana á Madrid el Duque de Aguilar cayó gravemente enfermo: en la imposibilidad de ir la Condesa á cuidarle, se instalaron á su cabecera Cristina y Mistres Gaskell, su dama de compañía.

El Duque, que no pasaba de los cuarenta y siete años, tenía todas las rarezas de un anciano díscolo y dominante, el mal humor perenne de un solteron, y las impaciencias irrazonadas de un ateo.

La vista de las dos señoras le contuvo, sin embargo, y entónces pudo conocer cuán saludable es la represion forzosa del mal humor, y cómo del primer esfuerzo sincero para contenerlo nace cierta tranquilidad para el ánimo, deliciosa despues de las tempestades de la ira, que azotan y magullan el espíritu.

Cristina y su querida irlandesa eran la antítesis más noble de todo lo que habia de rebelde, de cobarde y de violento en la naturaleza del Duque: una resignacion dulce y valerosa á la vez á la voluntad de Dios; una paciencia noble é incansable; una serenidad de espíritu á toda prueba; una gracia, una mansedumbre de maneras extraordinarias, tales eran las cualidades que aquellas dos criaturas demostraban á todas horas al poderoso, al rico, pero al muy desdichado solteron.

Cristina era para él como la enfermera del alma: la irlandesa se encargaba de todos los cuidados materiales y ejecutaba todas las prescripciones del médico.

La Condesa fué á ver á su amigo, así que le fué posible, y cuando estuvo algo mejor, el mismo enfermo pidió ver á Osvaldo, su favorito.

—Que venga tambien Adriana—dijo.—¡Ya no es para mí aquella niña que adoré al llegar al otoño de la vida; ni yo soy para ella el pretendiente á su mano: los años han pasado sobre nosotros, haciendo graves ultrajes á la parte material, y muchos beneficios al alma!

—Vendrá Adriana mañana mismo, amigo mio.

—Esta enfermedad me ha hecho mucho bien, querida Condesa—dijo el Duque:—la obra de regeneracion moral, emprendida por V., Dios la ha terminado; estos violentos sacudimientos físicos arrojan las nieblas morales, y la vida se ve mejor y más hermosa, cuando se ha estado á punto de perderla.

—Dios es bueno y no abandona jamas á sus hijos.

—Y una prueba de eso es el haberla puesto á V. en el mundo—observó el Duque.

—¿Pues qué soy yo? ¿Tengo algun poder mágico para contener la desgracia, para impedirle que se acerque ó hacerla huir? ¡Ay, amigo mio, si así fuera, mi familia sería más dichosa.

—Lo será algun dia.

—¡Cuando yo no viva ya para verlo!

—No lo creo así, Condesa: V., tan sincera y noblemente piadosa, ¿va á dudar más que yo de la bondad divina? Yo, creyente novel, neófito en la fe, creo en ella y la adoro; y para esto sólo ha sido necesaria la vista de la virtud de V., de su resignacion en la desgracia; delante de V. me avergoncé de mi pequeñez y de mi cobardía.

—¡Por Dios, amigo mio, no hable V. así; sus elogios me confunden!

—Así que mi salud lo permita iré á buscar á Daniel, y en tanto, haga V. que Adriana le escriba.

—La pobre criatura se desalienta al ver que su marido no le contesta; y si por ella fuera, preferiria no volver á tomar la pluma para él y vivir y morir en la triste situacion que hoy tiene; y sin embargo, Adriana es ya digna de ser esposa y madre; educada en la moderacion, en la práctica de la virtud, Adriana hubiera sido muy buena: hoy mismo creo que hará la dicha de mi hijo, si éste pone un poco de su parte.

—¿Y podrá ponerlo? ¡Ay, Condesa, quién sabe la vida que hace Daniel en Lóndres! Los que como yo conocen los abismos de la gran metrópoli; los que como yo saben lo cerca que se halla de París, y cuántas vidas y cuantas conciencias tragan ambas, nada espera de quien

vive solo en medio de esa gran multitud. ¿Por qué no se ha ido V. al lado de Daniel?

—¡Yo, dejar á mis nietos!

—Hacía V. falta al padre.

—El padre tiene su razon, su conciencia, la educacion que yo le he dado y su libre albedrío. ¡Dejar yo á ésas infelices criaturas abandonadas de su padre y de su madre! ¡Oh, eso jamas! ¡Haciendo lo que hecho, permaneciendo á su lado, trabajando para mantenerlos, he cumplido con mi deber!

—¡Quién sabe dónde reside el deber!—murmuró el Duque en voz baja y triste, como si hablase consigo mismo.

—¡Lo sabemos todos! Lo que ha de preguntar V. es quién lo ignora. ¿No tenemos la conciencia, esa voz de Dios, que nos avisa, que nos reconviene si obramos mal, que nos aplaude si seguimos el camino recto? ¡No, amigo mio, no! ¡No tenga V. jamas la cobardía moral que alega la ignorancia! Sólo puedo creer en la equivocacion; pero de ésta se vuelve pronto, y se pueden enmendar las consecuencias.

—¿Qué es lo que V. piensa de Daniel?

—Hasta hace poco lo he creido más desgraciado que culpable, y por lo mismo abrumado de penas... Ahora...

—¿Ahora?—repitió el Duque.

—Ahora creo que se deja dominar por algun sentimiento ruin; tiene miedo al dolor, al trabajo, al deber; guarda rencor á su pobre y débil mujer, y quiere poco á sus hijos! Esto, amigo mio, es para mí un dolor mortal, porque preferiria morir á ver rebajado á mi hijo.

—¿Puede rebajarse un hijo á los ojos de su madre?

—¡Antes que á ningunos otros ojos! Porque yo sea madre, no me falta el criterio que debo al cielo, ni dejo de ser mujer de regular inteligencia.

—¡De inteligencia sublime!—exclamó el Duque con entusiasmo.

—¡Sea!—dijo la Condesa con una triste sonrisa; pero si mi inteligencia es elevada, conoceré tanto más los yerros de mi hijo.

—Es V. demasiado severa con Daniel.

—¡Porque le amo! ¡Porque deseo su bien! Si él deja escapar sus esperanzas de dicha, si las deja marchitar, ¿dónde las hallará de nuevo?

—Y á la vez que demasiado severa con Daniel, es usted demasiado indulgente con Adriana.

—Adriana es mujer, tiene el carácter débil y ha tenido muy mala educacion.

—¿No tiene tambien la conciencia, la voluntad, el libre albedrío que concede V. á su marido?

—No es lo mismo.

—¿Por qué causa?

—Amigo mio,—repuso la Condesa—es V. demasiado noble de carácter, á pesar de sus muchas creencias erróneas, para que caiga en la torpeza de dar toda la razon al marido en las desavenencias del matrimonio; al hombre toca proteger, sostener, aconsejar á la mujer: el hombre es el responsable de sus defectos y de sus faltas; el hombre debe ser el protector, y la esposa la protegida: lo contrario es ridículo, es estúpido. Pero en el caso presente Daniel ha sido el más cobarde de los dos,

y lo siento por él...! La mujer más ignorante sabe muy bien cuándo el hombre desciende, y no lo olvida aunque lo perdone.

—¿No echa V. culpa ninguna á Adriana de lo sucedido, de la separacion de su marido, de la pérdida de esta noble y rica casa?

—Ninguna culpa, ó muy poca. Adriana habrá sido ligera, perezosa; pero ha sido honrada: mis ojos tan perspicaces para todo lo que toca al honor de mi hijo, han visto bien clara su inocencia, y en su vida no hay mancha alguna que Daniel no pueda olvidar.

—Por falta de corazon no ha cometido esas faltas. ¿No ha abandonado á su madre?

—El amor mal entendido de su madre se ha convertido en violenta antipatía: Adriana era una de sus joyas más bonitas; perdió la belleza, y la aborrece.

—Adriana no ama á sus hijos.

—Los ama.

—Ni á V.

—Nada tendria de extraño, querido Duque, porque al fin soy *suegra*, nombre terrible y que nada puede enaltecer; pero Adriana me quiere: ya ve V. como tiene corazon; se hallaba dormido y la mano de Dios lo ha despertado.

Aquella noche, á eso de las diez, la Condesa volvió á ver al Duque; en el mismo dormitorio y al lado de una preciosa mesita, Mistres Gaskell preparaba el té y Cristina bordaba.

La Condesa se sentó al lado del lecho.

—Mañana vendrá Adriana—dijo—ahora se queda escribiendo á su marido.

—Yo no esperaba ya la dicha de ver á V. esta noche, amiga mia, y no le puedo expresar lo que me alegra su visita.

—¿Tiene V. algo nuevo que decirme?

—Sí, por cierto: tengo que decir algo nuevo que usted y Mistres Gaskell deben oir, y es esto: Cristina, ¿quiere V. casarse conmigo?

La sorpresa dejó inmóviles y mudas á las tres mujeres.

—Ya sé,—continuó el enfermo—que es un sacrificio inmenso lo que pido; pero este ángel, sólo en el sacrificio puede ya hallar su felicidad; dedicándose á consolar mi soledad, á acompañar mi infortunio, la gran sensibilidad de su alma hallará un noble empleo; ¿no es cierto, Cristina.

—Si cree V. que yo puedo servirle de algo, amigo mio, yo desearia complacerle; pero una vocacion, producto de largas y amargas reflexiones, me inclina á la soledad y al retiro del claustro.

—¿Qué dices?—exclamó la Condesa palideciendo:—¿dejarme tú? ¿Y lo has pensado siquiera?

—¡Tú, madre mia, tienes ya esperanzas de dicha! esperanzas que pronto se convertirán en dulce realidad.

—¿Y yo?—preguntó tristemente la irlandesa.

—Usted volverá á su país, y allí hallará siempre quien la ame como merece.

—¿Y yo?—exclamó dolorosamente el Duque;—

viejo ya, deforme, enfermo, ¿á quién hallaré que pueda y quiera acompañarme? Cristina, sepa V. que ántes de hacerle la triste ofrenda de mi mano, se la habia ofrecido á la Condesa, que la rehusó.

—Es que V., amigo mio, no habia pensado en mis años; yo no quiero ni puedo ser ya mas que una sola cosa: *abuela*.

—¡Yo no puedo ser nada!—murmuró Cristina—y sólo cuento ya con la soledad.

—Mi querido amigo—dijo la Condesa—procure ahora ponerse bueno; hará despues un viaje á Lóndres, y á su vuelta recibirá la contestacion definitiva de mi nieta, que la pensará hasta entónces.

Aquella noche lució hasta muy tarde el resplandor de un pequeño quinqué en la habitacion de Adriana; la pobre mujer habia reunido todas sus fuerzas morales, toda la ternura naciente de su alma, para escribir una carta á su marido; una carta que obtuviese respuesta; una carta que aclarase las nieblas que envolvian su presente y su porvenir, y el porvenir de sus hijos, á los que amaba cada dia con mayor ternura.

No se hace la luz á medias en un alma buena; lo que sucede es que la luz llega lentamente y por grados, y así llegaba al alma de Adriana; pero lo que existia ya del todo claro y definido era su deseo de una vida de paz y de amor, que sólo habia vislumbrado, y de la que tan bella pintura le hacía la Condesa, cuya elocuencia para encaminar al bien nada podia igualar.

El dia ántes habia escrito otra carta á su madre, carta lacónica y grave, concebida en estos términos:

«Madre mia, estoy buena de salud, y áun mejor de la moral que de la física; trabajo, paseo y soy dichosa al lado de mis hijos y al lado de la madre de Daniel, madre mia tambien, y que me ha enseñado el verdadero camino de la vida.

»Te supongo pasando los dias en fiestas y bailes, acompañada de Clotilde, que aunque ya tiene muchos años, es incansable para la frivolidad y las diversiones.

»¡Qué distintos destinos contiene la tierra! Cuando pienso en las dos *abuelas* de mis hijos, en ésta, anciana mucho ántes de la edad, sufrida, paciente, dedicada á los más penosos trabajos por sus nietos, pobre por culpa nuestra; cuando pienso despues en tí, rica, viviendo en las delicias de la opulencia y de los placeres, alegre, ociosa, dos sentimientos encontrados penetran en mi alma; una admiracion, un respeto hácia esta abuela venerable, que no sé cómo expresar, y un temor por tí que áun sabria expresar ménos.

»¡Ah, mamá mia! la ley de las compesaciones es ineludible, y algunas veces debemos desear el dolor y soportarle hasta con alegría! ¿Pagarás tú los infinitos goces que ahora posees? Pido al cielo que no, con todo el fervor de un alma que ya sabe elevarse á Dios.

ADRIANA.»

La carta á Daniel era más sentida y por lo mismo más elocuente.

«No me atrevo—le decia—á instarte para que ven-

gas, por el temor de que me des una negativa; porque decir *no*, en un hombre que se estima, como el decir *sí*, puede cambiar toda su vida; pero sí te diré, Daniel, que yo soy mejor de lo que era, y que lo debo á tu madre, á cuyo lado me refugié, y del cual no quiero salir ahora ni áun para ir al tuyo.

»Tienes cinco hijos que te llaman, que te aman y te esperan para abrazarte. Las primogénitas, nuestras gemelas Dora y Augusta, son dos ángeles de belleza y de gracia; la segunda, Augusta, ha heredado el alma de su abuela, de su verdadera abuela, pues la otra no merece ni quiero darle este sagrado nombre; sí, Daniel, Augusta se parece completamente á tu madre, la noble, la opulenta Condesa del Villar en otro tiempo, y que hoy está convertida en humilde profesora de Idiomas, Música y Dibujo. ¡Hoy he dicho! ¡Oh, Daniel, ya hace muchos años que tu noble, que tu santa madre se dedica á un trabajo penoso, que agota sus fuerzas y arruina su salud! Cuando vengas la conocerás apénas, pues sólo perdiendo gota á gota la vida ha podido hacer vivir y educar á todos estos niños, que tan poco deben á sus padres, y que deben á su abuela la vida material y la moral é intelectual.

»Yo puedo ya ayudarle un poco, y en expiacion de mis necias vanidades, he tomado sobre mí todas las tareas prosaicas que desempeñaba mi Augusta, la que no hace ahora mas que pintar ó tocar el piano y dar algunas de las lecciones que desempeña su abuela, pues posee un verdadero genio. Cuando la veo de pié al lado de alguna de sus discípulas, con sus largos y espesos rizos

rubios, su blanca frente, sus grandes ojos, su esbelta estatura y su talle frágil y elegante, que su abuela se complace en realzar con los más lindos vestidos que puede comprar para ella, Augusta me parece el ángel de redencion de su desdichada familia, y creo que la cólera del Señor ha pasado ya sobre nosotros, restándonos aún algunos dias de paz sobre la tierra.

»Dora es tambien muy bonita, y se asemeja á tí; todo lo *dora* en efecto su alegría y su gracia; pero el que es tu verdadero retrato es Osvaldo, y por eso es el favorito de tu madre, de nuestra madre.

»¡Vuelve, Daniel! Tus hijas van á dejar de ser niñas para ser mujeres, y tu sombra les es muy necesaria ya; su venerable abuela se inclinará en breve hácia la tumba; yo soy débil de carácter y de alma, como sabes, y así mis hijos como yo te necesitamos. Si estás pobre, como es de suponer, vén á unir tu pobreza á la nuestra, y á todos nos será dulce: si no por mí, vén por tu madre y por tus hijos.

»Un amigo fiel, que te verá en breve, te dirá la verdad con que todos te deseamos, y la verdad con que es tuyo para siempre el corazon de

ADRIANA.»

V.

Daniel habia ya corrido la mitad de su fatigosa carrera. No ha osado hasta ahora nuestra pluma bosquejar el retrato moral de este hombre, y sin embargo, este

drama social toca á su fin, y no podemos terminarlo sin tratar de hacerlo, siquiera sea por ser tan allegado á la heroína de esta historia.

No era Daniel hombre malo; pero era, sí, un hombre de carácter débil y de ninguna fortaleza moral; defectos terribles y que asesinan la dicha de la familia, cuando aquejan al jefe de la misma.

Áun para las mujeres es una terrible desgracia el estar dotadas de carácter débil é irresoluto; pero esta desgracia recae sobre ellas solas; no están obligadas á responder de la dicha de los otros, ni descansan en ellas las graves responsabilidades que pesan sobre el hombre; pero cuando éste no tiene reflexion clara y profunda y decision firme y sostenida, las desgracias son incalculables y suelen ser terribles.

Daniel Villar era impresionable como lo habia sido su padre, aquel buen Conde, medio labrador, medio guerrero, de las fértiles comarcas de Galicia, que hallándose bien en sus primeros años con una infanzona de sus tierras, se enamoró despues ciegamente de una de las más bellas, cultas y delicadas criaturas que era dable imaginar, de la madre de Daniel.

El amor que por Adriana habia sentido su esposo era inmenso, profundo; si ella hubiera tenido las condiciones necesarias para alimentarlo, para conservarlo en toda su fuerza, jamas se hubiera extinguido; pero Adriana era una niña que necesitaba quien la aconsejase y dirigiese, y que nada sabía de la vida y de sus dolores, educada por su frívola madre..

El cambio del carácter de su esposa anonadó á Da-



niel; impresionable como era, se vió engañado en todas sus ilusiones, y se afligió profundamente; su mujer se fastidiaba de todo, y de él ántes que de todo lo demas; displiciente, abandonada en su persona, y á la vez gastando los haberes de la casa en extraordinario lujo; desapacible y brusca, porque estaba siempre de mal humor, ninguna mujer del mundo podia haber ejercido una influencia más perniciosa en el alma de Daniel.

Falto de amparo y de compañía moral, Daniel cayó en un fastidio profundo, del que procuró al principio distraerse en los teatros, salones y paseos; mas por lo mismo que era impresionable, se cansaba de todo muy pronto, y un profundo hastío vino á invadir su corazon.

Habia en su alma un ánsia inexplicable y devoradora; ¿qué deseaba? lo que todo sér humano va buscando, ya con la conviccion de su deseo, ya de una manera inconsciente; ¡buscaba quien le amase y á quien amar! Su madre leia en su alma, y le miraba con profunda tristeza; no es el amor materno lo que llena el corazon cuando éste se halla en la plenitud floreciente de la vida; no alumbra bien las galas de la campiña la tibia luz de la luna, y sólo ante el glorioso esplendor del sol ostenta y luce todos sus aromas y colores. Daniel habia deseado el amor con todas sus delicias, con todos los éxtasis del alma, y una á una habia visto desvanecerse y morir todas sus ilusiones.

La vida de Daniel se agostó en flor; sucede un fenómeno raro en la humana naturaleza: el hombre

toma siempre algo de la mujer con quien se casa, ó de la primera mujer que ama verdadera y sinceramente, y en esta mujer reside el poder de elevarle ó de hundirle en el abismo del vicio. Daniel, casado con su prima, hubiera sido un hombre distinguido, honrado y dotado de altas cualidades; la vida *á dos*, que siempre ha sido dulce, lo es mucho más desde que la civilizacion ha complicado las luchas de la vida y ha aumentado sus dolores; y por lo mismo que es cada dia más difícil de hallar, cuando se encuentra es el colmo de la dicha.

Así Daniel, afligido primero, desanimado despues, aburrido más tarde, buscó todas las distracciones que necesita el que, agobiado por penas incurables, no las sabe ó no las puede soportar; fué recorriendo todos los medios posibles de *ir pasando la vida*, y se halló con que los remedios complicaban la enfermedad en vez de curarla.

La vida de los salones, donde se hallaba bien ántes de su casamiento, le fastidió muy pronto, y paseando por ellos su tédio, llegó á ofender á sus amigos y amigas, que le culpaban burlonamente el no hallarse bien en su compañía.

Ademas, sus recursos no bastaban para aquella vida de contínuos y crecidos gastos, y hubo de retirarse, viendo con los ojos de la imaginacion las burlas de todo aquel círculo opulento, que criticaba, no sólo su desden, sino su falta absoluta de medios de vida y su imposibilidad de gastos cuantiosos.

Como un enemigo derrotado y herido salió el pobre jóven del círculo elegante, donde habia nacido y se habia educado.

La Condesa leyó en la fisonomía fatigada de su hijo y en su amarga sonrisa el mal que devoraba como un gusano oculto y roedor aquella rica naturaleza, é indirectamente y con delicadeza exquisita procuró consolarle: era una de esas madres que no abandonan jamas el pudor de la mujer, y que ven siempre en su hijo al hombre que merece respeto.

—Trabaja, hijo mio—le dijo;—el trabajo es el amigo más fiel, el que nunca nos engaña.

—¿Y en qué?—preguntó Daniel con desaliento.

—En tu bufete.

—¿Para ser un abogadillo como otros tantos?

—A tu edad ninguna de las lumbreras del foro era nada más que lo que hoy eres tú.

—Madre mia, ¡estoy tan desanimado!....—respondió un dia Daniel á estas dulces amonestaciones.—El trabajo me asusta como un suplicio.

—Procura vencer esa rebeldía del espíritu, y luégo le amarás como á la primera de las distracciones.

—Es que no puedo vencerme.

—No digas eso, Daniel; esa palabra no debieras saber pronunciarla: trabaja un cuarto de hora cada dia..... ¿Es mucho pedir? Lee, escribe..... Eres padre, y no tienes el derecho de llevar una vida de holganza y de inercia. Adriana seguirá tu ejemplo.

—Adriana se burlará de mí si trabajo—dijo Daniel con amargura.

—No creas tal cosa: el trabajo te ennoblecerá á sus ojos.

Daniel trató de obedecer á su madre; pero la enferme-

dad moral estaba ya muy arraigada en él, y la curacion exigia largo tiempo y muchos cuidados.

Daniel tenía que ser su propio médico, y ni supo ni pudo serlo.

Dotado de una imaginacion inquieta, lo nuevo le atraia como una tentacion; lo nuevo para él, era el vicio y el desórden: su mujer, ofendida é indiferente, no le dijo una palabra, y él halló más distraccion en el juego y en las orgías, que en los saraos y en los bailes.

La nueva vida de Daniel, la vida ociosa y degradante, empezó cuando nació su hijo Osvaldo: al venir al mundo Clementina, ya la separacion de los esposos era profunda.

Adriana salia siempre con su madre.

Daniel pasaba la vida solo ó en malas compañías, en el juego ó en los cafés.

La degradacion tiene su escala. Daniel no descendió á los últimos peldaños, pero bajó lo bastante para despreciarse á sí mismo, desgracia la más terrible que puede suceder á un sér humano.

Sin embargo, una influencia misteriosa y benigna velaba por los esposos: la de la madre, la de la abuela, y esta influencia impidió el que Daniel y Adriana aceptasen los donativos de Leocadia, que no eran otra cosa que robos hechos al esposo de aquella fatal mujer, á Marcelo, con quien se habia casado al verse arruinada por completo y agobiada de deudas.

Sólo la delicada percepcion del lector puede comprender la triste situacion de aquella madre viendo á su hijo al borde del precipicio un dia tras otro: á cada instante



temblaba que un movimiento irreflexivo le hiciera caer al abismo, y con toda la delicadeza de su corazon, con todos los miramientos imaginables, le aconsejaba y sostenia temerosa de exasperarle, y mostrándole siempre á lo léjos la luz salvadora de la esperaza y de la fe cristiana.

Ménos dolores causaba á la Condesa el estado moral de Adriana: ésta, ya por frialdad de alma, ya por su condicion de mujer, no tenía tantas ocasionss de empeorar la situacion moral de aquella familia, bajo tan fatales auspicios creada; el ejemplo constante de virtud y las dulces palabras de la Condesa hacian en su alma una huella que ella no se atrevia á confesar, que acaso no comprendia siquiera, pero que no por eso dejaba de ser verdadera y profunda.

Cuando la Condesa, en vez de irritarse contra su empeño de ir al lado de su madre, persuadió á Daniel de que debia acompañar á su esposa á París, Adriana quedó sorprendida de una condescendencia que, por mucho que conociese la bondad nativa de la Condesa, jamas habia esperado.

Era indudable que á la Condesa debia el ver vencida la resistencia de Daniel, y que por la Condesa veria á su madre, que era lo que más deseaba.

La intimidad de Leocadia con D. Roman de Silva, que pasaba por un hombre riquísimo y por un poeta eminente, desagradó mucho á Adriana; ella queria reinar por completo en el corazon de su madre, y á eso estaba acostumbrada.

—No puedo sufrir á ese hombre—decia alguna vez á Daniel.

—¿Qué te importa?

—Es dominante, y tiene alucinada á mi madre.

Daniel se inquietaba poco de esto: dado el estado desesperado ya de la salud del Conde, consideraba que Leocadia se casaria con el brasileño en plazo más ó ménos lejano. París le sedujo con sus esplendores incomparables, y el mismo Silva le enseñó los centros donde mejor y más elegantemente se disfruta de la vida: este hombre, cómplice de Leocadia, la servia á las mil maravillas. Daniel no veia, no comprendia nada. Corria de placer en placer, y toda la fuerza de alma que residia en él, bien poca por cierto, se evaporó en algunas cenas alegres, y se derritió por completo con las miradas de unos hermosos ojos.

Pertenecian estos ojos á una jóven y bella actriz de un teatrito de segundo órden, y eran negros y grandes como los de una española; esta muchacha reunia, á una gran belleza, un carácter alegre y una corrupcion profunda, y se enamoró de Daniel, que estaba dotado de una elegante figura y de un carácter un tanto caviloso y sombrío.

Hortensia, que así se llamaba la actriz, enredó tan bien en sus redes á Daniel que éste apénas parecia por su casa, ó más bien por la de su hermano enfermo y moribundo; es propiedad de esas mujeres el disecar todo buen sentimiento en los corazones donde hacen su presa. Daniel, dócil como una cera caliente, olvidó al pobre Marcelo, y se dedicó por completo á aquella mujer, que le amaba y que le divertia corriendo ante sus ojos las densas nieblas del tedio.

Sacóle de aquel márasmo la muerte de su hermano, y dos ó tres dias despues la huida al extranjero de su mujer y de Leocadia, y salió en su busca; pero despues de muchas pesquisas infructuosas se detuvo sólo algunas horas en Lóndres al lado de Gabriela y de su madre, y volvió á París, donde Hortensia le consoló en breve de sus accesos de cólera y de dolor.

Nada hay más refractario á una pena durable y profunda que los carácteres débiles, porque estos carácteres son siempre egoistas: y es que, temiendo al sufrimiento, le huyen y buscan lo agradable con preferencia á todo.

Daniel cayó en la ociosidad más completa, y olvidó familia, posicion, todo lo que hay en la vida de respetable y respetado.

—¡Es hombre al agua!—decia una tarde uno de los amigos de Hortensia, acompañándola al ensayo.

—¡Vale ménos de lo que yo creia!—repuso la jóven con una tristeza que parecia no habia de poder aposentarse en ella.

—¡Por qué dices eso?—preguntó el amigo, que trataba á la actriz con la franqueza de un cariño que habia revestido ya diversas fases.

—Yo creí que sentiria más el abandono de su mujer y de su hijo.

—¿Y le culpas por eso?

—Sí; el dia que yo le abandone no lo sentirá tampoco.

—¿Y piensas abandonarle?

—En cuanto empiece á aburrirme.

—Entónces, que se dé por despedido.

—¿Por qué?

—Cuando una mujer piensa en que se puede aburrir de un hombre, ya lo está.

—No, todavía no lo estoy—dijo Hortensia.—He amado mucho á Daniel, pero no *se sostiene* como yo le amé.

—¿No se sostiene?

—No; va bajando: ha perdido sus maneras y gran parte de la distincion que en él me agradaba; ya no es un amante que hace honor, y dentro de poco será deshonroso llevarle al lado; tiene mucha imaginacion, poca reflexion y ningun valor moral, y llegará á ser un hombre *que comprometa:* acaso un culpable.

—¡Así es como pagais al hombre que se pierde por vosotras!—exclamó el amigo de la actriz.

—Por mí no ha dejado nada: su mujer se habia vuelto fea, y él no la amaba ya.

Sin embargo, en medio de la vida que Daniel llevaba, recordaba la honrada familia española que le habia acogido en Lóndres cuando regresaba, pobre y sin recursos, de buscar á su mujer: la amable Gabriela, con quien habia jugado cuando niño; su honrado marido, su buena madre, aquel cuadro de paz y de dicha doméstica, que le recordaba los dias de su infancia, habia dejado en su corazon honda huella; algunas veces en casa de Hortensia, en su cuarto del teatro, una voz terrible le gritaba:

—¡Pierdes tu juventud de una manera miserable! ¡Tienes madre, esposa, hijos, y vives como un sér degradado, en la holganza y en el vicio!

Una noche, ó esta voz fué más fuerte, ó su espíritu se dejó aterrar más que de costumbre, y salió apresuradamente del sitio que ocupaba entre bastidores; llegó al hotel, donde tenía un cuartito amueblado, y se dejó caer en una silla.

—¡Saldré de aquí! —se dijo.—¡Y ya que no puedo ir á Madrid, porque la vergüenza me lo impediria, iré á Lóndres á purificarme por el trabajo!

Con efecto, la viuda del médico, la madre de Gabriela, le recibió en su casa, le recomendó á un abogado amigo suyo, y consiguió algun trabajo para él.

¡Pero cuántas horas de amargo tedio tuvo que soportar aquella alma solitaria y débil! No eran sólo los consuelos de la amistad lo que Daniel necesitaba: era uno de esos sentimientos grandes que llenan el corazon y le reaniman, haciéndole renacer, como el ave fénix, de sus propias cenizas: algunas veces el recuerdo de su madre y el de sus hijos brotaba en la mente de Daniel como esculpido con caractéres de fuego. Pero el de Adriana quedaba rodeado de sombras, y nada alcanzaba á darle vida.

Su madre no le escribia jamas, herida en su dignidad por su larga ausencia.

A las cartas de sus hijos contestaba más ó ménos largamente, segun era el estado de su espíritu; pero á las de su mujer no respondia, no hallando nada que decirle, nada que ella le inspirase, nada tampoco en su propio corazon.

El trabajo, sin embargo, fué produciendo su ordinario efecto: el de calmar su ánimo, el de hacer llevaderas las horas, entreteniendo el tiempo; la ocupacion contínua

serena el espíritu, y Daniel lo conocia así; ademas de los trabajos que el abogado le enviaba para su casa, asistia por la mañana dos horas á su despacho: la severa y ruda tarea, la atmósfera algo sombría que allí se respiraba, fueron elementos de paz para el espíritu turbado de Daniel, porque la ocupacion mecánica es uno de los mayores calmantes para las tempestades del alma, es como un descanso monótono, pero benéfico para las fatigas morales, cuya saludable influencia alaban reconocidos los que la han probado.

Ademas, la vista de aquella familia honrada, modesta é íntimamente unida, hacía bien al alma herida de Daniel, enseñándole el camino del dolor y del arrepentimiento. ¡Él tambien podia haber sido esposo y padre dichoso! ¡Él habia dejado destruir el nido conyugal, abandonándole al huracan de la desgracia!

Daniel guardaba siempre un profundo resentimiento á su mujer: no podia perdonarle el que le hubiera abandonado y el que le hubiera robado su hijo; las cartas de Adriana le causaban tedio, y no alcanzaban á conmoverle; y es que, cuando un corazon se ha cerrado con la piedra del dolor, parece como que se convierte en una losa sepulcral, al derredor de la cual no crece ninguna flor, ni áun la de los recuerdos.

No bien el trabajo empezó á purificar á Daniel, éste se halló ansioso de escribir á su madre y á sus hijos; mas al ir á tomar la pluma para Adriana, una fuerza invisible retenia su mano y cerraba todo su pensamiento: tanto como la habia amado, le parecia ya repulsiva y antipática, y en vano la pobre mujer ideaba todos los argu-

mentos que hubieran podido ganarle de nuevo el corazon de su marido.

Ella le amaba siempre : ¡ es tan difícil cerrar en el alma de la mujer las fuentes del amor!..... Como una planta florida y lozana sobrevive á todas las tempestades, y echa raíces entre las ruinas mismas del dolor y de la desolacion, el corazon de Adriana, formado para el egoismo, su funesta y frívola educacion, todas estas razones habian hecho que su amor de esposa y de madre careciese de base sólida y de generosidad y abnegacion; pero desde el instante en que vió á su madre dominada por otro amor que no era el suyo, por el amor que tenía á D. Roman de Silva; desde el instante que tuvo que luchar con la influencia de este hombre, que alejaba de ella á Leocadia; desde el momento en que se convenció de que la pérdida de su belleza le habia enajenado el afecto de su madre, que sólo miraba en ella una alhaja bonita; desde aquellos momentos amargos, cada uno de los cuales le habia traido un desengaño, Adriana pensó en su marido, en sus hijos, en la Condesa, tan buena y generosa para todos como para ella.

¡Ay! ¡El corazon de los hombres no está formado como el de la mujer! ¡En aquél todo es amor propio y egoismo! ¡En éste todo es ternura, perdon y abnegacion!

VI.

San Petersburgo, la sirena de cristal, la gran ciudad de las nieves y de los trineos, ostentaba toda su magni-

ficencia á fines del invierno de 1872 : la nieve, que habia caido en abundancia, habia dejado el sitio á tan grandes heladas, que los árboles de los grandes parques que embellecen la ciudad estaban adornados de largos y trasparentes témpanos; las torres de las iglesias conservaban aún vestigios de la nevada, y el frio era intenso, de una manera que no conocemos en España.

Anochecia uno de los más claros dias de Febrero, y ya el gas se encendia profusamente en las calles y en las tiendas; elegantes carruajes, tirados por soberbios caballos, llevaban á las damas de la aristocracia rusa, la más opulenta y soberbia de las aristocracias, á sus palacios, despues de algunos instantes de paseo para lucir un traje de terciopelo ó un juego de magníficas pieles.

En la plaza de Pedro el Grande, y entre algunos palacios de imponente aspecto, se destacaba uno más lujoso y elegante que ninguno de los otros : era todo blanco, y hasta las persianas de sus anchos balcones de piedra eran blancas tambien, y como escayoladas con primor y gusto exquisitos; las manecillas y picaportes eran de platina, y el gran llamador, obra maestra de arte, era asimismo de platina, y figuraba una bella cabeza de gacela.

Algunas ventanas abiertas en el piso bajo ó primero estaban iluminadas ya con una fuerte luz, y á pesar del frio penetrante del anochecer, se veian dos personas andar de un lado á otro como si arreglasen algo en la habitacion.

Los rayos de la luz iban á quebrarse en anchas cortinas de raso azul forradas de seda blanca, lo que desde la

calle hacía aparecer aquella habitacion de una suntuosidad extraordinaria.

Dos criados daban vueltas por la habitacion y la disponian para que entrase en ella alguna persona que á la sazon se hallaba en otra: eran una camarera francesa y un ayuda de cámara del país.

—¿Con que cuándo salimos para Madrid?—preguntó la camarera á su compañero.

—Yo no lo sé—respondió éste:—lo que sé es que yo no voy, porque me marcho mañana de esta casa.

—¿Por qué ese empeño de no venir?

—Porque no tengo deseo ninguno de visitar á España; y ademas, porque habia de ser, si fuera, por muy poco tiempo: ¡la Princesa está inaguantable!

—¡Ah! ¡Si me quisieras aún, no te lo pareceria!—exclamó la camarera, que era jóven y bonita.

—Mi paciencia no llega hasta sufrir esa vieja maldita. ¡Qué carácter el suyo! ¡Qué cóleras tan continuadas! ¡Cómo escatima en todo!

—Me parece que está arruinada ó poco ménos—observó la jóven.

—Me parece lo mismo; y por lo tanto, no me gusta servirla; ademas, en esta casa no hay respetabilidad alguna: ninguna señora la visita; nadie le hace caso; los que acuden á su salon son artistas, escritores y mujeres de vida oscura, que cuentan muchos amantes: eso lo sé yo mejor que tú, Florina—continuó el lacayo, que era un guapo muchacho, alto y rubio, vestido con librea azul, media de seda blanca y zapato con hebilla.—Yo, que he estado siempre en las casas de la primera aristo-

cracia, sé muy bien que á ésta no viene ninguna persona de esas que dan tono y consideracion donde entran.

—¿Pero eso qué te importa, querido Dimitri?—preguntó tiernamente la francesita.—Yo te amo; ¿no es esto nada para tí?

—Te confieso, Florina, que no me agrada rebajarme—contestó sentenciosamente el ayuda de cámara.—He servido á tan encopetadas familias, que ésta me parece, como si dijéramos, *basura social:* ni la madre de la Princesa es su madre, ni ese marido es marido.

—Al contrario: es marido, y no secretario, como ella dice; en cuanto á la madre, tengo las mismas dudas que tú, por una razon.

—¿Qué razon?

—Por dos veces ya he oido á las dos señoras hablar, creyéndose solas, y se llamaban sencillamente por sus nombres de bautismo.

¿Y qué nombres eran?

—La señora decia á su pretendida madre *Clotilde* á secas, y la madre decia á su supuesta hija *Leocadia*, y otras veces *Ledia*, que es el diminutivo del nombre.

—Así la llama siempre.

—Por eso, esto no me ha aturdido tanto como el que la Princesa llame á su madre por su nombre de pila solamente.

—Porque no es tal madre.

—Así lo creo; pero ¿qué nos importa todo eso? ¿Por qué no seguir en la casa conmigo? ¿No te pagan bien y puntalmente?

—Sí.

—¿No tienes grandes utilidades?

—Sí, ambas cosas son ciertas; pero no me agrada ese viaje, y me voy.

—Espera á despedirte hasta ver el viaje en vías de realizacion, y no te precipites.

—¿Crees que no se llevará á efecto?

—Creo que no.

—¿Y por qué?

—Porque el secretario, ese hombre maldito, más negro que el infierno, se opone á él, y la madre postiza se opone tambien.

—La señora lo desea mucho.

—Pues creo que de nada le servirá.

—¡Pobre mujer!..... ¡En medio de todo, es bien desdichada!..... ¡Su desesperacion por envejecer es terrible! ¡Si la vieras como yo delante del espejo!..... ¡Te confieso que me da pena!

—¡Qué se resigne á ser vieja como las demas mujeres! ¿Querria privilegio para no envejecer nunca?

—¡Compraria este privilegio á costa de su vida!

—Pues no se vende; pero—añadió Dimitri—yo tambien tengo que contarte..... ya no me acordaba.

—¡Cuenta, cuenta!—exclamó la camarera con curiosidad.

—Has de saber que ayer tarde estaban en el salon la Princesa y su *secretario* solos; la Princesa debia hablar del viaje, porque D. Roman se levantó muy incomodado y se puso á pasear por el salon, diciendo:

—¡No sé por qué ese empeño de ir á Madrid! ¡Huiste de él para que no te vieran convertida en abuela, y

ahora que tus nietos han crecido, que tus nietas son ya casi dos mujeres, quieres volver! ¡Eso es absurdo!

—Pues aunque lo sea, quiero volver á ver mi patria—contestó exasperada la Princesa.

—¡Que para nada te necesita!

—¡Yo necesito verla á ella; aquí la nostalgia de mi cielo me mata!

—¿Y vas á resignarte al papel de abuela?

—Si no vivo en Madrid, viviré en otra parte.

—Pues vivirás sola, porque yo no quiero enterrarme en una capital de provincia.

—Viviré con Clotilde.

—Escucha, amiga mia—dijo D. Roman sentándose;—ni tú, ni Clotilde, ni yo, podemos vivir en Madrid, ni áun en París.

—¿Por qué causa?

—Por muchas que no debes haber olvidado.

—No me acuerdo de ninguna.

—La justicia tendria que ver con los tres.

—¡Qué candidez!—exclamó la Princesa;—el dinero lo hace olvidar todo.

—Todo no: el que Clotilde haya sido olvidada y abandonada por su marido, puede olvidarlo ó no saberlo la justicia; el que yo haya comprado bienes con poderes tuyos, nada le importa; pero la muerte de tu segundo marido, la desaparicion de su gran fortuna y la falsedad de tu estado civil, esas son ya cosas en que se fija más..... Piénsalo bien, y no quieras meterte en la boca del leon, porque yo no te acompañaré en ese empeño.

Y dicho esto, salió por la puerta del jardin.

—¿Y la Princesa?

—¡Oh, la Princesa lloró, sollozó, gimió á más no poder! ¡Pobre señora, entónces me daba lástima!..... ¡Tener tal horror á la vejez y no poder evitarla!.....

—No hay otro medio que resignarse á ser vieja, y yo así espero hacerlo, pero casada contigo, Dimitri, porque cuando yo sea vieja tú lo serás más.

—¿Quién piensa en casarse?—preguntó socarronamente el lacayo.—Yo no tengo aún deseo alguno de eso; tenemos, yo veintidos años y tú diez y ocho; hay tiempo.

—Sólo temo á tu empeño de salir de esta casa; por lo demas, te esperaria con paciencia hasta que quisieras casarte.

—Eres una buena muchacha, Florina—dijo el ayuda de cámara tomándole una mano.—Nosotros, humildes criados, somos más dignos, de seguro, que los señores á quienes servimos hoy; yo no sé qué atmósfera se respira aquí, que me ha llegado ya á ser insoportable.

—Esperemos á ver en qué queda el viaje.

Los dos criados animaron el fuego de la chimenea: en tanto que Dimitri colocaba nuevos troncos, Florina ponia, en dos soberbias copas de malaquita que lucian sobre la meseta de mármol, dos hermosos ramos de flores, que en lo riguroso de la estacion representaban una suma enorme.

El lacayo encendió despues una araña de bronce y de cristal cargada de bujías, que lucia en el centro del gabinete, y los candelabros de una preciosa consola do-

rada con tablero de piedra, y puestas en órden las butacas, los pufs y todos los muebles de la estancia, se disponian á abandonarla, cuando una persona apareció en el umbral y los dejó mudos é inmóviles, como si hubieran visto la cabeza de Medusa.

Era la princesa Karina en Rusia; pero en Madrid, en París, en Lóndres y en el Cairo, era Leocadia, nuestra antigua conocida, aunque era, á la verdad, bastante difícil de reconocer.

Una grosura espantosa y linfática habia reemplazado á su esbeltez anterior: sus hermosos ojos se habian achicado de una manera extraordinaria, y por efecto de los cosméticos y de las pinturas, se habian reducido á la tercera parte de su tamaño natural; sin embargo, estaban más pintados que nunca, lo mismo que sus cabellos, teñidos de un subido color negro; estos tintes daban á su fisonomía un aire aviejado y duro, muy desagradable.

Una capa de blanco y de colorete cubria las mejillas de Leocadia; las cejas estaban pintadas de negro y los labios de bermellon; un corsé sumamente apretado ceñia su talle repleto, y parecia que estaba perpétuamente sofocada, hiposa y con la respiracion penosa y entrecortada.

Su traje era suntuoso y rico: llevaba falda larga de terciopelo azul, guarnecida de encajes negros formando racimos y cogidos con lazos, tambien azules, de raso; una casaca holgada con aldetas largas y forrada de gro blanco dejaba ver un chaleco de raso azul, cerrado con menudos botones de oro; el cuello y la pechera eran de encaje blanco.

En la cabeza llevaba dos camelias rosadas y una mariposa de brillantes.

Leocadia tenía tal costumbre de estudiarse para parecer lo mejor posible, que áun andaba bien y con gallardía, á pesar de su extrema grosura, y áun se sentaba con una suprema elegancia; pero toda gracia y toda coquetería habia desaparecido de su figura vulgar y basta; todo encanto y toda simpatía habian huido de sus facciones; la cólera, el enojo contínuo, habian arrugado su frente y hecho nacer en los extremos de su boca un pliegue de tristeza amarga.

La mujer que envejece con paciencia, siempre conserva cierta placidez en la fisonomía agradable de ver: el amor maternal, ese amor, el más fuerte y el más generoso de todos, derrama sus reflejos sobre las facciones, las suaviza y las embellece; pero cuando la mujer se revela contra las leyes inmutables del tiempo; cuando no tiene otro presente ni otro porvenir que la frivolidad y la galantería; cuando no tiene vida propia interior, sino que sólo vive exteriormente, entónces cada año que pasa deja en ella un surco amargo, y sus facciones se desfiguran y se afean como su alma.

—¿Todavía están VV. aquí?—dijo mirando severamente á los criados.

Y su voz, ántes de tonos tan dulces y melódicos, sonó desapacible y dura en los oidos de Florina, acostumbrados á todas las armonías de la coquetería francesa.

—Perdon, señora Princesa—dijo;—hasta ahora no habiamos terminado de disponer el gabinete.

—¿Ha traido la modista mis vestidos?



—Todavía no.

—Pues vaya V. á buscarlos; son cuatro, dos de baile y dos de comida ó convite.

—¿Voy á ir yo sola?

—¿Y por qué no? Tome V. un coche.

—¿Y el dinero para la modista?

—Que envie la cuenta.

—Aun se debe la otra, y todos los dias vienen á cobrarla.

—¡No se meta V. en lo que no le importa, y cumpla mis órdenes!

La criada salió despues de inclinarse profundamente, pero llevando en los labios una risita sardónica.

Leocadia se sentó de mal humor al lado de la chimenea: sus cejas estaban fruncidas, sus labios apretados; su pié heria agitadamente el pavimento.

Por último, se levantó con una especie de cólera y fué á un timbre, que hizo sonar violentamente.

Un instante despues sonaron los pasos de Dimitri en el salon, y apareció á la puerta del gabinete.

—A mi madre, que venga—dijo duramente.

—La señora no está en casa—contestó el criado.

—¿No ha llegado todavía?

—No, señora Princesa.

—¿Y mi marido?

—Tampoco está.

—Así que venga cualquiera de los dos, diga V. que les espero.

El criado salió.

Leocadia, sola ya, empezó á pronunciar entre dientes palabras de cólera.

—¡Mi sufrimiento no alcanza á más!—murmuró—¡estoy engañada, vendida por estos dos infames; me roban, me abandonan, me matan! ¿Qué negocios tendrán los dos? ¿Qué harán? ¡Oh, nada bueno preveo para mí..., sola, abandonada, ajena ya á todos los intereses de la casa, que Roman maneja solo, sin poder defenderme de él!..... ¡Oh, Dios mio, Dios mio!

La puerta del gabinete se abrió al decir la pobre mujer estas palabras entre sus dientes apretados por una convulsion de cólera y de dolor.

—¡La señora!—anunció Dimitri.

Y nuestra antigua conocida Clotilde, ántes Baronesa de la Calzada, y ahora *madre* de la *Princesa*, entró con desenfado en el *budoir*.

VII.

Era una vieja horrible y apergaminada; tenía cerca setenta años y todo rastro de belleza ó de dignidad habia desaparecido de su persona. Flaca, angulosa, dura, con los ojos hundidos en las órbitas, la nariz de pico de ave de rapiña, el color curtido por las pinturas, Clotilde no tenía de bonito otra cosa que el nombre.

—¡Gracias á Dios que te veo hoy!—dijo Leocadia con amargura;—¿dóndes has estado?

—Donde tenía que hacer—contestó friamente la Baronesa de la Calzada.

—Tu primer quehacer estaba aquí, á mi lado—exclamó exasperada Leocadia.

—Hija mia—repuso Clotilde con acento sardónico—si piensas haber comprado una esclava, te equivocas, y te lo probaré pronto.

—¿Cómo?

—Marchándome de esta casa.

—¿Y dónde te irás?

—Fuera de Rusia; voy á visitar á Varsovia.

—¡No lo creo—repuso Leocadia, en cuyas facciones se pintó una expresion de terror—y procurando sonreirse, añadió:

—¡Tú me engañas!

—Te digo la verdad; me marcho.

—¿Tendrás el valor de abandonarme?—exclamó Leocadia;—aquí, sola.....

—Estás con tu marido, y yo voy á buscar al mio; dicen que está en Varsovia.

—¡Oh, eso es una burla cruel! No me dejarás Clotilde!

—Te dejaré, hija mia, lo he decidido; te has vuelto insoportable, y yo tengo poca paciencia.

—¡Oh, Dios, sola con él!—exclamó llena de terror Leocadia;—¡ántes quisiera morir!

—¿Pues no le amabas tanto?

—¡Ahora le temo más que le he amado!

—¿Por qué?

—No lo sé, es instintivo mi terror....., pero todo lo

temo de ese hombre; yo le estorbo ya..... El dinero, fruto de mi vida de intrigas, los grandes caudales que yo...

Aquí la voz de la desgraciada se apagó como ahogada por un sentimiento de disgusto y de pena; pero su amiga completó su pensamiento.

—Los grándes caudales que adquiriste á tanta costa, se hallan ya en poder de Roman, ¿no es cierto?

—Cierto es.

—Y ahora te trata mal, y ahora prescinde para todo de tí, ¿no es verdad?

—Nada es más positivo; ¡Ah, Clotilde! ya ves como no debes abandonarme, por lástima al ménos.

—¿Y á mí qué me cuentas de todo eso?—exclamó la Baronesa;—tú te vas á Madrid, ¿no es cierto?

—Sí..... tengo miedo de estar al lado de este hombre en país extranjero.

—Pues en el tuyo no estás nada segura; pero sea de ello lo que quiera, me separo de tí.

—¿Y qué harás sola?

—Eso es cuenta mia.

—¿Y qué haré yo aislada?

—Eso es cuenta tuya; yo no quiero estar más en tu compañía.

—¿Qué quejas tienes de mí?

—Te las he dicho mil veces; tu carácter se ha hecho insoportable; la dureza, la malevolencia, el egoismo, la ingratitud, todas las malas cualidades conocidas residen en tí.

—¡Y tú me dices eso!—exclamó dolorosamente admirada Leocadia.

—No es la primera vez que te lo digo, aunque con ménos claridad; pero ésta ha de ser nuestra última explicacion.

—¿Conque te empeñas en dejarme?

—Absolutamente.

—¿Sin recordar lo que he hecho por tí?

—No sé qué ha podido ser, pero sé lo que he hecho yo; por mí te casaste con aquel monomaniaco Conde del Villar, del que diste tan buena cuenta, apropiándote sus riquezas; por mí has admitido en tu intimidad á mi amigo Roman, que yo te presenté; por mí has sido jóven y lo eres todavía, puesto que tienes *mamá;* ¿qué tengo que agradecerte en cambio?

—¡Qué!—repitió amargamente Leocadia;—¡y me lo preguntas, intrigante miserable! ¿No me he dejado explotar por tí? ¿No eres indigna cómplice de ese hombre, que despues de hacerse dueño de mi mano y de mi destino, me abandona, me roba y me insulta? ¿Cuál es mi vida entre vosotros dos? Aquí, en medio de este fausto de que me habeis rodeado para alucinarme, me muero de pena y de angustia, pensando en mi abandono presente y en el que me espera en el porvenir! ¿Qué será de mí, cuando más vieja necesite de más afecto y de más cuidados? ¿A quién volveré los ojos? ¡Hasta á mi hija me habeis hecho aborrecer; á mi hija, que tanto amaba!

—Porque era como una cosa bonita, como una propiedad encantadora que halagaba tu vanidad.

—¿Y eso qué importa? ¡Yo la amaba y ella me acompañaba en el camino de la vida!

—Pero te hacía abuela, y tú no buscabas nietos, sino

mamá. Las mujeres como tú y como yo, Leocadia, tenemos la vida mucho más corta que las mujeres honradas; al acabarse nuestra belleza, al espirar nuestra juventud, dejamos de existir, y morimos hasta para el recuerdo; las demas mujeres pasan su vida sacrificadas á su deber, es cierto; la pasan en el silencio, en la oscuridad, en la práctica de las virtudes cristianas, y su juventud se desliza en el sacrificio; pero en la edad madura, en la vejez, obtienen todas las compensaciones; su familia las adora, el mundo las respeta; el que no siembra no coge, y nosotras no sembramos.

—¿Por qué no me hablabas ántes así, tentadora?

—Porque no me convenia.

—Y tú sabías esto.

—Como hoy; y tú lo sabías tambien, pues tu honrado padre te lo enseñó.

—¡Ay de mí! lo olvidé.

—Pues yo lo recordaba; pero el amor al lujo, á los placeres, la ociosidad, puede más que todo; en la juventud nos parece que la vejez está muy léjos, y llega demasiado pronto.

—Clotilde—exclamó la Princesa—no me abandones; terminemos juntas nuestra vida..... ya que me has querido y yo te quiero todavía.

—No te engañes á tí propia y quieras engañarme á mí; ni me quieres, ni yo á tí; nos tememos y nos odiamos; como dice el poeta,

«Lazo que el crímen anuda,
El ódio lo ha de romper.»

—Yo no te ódio— murmuró aterrada Leocadia.

—Yo á tí sí; no hay delito á que no te haya conducido tu sed de lujo y de homenajes; el asesinato, el fraude, el robo, el abandono de tu hija, todo lo has llevado adelante con la conciencia muda y con el rostro sereno é impasible: mis consejos, que no eran más que de coquetería y de negocios al alcance de toda mujer de ingenio y al abrigo de las leyes, cayeron en tan funesto terreno, que han producido el crímen!

—¿Y crees que teniendo yo las puertas de la sociedad cerradas, las tienes tú abiertas?

—Creo que sí; yo no he llegado á donde has llegado tú.

—¿Y qué piensas hacer?

—En Varsovia estableceré un comercio de lencería y procuraré vivir en paz conmigo misma; trabajaré, me dedicaré á mis negocios, y obtendré al fin un sitio en la sociedad, el más humilde, pero bastante honroso para confesarlo públicamente.

—¿De modo que te has convertido á la virtud?

—Me he convencido de que la virtud es lo más lucrativo, lo más provechoso que hay en la tierra; todo lo demas son sueños y quimeras, Leocadia; todo pasa, huye y fenece! Sólo el bien da frutos, más tarde ó más temprano; sólo Dios es el supremo dispensador del bien y de la dicha; el mundo es malo, ingrato, egoista, y no debemos sacrificarnos á él.

El silencio siguió á estas palabras. Leocadia, con la mano en la mejilla, parecia reflexionar profunda y tristemente; la tension colérica de sus músculos se habia

desvanecido; áun aquellas facciones hermosas y llenas de armonía podian cambiar á cada instante de expresion; un sentimiento doloroso, profundamente triste, las animaba entónces; dos lágrimas grandes, abrasadoras, cayeron por sus mejillas, y con los ojos perdidos en el vacío, parecia reflexionar profundamente.

—¡Oh, mi hija, mi pobre hija, mis nietos!—murmuró.—¡Qué falta me hacen ahora, desdichada de mí!

—Todavía no sabes lo que hay de verdad en lo que dices—repuso Clotilde—no podria hallar mejor venganza para el despotismo que me has hecho sufrir desde que busqué asilo en tu casa, que decirte la verdad de tu situacion.

—Díla por amarga que sea, y ¡ojalá disminuya despues el rencor que me guardas!—dijo dolorosamente Leocadia.

—¡Disminuirse mi rencor! ¡Si eso no está en mi mano!—exclamó Clotilde.—¡Tú no sabes cuánta y cuánta hiel me has hecho tragar! ¡Delante de tu marido, delante de tu hija, delante de los criados, tu carácter despótico y altanero me ha humillado de contínuo... á mí, que te tenía, que te tengo, que te tendré entre mis manos miéntras viva! ¡A mí, que sé mejor que tú misma la negra historia de toda tu existencia, ¿cómo has tenido valor para tanto? ¡Aun es á mis ojos misterio impenetrable! ¿Dónde está tu decantado talento?

—¡No me lo preguntes, alguna vez me lo he preguntado yo tambien, y no he sabido contestarme!

—¡Lo creo muy bien! Tu talento no te ha hecho ver jamas el porvenir, y en el presente no te has ocupado

más que del goce del momento: pues bien, ya por venganza, y ya por compasion, pues que los dos sentimientos existen para tí en el fondo de mi alma, te diré que tu marido te ha robado y va á abandonarte.

—¿Cuándo?—exclamó Leocadia saltando de su asiento.—¿Cuándo se va? ¿A dónde?

—Se irá esta misma noche: á dónde, no lo sé ni me lo ha querido decir.

—¡Ah! ¿Y si os vais juntos? ¿Y si os habeis unido para abandonarme?

—¡No, Leocadia! más horror que tú me inspira tu marido: su cobarde bajeza me subleva contra él.

—Espérate en esta casa hasta la aurora, Clotilde, dijo la desgraciada mujer, que parecia haber tomado una resolucion súbita y desesperada.

—Voy á marchar dentro de una hora: tengo ya encargada una silla de posta.

—¡Hazme ese último favor... te lo pido como si fuera á morir!

—¿Para qué me necesitas?

—No quiero dejar partir sin mí á ese hombre, ni hallarme hoy sola con él: todo el dinero que te llevas es mio; debe serlo... porque tú no tenías nada cuando llegaste aquí... Pues bien, no te culpo, no te reconvengo... pero esperemos á Roman, para ver lo que va á ser de mí...

—¿Pero y si no vuelve?

—¡Oh! eso sería infame... y áun espero.

—¿No te he dicho que se va hoy, esta noche?

—¿Y si no se va?

—¿Y si ha partido ya?

—¡Dimitri!—gritó Leocadia corriendo á la puerta del gabinete—vaya V. al club de mi marido, á los teatros, á todas partes... Búsquelo V. y tráigale.

El criado la miró como atónito.

—La señora Princesa le manda á V. que busque á su secretario—observó Clotilde.

—Pues entónces, señora, esta carta dirá dónde se halla,—repuso Dimitri, tomando una bandejita de plata que contenía una carta cerrada, y que se hallaba sobre la consola.

—¿Quién la ha traido?—preguntó Leocadia que la abria con mano trémula y convulsa.

—Un criado del club.

La carta contenia dos solos renglones, escritos en estilo burlesco é insultante, y decian así:

«Mi querida y siempre bella Leocadia: hasta el dia de la resurreccion final; sé dichosa y no me busques.

ROMAN DE SILVA.»

Un grito ronco se escapó del pecho de la pobre mujer, y durante dos segundos cerró los ojos, como si la abandonasen sus sentidos. Clotilde hizo una señal á Dimitri, y éste salió.

—Vén,—dijo con voz sofocada á su amiga la pobre abandonada.

Y tomando uno de los candelabros de encima de la chimenea, la condujo á las habitaciones de su marido y á las suyas propias; fué abriendo papeleras, burós, armarios; ¡todo estaba vacío!

En un gabinete situado detras de la alcoba de Leocadia habia una caja de hierro para guardar valores. Leocadia sacó una llave complicada, coordinó las letras con un esfuerzo superior de su débil cabeza, y logró abrir la portezuela.

Habia sido abierta con otra combinacion, no ménos sábia, y se hallaba vacía.

Los sentidos abandonaron entónces á la desgraciada, y cayó desplomada al suelo.

El abandono de su marido, del cómplice é instigador de sus terribles faltas, la habia hallado con algun valor; pero la miseria, la horrible miseria que veia en perspectiva, anonadó sus fuerzas.

Clotilde, ayudada de sus doncellas, la llevó á su cuarto y la acostó. La silla de posta recibió la órden de esperar nuevas órdenes.

La aurora apareció nebulosa y sombría, y apénas empezó á alumbrar el horizonte, llamaron con redoblados golpes á las puertas del hotel.

Eran dos de los *acreedores* de la Princesa; es decir, dos truhanes amigos de su marido, que venian á tomar posesion del hotel amueblado, que les habia sido vendido en una cantidad exorbitante.

Cuando la desgraciada Leocadia pudo oir, esto fué lo primero que supo; la noticia de su despojo, de su estrema pobreza, de su aislamiento.

¡La conciencia llena de negras sombras! ¡La vejez cercana, el abandono de todos! ¿Dónde volver los ojos? ¿en qué seno llorar? ¿á quién llamar para tan amargos dolores?



¡Al sólo refugio verdadero; al cielo! Allí está el puerto de paz; allí está el asilo, el consuelo, la esperanza para los que todo lo han perdido aquí abajo; allí volvió tambien sus angustiados ojos la pobre pecadora, y allí fueron oidos los lamentos de su terrible dolor.

VIII.

Clotilde no abandonó á su amiga.

Ante una desgracia tan inmensa, todos sus resentimientos se aplacaron, y la compadeció profundamente.

—¡Dios mio, Dios mio, piedad de mí! habia gritado la extraviada desde el fondo de su alma, al volver del mortal desmayo que postró sus fuerzas.

Y este grito de angustia fué oido en el cielo; y el Dios á quien invocaba aquella alma afligida, le habia dado como primer beneficio la compasion de la persona que tenía más cerca, y que ya iba á abandonarla. Clotilde, á quien la vejez y la fealdad, es decir, la desgracia, habian hecho ver las cosas de otro modo, oyó tambien aquel lamento, y su corazon que ansiaba alguna simpatía verdadera, alguna tranquilidad, se inclinó hácia quien se hallaba más desamparada y más infeliz que ella misma.

Fué preciso abandonar el magnífico palacio que hasta entónces habian habitado, y hasta que arreglaron su salida de la capital de Rusia, las dos antiguas amigas

ocuparon un hospedaje modestísimo, y que fué pagado con los fondós que habia reunido Clotilde en la casa de su amiga, y que eran de ésta, puesto que la Baronesa, abandonada y despojada por su marido, del mismo modo que Leocadia por el suyo, nada poseia al ir al lado de aquélla.

—¿Dónde nos irémos?—preguntó un dia Clotilde á Leocadia.—¿Te convendria irte conmigo á Varsovia?

—No,—respondió Leocadia,—quiero acercarme todo lo posible á mi familia.

—¿Te atreves á ir á Madrid?

—Por ahora, no.

—¿A París?

—¡Oh, no, sólo ese nombre me causa terror!

—Entónces fijémonos en Lóndres: conozco allí á una modista española, que acaso nos dará trabajo; porque, créeme, querida Leocadia, lo que no hemos hecho á su tiempo, debemos hacerlo ahora; tenemos que trabajar.

—¡Y trabajar para vivir!—añadió dolorosamente Leocadia:—á tu edad, es bien triste!

—¡A la tuya no es tampoco muy alegre! Leocadia, es ya preciso que abandones esa manía de juventud eterna que domina á todas las mujeres frívolas, coquetas y ligeras; este consejo es tan amistoso, tan verídico, tan acertado como el que te dí aconsejándote que te casáras con el Conde del Villar.

—¡Calla por Dios!—murmuró con voz angustiada Leocadia:—¡ese recuerdo me mata!

—Créeme—prosiguió Clotilde,—renuncia ya, como yo he hecho, á toda esperanza de dicha, y busca por lo

ménos la tranquilidad: yo tengo aún un poco de dinero que gastarémos juntas; pero ántes de que se acabe buscarémos que trabajar: coserémos, arreglarémos encajes... no hay otro medio; ¡lo peor es que mi vista se halla muy débil!

—¡Y la mia tambien!

—Mañana saldrémos para Lóndres, y yo buscaré al instante á esa modista que fué mi camarera hace ya muchos años.

Hízose todo como estaba acordado, y al salir de San Petersburgo sintió Leocadia que un peso enorme huia de su pecho, porque en la gran capital del imperio ruso habia sentido los más acerbos dolores de su vida. Allí se habian apagado los últimos esplendores de su juventud; allí habia recibido los primeros golpes en el corazon, por el desamor y la tiranía de su marido; allí se habia separado de su hija y de su nieto; allí habia empezado á ser verdadera y horriblemente desdichada.

No bien llegaron á Lóndres, Clotilde, que habia habitado en él durante largo tiempo, y que sabía las señas de su antigua camarera, fué á su casa; era una de las artistas de la moda más afamadas y más ricas de Lóndres.

Mistress Brandt no era ya jóven, pero lo era más que Leocadia y mucho más que Clotilde: se habia casado, al salir del servicio de ésta, con el ayuda de cámara del Embajador inglés en Madrid, y llegados á Lóndres, habian abierto un pequeño comercio de modas, que habia prosperado rápidamente protegido por la colonia española: Mister Brandt era un hombre probo y activo, y

Cecilia, su esposa, y la antigua camarera de Clotilde, tenía mucha inteligencia y gracia para la confeccion de objetos de lujo y de delicadeza; así aquel jóven matrimonio prosperó rápidamente, y á los dos años de haberse establecido sus negocios tomaron gran extension é importancia.

Cecilia Brandt vestia á todas las españolas de distincion y á muchas damas extranjeras; pero ya no hacía otra cosa que dirigir, pues su espacioso taller estaba ocupado por un gran número de hábiles oficialas que obedecian sus instrucciones.

Era Cecilia una mujer que ya llegaba al otoño de la vida, pero notablemente elegante y distinguida: su estatura, bastante alta y delgada, lo parecia más por el vestido negro de seda que constantemente la ataviaba; tenía la tez ligeramente morena; el cabello, los ojos y las cejas negras, lo mismo que sus largas pestañas.

Al ver á Clotilde la conoció en seguida, á pesar de hacer ya algunos años que no la veia.

—¡Ah, mi querida señora! — exclamó.— ¡Está usted en Lóndres, y no me lo ha dicho! ¿Por qué?

— He llegado ayer, querida Cecilia.

—¡No importa! ¡Si me hubiera avisado su llegada, mi marido y yo hubiéramos ido á esperar á V. á la estacion!

—¿Y cómo os hallais en este nebuloso país? — preguntó la Baronesa.

— Bien, señora — respondió la modista.— ¡La niebla ó el sol residen dentro del alma! ¡La mia está llena de resplandores!

—¿Eres dichosa?

—¡Cuanto puede serlo una mujer! Y aunque pensaba que mi dicha no podria aumentarse, ya veo que estaba equivocada, porque es mayor desde que la he visto á usted. ¿Y el señor Baron?

—¡No lo sé! ¡Me dejó ya hace largo tiempo!

Cecilia guardó silencio pesarosa de haber evocado un recuerdo que debia ser muy triste, y despues de un rato murmuró:

—Perdon, señora..... no sabía.....

—No tengo nada que perdonarte, querida Cecilia; esa pregunta es muy natural: ¡lo que sale de los límites regulares es mi desgracia!

—¿Puedo yo hacer algo para aliviarla, señora? No olvido ni olvidaré jamas que V. ha sido muy buena para mí.

—Pues bien, Cecilia: yo llego á este país extranjero pobre, sin recursos de ninguna clase, y vengo aquí para pedirte ocupacion.

—¡Oh, señora!.....

—Para ganar en tu casa el pan diario para mí y para una compañera de infortunio, á la que conoces, y que ha llegado conmigo.

—¿Quién es?

—Leocadia, la viuda de Torres.

—¿Aquella señora tan bella que era la mejor amiga de V.? ¿Aquella cuyo lujo deslumbraba?

—¡La misma! Todos nuestros esplendores nos condujeron al matrimonio, del que hemos salido por la sombría puerta de la desgracia! Feliz tú, que has hallado abierta la de la dicha por el trabajo y la virtud.

—Señora mia—dijo Mistriss Brandt—ya le he dicho que en mi vida olvidaré el cariño con que V. me ha tratado en su casa, y que me regaló al salir de ella para casarme con mi honrado marido 4.000 reales, que han sido la base de mi pequeña fortuna: yo le dije á V. que Brandt tenía ahorrada esa cantidad, y V. me contestó: «Pues tú no serás ménos, porque yo te daré otro tanto.»

—No me acuerdo, Cecilia.

—Porque entónces era V. muy rica; yo me acuerdo muy bien, y por tanto, hoy es para mí un deber y una dicha el decir á V. que cuanto poseo es suyo, y que tiene en esta casa una habitacion, y un cubierto en mi mesa, y una servidora en mí.

—¡Ah! ¡No cierra Dios todos los caminos!—exclamó la pobre anciana alzando al cielo sus ojos marchitos y anegados en llanto.—Gracias, Cecilia; pero no puedo dejar sola á mi amiga; lo que deseo es labor para las dos.

—¡Usted trabajar! ¡Coser vestidos y confecciones! ¡Oh, no!

—¿Piensas que no sabré?—preguntó la Baronesa con triste sonrisa.

—Pienso que sí; pero no quiero que á su edad se canse la vista; voy á ver si se conviene á otra cosa mejor.

—¡Habla!

—Estará V. en esta casa para llevar un libro de apuntes y para hacer compras de encajes y adornos aquí y en París: es un cargo de confianza que no sé á quién confiar.

—Pero ¿y ahora, quién lo desempeña?

—Yo, con mucha pena, porque tengo otros quehaceres á que atender.

—¿Pero y mi pobre amiga?

—No la abandonará usted. La llevarémos á vivir á casa de mi mejor amiga, que le cederá un gabinete elegante con chimenea: es la viuda de un médico español, cuya hija se ha casado con un comerciante amigo de mi esposo.

—¿Y esa señora da hospedaje?

Hasta ahora nunca lo ha hecho; pero desde poco despues que se casó su única hija Gabriela, está en su casa, otro español: un caballero abogado, jóven aún y buen mozo, que se halla aquí no sé si por motivos políticos ó por qué: este señor es hijo de una familia que en otro tiempo favoreció á mi amiga.

—¿Y crees que Leocadia podrá estar allí bien?

—Como en su propia casa.

—Pues es urgente que la llevemos, y que yo me ocupe para ganar alguna cosa con que pagar su hospedaje. Mi infeliz amiga está todavía en peor situacion que yo.

—Vamos ahora mismo á buscarla.

Clotilde y su antigua camarera salieron para reunirse á Leocadia; al llegar al hotel donde se habia quedado, les salió una criada al encuentro.

—Señoras—dijo—la viajera del cuarto donde ustedes se dirigen, se halla indispuesta.

—¡Cómo!—exclamó la Baronesa.—¿Desde cuándo?

—Hará una media hora; tiró de la campanilla, subí, y la hallé pálida y demudada; la subí una taza de té, y no la pudo tomar.

—Corramos —dijo Cecilia, subiendo presurosa la escalera seguida de Clotilde.

Al entrar en la modesta habitacion que para las dos habian tomado, vieron á Leocadia sentada en un canapé con las mejillas encarnadas, la cabeza caida hácia atras y los ojos cerrados.

—¡Leocadia! —exclamó la Baronesa.—¡Aquí estoy! ¡Vuelve en tí! ¿Estás mala?

—Sí—murmuró débilmente Leocadia.

—¿Qué tienes?

—¡No lo sé! No puedo moverme.....

—Vamos á llevarte á una casa donde te hallarás bien. ¿Me oyes?

—¡Sí!

—¡Ten valor!

—¡Avisa al instante á mi hija! —dijo con voz débil la pobre mujer.—¡Me muero, y quiero verla ántes de salir de este mundo!

Leocadia fué conducida á un carruaje de alquiler, que tomó el camino de la casa indicada por Mistriss Brandt.

—Nada te habia advertido, querida Isabel—dijo Cecilia al llegar á casa de su amiga;—pero no lo creí necesario: te traigo una dama española enferma, y creo que la darás hospitalidad.

—Y has creido muy bien—repuso la madre de Gabriela:—todo lo que procede de nuestra patria me es querido; ¿dónde está esa señora?

—Ya ha llegado en un carruaje.

El criado de la casa y el cochero colocaron á Leocadia

en un ancho sillon y la subieron hasta la habitacion que se le destinó, situada en el piso principal.

Los desmayos se sucedian unos á otros. Cecilia tuvo que marcharse á su casa para volver despues; pero la Baronesa no se decidió á abandonar á su amiga, y permaneció á su lado.

De vez en cuando anchas lágrimas rodaban por las mejillas de la enferma, y sin abrir los ojos murmuraba con voz sofocada:

—¡Perdon, perdon!

—Sosiégate—le decia la Baronesa.—¡Estoy aquí, á tu lado, y no te abandonaré!

Pero estos consuelos no eran escuchados: el golpe habia sido demasiado rudo para el alma débil de aquella mujer; cuando la religion no presta sus dulces y activas fuerzas, hay tormentas de la vida que son demasiado terribles y abaten hasta á los seres más dotados de energía.

A la madrugada parecieron disiparse algun tanto las nieblas de aquel cerebro, debilitado y combatido de mucho tiempo ántes por cóleras contínuas y amargas: el médico llamado declaró que habia fiebre violenta y que se temia una complicacion en el cerebro.

—Si esta señora tiene familia,—añadió—es preciso avisarle, porque de un instante á otro puede llegar á un caso desesperado.

Clotilde ignoraba las señas de Adriana, y tampoco Leocadia las hubiera sabido, á no deberlas al delicado tacto de la Condesa: ésta hacía que todos los hijos de Adriana escribiesen de vez en cuando á Leocadia.

—Es vuestra abuela—les decía,—y debeis amarla aunque no la conozcais.

—¿Y no la conocerémos nunca?—preguntó un dia Osvaldo.

—Eso será lo que Dios quiera.

—Por cierto,—dijo Clementina—que esa otra abuela no nos quiere como tú.

—¿De qué lo infieres?

—Si nos quisiera viviria con nosotros.

—Las abuelas quieren siempre á sus nietos.

Registrando, pues, los papeles de Leocadia, halló en una carta de Dora las señas de la casa que habitaba Adriana con su familia.

«Vén lo ántes posible, querida mia, si áun quieres ver á tu madre en este mundo—le decia:—ella te llama; trae contigo á alguna de tus hijas, y si te es posible trae algun dinero; tu madre ha sido despojada de todo por su infame esposo, y yo he gastado ya lo poco que me quedaba.»

Enviada esta carta dentro de otra para la Condesa, Clotilde quedó más tranquila; pero no pudo ir á casa de mistriss Brandt, por no dejar sola á la viuda al cuidado de la enferma.

Aquella misma tarde, al llegar Daniel para comer, le dijo la buena Isabel:

—¿Sabes que tengo en casa dos compatriotas nuestras?

—¡Cielos!—exclamó Daniel lleno de terror, pues hubiera preferido morir á ver á alguna de las personas que le habian conocido en otra posicion. Pero recobrándose muy pronto, preguntó:



—¿Sabe V. su nombre?

—Aun no: las trajo ayer Cecilia, y para mí basta: llegó una tan enferma, que no tuve siquiera la ocurrencia de preguntar sus nombres.

—¿Y sigue indispuesta?

—Y en muy grave estado.

—¿Es anciana?

—Está cerca de serlo la enferma, y lo es la que la acompaña.

—¿Vienen para mucho tiempo?

—Nada sé todavía. ¿Quieres verlas?

—Cuando esté mejor.

—¿Y si empeora?

—En ese caso la veré tambien, porque quiero mi parte en los cuidados que necesite.

—¡Mi buen Daniel!—exclamó la viuda estrechándole la mano—¡qué hermoso corazon y qué mala cabeza!

—Me interesa todo el que sufre, y más una mujer. ¿Son ricas esas damas?

—Creo que son muy pobres.

—En ese caso, cuente V. conmigo para todo: aunque tambien soy pobre, sé trabajar y ya gano dinero.

IX.

El Duque de Aguilar, resucitado por un milagro de la Providencia cuando se hallaba al borde de la tumba,

habia renacido de cuerpo y de alma. El ateo, el descreido, amaba, y habia abierto los ojos á la fe, á la virtud, y á todo lo que hace la vida amable y amada.

Amaba á Cristina del Villar, ¡y cosa extraña! Cristina le amaba tambien, á pesar de un aumento nótable en los defectos físicos del Duque.

Durante su enfermedad habia sido éste atacado de una complicacion de parálisis, y habia quedado en tan mal estado, que sólo le era dado andar con el auxilio de dos muletas, que en su vida podria ya abandonar, segun el dictámen de los facultativos.

—Es una naturaleza completamente arruinada, habia dicho el médico de cabecera: el Duque ha gastado toda su vida sin cuidarse de su salud, devorado por un cerebro enfermizo y calenturiento, pasando los dias sin comer, y las noches en terribles insomnios: la falta de fe y de esperanza traia la falta de caridad y el ódio al género humano, y nada hay que más agote la vida que los sentimientos amargos.

—¿De modo, doctor—repuso la Condesa, que era á quien se dirigia el anterior diagnóstico—de modo que lo que le mataba era el aislamiento, la soledad del corazon?

—Precisamente: es una naturaleza enfermiza como ya he dicho; y al mismo tiempo los jugos de su organismo moral eran escasos, y estaban agotados.

Ante esta declaracion formal de la ciencia, la Condesa y Cristina no dejaron un instante de hacer compañía al enfermo, aunque éste se hallase ya convaleciente, y el Duque fué renaciendo á una vida que no conocia; á una vida inteligente, apacible y dichosa.

Nada sabía aquel hombre más que dudar y quejarse del cielo; su corazon ardiente se hallaba en la infancia del sentimiento: vió que, si no amado con pasion, podia ser querido con tierno afecto, y que áun le quedaban los goces del alma y del espíritu.

Encantado con la dulce compañía de Cristina y de su abuela, hubiera cedido todas sus riquezas, toda su opulencia, si á este precio hubiera podido conserverlas á su lado; pero ¡cuán impotentes son las riquezas para comprar las dichas del alma! ¡Ni un átomo de felicidad nos dan por sí solas!

Habia en el Duque una atraccion irresistible á causa de su talento y de su luminoso raciocinio. Poco á poco Cristina, que le amaba como á un amigo, le confió el secreto de su corazon, y el por qué estaba empeñada en no casarse, en no usar el título de su padre; el por qué pensaba en la soledad de un convento.

—He amado á Daniel con todo mi corazon, y no puedo querer á nadie más—le dijo un dia:—mi pensamiento constante es el de hacerle cesion del título de Conde del Villar y de todos mis derechos á ese patritrimonio tan rico, y casi perdido hoy.

—¿Y V., pobre niña?—preguntó el Duque conmovido.

—Me retiraré á un convento.

—¿Cree V. no poder amar ya á nadie?

—Creo, amigo mio, que yo no puedo amar dos veces, como le ha sucedido á Mistres Gastkel.

Cristina dijo estas palabras dirigiendo una melancólica sonrisa á su dama de compañía, que bordaba cerca del balcon.

—Ahora que ya voy aprendiendo lo que nunca he sabido acerca de los misterios del sentimiento—dijo el Duque—permítame V., mi amada Cristina, que le pregunte una cosa: aunque no sea *por pasion*, ¿no cree usted poder amar *por conviccion* á otro hombre?

—¡Oh, eso sí!—exclamó Cristina—¡pero un sentimiento de ese género no pasa de ser una amistad!

—¿Y qué es otra cosa que una tierna amistad el amor serio y razonado? La pasion pasa, y sólo queda de ella esa amistad noble y fiel.

—Quizá tenga V. razon, Duque,—dijo Cristina—en asuntos del corazon soy muy inexperta.

—¿No es V. mi amiga?—interrogó el Duque observando con ánsia el bello y simpático rostro de Cristina.

—¡La mejor amiga de V.!—exclamó ésta con ternura.

—¡Diga V. la única!

—¿Y mi abuela?

—Es V. mi única amiga de su edad; eso es lo que quiero decir: yo soy amigo de V. de otro modo que lo soy de la Condesa; y entre la amistad de V. y la que ella me profesa, hay tambien alguna diferencia.

—¿Cuál?

—Ni yo mismo lo sé decir; estos matices del sentimiento se sienten, pero no se explican: ¿no se halla usted bien á mi lado?

—¡Muy bien!

—¡Y yo al lado de V. soy del todo dichoso! ¡Hay en mi alma para V. un sentimiento de gratitud y de ternura inextinguible! ¡No amaba así á Adriana; era mate-

rialista, y ahora renazco, mejor dicho, nazco á la vida del alma, que jamas habia conocido! ¡Hay en mí caudales inmensos de ternura que gastar, porque ántes sólo gastaba caudales de cólera! ¡Por eso éstos están agotados, y de aquéllos me quedan grandes riquezas! ¡Cristina, acéptelos V.! ha hecho saltar el agua fecundante de la estéril roca, y hay en mí para V., para su ilustre abuela y para su noble amiga tanta gratitud, que no sé cómo expresarla.

El Duque dijo estas palabras con la voz llena de lágrimas y tendiendo una de sus manos á Cristina, y la otra á mistress Gaskell.

—Sí,—prosiguió el Duque pasados algunos instantes—yo era un pobre ciego, que se irritaba con las tinieblas que le envolvian... La vista de la noble abnegacion de la Condesa, de su fortaleza, de su piedad cristiana, de su fe inquebrantable en Dios; la contemplacion constante de V., de su juventud triste y solitaria, del luto de su corazon, noblemente llevado; de su virtud sencilla y modesta, que nadie celebra, pero que tanto brilla ante mis ojos; el ejemplo de esta otra viuda del corazon, que la hace compañía; estas tres vidas puras, inocentes, irreprensibles, y no obstante castigadas por la ruda mano de la desgracia, azotadas con todas las tempestades del dolor, de un dolor sobrellevado con heroica resignacion, me han hecho avergonzar de mis cóleras, de mis quejas y de mis impaciencias! Yo, hombre fuerte que podia sufrir; hombre opulento que podia socorrer, hombre de clara inteligencia que podia consolar, todo lo negaba, todo lo aborrecia; y vosotras, débiles criaturas,

todo lo sufrís, todo lo perdonais, todo lo amais! ¡Qué vergüenza para mí! ¡Qué gloria para vosotras!

Las dos mujeres, por toda respuesta, estrecharon de nuevo las manos del Duque, que no habian dejado; su modestia estaba asombrada de los méritos que les atribuian; su corazon daba la razon á aquel apasionado razonamiento de un fisiólogo eminente, de un hombre de alma elevada y de inteligencia superior.

Desde aquel dia, una mayor intimidad nació entre el Duque y su linda enfermera; ésta se fué adhiriendo sin saberlo á aquella alma viril y tierna á la vez: engañada en todos sus amores, sólo el afecto maternal de la Condesa y la amistad de Mistress Gaskell le hacian amar la vida; en cuanto á su amor por Daniel, y hasta en su amor filial, habia sufrido crueles decepciones, y profundamente herida, no habia pensado siquiera en exponerse á nuevas penas, aceptando las mil proposiciones de matrimonio que se le habian dirigido.

—No—se decia:—yo quiero *un alma*, y eso parece que es escaso en la tierra; quizá la halle en el cielo.

—¿Viviria V. contenta á mi lado?—le preguntó un dia el Duque.

—Sí por cierto—respondió Cristina con noble franqueza.

El Duque la miró largamente en silencio.

Cristina sostuvo lealmente su mirada el espacio de tiempo necesario para que comprendiese le decia la verdad; despues bajó sus grandes párpados, y un débil sonrosado se extendió por sus mejillas.

Se habian comprendido.

Al dia siguiente fué cuando el Duque dijo á Cristina en presencia de la Condesa:

—¿Quiere V. casarse conmigo? ¿Quiere V. ser la Duquesa de Aguilar?

La respuesta definitiva quedó aplazada; pero cuando el Duque, al dejar el lecho, hubo de adoptar las muletas, que ya no debia dejar en su vida, alzó los ojos al cielo con desesperacion, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas demacradas.

Cuando llegaron Cristina y su abuela, se estremecieron de la alteracion de su semblante.

—¿Qué sucede?—preguntó con ánsia la jóven.

—¡Renuncio á todo lo que pedí á V. hace algunos dias!—murmuró con desaliento.

—¿A casarse conmigo?

—Sí.....

—Y yo reclamo el cumplimiento de lo que ofreció—exclamó la jóven con generosa vehemencia.

—¡Por compasion de mi desgracia!

—Porque le amo á V., y más, cuanto le soy más necesaria en la vida..... Yo seré al lado de V. del todo dichosa, porque para mí no hay otra verdadera manifestacion del amor, que el consagrarme por completo al óbjeto amado.

—¿Y no se arrepentirá V., Cristina?

—¡Arrepentirse!—repitió la Condesa.—¿De qué? ¿De ser feliz? ¿No ha oido V. lo que dice?

—¡Es que no puedo creer en tanta dicha, señora!

—Pues crea V., porque Dios es bueno, amigo mio: todo el dolor que habia destinado á su vida, está agota-

do; ahora le envia la dicha, porque Cristina será para usted la amiga más tierna y más leal, la compañera más inteligente y más dulce.

El Duque alzó al cielo los ojos, y despues, sepultando entre ambas manos su semblante, el hombre fuerte, el razonador helado, el ateo convertido en creyente fervoroso, oró y lloró, dando gracias al Dios de amor y de perdon.

El casamiento se celebró en el oratorio del palacio del Duque, y la Condesa, con un amigo del Duque, fueron los padrinos: al llegar al salon, la nueva Duquesa tomó la mano de su abuela y la llevó al hueco de una ventana.

—Madre mia—le dijo presentándole un pliego doblado—aquí está la cesion que hago de mi título de Condesa del Villar en favor de Daniel: sé que esto te será más grato que si la cesion fuese hecha á favor tuyo; cuando él venga podrá aclarar el estado de sus bienes, y podrá sacar algunos de las garras de ese farsante, hoy único poseedor de ellos.

—¡Ay de mí!—exclamó la pobre madre.—¡Cuándo vendrá Daniel!

—¿Quién sabe si muy pronto? Madre mia, tú que eres la que nos das valor á todos, no desmayes ahora..... Ya tu vida de afanes debe tener fin..... ¿Siendo yo ahora tan rica..... ¿no admitirás de mi mano ningun auxilio?

—No, hija mia.

—¿Ni áun por Adriána y sus hijos?

—Por ellos, sobre todo, rehuso.

—¡No lo entiendo, madre mia, y tan prolongada resistencia de tu parte me ofende dolorosamente!

—No lo creo, y por lo mismo no espero que intentarás vencerla: lo que hago es estrictamente mi deber.

—¡Deber terrible!

—El deber podrá ser rudo de cumplir; pero cuanto más amargo, es tanto más dulce la satisfaccion de haberle cumplido. Adriana necesita el saludable cauterio de la pobreza y del trabajo: así como hemos educado el alma del que es hoy tu marido, así estoy educando el alma débil y extraviada de Adriana, templándola en el crisol del deber y dándola fuerza, porque carecia de ella por completo: que trabaje, que espere y que se resigne.

—¿Pero y esos pobres niños?

—¡Pobres!—repitió la Condesa con una brillante sonrisa de triunfo y de alegría.—¡Pobres mis nietos! ¿Es que quieres convencerme con sofismas, Cristina? ¡Mira que me enfadaré!

Y la Condesa amenazó gozosamente con el dedo á la jóven, que bajó confusa los ojos.

—¡Pobres mis nietos!—repitió la sublime abuela.—¡Dora y Augusta ganan ya con sus lecciones una onza cada mes! ¡Yo, que les he cedido esas lecciones, gano otras dos onzas! ¡Adriana borda, cose, cuida con Francisca de la casa, arregla los trajes de sus hijas, enseña á Clementina todas las labores, y sobre todo, nos ama ya con ternura! ¡Osvaldo estudia, dibuja; Carlitos canta, rie, nos alegra á todos! Despues de un dia consagrado al trabajo, al noble y santo trabajo, ¡qué agradables, qué dulces veladas pasamos reunidos! ¡No, no nos llames pobres, hija mia: yo soy más feliz trabajando por ellos y para ellos, oyéndoles decir que todo me lo deben, conso-

lando y sosteniendo á Adriana, que si tuviera las riquezas todas del universo!

Despues de una comida en la que se reunió toda la familia, la abuela, los nietos y la madre de éstos salieron de la suntuosa morada nupcial y se dirigieron á pié á su modestísima habitacion de la calle de las Huertas.

Adriana estaba desconocida: no era cólera ó desesperacion lo que se leia en su semblante, como cuando estaba bajo la funesta influencia de su madre: era una melancolía resignada; el talento de la abuela habia apagado el fuego devorante del rencor y de los celos, que como sierpes desgarraban el seno de la hija mimada, y pospuesta por su madre á un esposo indigno; aquel alivio moral habia cambiado totalmente la parte física de Adriana; sus ojos, hundidos por el insomnio, abrasados por las lágrimas de la cólera, habian perdido las venas enrojecidas de los párpados, y habian recobrado las largas y sedosas pestañas; su extrema demacracion habia desaparecido, y los delicados contornos de su talle, ántes redondos y encantadores, habian vuelto á adquirir toda su gracia y elegancia; el cabello se habia espesado, y estaba deliciosamente cuidado y dispuesto por la mano de aquella suegra maternal, pero más tierna y previsora que una madre; la terrible enfermedad de la boca, que producto de largas amarguras empezaba á desarrollarse en Adriana, habia sido contenida y curada por un hábil dentista; la vista de sus ideales gemelas, educadas por su abuela en el amor á lo bello y dedicadas al arte; la vista de aquellas niñas, sus hijas, sus primeras hijas, con los cabellos sueltos en rizos, los ojos y los labios

sonrientes, y vestidas siempre con sencillez exquisita; la vista de los dos niños pequeños, risueños y cariñosos; la vista de Osvaldo, serio y gallardo como su padre; el contacto, en fin, de tanta pureza, de tanto cariño, de tanta hermosura, habian labrado el corazon de la madre, como el lapidario talla y pule un rico brillante, envuelto aún en la tierra que le cubria.

A la vuelta del palacio ducal, Adriana subia apoyada graciosamente en el pequeño brazo de Osvaldo; su abuela le habia dicho al abrir Francisca la puerta de la calle:

—¡Da el brazo á mamá!

Adriana hablaba alegre y afectuosamente con su hijo, y la Condesa subia detras, apoyada en el brazo de su favorita Augusta.

—Hay una carta—dijo Francisca;—está sobre la mesa del salon.

Al entrar, Adriana se dirigió ansiosamente hácia la mesa, tomó la carta, miró el sello, y exclamó palideciendo:

—¡De Lóndres!

—Abrela y lee—dijo la Condesa.

—Es para V. madre mia.

—No importa; léela.

Adriana la abrió con mano trémula; decia así:

«*Sra. Condesa viuda del Villar.—Lóndres, Febrero de* 187...

»Mi pobre amiga Leocadia se halla en esta ciudad gravísimamente enferma y privada completamente de re-

cursos; yo estoy tambien sin ellos, y por tanto, me permito escribir á V. para que noticie lo que ocurre á Adriana con las debidas precauciones, por si desea ó puede ver á su madre.»

»Ésta se halla en la calle de la Reina Ana, núm. 96, y en la misma casa, y á su cuidado, se halla tambien su atenta.—S. S., Q. B. S. M.,

LA BARONESA DE LA CALZADA.»

Dentro venía el billete que ya conocemos dirigido á Adriana.

—¡Dios mio, mi madre se halla en la misma casa adonde reside Daniel!—exclamó aquella atónita.

—¡Singular coincidencia!—murmuró la Condesa.

—¿Qué haré?—interrogó Adriana con angustia.

—¿Y lo preguntas, querida mia? ¡Ir á ver á tu madre, á que te perdone, á perdonarla!

—¡Dejar á mis hijos!

—Te llevarás á Dora; no pienses que te dejaré ir sola.

—¡Pero yo tiemblo de ver á Daniel!

—¿Tienes miedo á tu marido? ¿al sér que más te ha amado sobre la tierra?

—¡Pero ya no me ama! ¿No sábe V. que no contesta á mis cartas?

—¿No recuerdas tú lo que le has ofendido, querida mia? ¡Dos sagrados deberes te llaman á Lóndres; ver y abrazar á tu madre moribunda; ver á tu marido, á mi hijo! ¡Vé, Adriana mia, vé á cumplir la mision que Dios te encarga..... es dura, es costosa, ya lo sé; pero no resistas á su voluntad paternal!

—¿Y por qué no va V., madre mia? V. lo conseguiria todo, en tanto que yo.....

—Tu deber es ir á cerrar los ojos á tu madre y alcanzar su bendicion ántes de que muera.

—¿Por qué no viene V. conmigo?

—¿Y tus hijos? ¿Y mis nietos?

—Cristina los cuidará.

—Mi sitio es éste: la abuela es la guardadora del hogar, cuando los padres no cuidan de él como deben. ¡No, hija mia, no: sólo la muerte me hará abandonar mi sitio!

—¿Pero no basta su amor á Daniel para decidir á usted? ¿No ansía ver á su hijo?

—¡Con toda el alma! pero amo por lo ménos tanto como á mi hijo, á mis nietos; y ademas, aquél ha sido culpable; estos son inocentes y yo los adoro!

—Abuelita,—dijo Augusta tomando la mano de la Condesa—¿has escrito tú alguna vez á papá que venga?

—Jamas, hija mia.

—¿Y por qué?

—Porque no debo hacerlo: si viene y me pide perdon se lo concederé al instante, con dicha inmensa, con apresuramiento; pero no haré ninguna otra cosa. La madre tiene su sitio, que no puede ni debe dejar; la esposa, los hijos tienen otros deberes distintos: yo me quedaré con vosotros. Id, las que teneis destinada por el cielo la dulce mision de consolar y redimir; id, Adriana, Dora, y traedme á mi hijo, al que es la mitad de mi vida, como vosotros sois la otra mitad! ¡Traedme á Daniel!

X.

Todo cuanto dinero habia en los cajones de la antigua papelera de la Condesa fué recogido por ésta, y se encerró en una bolsa de seda, que la noble señora puso en la mano de Adriana.

—¡Cómo! —exclamó Adriana.—¿Me da V. todo el dinero que hay en casa?

—No, me quedo tres duros, hasta que cobremos el mes vencido de lecciones.

—¡Eso no puede ser! Yo buscaré allí, y áun aquí ántes de salir.....

—¿Y dónde, mi pobre Adriana?

—Pediré á Cristina.....

—No pienses en eso: ha hecho ya empeño en que yo admitiera su ayuda, empeño formal, y lo he rehusado.

—¿Pero por qué?

—Por una repugnancia invencible á admitir nada en tanto que lo puedo obtener por mí misma.

La Condesa tenía razon: hija de un hombre altivo y honrado, y casada despues para vivir en una holgura casi régia, la altivez aristocrática de su carácter se hallaba suavizada por una dulzura infinita, pero existia indomable en el fondo de aquella alma heroica.

Adriana, por el contrario, desde la cuna estaba acostumbrada á pedir y á tomar, hallando natural y fácil el que todos la favoreciesen.

Sin embargo, ya lo hemos dicho; el alma de esta mujer no era dura y malvada; debia todos sus defectos, así como todas sus desgracias, á su fatal educacion: su madre, torcida desde muy temprano por la influencia de un esposo venal y depravado, la habia querido modelar á su imágen y semejanza; pero sus fatales ideas, sus funestas doctrinas, no habian podido alterar el fondo del alma de Adriana, y la superficie turbia se habia ido purificando al bienhechor influjo del heroismo de la abuela.

—¡Oh, señora—exclamó Adriana besando con lágrimas de gratitud la mano que le tendia aquel dinero, fruto sagrado del trabajo de una anciana y de tres inocentes niñas:—¡V. es mi verdadera madre, y no la que me ha dado vida material; porque á V. debo la vida del alma, y el no haber caido en el más profundo abismo de degradacion; sus ojos maternales me han seguido por doquiera; su mano me ha sostenido siempre, y me ha señalado la senda del deber, y ahora mismo para socorrer á mi madre, que tanto daño nos ha hecho á todos, me da V. todos los pobres haberes de que dispone; los míseros recursos de su casa!

—¡De mi casa!—repitió la Condesa.—¿Pues esta casa no es de todos nosotros? Y ese dinero ¿no lo hemos ganado todos? Tú, cuidando de la familia; las niñas, con su talento para la enseñanza; yo, con mis pobres tareas; y estas niñas, ¿no tienen el deber sagrado de socorrer á su abuela materna? Decid, hijas mias, si tuvierais un poco de dinero y yo estuviera muy enferma, ¿no lo gastarias por mí?

La respuesta á esta pregunta fué muda, pero elocuente.

Dora y Augusta se abrazaron á su abuela derramando lágrimas; Osvaldo y Clementina asieron sus manos besándolas con ternura, y Cárlos se subió al regazo de la abuela.

—¡Por tí dariamos hasta la vida!—exclamó en voz baja Augusta, y cubriendo de besos los blancos cabellos de la anciana.

—¡Lo sé, lo sé, hijos mios! y como la madre de vuestra madre es tan abuela vuestra como yo, que soy la madre de vuestro padre, le debeis tanto cariño como á mí.

—¡Eso no!—dijo Osvaldo—¡Tú nos quieres, y la otra abuela, no!

—¿Qué sabes tú?—preguntó su madre.

—¡Si nos quisiera viviria con nosotros!

—Vuestra abuela no ha podido vivir nunca en Madrid como yo; pero no por eso os quiere ménos.

El niño meció la cabeza mal convencido, y tampoco lo quedaron sus demas hermanos.

El viaje se dispuso lo mejor posible, y Adriana partió acompañada de una de sus dos gemelas, de Dora, que era la que más se parecia á su padre, y era tambien la de carácter más vivo y animoso.

La dulce Augusta, delicada como una sensitiva, ideal como la Ofelia de Sakespeare, no servia para ayudar á su madre, sino para llorar y sufrir en todas las contrariedades: por eso, su abuela que las conocia, habia elegido á su hermana como compañera de su madre.

Las viajeras atravesaron París, y sin detenerse tomaron el tren de Inglaterra, atravesando el temido canal de la Mancha, y llegando á Lóndres en la mañana de un nublado dia.

En la Estacion las esperaban mistriss Brandt, y la Baronesa de la Calzada.

—¡Gracias á Dios que llegas, mi querida Adriana—dijo Clotilde—lo deseaba así, tanto porque veas á tú madre, cuanto porque dejándola á tu cuidado, podré adelantar algo en mis negocios.

—¿Vive?—preguntó Adriana con angustia.

—Vive y está preparada para recibirte.

—¡Vamos, vamos á verla; vén, hija mia!

—¿Es hija tuya esta linda niña?

—Mi hija Dora: una de mis gemelas, dijo Adriana, presentando á su hija, no sin cierta expresion de orgullo matenal, á pesar de su pena.

La bella adolescente era digna de inspirarlo; casi tan alta ya como su madre, era como ésta esbelta y elegante; llevaba un vestido gris muy sencillo y un sombrero de fieltro del mismo color, con un velo blanco: este velo, anudado en la parte posterior de la cabeza, mezclaba sus largas puntas á los sedosos rizos de Dora, de un color castaño claro y armonioso; su abuela las habia acostumbrado á llevar una gran parte de su abundante cabellera suelta en rizos por los hombros y espalda, y este peinado prestaba una gracia poética á las dos gemelas.

Dora llevaba unas botitas grises tambien, que dibujaban á la perfeccion su pequeño pié; guantes de medio

color, corbata azul celeste, y un pequeño cabás en la mano.

El traje de su madre, de merino verde bronce, era de la misma hechura que el suyo. Adriana, curada ya de sus locas pretensiones á una niñez eterna y mimosa, madre ya, con la tierna gravedad que una madre necesita, habia arreglado su atavío con una sencillez digna y modesta: sus rubios cabellos, de nuevo largos y espesos, cuidados con elegante esmero, se doblaban en trenzas, bajo un sombrero de fieltro color de castaña, con velo negro, y adornado con una larga y rica pluma del mismo color, resto de sus pasados esplendores; y este sombrío atavío la hacía parecer más jóven de lo que era en realidad.

—¡Qué cambiada te hallo, Adriana!—exclamó Clotilde:—¡Apénas te conozco! ¡Qué dulce expresion en tus ojos! ¡Qué floreciente salud! ¡Qué bella estás! ¡Cuando dejé de verte, cuando dejaste el lado de tu madre y el mio, estabas envejecida, demacrada, irritable, iracunda, desesperada..... ¿Quién te ha cambiado así?

Adriana se contentó con sonreir tristemente; miraba á su vez á la pobre mujer que la hablaba; habíala conocido siendo el astro de los salones y la reina de la elegancia, y ahora la encontraba horriblemente fea y demacrada, surcada su cara de arrugas profundas, con los ojos hundidos y huraños: á la una la habia purificado el contacto de la virtud y de la desgracia; á la otra la habia envilecido la ociosidad, el desórden, el hálito impuro de todas las malas pasiones.

La Baronesa precedió á la madre y á la hija hasta la

habitacion de Leocadia; ésta se hallaba recostada en una pila de almohadas, y esperaba palpitante y ansiosa la llegada de su hija.

La destruccion habia invadido ya todo el sér de aquella mujer, que apénas llegaba á los umbrales de la ancianidad: sus cabellos se habian caido, y los que le quedaban se habian puesto del todo blancos; estaba espantosamente lívida, y su pecho se alzaba violentamente con una angustia profunda.

—¡Hija mia!—gritó con voz que quiso esforzar, sin que le fuera posible, pues ya se agotaban sus fuerzas.

Pero Adriana la oyó: toda la ternura que habia profesado á aquella madre, demasiado indulgente durante tantos años, renació de repente; olvidó el desamor de los últimos tiempos, sus últimas crueldades, y su corazon palpitó hasta querer salirse de su pecho; corrió desalada hácia la pobre moribunda, y la abrazó con infinita y desolada ternura.

—¡Hija mia!

—¡Madre!

Estos dos gritos fueron á resonar en el corazon de Dora, que se echó á llorar.

—¡Al fin te veo!—exclamó Leocadia.—¡Cuánto lo ansiaba! ¡Ahora ya puedo morir!

—¡No hables de morir, madre mia!

—¿Me perdonas? ¿Eres feliz?

—¡Ahora que te veo, soy casi dichosa!

—¡Ya te se conoce! ¡Qué bella estás otra vez! ¡Sí, tú eres mi Adriana, aquella Adriana que era mi orgullo y

mi delicia! ¡Este es tu cabello rubio, tan hermoso y abundante! ¡Esos son tus ojos!

La mujer de mundo, la heroína de los salones, no podia olvidar, ni áun á las puertas de la muerte, la pasion por la belleza, que toda su vida habia alimentado; los sentimientos tiernos tenian poca entrada en aquella alma frívola y superficial.

—Mamá—dijo Adriana—te traigo á una de mis hijas mayores. ¡Mírala! Se llama Dora, ¿te acuerdas? ¡Se parece á tí! Dora, abraza á tu abuela.

Al oir la palabra *abuela*, Leocadia desvió la vista con disgusto: era tal su apego á la juventud y á sus goces, que todo lo que implicaba ideas contrarias, la era penoso y aborrecible.

Miró á la niña y dijo friamente:

—Es bonita..... Se parece á su padre..... ¡Qué muchacha tan alta!

Y separó de nuevo los ojos de su nieta.

—Amiga mia—dijo Adriana á Clotilde—la vista de esta niña impresiona tristemente á mi madre; llévala á otra habitacion.

—Sal á la antesala y entra en la puerta de la izquierda, mi pequeña Dora—dijo la Baronesa;—allí está el comedor.

La niña obedeció tristemente; al entrar en la habitacion indicada, vió á un hombre vestido con sencillez y elegancia, que de pié al lado de una mesa, miraba los sobres de algunas cartas; al ruido de los pasos de Dora se volvió, se quitó el sombrero que llevaba puesto para salir, y la saludó cortésmente.

Dora respondió á su saludo con una graciosa reverencia; se quitó el sombrerito, y sus hermosos rizos inundaron sus hombros y su espalda; se quitó luégo los guantes, y se sentó.

—¿Quiere V. algo, señorita?—preguntó el que leia los sobres de las cartas, en correcto español.—¿Busca usted á la señora de la casa?

—No, caballero—respondió Dora;—soy una viajera que acaba de llegar.

—¿De París?

—De España; espero aquí á mamá, que se halla en la habitacion de mi abuela enferma.

—¿Luégo es V. nieta de una dama que, segun he oido, ha llegado enferma hace algunos dias?

—Precisamente.

—Aunque no la conozco ni la he visto, me interesa, porque dicen que es española como yo: ¿y de qué parte de España llega V. con su señora madre?

—De Madrid mismo, caballero.

—Yo vivo en esta fonda, y aunque sólo vengo á ella á dormir, ofrézcame V. á su señora madre para todo cuanto me crea útil.

—Diré á mi madre el bondadoso ofrecimiento de usted.

—Esta noche me ofreceré yo mismo á sus órdenes. Adios, señorita.

—Adios, caballero.

—¡Qué encantadora criatura!—pensó Daniel Villar volviéndose desde la puerta para mirar á Dora.—¡Qué rostro tan angelical!

—¡Qué cortés y qué afable es ese señor!—se dijo Dora.—¡Y qué buena figura tiene!

Y apoyando la mano en la mejilla, quedó pensativa.

Daniel salió; pero al fin de la escalera una fuerza irresistible le hizo volver á subirla, y entró de nuevo en el comedor; no sabiendo qué hacer, empezó á registrar de nuevo las cartas y periódicos.

—¿Está V. triste, señorita?—preguntó tímidamente á la niña.

—Sí, caballero—contestó ésta con candor.

—¿Y por qué? ¿Lo puedo saber?

—¡Por dos cosas: por lo que mi madre sufre aquí, y por haber dejado en Madrid á mi abuela y á mis hermanos, á los que amo mucho!

—¿Tiene V. muchos hermanos?

—Dos y dos hermanas.

—¿Menores que usted?

—Una es gemela mia; los otros tres son más pequeños.

—¡Dos gemelas!—repitió Daniel pensativo.—¿Qué edad tiene usted?

—Cerca de catorce años.

—¿Quiere V. decirme su nombre?

—¿Por qué no? Me llamo Dora del Villar.

—¿Y su hermana de usted? ¿Su hermana gemela?

—Se llama Augusta.

Daniel se apoyó en la pared: un deslumbramiento pasó por sus ojos; se puso lívido, y un segundo despues se precipitó sobre Dora, á la que estrechó convulsiva-

mente entre sus brazos, sujetándola á su pecho, y sin poder gritar ni hablar.

Por una maravillosa intuicion del alma, la adolescente no se asustó, ni su espanto hubiera podido durar mucho: un segundo hacía que se hallaba en los brazos de aquel hombre, cuando sintió caer sobre su frente y sus cabellos la lluvia de un llanto cálido, como las gotas de una tempestad, y en su oido resonó una voz que murmuraba con acento sofocado y oscuro:

—¡Hija mia!..... ¡Hija mia! ¡Hija mia!

—Dora, ¿dónde estás? —dijo cerca de la puerta del comedor la dulce voz de Adriana.—Vén, hija mia, vuelve conmigo.

Y Adriana apareció á la puerta.

Daniel fijó en ella una mirada sombría; tomó á Dora entre sus brazos, y pasando como un relámpago por delante de su mujer, corrió con su preciosa carga á encerrarse en su cuarto, cuya puerta cerró por dentro con doble llave.

Adriana, atónita, perdió el color; luégo, como si un resplandor fúnebre hubiera iluminado su mente, lanzó un gemido y cayó desmayada.

XI.

—¡Dora! ¡Hija de mi alma! ¿Eres tú? ¿Eres mi hija, una de mis hijas? Porque yo soy tu padre, yo soy Daniel

Villar, ¿me entiendes? ¿Me conoces? ¿Y tus hermanos? ¿Y mi madre, mi adorada y santa madre?

Estas palabras se escaparon en desbordado torrente de los labios de Daniel así que pudo dejar á su hija de pié, soltándola de entre sus robustos brazos, pero sin dejarla de la mano, como si temiera que se la fuesen á robar.

Sentándose despues, puso sobre sus rodillas á la aturdida niña, que le miraba con profunda ternura, y que le echó los dos brazos al cuello, haciéndole con ellos un amoroso collar.

—¡Ah, papá! ¡Mi querido papá!—exclamó con los ojos llenos de lágrimas.—¿Conque eres tú? ¿Ya te encontré? ¿Ya has vuelto de tus largos viajes? ¿Ibas ahora á Madrid, verdad? ¿Has visto á mamá? ¿Te vendrás con nosotras?

—No, hija mia—contestó Daniel estrechando otra vez á Dora contra su corazon;—yo no me iré, pero tú quedarás aquí conmigo.

—¿Y mamá? ¿Se quedará?

—No; tu madre se irá cuando quiera.

—¿Y á dónde se irá?

—¡A Madrid, á su casa!

—¿Pero no vivirémos aquí todos, no vendrán la abuelita, Augusta y los niños?

—Si quieren, sí.

—¿Y mamá?

—Tu madre vivirá sola.

—¡Dejar á mamá, eso jamas! Ninguno queremos hacerlo, empezando por la abuelita.

—Entónces—dijo Daniel con amargura—quedaos

con vuestra madre, y que venga la mia; eso me bastará.

—Dejar á la abuelita, ¿y podriamos hacerlo? Todos nos moririamos de pena, y ella misma no consentiria en separarse de nosotros; y ademas que eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque trabajamos todos juntos, y todos ganamos el dinero. La abuelita, Augusta y yo, damos lecciones de pintura, de frances y de inglés; mamá da lecciones de canto, de gramática, de dibujo y de labores bonitas, como bordar y hacer flores; Clementina cose; los dos niños estudian y nos divierten con sus risas y sus juegos.

—¿De modo que todos sois felices?—murmuró Daniel mirando á su hija dolorosamente.

—Cuanto es posible serlo sin tí; pero ahora lo serémos mucho más, porque te vendrás con nosotras; yo no te dejo ya.

—Pues quédate conmigo.

—No puede ser. La abuelita nos dijo á mamá y á mí: «¡Idos, amadas mias, y traedme á mi hijo, á mi Daniel».

—¿Eso dijo?

—Sí, papá; y ademas de eso, dijo otra cosa, que yo sola oí: el dia ántes de marcharnos dormia Augusta profundamente; yo, que ocupo una cama al lado de la suya, estaba desvelada; era ya cerca de la madrugada, cuando la abuelita entró con una lamparilla en la mano, se detuvo al lado de mi cama, y sin reparar en que estaba despierta, dijo á media voz: «¡Angel mio, Dora, tú traerás á tu padre á mi lado!»

Inclinóse dicho esto para besarme en la frente, y cayeron algunas lágrimas sobre mi rostro; yo habia cerrado los ojos para que me creyese dormida; ¡ pobre abuela mia ! ¡ llorar ella, tan viejecita, con el cabello todo blanco ! ¡ Ah, papá, esto me desgarraba el corazon !

Daniel ocultó los ojos con la mano, y dejó escapar un sollozo; el dolor, la vergüenza, la ternura, invadian su corazon al pensar en su heroica madre.

Dora, que lloraba tambien, echó atras sus copiosos rizos con un hechicero y natural movimiento, sacó del bolsillo su pañuelo, y separando la mano de su padre le enjugó los ojos, y le besó tiernamente en ellos.

—¿Con que trabajais todos?—preguntó Daniel, cuyo corazon se habia estremecido de placer con aquella inocente caricia, y que sentia una dicha inefable al tener á su hija entre sus brazos.

—¡ Todos, papá, y mucho, y con mucha alegría !

—¿ Quién os ha educado para que sepais enseñar, Dora mia?

—Desde leer y escribir, hasta todas las labores, desde lo más sencillo, hasta lo que sabemos de más difícil, todo nos lo ha enseñado una sola maestra.

—¿ Quién?

—La abuelita.

—¿ Ella os ha educado?

—Ella sola, y á mamá. Mamá cuando llegó con Carlitos, no sabía nada más que tocar el piano, y poco, porque lo habia olvidado: estaba enferma y muy desmejorada la pobre; ahora está alegre casi siempre, excepto cuando habla de tí, que llora—añadió la niña en una espe-

cie de parentésis, y queriendo ante todo poner á su madre en el mejor lugar posible.

—¿Llora?—repitió Daniel maquinalmente.

—Sí, papá, llora; y cuando los domingos nos lleva á paseo á Augusta y á mí, y nos habla con aquella adorable confianza que hace la miremos como á una amiga, nos dice: «Hijas mias, amad con todo vuestro corazon á vuestra abuela como la amo yo, que le debo mi redencion y mi resurreccion moral: yo era mala, egoista, perezosa, inútil para todo, ménos para gastar dinero. Así pasé los más bellos años de mi vida; y sin embargo, cuando ya no era jóven, vine al lado de vuestra abuela, que me amparó en su casa, y ella me abrió las puertas de otra nueva y eterna juventud; ella me ha educado y me ha enseñado el trabajo y la paciencia, que son las dos más santas leyes de la vida!»

Daniel quedó silencioso y pensativo; la hiel que llenaba su alma se iba asumiendo en mil sentimientos gratos; la dulce voz de su hija, el recuerdo del amor y de las virtudes maternales, aquel eco del hogar doméstico, hacía tantos años perdido para él, el filtro embriagador que se desprendia de los labios de Dora, y que parecia el fresco y embalsamado ambiente de la primavera, le sumergian en un aturdimiento tal, que no podia darse cuenta de lo que pensaba.

—¡Oh, padre mio, cómo ha cambiado tu fisonomía! ¡Cómo brillan tus ojos!—exclamó Dora.—¡Ahora te pareces todo á Osvaldo, lo vas á ver!

—¡Cómo!—exclamó Daniel.—¿Tienes ahí el retrato de tu hermano, Dora?

—¡Los de todos mis hermanos; mira, y el de la abuelita, toma!

La niña sacó apresuradamente del bolsillo de su traje cinco fotografías. Daniel, ansioso, no sabía á cuál mirar primero; queria ver á su madre y á todos sus hijos á la vez, y los besaba una despues de otro, y todos reunidos en su mano, llorando con abundantes y consoladoras lágrimas.

—¡Madre mia! ¡Oh, madre mia, qué anciana estás ya para desgracia mia!—exclamó.—¡Oh, hijos mios, hijos de mi alma, que hermosos sois!

—¡Mira Augusta, papá!—dijo Dora:—Se parece á la idea que nos hacemos de Ofelia, la heroína de Shakespeare! ¡Mira qué figura tan delicada; qué largos rizos rubios, qué ojos azules tan grandes, qué melancolía en sus facciones! ¡Augusta está siempre triste, papá! y muchas veces, al ver á las niñas de nuestra edad pasear con sus papás, me dice:

«Dora, nosotras no tenemos padre; el nuestro no nos quiere, porque está léjos de nosotras»!

—¡Calla, calla por Dios!—exclamó Daniel, que separó de sí á Dora, y levantándose se puso á pasear con agitacion.—¡No digas eso! ¡No amaros yo! pues si por vosotros, por mis hijos, no me he dado mil veces la muerte!

Y sin dejar de pasearse, iba mirando los retratos y besándolos con profunda ternura.

—La abuelita,—dijo Dora—no ha querido que viniese Augusta, si no yo, por dos razones: una, porque como hemos venido para ver á la otra abuelita, que está

muy enferma, ha temido que Augusta se pusiera mala, porque todo la impresiona y aflige; y la otra, por no quedarse sin ella, porque la quiere con pasion. Ya ves papá, como no puedes dejar de venirte con nosotras.

—¿Son esas las razones que hay?—preguntó Daniel, deteniendo su paseo ante su hija—¿el que tu abuela ame en extremo á tu hermana?

Y por los labios del padre pasó una casi alegre sonrisa.

—No, papá—dijo Dora—la razon principal es que si digo á mi hermana en una carta: «He hallado á papá, y como no puedo renunciar á él, despues de haberle conocido, y como no quiere salir de aquí, me quedo con él y renuncio á todos vosotros», si la digo esto, Augusta se morirá de pena, porque como somos gemelas y nos queremos tanto, no podrá vivir sin mí.

—Véte entónces al lado de tu hermana.

—¿Renunciar á tí? eso jamas, padre mio; pero ¿y mi madre? hasta luégo, papá; voy á buscarla, y á ver á mi pobre abuela enferma.

—¿Te acuerdas de ella?

—Así como de un sueño: siendo pequeñitas Augusta y yo, venía á veces á casa y se llevaba á mamá; pero como nunca nos quiso ella, ni vivia con nosotros como la otra abuelita....

Dora no pudo terminar; dos golpes sonaron á la puerta de la estancia.

La niña abrió la puerta quitando las dos vueltas que tenía la llave, y una figura pálida y triste apareció en el umbral.

Era Adriana: adelántose lentamente, cerró tras de ella la puerta, asió á su hija de la mano, y haciéndola arrodillar con ella á los piés de Daniel, dijo con voz quebrantada y llena de lágrimas:

—¡Hija mia, pide perdon á tu padre para mí!

—Papá,—dijo Dora asiendo las dos manos de Daniel; yo no sé en qué mi madre ha podido ofenderte; pero sea en lo que quiera—y no me lo digas jamas—en nombre de mi abuela, que la quiere como á su hija; en nombre de mis hermanos que la adoran; en nombre mio, que ya no me separaré nunca de tí, pues que estás solo y triste, perdónala!

—¡Aparta!—exclamó Daniel.—¡No sabes lo que pides, desgraciada niña; no sabes que esta mujer nos abandonó á todos! ¡No, no hay perdon para un crímen tan grande! ¡Por no perdonarla no estoy yo á vuestro lado, al lado de mis hijos! ¿Y ahora por sorpresa en un momento lo he de olvidar todo? ¡Eso no está en mi poder!

Adriana ocultó el semblante entre las manos y dobló la cabeza, presa de un profundo dolor: Dora, que como ella permanecia arrodillada, la abrazó con pasion.

—¡Mamá—le dijo—por amor mio y de mis hermanos, responde á esos cargos! ¡Que yo pueda defenderte..... si no, moriré de dolor! ¿Por qué nos dejaste? ¿Quién te obligó á ello?

—¡Me lo rogaba, me lo mandaba mi madre, hija mia, y yo, que la adoraba, no supe resistirla!

—¿Te obligó á ello mi abuela? ¿La que se muere ahora?

—¡Sí..... tu abuela!

—¡Yo absuelvo y perdono á mi madre de ese abandono, señor! — dijo la niña, obligando á levantar á Adriana y levantándose tambien.—Yo, hija, comprendo hasta dónde puede alcanzar el amor filial: mi madre no sabe mentir, y si aquella huida de la casa de su esposo y de sus hijos hubiera tenido otro motivo, no hubiera dado el que acaba de decir.

Adriana, sostenida moralmente, alentada en aquel trance terrible por su hija, pasó un brazo al derredor del cuello de Dora, y alzando los ojos al cielo, dijo con voz solemne:

—Por la vida de mis hijos, por la agonía de mi madre, que va á morir, juro que nada hay en mi vida que me haga indigna de los que amo: la escasez, la pobreza me asustaban, y fuí al lado de mi madre, que me brindaba el lujo y la riqueza.

—¡Adriana, Adriana, sal al instante! — gritó la voz de la Baronesa.

Daniel abrió la puerta.

— Me hacen venir para prevenirte — dijo Clotilde.— ¡Valor, Adriana! Tu madre pide verte, y á tu hija tambien, y á Daniel, que acaba de saber vive aquí.

—¿Quién se lo ha dicho?—preguntó Daniel.

— Un criado de la casa, que, creyéndola de ménos peligro, le ha contado la escena del comedor cuando se llevó V. á Dora. Leocadia lo ha adivinado todo.

—No voy—dijo Daniel bruscamente;—¿para qué he de ver á esa mujer, causa de todos mis males?

—¡Ah, papá, para perdonarla! — exclamó Dora

mirándole con ternura.—¡Es tan dulce perdonar!.....

—Señora, puede V. ir al lado de su madre y llevarle á esta niña—dijo Daniel.—En cuanto á mí, no tengo el valor necesario para volverla á ver.

—¡Oh, no! ¡Yo no me separo de aquí!—gritó Dora pálida y convulsa, asiéndose á su padre.—Mi abuela se morirá de todos modos; yo no la conozco, no la quiero, porque ella separó á mamá de nosotros; ¿por qué he de ir á verla? ¡Para que miéntras yo estoy allí, papá huya de aquí, y le perdamos para siempre! No, yo no me separo de él, mamá! Ni tú tampoco; ¿no sabes lo que nos dijo mi abuela? *¡Traedme á Daniel!* Sí, nos lo encargó, y yo no he de dejar ya que se me escape. Es la única gran prueba de amor que puedo dar á mi abuela, y se la daré.....

—¡Dora, hija de mi alma! ¡Mira que yo debo ir al lado de mi madre!—sollozó Adriana.—¡Si ahora falto yo á este deber sagrado, temeré que cuando yo vaya á salir de este mundo, falteis vosotras, mis hijas, al lado de mi lecho, para cerrarme los ojos!

—No, no dejo á mi padre, que va á alejarse de nosotras—respondió Dora, cuyo frágil cuerpo sacudia ya una convulsion nerviosa por la violencia que se hacía para desobedecer á su madre.

—¡Vén, hija mia!—dijo gravemente Daniel.—Yo iré contigo, y por tí venceré el rencor que esa mujer me inspira: es la mayor prueba de amor que puedo darte.

Dora se apoyó con fuerza en el brazo de su padre: estaba pálida y demudada; ambos se encaminaron á la habitacion ocupada por Leocadia, y Adriana los siguió,

absorta en un mar de pensamientos, cada uno más amargo y doloroso.

XII.

Leocadia se hallaba casi incorporada en el lecho, y sostenida por muchas almohadas colocadas detras de su espalda; la palidez de la muerte cubria sus mejillas; sobre sus ojos, áun hermosos y que parecian más grandes, se habia ya extendido la sombra funeral de la muerte; de vez en cuando aquellos bellos y rasgados ojos se cerraban con fatiga; su pecho se levantaba con una angustia profunda.

Adriana corrió al lecho de su madre, y la abrazó vertiendo lágrimas; luégo se volvió á la Baronesa y le preguntó:

—¿Se ha confesado?

—No quiere— respondió ésta:— ya se halla en casa un sacerdote católico esperando á que le llame, pero no lo espero.

Leocadia oyó estas palabras, é hizo con la cabeza una enérgica señal de negacion.

—Madre mia, ¿por qué no quieres escuchar al ministro del Señor?— preguntó dulcemente Adriana.— ¡Esto no te pondrá peor; al contrario, quizá la tranquilidad del ánimo traerá para tí una saludable mejoría!

—No — contestó Leocadia con voz débil:— sé que me muero, pero no quiero confesarme.

—¿Y por qué?

—¡Porque no creo desde hace mucho tiempo en ninguna de vuestras sandeces!

—¡Oh, mamá! ¡Hazlo por mí, por tu hija única, á la que tanto has querido siempre!

—¡No! ¿Qué me importa de tí, hija ingrata, que dejaste mi lado y me abandonaste á mis enemigos?

—Madre mia, ¿no recuerdas que me dijiste que me fuera? ¡Yo no te abandoné! ¡Yo te amaba y te he amado siempre! ¡Tú, por desgracia, me perdiste todo el cariño que me habias tenido!

La moribunda guardó un sombrío silencio.

—¡Madre, por Dios, déjame llamar al sacerdote!— insistió Adriana.—¡No me dejes con la horrible pena de tu impenitencia! ¡Permite que llegue tu alma á los piés de Dios purificada de sus culpas!

—¡Déjame morir en paz! — exclamó Leocadia.—¡En nada creo!

—Madre— dijo Adriana acercando sus labios al oido de la rebelde pecadora: — las oraciones del sacerdote apartarán de los umbrales de esa otra vida en que vas á entrar, á una sombra irritada..... Yo nada sé de esa terrible página del libro de tu vida..... pero me lo figuro todo..... Madre, ¿no te acuerdas ya de tu segundo esposo? ¿No ves en sueños terrible y amenazador al Conde del Villar?

Leocadia abrió espantada los ojos, que tenía cerrados al hablar su hija; pasó por ellos como una luz funeral, y dijo con voz ahogada:

—¡Que venga..... que venga el confesor!

Todos se retiraron á los piés de la estancia, y el sacerdote escuchó la confesion de Leocadia y purificó aquella alma llena de sombras con las sagradas palabras de la absolucion, con que la Iglesia despide hasta á sus hijos más culpables.

En seguida llegó Dios á visitar á aquella criatura rebelde bajo la forma del Santo Viático, preparado, como la Uncion, en una habitacion próxima; y ya reconciliada con su Dios, Leocadia probó algunos momentos de reposo.

—¡Mamá—dijo Adriana, que lloraba copiosamente—perdóname todo lo que haya podido ofenderte, y bendice á mi hija!

—¿No está allí?—preguntó Leocadia.—¿No estaba allí hace poco con su padre? Creo haberla visto..... pero ya mi vista se turba.....

—Aquí están Daniel y nuestra hija.....

—Que se acerquen los dos.....

A una señal de Adriana se acercaron padre é hija.

La moribunda buscó á tientas la mano de Daniel, cuyo primer movimiento fué retirar la suya; pero despues, por un violento esfuerzo, la colocó bajo la de la pobre mujer.

—¡Adriana ha sido siempre una mujer honrada, Daniel!—dijo Leocadia.—En esta hora, en que ya estoy al borde de la tumba, no sabria yo, no podria mentir..... Sólo á tí ha amado sobre la tierra, y léjos de tí..... léjos de la influencia de tu amor y de la influencia de tu madre, hasta se olvidó de su belleza y de su juventud..... hasta se volvió fea..... y eso la hizo perder mi cariño.....

¡Daniel, cree á una madre moribunda! Mi hija no es indigna de tí..... Créeme..... y dime que me crees, para que pueda yo morir en paz.....

—Lo creo..... señora—dijo Daniel con esfuerzo.

—Por la vida eterna donde voy á entrar, te juro que puedes creerlo.....—dijo Leocadia con una energía y una conviccion que parecian dictadas por una fuerza sobrenatural.

Reinó durante algunos instantes un silencio sólo interrumpido por la recomendacion del alma que rezaba el sacerdote.

—Vén, hija mia..... ¿Quién de mis..... *nietas* eres tú? —preguntó Leocadia, pronunciando aún con amargura aquella palabra.

—Es Dora.....—respondió Adriana acercando á la niña.—¡Es una de mis gemelas, mamá!

—¡Pobres niñas! ¡Cómo me irritó vuestro nacimiento!—dijo Leocadia con una triste sonrisa.—La idea de que iba á ser abuela, era para mí un tormento..... ¡Ah! ¡De qué dichas tan puras me he privado por culpa mia! Vén, hija mia, vén para que te dé el primer beso maternal.....

Dora inclinó su linda cabeza, poblada de rizos, para que su abuela apoyase en su frente sus labios, frios ya.

—Hijas mias, sed buenas para vuestra madre..... amadla..... amad á vuestro padre..... amad, y sobre todo, obedeced á vuestra abuela..... á la otra abuela que os queda..... y decidle que ruegue á Dios por mí.

—Vén, Adriana—dijo Daniel, que rendido por lo triste y solemne de la situacion, olvidó todos sus renco-



res, y sólo pensó en evitar á su mujer el dolor de ver espirar á su madre;—vén conmigo.

Pero Adriana y Dora, inclinadas hácia la moribunda, lloraban silenciosamente, teniendo cada una asida una mano de Leocadia.

—¡Bendito..... bendito seais, Dios mio!—murmuró Leocadia en el estertor ya de la agonía.—¡Me habeis dejado morir..... viendo á mis hijas.....; yo os adoro, yo creo en vos....., misericordia....., perdon!.....

Su cabeza cayó hácia atras; sus ojos se cerraron, y una sonrisa de tranquilidad y de paz erró por sus labios, helados ya por el soplo de la muerte.

. . . .

En la tarde de aquel mismo dia, Dora escribia á su abuela este telégrama, dictado por su padre:

«Mi abuela acaba de morir.—Mamá sale dentro de tres dias para esa; yo me quedo con papá, que está solo y triste. ¡Adios, abuela mia!»

—Ahora—dijo Daniel tomando el papel para llevarlo á las oficinas del Telégrafo;—vé al lado de tu madre, hija mia, y acompáñala en su justo dolor.

—¡Oh, papá mio!—exclamó Dora;—¡piénsalo bien ántes de salir! ¿Te niegas á venirte con nosotras?

—Absolutamente—contestó con firmeza Daniel.

—¿No te llama allí el amor de mis hermanos?

—¡Dora, no desgarres mi corazon!—exclamó el pobre padre;—¡por ver una sola vez á mis hijos consentiria en morir mañana si los abrazase hoy! ¡Por ver á mi madre, soportaria los más terribles dolores.....; con-

sidera, despues de dicho esto, si me costará quedarme, y no me ruegues más!.....

La niña inclinó la cabeza, y en su bello rostro se pintó una angustia mortal; pero no contestó nada.

—Ya no eres una niña, Dora—prosiguió Daniel—y quiero abrirte uno de los pliegues más sombríos de mi corazon; no puedo vivir con tu madre sin darme ante el mundo una patente de hombre débil y sin honor.....; me abandonó á mí y á vosotros, y huyó de la casa conyugal, sin una palabra de despedida.

—Se llevó á uno de nosotros, y los demas la hemos perdonado, padre mio.

—¡Yo no puedo perdonarla!

—Pues si no puedes, ¿qué hacer?—dijo Dora tristemente;—¡nos resignarémos á nuestra gran desgracia! ¡Yo perderé á mi madre, á mi abuela, á mis hermanos! ¡Ellos nos perderán á tí y á mí!

—¡No, hija mia! véte con tu madre y vuelve al lado de los que amas.

—Te amo á ti, papá mio, y con todo mi corazon! por eso no te dejaré: ¡si supieras cuánto Augusta y yo hablábamos de tí con nuestra abuela! ¡Si supieras cuánto deseábamos verte! Mamá nos decia que eras muy bueno y que nos querias mucho, y áun te recordábamos de cuando éramos pequeñitas: ¡más feliz que mis hermanos, te he conocido y no te dejaré ya! ¿No quieres venir con nosotras? Pues yo me quedaré contigo.

—¿Y Augusta?—exclamó el padre aterrado al pensar en la solidaridad que une á los hermanos gemelos,

y que desde su nacimiento unia tambien á sus dos hijas.

—¡Será lo que Dios quiera, porque no puede pasarse sin mí y es muy delicada!

—¿Y tú?

—Yo moriré léjos de ella y de mi abuela—respondió Dora con sublime sencillez; pero miéntras viva, estaré á tu lado y no te dejaré solo.

—¿Y crees que yo te dejaré morir?

—No hay más remedio, puesto que no puedes venirte con nosotras.

Daniel salió de la estancia, llevando, sin embargo, en la mano el telégrama de Dora á su abuela; su corazon se desgarraba, su corazon volaba hácia su madre, hácia sus hijos; su orgullo, herido, le retenia en suelo extranjero, como una cadena de hierro.

Cuando su padre salió, Dora permaneció algunos instantes como asombrada.

Apoyó sus dos brazos en una mesa que tenía cerca, y en ellos su cabeza dolorida; parecíale que su corazon se habia dividido en dos, que una mitad se iba á Madrid con su madre, y que la otra sangraba dentro de su pecho.

Esta tremenda lucha la quitó hasta el pensamiento, y su madre, cuidadosa por su ausencia, fué á buscarla, hallándola inmóvil en su doliente postura.

—¡Dora!—dijo Adriana, que al levantarse de orar ante el cadáver de su madre, se halló á su hija como anonadada.—¡Dora, hija mia! ¿Qué tienes? ¡Qué pálida estás! ¿Dónde está tu padre?



—¡Ah, mamá!—exclamó la niña sollozando:—¡no quiere venir con nosotras!

—¿Dónde está ahora?

—¡Ha ido á poner un telégrama á mi abuela, que he escrito yo!

—¿Te lo ha mandado él?

—¡Sí, mamá!

—¿Y qué dice?

—Que tú marcharás dentro de tres dias, y que yo me quedo aquí.

—¿Y quieres quedarte tú?

—¡Es mi deber!

—¡Tu deber el abandonarme!

—¡Tú tienes á mis hermanos; papá está solo!

—¡Es verdad!—exclamó Adriana, asiendo convulsivamente á su hija entre sus brazos: él está solo y tú no le dejarás....., yo debo cederte á él..... ¡Pero, cómo vivir sin tí, mi bien, mi dulce Dora!

—¡Dios nos dará fuerzas á todos, mamá!

—¡Vén, hija mia, vén á orar conmigo!—dijo Adriana; arrodíllate ante el cadáver de tu abuela, y ojalá su alma purificada por el arrepentimiento, y ya al lado de Dios, nos alcance algun consuelo de su bondad! ¡Pidámosle á lo ménos resignacion!

El resto de la tarde y la noche entera lo pasaron madre é hija al lado del cadáver.

A las diez de la mañana siguiente, y poco ántes de que viniesen á buscar aquellos tristes restos, la Baronesa entró con un pliego en el salon.

Era un telégrama de Madrid para Dora.

Su padre la llamó desde la puerta de la estancia mortuoria, y le presentó el pliego, que la niña abrió con mano trémula; decia así:

«Dora, si tu padre no quiere venir, déjale que se quede; tú acompañarás á tu madre, y te volverás á mi lado; te lo pido en nombre de los dias que me quedan de vida.»

Dora, yerta, inmóvil de pavor, tendió á su padre el telégrama de su abuela.

Daniel pasó la vista por él, y una palidez cadavérica cubrió sus facciones.

Antes de que ni el padre ni la hija pudieran hablar, entraron de la parroquia católica á buscar el cadáver. Adriana, que áun permanecia arrodillada, lanzó un grito penetrante.

—¡Oh, madre mia, madre mia!—exclamó:—¡para siempre adios!

Daniel acudió á socorrer á su mujer; en el fondo de aquel corazon habia reverdecido el amor de la juventud, y entre los escombros y las ruinas de todas sus esperanzas, brotaba la rama fresca y florida del cariño paternal, que le hacía olvidar sus pasados tormentos.

El cadáver salió de la casa, y Daniel subió á un coche para acompañarle á un cementerio católico.

La brillante, la hermosa, la adorada Leocadia Torres, no llevó á la tumba otro acompañamiento que Daniel Villar, la más desgraciada de sus víctimas, y Mister Brandt, esposo de la antigua camarera de Clotilde.

Al dia siguiente Daniel, que tenía algunos ahorros

de sus trabajos en el bufete del abogado que le ocupaba, costeó un modesto funeral por la madre de su esposa, en una capilla católica, y entregó á mistriss Brandt una cantidad para que hiciera los trajes de luto de Adriana y Dora.

La Baronesa lloró sinceramente á su amiga, y se quedó en Lóndres al lado de su antigua camarera, que, como ya dijimos, la ocupó en un cargo de confianza.

Al dia siguiente de los funerales, Adriana fué á despedirse de la tumba de su madre; cubríala una sencilla lápida de mármol negro, sobre la cual se leia este sólo nombre:

«LEOCADIA.»

Dora acompañó á su madre; eran las ocho de la mañana, y á las diez debia Adriana tomar el tren para España.

Adriana besó con lágrimas la piedra despues de un rato de fervorosa plegaria, y seguida de su hija salió del cementerio y volvió á su casa. Daniel las esperaba en el salon.

—Adios, papá—dijo Dora con voz quebrantada;—dame un abrazo para que lo lleve á mi abuela.

—¡Cómo! ¿Me dejas?

—Mi abuela lo manda.

Tomaron un carruaje de alquiler, subieron los tres en él y llegaron á la Estacion.

—¿Dónde están tus promesas?—exclamó dolorosamente Daniel mirando á su hija.

—No me puedo resistir al mandato de mi abuela.

—¡Vénte, Daniel!—murmuró tímidamente Adriana.—¡Vuelve á tu patria, tus hijos te tienden los brazos! Tu madre me dijo: «*¡Tráeme á Daniel!*»

—¡Viajeros al tren!—gritó una voz.

—¿Me abandonas, padre?—dijo Dora ya dentro del coche con voz llena de lágrimas y tendiendo ambas manos á Daniel.

—No—respondió éste asiendo las manos de su hija, subiendo al coche y sentándola sobre sus rodillas;—¡no puedo renunciar á tí, hija mia! ¡Tú me presentarás á tus hermanos y á tu abuela!..... ¡Ya soy vuestro para siempre!

Dora lanzó un grito de alegría y se abrazó con fuerza á su padre, como si temiera que fueran á arrebatárselo.

Sonó el estridente silbato, y el monstruo alado, la rápida locomotora tendió en los aires su larga cabellera de humo, y emprendió su gigante carrera, conduciendo á la patria á Dora y á sus padres.

EPÍLOGO.

Dos años han pasado.

En el mismo hotel, situado en el paseo de la Fuente Castellana en que dió principio esta historia, se advierte gran vida, inusitado movimiento, tratándose de la hora avanzada en que invito á mis lectores para que me acompañen y crucen conmigo sus elegantes habitaciones.

El edificio se ha hecho mucho mayor, ensanchando de una manera bella y artística los pabellones de los costados, á los que se entra ahora por dos puertas separadas del cuerpo principal del hotel, y sostenidas por bellas y esbeltas columnas de escayola.

Estos dos pabellones se hallaban iluminados suavemente; pero todo el piso bajo del cuerpo del centro ó principal dejaba escapar por sus ventanas raudales de luz, pareciendo á träves de los anchos cristales un palacio incendiado.

No eran otra cosa aquellas luces, con ser tan vivas,

que los reflejos de la dicha que se aposentaba en aquel recinto: en el oratorio del palacio se habian casado á las diez de la noche las dos hijas mayores del Conde del Villar, Dora y Augusta, de edad apénas de diez y seis años: estas dos niñas gemelas eran tan bonitas, que se las consideraba como á las dos perlas de la aristocracia madrileña.

Cuando por las tardes salian á paseo en carretela descubierta, acompañadas de su anciana abuela, todas las miradas se fijaban, llenas de una afectuosa simpatía, en las tres personas que componian aquel interesante grupo.

Tanto como las figuras de las gemelas eran risueñas, frescas, encantadoras, tanto era de venerable y bondadosa la de su abuela: delgada, con los cabellos blancos como la nieve, traje negro, siempre de rica tela y hechura sencillísima, aquella anciana hubiera inspirado por su solo aspecto el respeto y el cariño, si no lo hubiera inspirado ya por las altas prendas de su corazon y de su carácter, bien sabidas de toda la buena sociedad de Madrid.

Todas las pruebas más dolorosas que puede enviar el cielo las habia soportado aquella noble dama con cristiana resignacion, con heroica paciencia; pero al fin el sol de la ventura habia lucido para su familia, y sus últimos años sobre la tierra eran llenos de paz y de dicha.

Su hijo Daniel llevaba noble y dignamente el título de Conde del Villar: la fortuna, conquistada con esfuerzo de las ruinas en que ajenos desaciertos la habian sumergido; la paz y el amor de la familia asegurados, la posicion honrosa y altamente considerada, la educacion

de los hijos encaminada al bien, y, por último, los brillantes casamientos de las dos hijas mayores del Conde con los herederos de dos de las mejores casas de la nobleza, respondian á la noble, á la esforzada abuela de un seguro y dichoso porvenir para los suyos.

Tres salones espaciosos y seguidos se hallaban llenos de gente: en el fondo del de el centro se hallaba la Condesa viuda, la madre del Conde, la venerable abuela, sentada en un gran sillon dorado; llevaba un traje de paño de seda negro y una gorra de encajes blancos sin bridas y cuyas ondas suaves caian sobre sus cabellos, más blancos y suaves que el encaje: á su lado se hallaba sentada una de las dos novias, vestida con un sencillo traje de tafetan blanco y con los dorados cabellos sueltos en rizos: era Augusta, la favorita de su abuela, y la más alta de las dos gemelas.

—¿No vas á bailar, hija mia?—preguntó la abuela.—Ya he oido preludiar un vals, y veo á tu marido que te busca.

—No—respondió Augusta;—miéntras bailan esto, Gerardo y yo nos estarémos contigo.

—¿No me acompaña Clementina?—dijo la abuela mostrando á una niña preciosa, como de doce años de edad, y sentada en la banqueta en que apoyaba los piés.

—Tambien te acompañarémos ahora Gerardo y yo.

En aquel instante un caballero de elegante y noble figura se acercó al grupo.

Era Daniel, pero el Daniel de los buenos tiempos, gallardo, distinguido, de fisonomía tranquila, expresiva, bella y simpática sobre toda ponderacion.

Ni una hebra de plata habia en sus cabellos negros: sus ojos reian con encanto incomparable, y su barba, negra, fina y rizada, daba á sus facciones un carácter varonil que templaba la expresion un poco melancólica de su sonrisa.

—¿Cómo va, mamá?—preguntó sentándose al otro lado de la anciana y tomándola afectuosamente la mano.

—¿Cómo me ha de ir, hijo mio? ¡Muy bien, como á todos! Hoy es uno de esos dias de bendicion que Dios envia para embellecer la vida.

—Augusta, ¿dónde están tu madre y tu hermana?—preguntó el Conde á su hija.

—Despidiendo á Cristina estaban, papá—contestó la rubia desposada—que se ha marchado por no dejar solo por más tiempo á su marido; pero aquí vienen ya.

—Dos mujeres avanzaban la una al lado de la otra: ambas tenian la misma estatura alta y elegante; ámbas eran delgadas y estaban dotadas de exquisita distincion; pero eran la rosa y el capullo, la primavera y el estío.

La de más edad, la madre, era rubia como Augusta, con grandes y serenos ojos septentrionales, en los que la luz era á la vez profunda y radiosa: el amor á lo bueno y á lo bello, la sensibilidad y la ternura cruzaban sus rayos en aquellos ojos, y les daban una expresion de dulzura y de melancolía imposibles de pintar; la tez de Adriana era otra vez de marfil y rosa y sombreaba sus mejillas la oscura sombra de sus pestañas, que contrastaba con el dorado color de su cabellera; su traje, sin ninguna pretension juvenil, era de una elegancia suprema; llevaba un largo traje de gro mate, color de paja, ador-

nado de encajes negros y de camelias color de rosa, con anchas hojas verdes; un collar de hojas verdes, alternadas con hermosos brillantes, ceñia su cuello un poco largo con una elegancia incomparable, y otra guirnalda de hojas verdes y de brillantes ceñia su cabeza, y sujetaba sus espesos cabellos, hechos trenzas y rizos elásticos y sedosos.

Dora, más morena que su madre, se asemejaba á Hebe, la diosa de la juventud: sus grandes y luminosos ojos garzos reian entre dobles franjas de negra seda; su cabellera, hecha ondas naturales, se rizaba copiosamente en abundosos rizos que se escapaban de la gran masa de sus cabellos, sujetos con un peine de perlas; su vestido, de tafetan blanco como el de su hermana, no tenía, como el de Augusta, otro adorno que unos plegados de tul, entre los que se veia una guirnalda de azahar; los brazos de las dos gemelas estaban cubiertos con guantes blancos y largos hasta cerca del codo.

Detras de Adriana y Dora venian asidos del brazo Osvaldo y Cárlos; aquél contaba ya cerca de catorce años; Cárlos tenía diez y medio; eran dos hermosas criaturas, llenas á la vez de viveza y de distincion nativa, y sus semblantes presentaban, á traves de las gracias de la infancia, la imágen de la más perfecta dicha infantil.

—¿De dónde venís?—dijo Daniel.

—Hemos salido para despedir á Cristina y para ver si la niña duerme—dijo Adriana.

—¡Eres más extremosa con tu última hija que yo con todos los otros!—dijo sonriendo la abuela.

—¡María es tan endeble, madre mia!..... Y ademas,

estoy acostumbrándome á cuidar niños para cuando sea abuela, que tardaré un año á lo más.

Adriana dijo estas palabras en voz baja y señalando á sus dos gemelas, casadas aquella misma noche, con una sonrisa llena de ternura.

En aquel momento, y uno por cada lado, llegaron dos jóvenes elegantes, que se acercaron á las dos gemelas.

—Ven, Dora, que van á tocar un vals—dijo el uno presentando el brazo á su mujer, pues eran los dos recien casados los que llegaban.

—Vamos, Augusta—dijo el otro.

—No—contestó la jóven;—estoy cansada.

—Entónces me quedaré aquí á tu lado.

Y tomando una silla se sentó en el grupo, cuyo centro era la venerable figura de la abuela.

. . . .

Al dia siguiente los periódicos noticieros traian el siguiente suelto:

«Ayer se ha verificado el enlace de las dos hijas mayores del señor Conde del Villar con dos jóvenes de la primera nobleza: la señorita Dora ha dado su mano al Marqués del Prado; su hermana gemela, la señorita Augusta, al Duque de Pravia; han sido padrinos la venerable abuela de las encantadoras novias y el padre del señor Marqués del Prado, uno de los contrayentes; deseamos á los dos jóvenes matrimonios una eterna luna de miel.»

Eterna fué, en efecto: jamas el dolor volvió á asomar su torva faz entre aquella familia que tanto habia castigado.

Daniel, cuidadoso de la rica fortuna que habia llegado á recobrar, era el mejor de los hijos, de los esposos y de los padres, y Adriana habia aprendido todas las virtudes del hogar de la venerable abuela.

Dora y Augusta ocupaban, cada una con su marido, los pabellones de ambos costados del hotel; pero la comida principal del dia la hacía reunida la familia, y las veladas se pasaban en la más dulce intimidad.

Sentada la abuela en un ancho sillon, formaba su córte toda la familia, á la que se reunian Cristina, su marido y mistres Gaskell, que no se habia separado de la Duquesa.

La alegre Marquesa del Prado; la dulce y melancólica Duquesa de Pravia; los Condes del Villar y sus cuatro últimos hijos, Osvaldo, Clementina, Cárlos y María (ésta aún en los brazos de su madre, que la criaba), rodeaban á la ilustre anciana y se disputaban sus sonrisas y sus miradas: le preguntaban, le consultaban y le decian sus pequeñas penas. La abuela oia á todos, calmaba á todos, y les repetia siempre:

—Amad y esperad: estas dos cosas constituyen la gran ciencia de la vida, y de ellas nace la luz que ilumina sus más oscuros misterios.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS DE LA AUTORA.

NOVELAS ORIGINALES.

El Lazo de flores.	1 tomo.
La Rama del sándalo.	1 »
El Angel del hogar..	3 »
Á la sombra de un tilo.	1 »
Dos venganzas.	2 »
El Sol de invierno.	2 »
Margarita.—La flor del Castellar..	1 »
La Senda de la gloria..	2 »
Amor y llanto.	2 »
Celeste.	1 »
El Almohadon de rosas.	1 »
La Gitana.—Rosa..	1 »
Plácida.—Un Drama de Familia.	1 »
Querer es poder.	1 »
Un nido de palomas.	1 »
Á rio revuelto......	2 »
La Vírgen de las lilas..	1 »
Fausta Sorel.	2 »
Cuentos de color de cielo..	1 »
El último amor.	1 »
Veladas de invierno.	2 »

MUJERES CÉLEBRES.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

Reinas mártires.	2 tomo.
Glorias de la Mujer..	1 »
La Condesa de Genlis.—Eva.	1 »
Juana d'Arc.—Catalina Gabrielli..	1 »
Eloisa.—María Teresa de Austria..	1 »
La Marquesa de Sevigné.—Blanca Capelo..	1 »
Agripina.—Santa Teresa de Jesus.	1 »
Cristina de Suecia.—La Condesa de Albani.	1 »
Santa Adelaida.	1 »

María Delorme.—Isabel Farnesio. . . . . 1 tomo.
Ana María de Nesle. . . . . 1 »
Julia Leonor de Lespinasse. . . . . 1 »
Sofía Cottin. . . . . 1 »
María Stuard. . . . . 1 »
La Emperatiz Josefina . . . . 1 »

CURSO COMPLETO

DE EDUCACION MORAL PARA LA MUJER.

Un libro para las damas (tercera edicion). . . . . . 1 tomo.
La vida íntima (tercera edicion). . . . . 1 »
Hija, Esposa y Madre (1.ª y 2.ª serie, con un apéndice titulado *Hermana*) (tercera edicion). . . . . . . 2 »
Un libro para las Madres (segunda edicion). . . . . 1 »
La Abuela, narracion. . . . . 1 »

OBRAS DE TEXTO.

La Ley de Dios. . . . . 1 tomo.
Á la luz de la lámpara. . . . . 1 »

(Estos dos libritos, muy á propósito para la tierna capacidad de los niños, están declarados de texto, é incluidos en el trienio escolar de 1876 á 1879 en todas las escuelas de la Península y de las posesiones de España en Ultramar.)

POESÍAS.

Flores del alma. . . . . 1 tomo.
Cantos de mi lira. . . . . 1 »

NOVELAS TRADUCIDAS DEL FRANCES.

Sibila, por Octavio Feuillet. . . . . 1 tomo.
El lazo roto, por Mme. Bourdon. . . . . 1 »
Historia de una familia, por la misma. . . . . . . 1 »
Eufrasia.—Historia de una pobre mujer, por la misma. 1 »
La Tumba de hierro, por Enrique Conscience. . . . 1 »
La Caballera, por Paul Féval. . . . . 1 »
¡Pobre Lucila! por Wilkie Collins. . . . . 1 »

OBRAS PUBLICADAS

EN LA

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS.

OBRAS PUBLICADAS.

ALBUM POÉTICO ESPAÑOL, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 4.º mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

VÁRIAS OBRAS INÉDITAS DE CERVÁNTES, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, por D. Adolfo de Castro; un tomo, 8.º mayor frances, 8 pesetas.

DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO, por don José Selgas; 2.ª edicion; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.

COSAS DEL DIA, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas; un tomo, 8.º mayor, 3 pesetas.

ESCENAS FANTÁSTICAS, por D. José Selgas; un tomo, 8.º mayor, 3 pesetas.

MARI-SANTA, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.

AMORES Y AMORÍOS (historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.

EL MATRIMONIO. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca; dos tomos, 8.º mayor, 8 pesetas.

CUARENTA SIGLOS, historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA, por D. Emilio Castelar; 3.ª edicion; un tomo, 8.º mayor frances, 6 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA, por D. Emilio Castelar; segunda parte; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

LA CUESTION DE ORIENTE, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

PRINCIPIOS GENERALES DEL ARTE DE LA COLONIZACION. Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por don Joaquin Maldonado Macanaz; un tomo en 4.º, 6 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS POLLAS, novela, por doña Francisca Sarasate; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.

DISQUISICIONES NÁUTICAS, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.º mayor, 6 pesetas.

LA MAR DESCRITA POR LOS MAREADOS; MÁS DISQUISICIONES, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.º mayor frances, 6 pesetas.

EL COMENDADOR MENDOZA.—LA CORDOBESA.—UN POCO DE CREMATÍSTICA, por D. Juan Valera; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

LETRA MENUDA, prosa y versos de Don Manuel del Palacio; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.

DE MADRID Á MADRID, dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS DAMAS (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª Maria del Pilar Sinués (2.ª edicion); un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS MADRES, por Doña Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

LA VIDA ÍNTIMA.—EN LA CULPA VA EL CASTIGO, por D.ª Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE, cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, con un apéndice titulado *Hermana*, por doña Maria del Pilar Sinués; dos tomos, 8.º mayor frances, 8 pesetas.

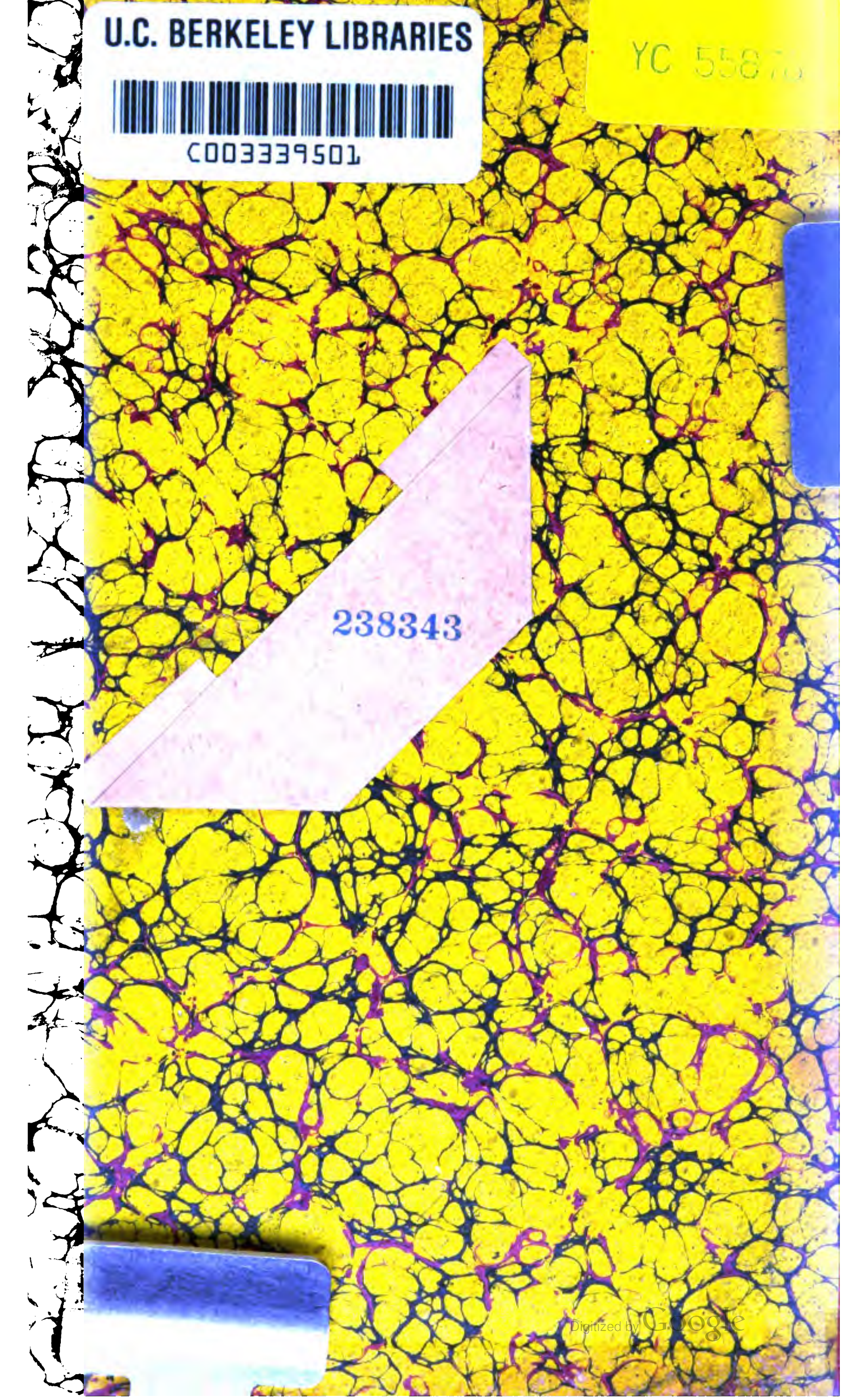
LA ABUELA, por D.ª Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.

SUEÑOS Y REALIDADES, por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

EN PRENSA.

ADRIANA DE WOLSEY, original de Ventura Hidalgo.




U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003339501
YC 55875
238343
Digitized by Google

